



Lorenzo

Silva **Recordarán tu
nombre**



DESTINO

Índice

Portada

Dedicatoria

Citas

Nota sobre el texto

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Apéndice

Agradecimientos y bibliografía

Créditos de las imágenes del interior

Créditos de los textos citados en el interior

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Para mis abuelos, Lorenzo y Manuel, que quedaron en tierra de nadie

Para mis abuelas, Isabel y Patrocinio, que allí los sostuvieron

Y para mi tío Francisco Silva, que me ayudó a perfilar el recuerdo

In memoriam

Te matan, te despedazan, te persiguen con maldiciones. ¿Qué importa todo esto para que tu pensamiento permanezca puro, prudente, sensato, justo?

MARCO AURELIO,
Meditaciones

La cólera y el odio exceden de la obligación de la justicia, y son pasiones que solamente sirven a quienes no tienen bastante adhesión a su deber por virtud de la mera razón. Todas las intenciones lícitas y ecuánimes son de por sí equilibradas y mesuradas: de lo contrario, se tornan sediciosas e ilícitas.

MICHEL DE MONTAIGNE,
Ensayos

Con las armas se defienden las repúblicas.

MIGUEL DE CERVANTES,
Don Quijote de La Mancha

Nota sobre el texto

Esta historia es un relato de ficción, lo que no quiere decir que me la haya inventado. De hecho, todos los acontecimientos que en ella se refieren se encuentran respaldados por un documento o por el testimonio de quien los presencié, que en algún caso, contado, es el autor mismo. Allí donde deslizo una especulación, me preocupo de hacerlo notar, a fin de que nadie le otorgue la calidad de hecho atestiguado. Si opto por considerarla una ficción es porque se alimenta de visiones parciales, a menudo fragmentarias y, por tanto, siempre controvertibles. Tal sucede con el recuerdo personal de un testigo, pero también con el libro de Historia, el de memorias de alguno de los protagonistas, el documento con todos los sellos oficiales o las propias impresiones de uno. Todas estas visiones parciales, por añadidura, han sido ensambladas por un narrador que se acerca a ellas armado de toda su subjetividad y resuelto a hacer uso de ella, con el afán de entregar al lector no un texto histórico, empeño para el que carece de cualificación, sino un relato literario, un cuento simbólico, en suma: una novela.

La Historia tiene estos recovecos: instantes y lugares en los que de repente, entre dos hombres, que por lo común no son dos hombres cualesquiera, pero tampoco tienen por qué ser los más reputados ni los más insignes, se dirime y acontece todo. Absolutamente todo.

El recoveco del que nace este libro tiene lugar en Barcelona, en el edificio de la antigua Aduana, en el Pla de Palau. Estamos en julio, hacia la mitad de su decimonoveno día, en el año 1936. Reunidos en un despacho, varios hombres analizan una grave situación. Suena un teléfono. Preguntan por uno de ellos, el de más edad. Se llama José Aranguren Roldán, ostenta el grado de general de brigada de la Guardia Civil y, aunque formalmente se encuentra a las órdenes de uno de los hombres que están en la habitación, posee una autoridad, moral y de otra índole, que nadie osa discutirle. Ni siquiera quien con arreglo a la ley tiene las atribuciones para decidir: un capitán de Caballería llamado Frederic Escofet, responsable de la comisaría general de Orden Público de la Generalitat de Cataluña. Los presentes saben que lo que el general diga tiene detrás a tres mil seiscientos guardias civiles, todos los de Cataluña, que no dudarán en cumplir sus órdenes y que son, por cohesión, instrucción y disciplina, la pieza principal que en esa jornada se halla sobre el tablero que a todos mantiene absortos.

Quien llama y pregunta por Aranguren no es otro que el cabecilla de la sublevación militar que desde primeras horas del día ha estallado en la ciudad. Se llama Manuel Goded Llopis y es general del ejército. Ha llegado pocas horas antes en un hidroavión procedente de Mallorca y se encuentra en la Capitanía General, donde ha arrestado y destituido al general Llano de la Encomienda, que ostenta la legítima jefatura de las tropas por designación del gobierno de la República. Hay varias razones para que Goded pregunte por Aranguren. Como los demás, sabe que sus guardias le obedecerán y son la clave de lo que ha de suceder en la jornada. Además, se conocen personalmente desde tiempo atrás. Ambos coincidieron en Marruecos, con ocasión de las operaciones de Alhucemas de 1925, en las que los dos hubieron de probar su coraje frente a un enemigo feroz e irreductible. Goded sabe la pasta de la que está hecho Aranguren. Incluso certificó, como jefe de Estado Mayor, los méritos que el guardia civil acreditó en combate. La apelación a su autoridad invoca también la antigua camaradería, templada bajo el fuego, de dos viejos compañeros de armas.

La conversación es tensa. Para Aranguren doblemente, porque ve cómo le observan los otros; cómo se preguntan, mientras escuchan, de qué lado estará en

realidad: si apuesta por defender la Generalitat y la legalidad de la República o si baraja la posibilidad de unirse a la sedición protagonizada por hombres que le son afines; no en balde se formaron en la misma academia y compartieron fatigas y pólvora en los duros riscos y las luminosas playas de África. Quizá porque desea disipar esa duda para él odiosa (nunca ha contemplado ni contempla otra opción que acatar la disciplina a la que se debe como guardia civil y atenerse al compromiso de lealtad a la República en el que empeñó su honor y su palabra), Aranguren, tras escuchar las recriminaciones de su compañero por unirse, le dice, al pueblo rebelde contra el ejército que se sacrifica por el bien de la patria, responde secamente:

—Aquí no hay más rebeldes que ustedes.

Y a continuación pregunta a Goded si se ha sublevado contra el régimen republicano o contra el gobierno. Su interlocutor le responde que va contra el gobierno, ante lo que Aranguren, por si acaso sirve para hacerle reconsiderar sus propósitos ilícitos, aunque pocas esperanzas puede albergar, le informa de que desde la noche anterior hay un nuevo gabinete. Goded, contrariado, le replica que eso no importa y, suavizando el tono, vuelve a invitarle a que se una a la rebelión. Ante la firme negativa del viejo general, que ha rebasado ya los sesenta años, el jefe rebelde monta en cólera y amenaza con fusilarle al día siguiente, cuando haya triunfado el pronunciamiento que encabeza en la ciudad. Los dos saben que es un farol, que quien amenaza carece de la fuerza que, en cambio, tiene el amenazado bajo sus órdenes. Aun así, nadie lleva nunca todas las cartas en la mano, y Aranguren, de nuevo sin alterarse, encaja el desafío y lo repele con estas palabras:

—Si mañana me fusilan, fusilarán a un general que ha hecho honor a su palabra y a sus juramentos militares. Pero si mañana le fusilan a usted, fusilarán a un general que ha faltado a su palabra y a su honor.

Es el fin de la conversación, el momento en que no hay vuelta atrás y quedan cristalizados la suerte y el destino de los dos hombres que están a ambos lados de la línea telefónica, de la ciudad en la que sus caminos vuelven a cruzarse y del país al que ambos proclaman servir. Como esta no es una novela de intriga, podemos aclarar desde ya lo que ha de ocurrir finalmente: los van a fusilar a los dos, en esa Barcelona por cuya posesión se enfrentan; al rebelde, al cabo de tres semanas, en los fosos del castillo de Montjuïc; al leal, menos de tres años después, al otro extremo de la ciudad, en el Camp de la Bota. Los dos al lado del mar, aspirando como último aire la brisa del Mediterráneo, junto al que no nacieron. Quiere el destino que los dos compartan una circunstancia más, la de haber venido al mundo junto al Atlántico: mirándolo desde poniente Goded, originario de Puerto Rico, y desde levante

Aranguren, que vio su primera luz en otro puerto, el de Ferrol. Barcelona, la ciudad que ambos forasteros se disputan, quedará a partir de esa hora, como el resto del país, sumida en una larga noche y marcada por cicatrices que ocho décadas no lograrán borrar. Lo que decide la conversación entre los dos generales, además de su suerte como individuos, es ni más ni menos que el fracaso de la rebelión en Cataluña, lo que permitirá a la República sobrevivir al levantamiento armado, salvará a la Generalitat de su abolición fulminante y habrá de precipitar a España a una prolongada y cruenta guerra civil.

Durante los tres años siguientes, los insurrectos extenderán una y otra vez por los campos y ciudades de España la barbarie frente a la que dicen alzarse. En cuanto al gobierno legalmente constituido, lo que vale tanto para el de la República como el de la Generalitat, no sabrá ni podrá, tras verse despojado de la autoridad y de los medios naturales para el mantenimiento de la ley, impedir que en la zona por él administrada campen a placer asesinos de la peor índole, que con sus atropellos suministrarán a su vez munición moral al enemigo. Con ello se ahondará la zanja abierta entre los españoles, hasta el punto de arruinarles la conciencia de formar una sola comunidad y sumirlos en una división agria y persistente, quién sabe por cuánto tiempo aún. Todo esto se decide entre dos hombres de los que, para rematar la paradoja histórica, la inmensa mayoría de los catalanes y españoles de hoy no guardan ni el más mínimo recuerdo. Dos actores secundarios de la Historia, llamados, por eso mismo, a convertirse en literatura.

Ese 19 de julio de 1936, cuando nada aún sabe, pero todo lo acepta, porque ha vivido y conoce lo suficiente para prever las consecuencias, Aranguren, tras colgar el auricular, manifiesta con estoicismo:

—He cumplido con mi deber.

Y es que no tenía otra opción, como el tipo que ochenta años después escribe estas líneas no tenía otro remedio que acabar contando su historia, por múltiples y poderosas razones, que esta vez, a diferencia de otras, me disuaden además de interponer otro narrador que encarne la voz del cuento. Para rematar este prólogo, me limitaré a consignar dos de esas razones, ambas vinculadas a la sangre que circula por mis venas. La sangre no nos condena a ser ni creer nada, pero impone que ciertos asuntos no puedan dejar de concernirnos.

Siempre que miro una fotografía de Aranguren me acuerdo de mi abuelo Manuel: un hombre que también lo perdió todo, aunque en su caso pudo continuar viviendo, por cumplir con su deber. Estaba mi abuelo, con quien pude conversar un día al respecto, imbuido de ese deber como de pocas cosas en la vida, y sufrió como un trauma irreparable que atenerse a él le costara tan caro. Por un azar del destino, o no,

estuvo a las órdenes del propio Aranguren, en una fecha tan señalada como el 14 de abril de 1931, en la que uno era agente del cuerpo de Seguridad y el otro, jefe superior de Policía de Madrid. Ese día, tanto Aranguren como mi abuelo, y como cualquier hombre sensato, acataron, pese a las resistencias de algunos que tenían por encima (Aranguren al director general de Seguridad, Emilio Mola; mi abuelo a un oficial demasiado nervioso), el advenimiento de la República por la que los españoles se habían inclinado de manera abrumadora.

Y aunque no oculto que mis ideas y simpatías, en la conversación telefónica contada más arriba, están con el hombre que se ciñe a su juramento y a la legalidad que es su misión defender, antes que con el que opta por volver las armas que le encomendaron, y aun otras de las que se apodera, contra el gobierno elegido por sus conciudadanos, no ignoro que este último se dispone a sacrificarse por lo que a su vez cree o quiere creer debido, ni tampoco olvido que, al saberse derrotado, aceptará detener la lucha para evitar más muertes. Sería más cómodo despacharlo como un salvapatrias alucinado, un esbirro de los poderes oscuros que impulsaron la sublevación militar contra un régimen constitucional, democrático y regeneracionista. Se me opone, sin embargo, un pequeño inconveniente, que aboca a mi relato a defraudar las expectativas de quienes esperen ajustes de cuentas y argumentos para la adhesión o la execración incondicionales. Y no es que pretenda ser aséptico, concepto no ya voluntarista, sino incluso estafalario para cualquier español que se proponga emprender una narración referida, en todo o en parte, al suceso medular de la historia reciente del país, conformador de su presente y condicionante aún de su futuro. Lo que trato de decir es que mis ideas y simpatías, que son inequívocas y explícitas, cuentan con un nada desdeñable contrapeso.

Aquí es donde entra en juego mi otro abuelo, Lorenzo, a quien un día de 1923, en Larache, cuando estaba a punto de completar su servicio militar, un teniente coronel le persuadió de reengancharse y no emigrar a Argentina, como era su intención, una vez cumplido el periodo de permanencia en filas. Gracias a ello, mi abuelo acabó yendo destinado al cuartel-convento de la Trinidad, en Málaga, en el barrio del mismo nombre, donde vivía mi abuela, con la que se casó y andando los años tuvo a mi padre. Aquel teniente coronel, de quien mi abuelo guardaba buen recuerdo, se llamaba Manuel Goded Llopis: el traidor al que plantó cara, en su hora crucial, el protagonista de mi historia, pero también el hombre al que le debo existir y poder estar ahora mismo escribiéndola, en un coche que, mientras remato la frase, y para que todo sea más extraño y caprichoso, avanza a toda velocidad por una autopista polaca, camino de Breslavia; igual de lejos de los dioses que la convulsa Barcelona donde los dos generales que dan pie a este relato sellaron su destino, porque, como ya estipuló hace

dos milenios un sabio griego, los dioses están igual de lejos de todas partes.

Afirma Emmanuel Carrère, a propósito de las múltiples referencias contenidas en su novela *El Reino* a su propia experiencia como creyente primero y como agnóstico después, que es bueno que el lector sepa *desde dónde* cuenta un novelista su historia. En su caso, al abordar los orígenes del cristianismo, a través de las figuras de san Pablo y san Lucas, creyó pertinente dar cuenta precisa de sus propias y sucesivas creencias e increencias, en un ejercicio de honestidad que permite al lector ponderar con mejor criterio su relato. El asunto de la novela que ahora tengo entre manos no es uno cualquiera: me remite al episodio histórico que mantiene aún dividido al país en el que vivo desde hace medio siglo. Un acontecimiento sobre el que se han despachado toneladas de literatura propagandística y sectaria y, en comparación, muy pocas páginas de literatura ecuánime, que no es la que algunos, desde su trinchera, confunden interesadamente con la equidistante o descomprometida, sino la que asume como compromiso primero la búsqueda de la verdad de los hechos, hasta donde puede discernir una mente humana siempre sometida a las limitaciones del conocimiento incompleto y los prejuicios de los que nadie puede pretenderse libre. Se trata de una historia que requiere, a mi juicio, un semejante ejercicio de honestidad. Aclarar, en definitiva, desde dónde la escribo.

Uno escribe desde su vivencia y desde sus ideas, en primer lugar, pero estas le deben no poco a su ascendencia, que es la que le adjudica un lugar inicial en el mundo, desde el que cada cual evoluciona a su manera. Si quienes le precedieron representan para uno, por cualquier motivo, un ejemplo objetable o embarazoso, es muy posible que sus ideas y su mismo itinerario vital se forjen por reacción y en sentido contrario a la herencia recibida. Si ese ejemplo resulta en cambio consistente y estimulante, le será difícil desarrollar una visión totalmente contrapuesta, y su recorrido por la existencia, incluso si parece ir por una ruta divergente, estará anudado y guardará hondas sintonías con el camino que desarrollaron aquellos inspiradores ancestros.

Viene todo esto a cuento porque me toca declarar que de mis dos abuelos, Lorenzo y Manuel, cuyos dos nombres además llevo, me llegó un ejemplo de integridad, dignidad y sentido del deber y la justicia, que desde que tuve uso de razón hasta este momento de mi madurez no he dejado un solo día de considerar esencialmente válido. A uno, Manuel, el materno, lo conocí más que al otro, y de él recibí de manera más directa e inmediata ese legado. Sin embargo, la costumbre y el gusto de la narración oral, muy extendidos en mi familia paterna, me hicieron no

menos presente, por vía indirecta, la lección de vida de mi abuelo Lorenzo, un hombre de existencia dura y atormentada, al que sin embargo acompañó siempre una conciencia profunda de lo que era debido y un desdén sincero y radical por la mera conveniencia.

Reconozco, y no me duelen prendas al hacerlo, que en mi visión y mi percepción de aquellos oscuros años y aquel lúgubre episodio que fue la fractura de mi país en una guerra fratricida pesan mucho las impresiones y la perspectiva que de ella tuvieron mis dos abuelos. Es bueno preguntarse, antes de juzgar a otros, qué habría hecho uno en su lugar, de verse sometido a idénticas circunstancias. Y si he de ponerme en ese brete y buscar una referencia para tratar de dilucidar dónde me habría situado yo, siento que la sangre que me une a ellos es a la vez (no tendría por qué serlo, pero lo es) la pauta que me ilumina para escoger mi lugar en aquel aparatoso aquelarre. Ninguno de los dos fue adalid de causa alguna, ni abanderado ferviente de ninguna de las dos visiones desafortunadas del mundo que chocaron sobre el campo de batalla de aquella España maltratada, ignorante e injusta. Ninguno de los dos aceptó, y ocasiones tuvieron ambos, ser verdugo de quienes en sus respectivas circunstancias eran víctimas propicias, ni recaudó la recompensa inmediata que aguardaba a quien las entregaba. Ninguno de los dos, vistiendo ambos uniforme, secundó la rebelión de unos uniformados, ni acogió con júbilo su triste victoria. A su manera, los dos quedaron en tierra de nadie, privados de las ventajas que en uno u otro momento tuvieron quienes abrazaron el partido que prevalecía. Y ambos pagaron por tratar de mantener sus principios, en una época llena de impostores, oportunistas y criminales sin escrúpulos.

Y aunque alargue estas páginas preliminares y me exponga con ello a la censura del lector impaciente, creo que merece la pena que dé cuenta algo más detallada de quiénes eran uno y otro, y del papel que tuvieron, como actores muy secundarios, apenas figurantes, en el drama en cuya espesa sustancia trata de indagar esta narración.

Lorenzo Silva Molina nació en Colmenar, Málaga, el 6 de junio de 1898, nueve meses después de que su padre, Juan, regresara de Manila, donde tuvo un puesto público como miembro del equipo de seguridad del prócer del Partido Conservador al que vinculó su carrera política, agraciado con el cargo de gobernador civil. Desde aquel puesto fue mi bisabuelo Juan Silva Quintana, que tal era su nombre completo, testigo privilegiado de acontecimientos históricos como el desdichado fusilamiento del mártir de la independencia filipina (y memorable escritor español, que dicho sea de paso no pretendía ser otra cosa) José Rizal, si bien tuvo la fortuna de ser cesado y repatriado un año antes de la pérdida de la colonia a manos de la flota estadounidense.

La particular circunstancia de su nacimiento, y su carácter díscolo y arriscado, le valieron a Lorenzo desde temprana edad el apodo de *el Punto Filipino*, al que hizo honor primero con sus travesuras infantiles y más adelante con su insumisión a las condiciones abusivas y aun ominosas impuestas por los capataces de los cortijos a los jornaleros del campo andaluz, de las que fue sufridor por tener que realizar esa labor tras arruinar su padre, tan interesado por las intrigas y el medro en la política como poco diligente en cuestiones de administración doméstica, la hacienda familiar. Algún motín llegó a protagonizar, incluso, alentando a sus compañeros de fatigas a retener por la fuerza la herramienta agrícola, para forzar con ello el pago del jornal debido que sus empleadores pretendían retrasar con burdos pretextos.

Más bien descreído en lo religioso y en lo político, por el deslucido ejemplo de su progenitor, encontró de forma inesperada su camino en la vida cuando fue llamado a filas en 1919, a fin de cumplir el servicio militar obligatorio, que entonces duraba tres años. Un pariente con posibles se ofreció a satisfacer la cuota que le habría permitido librarse de acudir al teatro bélico al que entonces se enfrentaba el ejército español, y que no era otro que el agreste norte de Marruecos, donde por aquel tiempo se combatía de manera simultánea contra la resistencia de las cabilas rifeñas en la zona de Melilla y contra la insurrección del jerife (descendiente del profeta) Ahmed Raisuni en los territorios próximos a Tetuán y Ceuta. Lorenzo, dando muestra una vez más de su áspero carácter y del férreo código personal que le acompañaría de por vida, se negó a que otro se la jugara en su lugar y marchó a pie hacia la caja de recluta de Antequera. El 6 de marzo de 1920 desembarcó en el puerto de Larache, donde su existencia habría de tomar forma.

Su primer destino militar no pudo ser más aciago: asignado al batallón de

cazadores de Las Navas nº 10, una unidad de choque, fue enviado junto a otros treinta reclutas a cubrir las bajas de la compañía de voluntarios, que eran quienes (aún no existía la Legión) combatían en primera línea. Un par de asaltos a posiciones enemigas, y el trato con aquellos tipos patibularios que se jugaban a las cartas o se bebían toda la soldada apenas la cobraban, le convencieron de la conveniencia de hacerse cabo, a fin de cambiar de aires y tener alguna opción de salir vivo de allí. Sus galones le permitieron acceder a destinos menos expuestos y, en última instancia, tras ascender a sargento, le llevaron a la comandancia de Larache, donde tuvo ocasión de conocer al general José Sanjurjo Sacanell y a su jefe de Estado Mayor, el entonces teniente coronel Manuel Goded Llopis. De ambos guardaría siempre una impresión favorable: de Goded, por su trato cordial y atento; de Sanjurjo, por su carácter llano y espartano, que le llevaba a alojarse modestamente, casi como un soldado más. De hecho fue determinante en el descubrimiento de un sonado latrocinio en la intendencia de la plaza, que pasaría a los anales como *el caso del millón de Larache*. En cambio, su recuerdo de otro jefe, el por aquellos días teniente coronel y luego general Francisco Franco Bahamonde, era menos halagüeño. Franco (y tan sólo eso contaba acerca de él) era un sujeto que nunca miraba a nadie, y que jamás respondía al saludo, al contrario que su mentor en la Legión, Millán Astray, al que, decía, vio en cierta ocasión abroncar a unos oficiales por no responder al saludo de unos legionarios.

Resuelto a no regresar a su pueblo, donde le aguardaba una existencia que nada le apetecía (aunque todo lo que economizaba de su paga en África, así lo atestigua su cartilla de ahorros, que conservo, se lo enviaba por giro postal a su padre), Lorenzo había hecho planes de emigrar a la Argentina tan pronto como acabara su servicio militar. Poco antes de licenciarse, compartió esos planes con Goded, que se aplicó con ahínco a disuadirle. Le hizo ver que Argentina era la incertidumbre, y que allí tendría que empezar de cero, mientras que en el ejército ya tenía una posición, como sargento, y podía hacer carrera. En el ejército, además, hacía falta gente como él, templada y conocedora de Marruecos, para amparar e instruir a los reclutas que nutrían las filas y que llegaban como corderos al matadero. Supo aquel oficial, perspicaz estratega, como prueban las páginas que luego daría a la imprenta sobre sus experiencias en la campaña marroquí, mostrarse lo bastante persuasivo como para que el joven sargento decidiera reengancharse y hacerse militar profesional, momento en que solicitó ser destinado de nuevo al campo. Si iba a convertirse en un profesional, se dijo, su sitio estaba donde había problemas, no en la retaguardia.

Y a los problemas fue de cabeza, hasta el punto de que en los meses siguientes lo despacharon más de una vez a alguna de las posiciones desperdigadas por la zona de

Beni Arós, y que de tanto en tanto se veían atacadas o sitiadas por el enemigo. El 8 de septiembre de 1924, hallándose destinado en una posición llamada Ain Grana, y de nuevo bajo asedio, le llegó la orden de incorporarse al regimiento Borbón nº 17, de guarnición en Málaga. Salió del recinto fortificado con el convoy que le trajo la notificación, con lo que salvó su vida, porque la posición fue copada y diezmada poco después. Trasladado a Málaga, apenas pudo disfrutar del respiro: el deterioro de la situación en el Yebala, tras la funesta retirada de Xauen, obligó a movilizar a su regimiento, compuesto en su mayoría por soldados de cuota, esto es, que habían pagado por no ir a África, y que pese a todo vieron cómo los enviaban al frente a comienzos de diciembre de aquel año 1924. Junto a ellos, bregando con su comprensible descontento y tratando de convertir a aquellos emboscados en soldados de verdad, guerreó el sargento Silva durante otros catorce largos meses, en los que se vio envuelto en operaciones de particular riesgo como la protección del tren Ceuta-Tetuán, que sufría ataques a diario, o el desembarco de Alcazarseguer.

Durante ese tiempo volvió a dar muestras de su personal e innegociable sentido de la justicia, como cuando decidió tirar alto con la ametralladora contra un anciano marroquí al que un oficial le ordenó abatir mientras recogía cereal, o cuando averiguó que los soldados más pudientes pagaban a los más pobres para que ocuparan su puesto en el convoy de protección de la aguada, y formó el convoy, íntegramente, con los que hasta allí se habían estado librando. Nadie bajo su mando iba a recibir una bala en lugar de otro, les dijo, y sobre todo, nadie iba a comprar la bala que le estuviera destinada. El 2 de enero de 1926, en el mismo puerto de Larache al que llegó con veintiún años, embarcó para la Península, en lo que sería su repatriación definitiva.

Estando de nuevo de guarnición en Málaga, Lorenzo conoció a Isabel, una jover del malagueño barrio de la Trinidad, donde se hallaba el cuartel de su regimiento. A él debió de seducirle la belleza alegre de la chica, de vivos y llamativos ojos azules, y a ella, me consta por el testimonio de la interesada, le impresionó en seguida aquel hombre ocho años mayor que ella, pero que aparentaba una madurez todavía más acusada tras aquellos seis años de guerra marroquí. Se casaron el 25 de septiembre de 1929 y en 1930 nació Ana, su primera hija.

El año siguiente, el de la proclamación de la Segunda República, vio el nacimiento de su segundo hijo, Francisco, y unos sucesos que conmocionaron a Málaga y en los que Lorenzo se vio muy directamente implicado: la quema de iglesias y conventos de los días 11 y 12 de mayo, que entregó a las llamas buena parte de los templos de la ciudad y trajo consigo la destrucción de una porción enorme del rico patrimonio artístico que atesoraban, incluidas varias tallas de gran valor, entre ellas

un par de cristos y una virgen del imaginero barroco Pedro de Mena. Una de las imágenes que se salvaron de la ira de los exaltados fue la de Nuestra Señora de la Victoria, patrona de la ciudad, del siglo xv, regalo del emperador Maximiliano de Austria a Fernando el Católico, guardada en el santuario del mismo nombre, adyacente al Hospital Militar, y que el director de este, José Mañas, a diferencia del general gobernador de la plaza, José Gómez Caminero, al que luego acusarían de ser demasiado tibio en la respuesta a los disturbios (llegó a telegrafiar al gobierno que «la quema continuaría al día siguiente»), ordenó proteger con la sección de ametralladoras del sargento Silva. Algún enfrentamiento verbal hubo con los incendiarios, pero la rotunda advertencia de las ametralladoras, y la determinación de quienes las servían, terminaron por disuadirlos de asaltar el templo.

Todo parecía marchar bien, dentro de las agitadas circunstancias de una república con más enemigos (fuera y dentro) que verdaderos y leales partidarios, hasta que una mala mañana, la del 5 de agosto de 1932, cuando Lorenzo se encontraba realizando en compañía de otros compañeros un ejercicio con granadas Laffite en el campo de entrenamiento del campamento Benítez, en una playa próxima a Málaga, una de las granadas no llegó a explotar tras ser lanzada, lo que provocó una incómoda situación. El oficial que dirigía el ejercicio ordenó ir a cebarla a fin de hacerla explotar, ante lo que el sargento Silva, observando que la granada estaba semienterrada en la arena, sugirió que sería más adecuado detonarla con un disparo de fusil. El oficial le preguntó si tenía miedo. Con ello activó una de las peores palancas del carácter del sargento, el orgullo. Y en una decisión inmadura e impropia que lamentaría toda su vida, para callarle la boca a aquel imberbe que nunca había oído como él las balas de los rifeños silbar sobre su cabeza, se adelantó para ir a cebar la granada. Dos compañeros se le unieron. Los tres resultaron alcanzados gravemente por la súbita explosión.

Como consecuencia de la deflagración, mi abuelo quedó sordo de por vida, con la mano izquierda prácticamente inutilizada y el cuerpo convertido en un acerico acribillado de fragmentos de metralla. Fue el peor parado de los tres, aunque uno de los otros dos, el sargento Cumpián, al que se le incrustó en la rodilla un trozo de metralla, se quedaría cojo para siempre. A partir del accidente, comenzó para Lorenzo un calvario de convalecencia e interminables curas, las primeras en Málaga, no demasiado competentes, y después en los hospitales militares de Sevilla y Madrid. Cuatro años más tarde, en el verano de 1936, todavía andaba en esas: seguían extrayéndole metralla del cuerpo, esta vez en el hospital militar de Madrid (el actual Gómez Ulla), ciudad a la que, dada la prolongada duración del tratamiento médico, le habían destinado en situación de reemplazo por herido, y donde había ascendido al

empleo de brigada a finales de 1935. Trasladada su residencia a la capital, allí estaba con su mujer, su hijo Francisco y su segunda hija, de tan sólo un año, y a la que pusieron de nombre Teresa, cuando estalló el alzamiento militar del 18 de julio de 1936.

Sordo e impedido, se presentó no obstante en el mando de la división con sede en la capital para ponerse a las órdenes del gobierno. En la división reinaba tal confusión que, al ver llegar a aquel inválido, le dijeron que se marchara a su casa y allí aguardara instrucciones. Así lo hizo, y en esa situación estuvo hasta el 28 de febrero de 1937, cuando se dispuso evacuarle junto a su familia a Murcia, una ciudad situada en la retaguardia republicana a la que fueron a parar no pocos de los atrapados en el Madrid asediado por las tropas nacionales.

En el ínterin, no obstante, sucedieron algunas cosas. Conozco parte por el testimonio de mi tío Francisco, entonces un niño de cinco años, al que sobrecogió para siempre el trallazo del primer disparo que oyó, en la misma calle donde tenían su vivienda, cerca del barrio de Fuencarral, y tras el que vio a un hombre desplomarse muerto, mientras quienes lo habían abatido se mofaban de él. Algún tiempo después, se presentaron en el portal donde vivían unos milicianos de la FAI, a quienes alguien les había dado el soplo de que allí «se escondía un fascista». La presencia de ánimo del portero, que les dijo a los milicianos que allí sólo vivía un inválido, salvó a Lorenzo de un paseo y la muerte segura, por el único delito de ser militar. Contaba mi abuela, horrorizada, cómo mi abuelo, a quien la sordera hacía aún más receloso, agarró su pistola y se escondió en el último piso, resuelto a llevarse por delante a cuantos pudiera antes de que se lo llevaran a él.

Otra circunstancia que pesó y no poco en su ánimo fue que su hija Ana, la mayor, se había quedado en Málaga, donde estaba pasando el verano con la familia, y sin posibilidad de reunirse con ellos. Al final, y antes de encontrarse todos en Murcia, a la niña, de sólo seis años, le tocó vivir una experiencia pavorosa: la accidentada evacuación de los civiles malagueños por la carretera de Almería, que hubo de recorrer a pie, junto a su bisabuela centenaria, mientras los aviones italianos y alemanes las acribillaban desde el aire. A tan corta edad, mi tía tuvo que ver, y jamás olvidaría, según me contó, cómo la gente quedaba atrás, muerta en la cuneta, mientras ella continuaba camino.

Lorenzo y su familia hicieron el viaje a Murcia por tren y luego en camiones, un trayecto que a Francisco también se le quedaría grabado. En especial, por algo que ocurrió en un alto en el camino. Al verlo, con el cabello rubio pajizo que tenía en su infancia, un hombre enorme y también rubio, armado hasta los dientes, se le acercó y lo alzó en vilo, lo que provocó tanto su pánico como el de mi abuela. El hombre le

dio un beso y en un torpe español explicó que él tenía un hijo de la misma edad, en Polonia, de donde era originario, y desde donde había venido para unirse a las Brigadas Internacionales. Y al decirlo, al hombretón se le escapó una lágrima. Mi tío nunca pudo dejar de preguntarse si aquel hombre finalmente volvería a reunirse con su hijo y, si así fue, qué sería de ellos en lo que poco después le sobrevino a su país.

En Murcia, Lorenzo y su ya reagrupada familia encontraron un cobijo y un refugio durante el resto de la guerra. La mujer en cuya casa se alojaron en la capital, que al principio los recibió de uñas, obligada como se veía a dar techo a aquellos evacuados, acabó tomándoles un verdadero afecto y considerándolos casi como sus hijos y nietos. A mi abuelo quiso un médico militar movilizarlo un par de veces, pero al final se impuso la evidencia de que estaba de estar recuperado y no era físicamente apto para el combate. Para poder mantener a su familia, se empleó como ordenanza en el aeródromo militar de Alcantarilla, cercano a Murcia, desde donde operaba la aviación republicana. Allí trabajó buena relación con un par de aviadores, que compartieron con él más de una vez su descontento por la marcha de la guerra y por la poca organización de las tropas gubernamentales. Otro tanto le había dicho en Madrid un capitán al que conocía de Marruecos y que desde el principio se había incorporado al ejército de la República:

—Tú no estás en condiciones, pero si llegaras a estarlo, mejor no te metas, Lorenzo, que con esta gente esto está perdido.

No hubo siquiera ocasión. En su puesto de ordenanza permaneció mi abuelo hasta la primavera de 1939, cuando las tropas nacionales entraron en la ciudad. Junto a su familia vivió el deterioro de la situación de la República, que acabó sumiéndolos en la miseria y el hambre más acuciantes. Salieron adelante gracias a la ayuda humanitaria que llevaban a los civiles refugiados en Murcia los hermanos cuáqueros, y con la que aportaban a su dieta leche en polvo y otros alimentos de supervivencia. En el colegio, donde la disciplina y la enseñanza las impartían maestras rusas, les repartían una especie de bollo de harina, con más aire que harina, tan poco nutritivo que Francisco, con picardía infantil, volvía a hacer la cola para agenciarse doble ración. Una vez, me contó, la maestra rusa, cuyo nombre lamentaba haber olvidado, lo sacó de la fila y le afeó su comportamiento con estas palabras:

—Ven aquí, pequeño *ladrrón*.

Y cuando creyó que iba a arrearle un pescozón, lo que hizo fue darle su propio bollo. Con todo, mi abuela acabó sacando a sus hijos de aquel colegio, con lo que hizo gala de una providencial clarividencia, porque a no pocos de los niños allí escolarizados los acabaron llevando a Cartagena, donde los embarcaron hacia Rusia,

que bien podría haber sido el destino de mis tíos de no haberlo evitado su madre. Así fue como pudieron asistir a la entrada de las tropas nacionales en Murcia, el 31 de marzo de 1939 (junto a Cartagena, fue la última ciudad en caer en manos del ejército de Franco). Una fecha que deparó a Francisco otros dos momentos memorables. Cuando las tropas de la 4ª División Navarra, al mando de Camilo Alonso Vega, entraron en la ciudad, la población, como era regla común en todas las plazas recién conquistadas, saludó brazo en alto, mientras mi tío, en su inocencia, alzaba el puño cerrado y se arrancaba a cantar *La Internacional*. La rápida y oportuna colleja de un buen samaritano le hizo abandonar su actitud, con la que se exponía a crearle un serio contratiempo a su familia.

El otro acontecimiento que Francisco iba a atesorar en su memoria tuvo lugar poco después, cuando sobre un vehículo de la columna vencedora, un Fiat 508 M Balilla aparcado en una avenida de la ciudad próxima a la casa donde vivía, vio unas barras de pan y una tableta de chocolate, un verdadero tesoro para un niño hambriento como él. La boca empezó a hacerle agua y uno de los combatientes del bando victorioso que estaban junto al Balilla, un alférez provisional de poco más de veinte años, tocado con la boina roja de requeté y sobrado de confianza en sí mismo, se percató y le preguntó a bocajarro:

—¿Tienes hambre, chaval?

Francisco no pudo hacer otra cosa que asentir, ante lo que el joven oficial le dio una barra y unas pocas onzas de chocolate. Con la barra bajo el brazo, corrió a su casa a dar cuenta de tan inesperado manjar. No pudo ser. A la altura de la catedral, cuatro muchachos mayores que él lo interceptaron y tras un breve forcejeo, en el que se resistió con toda su alma, se impuso la superioridad física y numérica y le acabaron quitando el pan y el chocolate y dejándolo con su hambre.

En cuanto a mi abuelo, una vez que las tropas vencedoras se adueñaron de la ciudad, hizo lo que en su situación no tenía más remedio que hacer. Según consta en su hoja de servicios, el 1 de abril de 1939 se presentó a las autoridades nacionales. Lo internaron durante unos días, a reserva de las averiguaciones que sobre él se hicieran. Varias personas de confianza para los vencedores, tanto en Murcia como en Málaga, a donde pidieron informes, dieron de él referencias positivas y quedó en libertad y sin declaración de responsabilidades, si bien de forma provisional e incurso aún en proceso de depuración. Antes de dejarle ir, le pidieron que denunciara a individuos que se hubieran significado, que él supiera, en la represión de afectos al Movimiento. Les dio un solo nombre, el de alguien que ya estaba detenido y que se había significado no sólo por eso, sino por su notorio comportamiento criminal. Más nombres dijo no poder facilitarles, porque él, alegó, y ya debían disculparle, estaba

sordo y apenas se enteraba de nada.

El primero de mayo de 1939 se incorporó a la caja de recluta de Murcia, y a mediados de agosto lo trasladaron al campo de las Isabeles y Agustinas, donde la guerra de mi abuelo Lorenzo tuvo un oscuro epílogo. Por su condición de inválido, y quizá por su carácter aún sospechoso, se vio destinado a lo que era, lisa y llanamente, un campo de concentración de prisioneros republicanos, en el que se le encomendó, entre otras labores, la censura del correo. Lo que en esa función hizo más que nada, según contaba con amargura, fue quemar las cartas, y no eran pocas, en las que los internados denunciaban a otros, en la esperanza de que eso les sirviera para mejorar su propia suerte. Quizá, mientras destruía aquellas cartas, se acordara de aquel anciano que recogía cereal para comer y al que se había negado a abatir en Marruecos con su ametralladora. Una vez más, poniéndola en sus manos, se le daba la oportunidad de salvar la vida de un desconocido.

Además de Ana, Francisco y la pequeña Teresa, que se olvidó de un día para otro de las canciones republicanas que canturreaba a todas horas y aprendió en tiempo récord el *Cara al sol* (con lo que le quitó un buen peso de encima a mi abuela), tenía Lorenzo en casa una boca más. Tan sólo cuatro meses antes, el 5 de abril de 1939, acababa de ver la luz su hijo pequeño, al que puso de nombre Juan José. Mi padre.

Manuel Jesús Amador García nació el 3 de marzo de 1901 en Sanchón de la Sagrada (Salamanca), un pequeño pueblo situado a 46 kilómetros de la capital, y que por aquellos días, en su pico histórico de población, contaba con alrededor de doscientos cincuenta habitantes. Vino al mundo Manuel como primogénito de una familia humilde, tanto que en su infancia trabajó como porquero y su mejor regalo de Reyes, según me contó una vez, consistió en una naranja. Todas las mañanas, después de levantarme, una de las primeras cosas que hago es exprimirme el zumo de tres o cuatro naranjas. Lo hago a mano, sin máquina alguna, para tardar un poco más y tomar conciencia de que cada mañana me estoy regalando tres o cuatro veces los mejores Reyes de mi abuelo Manuel, un hombre que nació en la dura pobreza del campo castellano, donde están mis raíces que no debo olvidar.

Tuvo Manuel tres hermanos, dos mellizos y el benjamín, al que pusieron de nombre Eladio. Los mellizos murieron tempranamente: uno en sus primeros años de vida, como era por desgracia común en aquella España asolada por la mortalidad infantil derivada del hambre y las ínfimas condiciones sanitarias; el otro, años después, en su adolescencia, al empeñarse mi bisabuelo en que lo acompañara a Madrid a llevar unas reses bravas aun estando enfermo, lo que degeneró en una pulmonía y de ahí en un rápido desenlace fatal. Esa misma labor, la de llevar a pie a Madrid las reses que se criaban en las dehesas que rodeaban el pueblo, fue la que tocó en su juventud a mi abuelo Manuel, que, como tantos otros jóvenes de su edad y condición, recibió como una liberación la llamada a filas, una oportunidad para salir del círculo de miseria y, para decirlo todo, de la forzada sumisión al señorito, el latifundista dueño de aquellas reses, que reinaba en el pueblo.

Podrían haberlo despachado a África, como a mi abuelo Lorenzo, porque en enero de 1923, que fue cuando le tocó presentarse al servicio, tras entrar en caja de recluta en agosto de 1922, todavía Abd el-Krim traía de cabeza a los generales españoles. Estos seguían sin dar con la manera de meter en cintura al caudillo rifeño, que desde la bahía de Alhucemas desafiaba el protectorado español sobre las tierras de sus antepasados, tras reunir en torno a su emirato y a su tribu, los Beni Urriaguel, a casi todas las demás tribus de la región. Y es que (no sobra apuntarlo aquí, aunque más adelante haya que volver sobre ello) aún no estaba tras la dirección de aquella campaña el cerebro de un oficial de Estado Mayor que acertaría a entender y contribuiría a zanjar el problema un par de años más tarde: Manuel Goded. Por esos días las operaciones, y bien lo sufrió mi abuelo Lorenzo, que acababa de dejar la

tranquilidad de la comandancia de Larache, se ventilaban en un tira y afloja entre las bravuconadas legionarias de algunos jefes emergentes como Franco y la poderosa tentación de mandarlo todo al garete que tenía el recién instituido Dictador, Primo de Rivera.

Sin embargo, la suerte favoreció a mi abuelo Manuel destinándolo al arma de Artillería, en concreto al regimiento de artillería de plaza y posición nº 1, cuyas piezas, por las características del terreno, no resultaban de especial utilidad en Marruecos, donde eran de uso común, en cambio, las piezas de montaña. Pasó así su servicio militar en Segovia, y no le fue del todo mal. En marzo de 1924 ascendió al empleo de cabo, y en diciembre de 1925, con motivo de su licencia, le entregaron un premio en metálico de cien pesetas, según su cartilla militar, que conservo, «por su intachable conducta y aplicación». Más de sesenta años después, aún guardaba como un tesoro, que alguna vez me mostró, aquel billete de cien pesetas, una pequeña fortuna para la época.

Resuelto a no regresar al pueblo después de abandonar su regimiento, y según consta también en su cartilla militar, fijó su residencia en Albacete, donde no sé a ciencia cierta en qué ocupó sus días, pero tenía ya en mente una idea que no tardó en poner en práctica. Haciendo valer su impecable expediente militar, se preparó para entrar en la Policía y logró superar las pruebas de acceso. Recobro su rastro el 12 abril de 1927, gracias a un documento manuscrito titulado «Recuerdos y hechos notables de mi historia a partir de abril de 1927», que permite, dicho sea de paso, apreciar su pulquérrima caligrafía. Comienza consignando que en aquella fecha solicitó destino público, que se le concedió, como guardia urbano municipal de la ciudad de Málaga, a donde llegó para incorporarse a su puesto en agosto de ese año.

Apenas tomó posesión, Manuel, viéndose con medios de subsistencia, decidió casarse con su novia del pueblo, Patrocinio, que lo era desde antes de que saliera de él para hacer el servicio militar. Se celebró el matrimonio el 28 de septiembre de 1927, en Sanchón, y el día 3 de octubre los recién casados emprendieron el viaje a Málaga, donde iban a comenzar su nueva vida lejos del pueblo que los había visto nacer. Allí, en 1928 y 1930, fue donde vinieron al mundo dos de sus hijos, Manuel y Esperanza. Durante esos años, como más adelante en Madrid, mis dos ramas familiares coincidieron en la misma ciudad, donde mis abuelos vivieron avatares paralelos: las últimas convulsiones de un régimen agonizante y las primeras alegrías de su vida personal, con el nacimiento de sus hijos y la formación de sus familias.

Entre 1929 y 1930, mientras desempeñaba aún sus funciones como guardia municipal en Málaga, hubo dos acontecimientos significativos en la vida de mi

abuelo. Uno, desdichado, el nacimiento y muerte de su hijo Juan Antonio, el segundo de los que tuvo y el primero de los tres a los que hubo de enterrar, todos los varones, una pena que siempre pesó de modo perceptible en su ánimo. Nacido en abril de 1929 en Sanchón de la Sagrada, a donde mi abuela se había trasladado para dar a luz, murió también allí en julio de 1930, mientras estaba a cargo de mi bisabuela. Un año antes, en agosto de 1929, Manuel acudió a Madrid para hacer el examen de ingreso en el cuerpo de Seguridad, la policía gubernativa uniformada, de carácter militar, creada en 1877, al inicio de la Restauración, y que por aquellos días tenía encomendadas las funciones de seguridad ciudadana y orden público en las grandes ciudades. Aprobó con el número 611 de los 1.110 admitidos.

El 11 de junio de 1930 tomó posesión de su plaza, con destino en la 2ª compañía con sede en Madrid, a donde trasladó su domicilio, lo que le permitió vivir uno de los varios acontecimientos históricos de los que fue testigo en primera fila. El 14 de abril del año siguiente, cuando las masas empezaron a afluir a la Puerta del Sol para celebrar la proclamación de la República, se hallaba de servicio en la sede del Ministerio de Gobernación, en la antigua Casa de Correos, en la actualidad sede de la Comunidad de Madrid. Quien entonces ostentaba la jefatura superior de Policía de Madrid, el coronel José Aranguren, secundado por el teniente coronel Flores, jefe del cuerpo de Seguridad en la capital, había optado por conducirse con cautela ante las manifestaciones de alegría popular y evitar confrontaciones con el pueblo; la misma orden que, dicho sea de paso, hizo llegar a todas las jefaturas de la Guardia Civil su entonces director general, el general José Sanjurjo, con el que mi otro abuelo había coincidido en Larache.

Sin embargo, en el momento en el que la gente empezó a llenar la plaza estaba de servicio un oficial que se tomó demasiado en serio la protección del edificio, o al que quizá llegaron instrucciones desde instancias superiores a los jefes policiales, y ordenó a los guardias que salieran a disolver a los manifestantes que se congregaban en las inmediaciones. Según contaba mi abuelo, ni él ni ninguno de los otros policías estaba por aquella absurda labor, de manera que decidieron salir con los fusiles colgados a la espalda y con maneras conciliadoras, momento en el que los manifestantes confraternizaron con ellos, ante la cólera de aquel sujeto al que sus estrellas, y tal vez alguna otra cosa, impelían a situarse fuera y en contra del curso de la Historia.

Según recordaba, los años siguientes fueron agitados, y a él le tocó vivir de manera muy directa aquella agitación. Contra lo que algunos sostienen, la República, tanto con el gobierno de Azaña como con los posteriores, incluido el del Frente Popular, se fajó en el mantenimiento de lo que entonces se llamaba orden público, y

mi abuelo fue ejecutor frecuente de aquella tarea, que recordaba como especialmente ingrata y peliaguda. Entre otras cosas, porque antes de que se generalizara el despliegue de unidades especializadas, desde la embrionaria sección de Gimnasia del propio cuerpo, hasta las unidades de Asalto, creadas por la República, los guardias no tenían nada ni remotamente parecido al moderno material antidisturbios, por lo que les tocaba disolver las manifestaciones sable en mano. Solía evocar una ocasión en que una mujer se encaró con él y lo llamó cabrón, hijo de perra y otras lindezas similares, y cómo después de tragar quina ya no pudo más y la acabó espantando de un sablazo en el culo. Con la parte plana, eso sí.

El 10 de diciembre de 1935 volvía la desgracia a llamar a la puerta de Manuel y Patrocinio. Su cuarto hijo, tercero de los que les vivían, nacido en 1932, y al que habían puesto de nombre Juan Antonio, como al que habían perdido, moría a los tres años, un mes y veinticuatro días de edad, según anotaría Manuel en la relación de hechos de su vida.

Hacia la primavera de 1936, mientras prestaba servicio de custodia de detenidos, tuvo Manuel ocasión de tratar a un individuo singular, que le dejaría por su relevancia y posterior suerte una honda impresión: José Antonio Primo de Rivera, hijo del Dictador y por aquellas fechas en prisión por sus actividades ilegales como dirigente de la Falange, responsable de numerosos hechos violentos. Según contaba, tenía un pico de oro, con el que se metía a todo el mundo en el bolsillo, incluso a los policías, a los que les decía que tan pronto como triunfara la revolución que él iba a encabezar dejarían de ser los perros de presa de caciques y plutócratas para defender de verdad al pueblo. No dejó tampoco de dar muestras de su principal defecto, la soberbia, con ribetes frecuentemente coléricos (algo de lo que, por cierto, el propio personaje se acusa en sus escritos). En cierta ocasión, cuando fueron a por él a la celda, con el encargo de llevarle ante un comisario que quería interrogarle, el prisionero, echando espumarajos, les espetó:

—Decidle al comisario que no me da la gana ir, porque si voy le agarro de los cuernos y le doy cuatro vueltas al pescuezo.

Al final, después de aplacarlo los guardias con paciencia y buenas palabras, se avino a subir donde el comisario, ante el que se comportó y declaró, dicho sea de paso, de manera razonable y civilizada.

El golpe de Estado de julio de 1936 encontró a Manuel en Madrid, donde fue testigo de las algaradas populares frente a la sublevación de parte de las tropas acantonadas en la capital. También asistió al cerco, bombardeo y asalto final del cuartel de la Montaña, donde se hicieron fuertes los sublevados, muchos de ellos pasados sin más trámite por las armas. Más de una vez, siendo yo niño, me llevó hasta

aquella explanada (donde luego instalaron el templo egipcio de Debod) prolongando los paseos que dábamos por el parque del Oeste, mientras me enseñaba los nombres de los árboles y de los pájaros y los indicativos provinciales de las matrículas de los coches y se asombraba de que con tan sólo cuatro años yo los retuviera todos. En aquel verano del 36, hizo lo que creía que era su deber: como el grueso de las fuerzas de seguridad en aquellos días, se mantuvo a las órdenes de sus superiores y al servicio de la República, frente a quienes se habían alzado contra ella y se habían situado así de manera flagrante fuera de la ley.

Sin embargo, pronto se le hizo evidente que la causa que había abrazado no iba a ser siempre, ni estrictamente, la de la legalidad. Lo comprobó de la manera más amarga cuando, estando de servicio en un centro penitenciario de la capital (tal vez fuera la Modelo, pero no lo puedo asegurar con certeza), se presentaron una noche varias decenas de milicianos comunistas para llevarse a los allí recluidos, con la firme resolución de convertirse en sus jueces y verdugos, aunque ninguna ley les permitiera ajusticiarlos. Entre los allí detenidos, y luego paseados con rumbo a las tristemente célebres cunetas de Paracuellos, quiso el destino que estuviera un teniente con el que había coincidido Manuel en su batería, durante el servicio militar, y junto al que por cierto aparece en la única fotografía que conservo de él en aquella época. Al reconocerlo entre los presos, le ofreció su ayuda, si se le ocurría algo que pudiera hacer por él. A lo que el oficial, que en la foto es un joven de uniforme flamante y mirada triste, como si pudiera intuir lo que la vida le tenía reservado para apenas diez años después, le dijo:

—Y qué vas a hacer. Te lo agradezco, de todos modos.

Verse desbordado de aquella forma, junto a sus pocos compañeros, por una partida de matarifes que se erigían en el orden republicano, o más bien en su siniestra y grotesca parodia, resultó para él, según me reconoció casi medio siglo más tarde, una experiencia traumática y desconcertante, a la que seguirían muchas otras. Durante sus tres años en el Madrid asediado, donde permaneció con su mujer y su segunda hija, Isabel, nacida en 1937, mientras los dos hijos mayores, a quienes la rebelión militar sorprendió de veraneo en el pueblo, estaban en zona nacional y sin ninguna comunicación con sus padres, Manuel fue testigo impotente de multitud de atropellos. Incluso sufrió alguno. Tal fue el caso una tarde que llegó de la comisaría y se encontró a su mujer y a su hija, apenas un bebé, en la calle. Un grupo de milicianos había requisado el pequeño bajo en el que vivían y las había echado con cajas destempladas. Policía y todo, a mi abuelo no le quedó otra solución que buscarse otro techo bajo el que meter esa noche a su familia. O lo que es lo mismo: a su mujer, su hija pequeña y su padre, mi bisabuelo, Francisco Amador Martín, al que el golpe del

18 de julio sorprendió en Madrid, de visita, y que durante toda la guerra estuvo a su cargo, cada vez más triste y apagado por su reciente viudedad, por estar alejado del pueblo y por no saber lo que había sido de su familia.

En el pueblo, según el testimonio de mi tía Esperanza, lo que entre tanto sucedía era que a ella y a mi tío Manuel el maestro que les daba clases en la escuela pública, un fascista entusiasta, los trataba como a perros por ser, según les decía una y otra vez, «hijos de rojos». No era sólo que mi abuelo fuera policía en Madrid a las órdenes del gobierno republicano, sino también que su hermano, mi tío abuelo Eladio, se había distinguido desde muy joven como militante de izquierdas, y había llegado incluso a hacer algún amago de mitin en el pueblo despotricando contra el poder y los privilegios del señorito. Su nombre estaba en la lista que traían los falangistas cuando fueron a «limpiar» el pueblo, aunque no consiguieron su propósito: con mi tío abuelo porque estaba en Madrid, donde llegó a ser comisario político, a las órdenes de Líster, y con los demás porque el alcalde, un hombre que supo mostrar decencia y corazón, los avisó a tiempo y pudieron esconderse para sustraerse a los exterminadores. También su intervención fue decisiva para que el maestro dejara de vejar a los dos niños, a mi tía de palabra y a mi tío, además, con frecuentes reglazos en la cabeza, y los readmitiera en la escuela de la que llegó a echarlos. No es de extrañar que tras la guerra, y pese a la victoria de los suyos, el maestro, a quien más de uno sospechaba tras la lista que trajeron los falangistas, viviera recluido en su casa, sin hablarse prácticamente con nadie, mientras el alcalde gozaba del aprecio de todo el pueblo.

Madrid, entre tanto, era una ciudad asomada al frente, y expuesta a los peligros y percances que esa condición traía consigo. Contaba mi abuelo que a partir del año 1937, cuando la República fue capaz de poner cierto orden en su retaguardia, su trabajo consistía en buena medida en localizar a los milicianos fugitivos que dejaban su lugar en el frente, en la sierra o en la Ciudad Universitaria, para salir de juerga por la capital. Mientras él y sus compañeros los devolvían a sus unidades, se preguntaban cómo conseguiría ganar la guerra un ejército que ni siquiera era capaz de garantizar que sus soldados no abandonaran su puesto frente al enemigo con el más mínimo pretexto.

En otra ocasión, los llamaron de una casa próxima a la calle Fuencarral, donde decían haber sorprendido a un colaborador del enemigo. Él y un compañero se presentaron en la dirección que les dieron y se encontraron con un hombre mayor y de aspecto inofensivo al que zarandeaban con violencia entre gritos de «fascista» y de «traidor». Lo rescataron de quienes ya pedían su cabeza y se lo llevaron a comisaría.

Por el camino, le preguntaron por qué lo habían denunciado, y el hombre, aterrado, les dijo que él no había hecho nada, que era mayor y salía adelante como podía, que él no estaba metido en nada. Tal impresión de desvalimiento le dio a mi abuelo que, tras cruzar una mirada con su compañero, le dijo que al llegar a la siguiente bocacalle se metiera en ella y desapareciera tan deprisa como pudiera, que ellos seguirían su camino. El hombre pareció no entender, o acaso temió que fuera la ocasión para dispararle por la espalda. Al final, debió de fiarse de mi abuelo e hizo lo que le decía. Manuel no volvió a verlo hasta varios años después, cuando a él ya lo habían echado de la Policía con deshonor, por rojo, y llevaba una existencia algo más que precaria en el Madrid de la posguerra. Yendo por la Gran Vía, alguien le tocó el hombro y, al volverse, vio a un hombre vestido de sacerdote, a quien no reconoció. Fue él mismo quien le recordó cuándo y cómo le había salvado la vida, y se le ofreció para lo que pudiera necesitar. Como a su antiguo teniente, aquella noche siniestra del otoño de 1936, a mi abuelo no se le ocurrió qué pedirle. No volvió a saber de él.

En enero de 1939, casi al final de la guerra, murió mi bisabuelo, Francisco Amador. La pena lo había ido hundiendo, y al final de sus días, con la cabeza perdida, ya ni siquiera salía de la cama. La puntilla, según mi abuelo, la recibió cuando vio marchar a su hijo Eladio, el comunista, que abandonó la capital camino del exilio, del que volvería años después como dirigente del partido en la clandestinidad.

Cuando Madrid cayó en manos de los nacionales, a Manuel y al resto de sus compañeros de comisaría los sometieron a depuración. Durante varios meses, la situación fue casi surrealista. Aun sin tener cargos concretos contra ninguno de ellos, más allá de su lealtad a la República, el jefe policial encargado de depurarlos les hizo ver que no tenía más remedio que echarlos a todos, y que más valía que le dieran algún motivo para justificarlo que no fuera demasiado grave. Así fue como unos se acusaron a los otros, y mi abuelo, por ejemplo, asumió como culpa determinante de su expulsión del cuerpo haber sido un agente de confianza de los jefes de su comisaría. Otra prueba en su contra fueron las cotizaciones que, como todos, había hecho al Socorro Rojo. La expulsión se materializó en un escueto oficio, fechado el 9 de febrero de 1940, que guardó y tengo a la vista, por el que el comandante juez instructor del expediente (firma ilegible) comunica al guardia del cuerpo de Seguridad y Asalto don Manuel Amador García —cuyo nombre está mecanografiado en rojo, sobre texto en carboncillo, lo que sugiere que se trata de uno entre múltiples oficios del mismo tenor— que queda suspendido de empleo y sueldo con fecha 14 de noviembre de 1939 «por haber sido propuesta su baja en este cuerpo».

Con poco menos de cuarenta años, y tres hijos a cargo, se veía, después de una década de servicio, en la puñetera calle, sin forma de ganarse la vida y portando en la

frente el estigma del derrotado, que en el Madrid de los vencedores era tan pesado como en años sucesivos tendrían ocasión de averiguar él y los suyos. Para llevarle algo de pan a su familia trabajó de maletero en la estación del Norte, cargó camiones y aprovechó su instrucción para enseñar lengua y aritmética a niños del barrio, hasta que el carnicero de la esquina, al que recordaba levantando el puño pocos años atrás, hizo méritos denunciándolo por dar clases sin ser maestro titulado y le prohibieron que lo hiciera.

Al final entró a trabajar de favor en una fábrica, donde le destinaron a una labor insalubre, el manejo de una máquina cuyos residuos acabaron perjudicando su salud, hasta el extremo de provocarle un vómito de sangre del que se salvó con una transfusión que le hicieron del brazo de mi abuela, en plena calle. Durante los años que tardó en reponerse, a ella le tocaría ser el sostén de la familia, con lo poco que podía sacar con su máquina de coser y limpiando los pisos señoriales de un edificio de la calle del Marqués de Urquijo, uno de cuyos sótanos interiores pudieron alquilar por intercesión de su hermano, afecto al nuevo régimen y portero de la finca. El sótano interior donde yo lo conocí, a mi abuelo, y en el que viviría el resto de sus días.

Allí fue, mientras padecían la miseria y el oprobio, donde el 17 de noviembre de 1942 nació su hija pequeña, Francisca. Mi madre.

Y ahora que queda hecha la semblanza resumida de mis ancestros, y expuesta la forma en que a dos hombres dignos les pasó por encima la apisonadora de la Historia, desbaratando en mayor o menor medida sus respectivas existencias y concediéndoles poca o nula recompensa por sus sacrificios y su fidelidad a sus principios, creo que puede entenderse mejor ese *desde dónde* narra quien esto escribe. Declaro una vez más que me siento orgulloso de que corra por mis venas la sangre de esos dos hombres pobres y enteros, salidos hace ahora un siglo del campo andaluz y del campo castellano, que creyeron encontrar su camino en el empeño de vestir con honor un uniforme y que, por distintos motivos, vieron su suerte truncada mientras lo llevaban.

Sus itinerarios vitales, su papel en la tragedia de su país, y más allá de eso (porque en los itinerarios y los papeles que las personas asumen pesan a menudo circunstancias que los exceden) lo que en cada caso decidieron hacer y no hacer, en la pequeña parcela en que pudieron ejercer su albedrío, son la premisa principal de mi mirada. Tras medio siglo de indagaciones y lecturas, prestando oídos a unos y a otros, y tratando de hacer juicio crítico del relato y la propaganda perpetrados desde ambos lados de la trinchera ideológica, esta memoria de los míos mantiene para mí su valor de soporte primordial, porque nada de lo que he averiguado y conocido me ha llevado a renegar de ellos, y menos aún a creer que fuera justo lo que para ellos no lo fue.

Insistiré una vez más, para no engañar a quienes puedan disentir del relato que me propongo hacer, y no robarles su tiempo, en que no pretendo ser aséptico, porque no tengo ni creo que nadie tenga esa capacidad y porque el trasfondo de esta historia es para mí, por más que haya quien se obstine en negarlo, el derribo de una república que era fruto de la voluntad popular por parte de quienes se apoyaron, sobre todo, en la fuerza de las armas y en su determinación de usarlas sin contemplaciones contra sus compatriotas. Pero también porque no he aprendido a excusar las matanzas de seres humanos indefensos por el hecho de que así lo prescriba la afección a un partido o a una causa, y espero no ser capaz de hallarle a eso jamás una disculpa, como espero no poder nunca dejar de sentir compasión por los masacrados.

Poco o nada me preocupa que esta declaración pueda ser interpretada por quienes la lean desde una visión fanática, la que sea, como una forma de nadar y guardar la ropa, un situarse a medio camino de todo y de nada, un ejercicio de tibieza u otra fórmula de descrédito de las usualmente arrojadas sobre quienes no se pliegan a los imperativos de la adhesión incondicional. He vivido en mi país el tiempo suficiente para juzgar cómicos los argumentos de quienes tratan de hacer ver que no

ser férreo partidario de algo es un comportamiento dictado por la conveniencia, cuando a la vista está que en el solar hispano, ya desde antes de 1936, quienes han recaudado las más jugosas plusvalías, económicas y de otra índole, son justamente quienes con más ahínco levantaban el brazo, fuera cual fuera la forma que adoptaba la mano en el extremo. Y son quienes se negaron a secundar las consignas y los ademanes, fueran cuales fueran, los que sistemáticamente acabaron cosechando el desprecio, el ostracismo y el olvido, sin poder volverse, ni a diestro ni a siniestro, a una santa cofradía que les diera el amparo de la pertenencia, la cálida caricia de la aprobación gregaria.

Son tantos los ejemplos: Ramón Sender, Manuel Chaves Nogales, dentro de mismo quehacer que convertí en mi oficio, y junto a ellos muchos otros ilustres solitarios, que lo fueron por negarse a endosar la barbarie, proviniera de donde proviniera, y por tratar de mantener la humanidad y el sentido de la justicia, fuera quien fuera el que tuvieran delante. Es a la soledad poblada por gente como ellos a donde algunos sentimos que pertenecemos, y por muchos esfuerzos que hiciéramos no lograríamos nunca formar parte de ninguna otra fraternidad. Ni siquiera cuando tratan de archivarnos, burda y maliciosamente, en esa insigne caja vacía de nuestro tiempo: la corrección política, que ya no es más que una etiqueta inerte para designar lo indebido con arreglo al devocionario que el creyente en cuestión profesa. Una de las muchas formas que nos hemos inventado de no decir nada, de la que hay que zafarse como del moscón en busca del único abrevadero en el que pueden saciar su sed las almas que aspiren a mantener la mirada limpia y a alcanzar alguna libertad: la verdad, la diga quien la diga, le convenga a quien le convenga y le moleste a quien le moleste.

Y dicho esto, es hora de partir, al fin, en busca del hombre de cuya historia se trata. Ese otro ilustre y olvidado y malogrado solitario; ese hombre de bien y de principios que también hizo, por encima de todo, lo que sentía que le imponía su deber: José Aranguren Roldán.

Podría escribir que me encontré con la figura de José Aranguren en algún momento de 2009, mientras trabajaba, bastante a destajo, todo hay que decirlo, en la preparación de lo que acabaría siendo un libro titulado *Sereno en el peligro* y subtulado *La aventura histórica de la Guardia Civil*. Se trataba de un ensayo que, a partir de un resumen de los hechos más relevantes protagonizados por los guardias civiles en el siglo y medio largo de existencia del cuerpo, intentaba ofrecer una interpretación, forzosamente personal y subjetiva, pero lo más fundada posible, de la significación histórica de la institución en la España contemporánea, del carácter de sus miembros y de las claves profundas, y en absoluto casuales, que permitían explicar su pervivencia.

Podría sostener aquí, en efecto, que me encontré con Aranguren, de quien sólo tenía alguna noticia, somera y vaga, cuando, profundizando en el desempeño de la Guardia Civil en la Segunda República, en el alzamiento que acabaría por derribarla y en la guerra civil, se me apareció el personaje con su perfil humano singular, tal y como se desprendía de sus dichos y hechos en ciertos momentos cruciales, como el de su oposición al golpe en Barcelona o el de su fusilamiento. Podría afirmar que así me encontré con su temple, su sereno estoicismo, su mirada profunda y limpia que me recordaba la de mi abuelo Manuel, pero a medida que pasa el tiempo, incluso a medida que van creciendo estas páginas, tengo la sensación de que fue al revés: que Aranguren me terminó encontrando a mí. Porque no podía ser de otra manera, porque la suya era una historia que me estaba destinada, y porque su aventura personal, que ha cosechado la relativa indiferencia (cuando no la ignorancia deliberada y aun mezquina) de historiadores de uno y otro signo y el silencio casi total de los literatos, resonó al instante en mis oídos con un estruendo que no podía ignorar; que me imponía, de forma perentoria, el deber con el que ahora trato de cumplir.

En aquel libro ya dejé constancia de su peripecia y su personalidad, muy sumariamente, porque allí la suya era una historia entre muchas, pero con la intensidad suficiente como para que no pasara inadvertida al lector, al que también quise dejar huella con una de sus fotografías más significativas, debida a la cámara de Agustín Centelles, en la que aparece imponiendo la medalla militar a un féretro, en Barcelona, a finales de julio de 1936. Volví a recordarle, de modo más sucinto, en varias ocasiones más. Por ejemplo, en una pieza titulada «El otro Dragon Rapide» publicada en la revista *Tinta Libre* en octubre de 2013. En ella, a propósito de la figura del general Miguel Núñez de Prado y Susbielas, héroe de Marruecos e

inspector general del ejército, que voló a cuerpo limpio hacia la muerte en un avión militar Dragon Rapide (mientras Franco volaba de incógnito hacia Tetuán en otro aparato del mismo modelo, civil y alquilado por sus partidarios), se evocaba a los militares africanistas que no se sublevaron contra la República, sino que arriesgaron, y muchos dieron, su vida por ella. También deslicé una breve alusión a Aranguren en la novela *La marca del meridiano*, donde dos guardias civiles viajan a Barcelona para esclarecer el asesinato de un compañero, ocasión en la que el protagonista recuerda al general que allí selló su suerte por atenerse a su código de honor.

Fue justamente esta mención la que provocó algo que refuerza mi sensación de que Aranguren me encontró a mí, tanto o más de lo que yo pude encontrarle a él. Sucedió el 23 de enero de 2013, cuando recibí en mi buzón de correo electrónico el siguiente mensaje, que transcribo, por su naturaleza personal y familiar, con permiso de su autor:

La Coruña, a 23 de enero de 2013.

Estimado Lorenzo:

Lo primero de todo, pedirte disculpas por el trato utilizado en estas breves líneas a la hora de dirigirme a ti, pero son varias las circunstancias que, de una forma u otra, nos vinculan aunque lejanamente. Me explico. Compartimos onomástica, ambos nacimos en 1966, yo soy Abogado y sé que tú has ejercido la profesión.

El motivo de este e-mail no es otro que el transmitirte mi más sentido y profundo agradecimiento por tu recuerdo a uno de los grandes olvidados de nuestra Guerra Civil: el General Aranguren.

Me comprenderás si te digo que mi padre se llamaba Lorenzo Rubio Aranguren; su madre, esto es, mi abuela, María de la O Aranguren de Ponte, y el padre de ésta, José Aranguren Roldán.

Conservo, con respeto y orgullo, la Cruz de oro que llevaba cuando lo fusilaron (uno de los poquísimos recuerdos personales que permitieron a sus hijas retirar), una pitillera de plata obsequio del propio Francisco Franco y firmada por éste, así como el fajín de General regalo de sus amigos, Jefes y Oficiales del Prime Tercio con motivo de su ascenso el 28/03/1936.

Por ello, quería hacerte partícipe de los sentimientos de alegría y orgullo que me atenazaron al leer, ayer noche, tu cita a mi bisabuelo en «La marca del meridiano».

En nombre de mi familia y en el mío propio, GRACIAS.

Un abrazo.

Lorenzo Rubio Sánchez del Valle.
Abogado.

Puede imaginarse el escalofrío que recorrió mi espalda al leer este mensaje, enviado por un descendiente del hombre sobre el que ya por entonces tenía el firme propósito de escribir un libro. Que su bisnieto se llamase Lorenzo, como yo, que hubiera nacido el mismo año, y que compartiéramos incluso la profesión de abogado a la que dediqué una década larga de mi vida y de la que nunca podré (ni tampoco deseo) desprenderme del todo, era un cúmulo de casualidades que incluso alguien como yo, nada proclive a creer en conexiones esotéricas, no podía dejar de recibir

como una interpelación, añadida a la ya sentida cuando tuve noticia precisa de la historia de José Aranguren.

Quizá sea oportuno añadir aquí que una de las consideraciones que me impulsaban a emprender un proyecto literario sobre su figura era el hecho de que otro señalado y malogrado guardia civil presente en Barcelona en julio de 1936, el coronel y luego general Escobar, sí había tenido quien le escribiera, en la persona del novelista José Luis Olaizola, que con su novela *La guerra del general Escobar*, más tarde llevada al cine, y a raíz de ello bastante popular, había ganado el Premio Planeta en el año 1983. Sin negarle méritos a aquel coronel, que mandaba el Tercio urbano de la ciudad y que al frente de sus hombres se enfrentó en las calles con los militares sublevados (lo que también le costó morir fusilado, al final de la guerra), el papel de José Aranguren presentaba para mí un plus, que también añadía un plus de escarnio a su olvido: él era el superior de Escobar, y quien hubo de tomar la decisión que sus subordinados luego pusieron en práctica. Por sus manos pasó y sobre su corazón pesó la suerte de la sublevación en Barcelona, y así se le cobró, sin piedad y con intereses, por los vencedores.

Respondí de inmediato a mi tocayo y colega, poniéndole al corriente de que no era la primera vez que escribía acerca de su bisabuelo y trataba de rescatar su figura del olvido en que parecía yacer. Tanto dentro de la propia Guardia Civil como en Cataluña y más en concreto en Barcelona, donde por entonces yo vivía, y donde había comprobado, una y otra vez, que incluso personas de cierta formación lo ignoraban todo del papel desempeñado por la Guardia Civil, a las órdenes de Aranguren, en aquellos cruciales días de julio de 1936, en defensa de la Generalitat y para salvar Barcelona para la República. Como también desconocían el precio que por mostrarse leales a la autoridad legítima les tocó pagar a aquel general y a muchos de sus subordinados.

Le hice saber que tenía el firme propósito de escribir un libro sobre su bisabuelo, un relato novelado de los hechos en los que participó, de su comportamiento en aquella hora de incertidumbre y de la injusta y atroz represalia, disfrazada de grotesco procedimiento legal, a la que por ello fue sometido y que le llevó a ser condenado, por el delito de rebelión militar, justo por aquellos que habían sido los rebeldes. Que mi novela quería narrar todos esos acontecimientos, pero también, en la medida de lo posible, retratar al hombre: de dónde venía, quién era y por qué se comportó como lo hizo, pudiendo haberlo hecho de otra forma, que habría acabado siéndole más ventajosa. Y también, ya que tenía ocasión de hablar con él, lo que por razón de su elección vital acabó cayéndole a su familia. Como descendiente de derrotados, sabía de la penitencia que no sólo a ellos, sino también a los que les

eran próximos, había tenido a bien imponer el régimen triunfante.

Al día siguiente, recibí otro mensaje, que creo que también merece la pena que transcriba, de nuevo con la autorización de su autor:

Estimado Lorenzo:

Tengo que reconocer que tu rápida contestación a mi anterior e-mail, así como las palabras que empleas al hablar de mi bisabuelo, me han emocionado profundamente, pero la verdad, más si cabe, el sincero interés que muestras en su persona y el proyecto de novela que sobre él me anticipas.

Es una pena que mi padre nos hubiera dejado tan prematuramente, pues él, como nadie, hubiera podido despejar cualquier duda sobre su abuelo del que, dicho sea de paso, heredó un gran parecido físico, su hombría de bien y las no pocas dificultades a las que tuvo que hacer frente, en su carrera militar, por el simple hecho de haber sido nieto del General Aranguren. Sin duda hubiera disfrutado rememorando su vida, sobre todo a sabiendas de que estaría aportando un pequeño grano de arena para hacer justicia a la memoria de aquel que antepuso un juramento de lealtad a su propia vida.

En una familia a la que la guerra civil tuvo el morboso capricho de enrolar en bandos opuestos a padre y a hijos, la memoria histórica, lejos de los histriónicos planteamientos oficiales, fundamentados en tesis mercantilistas, de oportunidad y partidismos (postergando, en definitiva, la realidad), sólo se ha entendido desde el sentimiento interiorizado de justicia y verdad.

En todo caso, quiero que sepas que mi familia, no sólo estaría dispuesta, sino encantada, de poder atender cualquier requerimiento de información que sobre el particular tuvieses a bien realizar. Quedo, en definitiva, a tu entera disposición.

A raíz de este mensaje inicié con mi tocayo una fluida comunicación epistolar por vía electrónica. En seguida me remitió a quien, una vez desaparecido su padre, era a su juicio el principal depositario de la memoria familiar: uno de los nietos varones del general, su tío José Antonio Cobreros Aranguren, cuyo correo y teléfono, amablemente, me facilitó. Y así fue como José Aranguren Roldán, el ser humano, empezó a dibujarse ante mí, con perfiles cada vez más definidos.

Son alrededor de las seis de una soleada tarde de primavera en Madrid. Falta poco para que llegue un verano, el de 2016, que será especialmente cálido, casi abrasador, en la capital del reino, y el calor ya se hace sentir en sus calles. La escena sucede en una umbría y vetusta estancia, la biblioteca del Casino de Madrid, en la calle de Alcalá. José Cobreros Aranguren, un hombre de setenta y tres años, porte erguido y cabello peinado hacia atrás como su antepasado José Aranguren Roldán, al que se parece levemente, aunque le aventaja en estatura, se detiene ante un busto de mármol. Representa a José Sanjurjo Sacanell, quien, además de general en jefe en Marruecos último director general de la Guardia Civil con la monarquía y primero con la República, y por dos veces, en 1932 y 1936, golpista contra esta, fue designado presidente perpetuo de la casa que ochenta años después (cuarenta de régimen autoritario y otros cuarenta de monarquía) aún lo recuerda.

—Míralo, ¿te suena? —me pregunta.

Asiento. Desde luego que me suena, he visto muchas fotos de él, tomadas en Marruecos y en fechas posteriores, aunque quizá las más llamativas son las del juicio que se le hizo por golpista en 1932, en el que demostró su peculiar sentido del humor cuando, a la pregunta del presidente de la sala que lo iba a sentenciar acerca de los apoyos con los que contaba para la sublevación, le respondió sin inmutarse:

—Con usted el primero, si hubiera triunfado.

El busto es excelente, no en vano lo firma Benlliure, uno de los más reputados escultores españoles. Según parece, se lo encargó la junta directiva de la institución después de la guerra civil, para congraciarse con las nuevas autoridades, tras la utilización del edificio durante la contienda como hospital de sangre por Izquierda Republicana. No fue el único busto que le pidieron al artista: el encargo, por un importe de cuarenta mil pesetas, toda una fortuna, fue de dos piezas. Descubro de quién es el otro busto cuando José me lo señala y me dice, sonriendo:

—Y mira quién está ahí.

Miro y, cómo no, lo reconozco al instante. No es otro que Francisco Franco Bahamonde, en su mediana edad, poco después de alcanzar la jefatura del Estado. Es también notable, aunque quizá no tanto como el otro, o quizá sea que es una efigie mucho más vista, o que me resulta más antipática, la subjetividad juega a veces estas pasadas. El caso es que lo que acaba de señalarme José, con esa retranca gallega que he advertido en él desde el mismo momento en que nos hemos saludado, a la entrada del edificio, tres horas atrás, es el busto del hombre que fríamente ratificó y ordenó

que se ejecutara sin dilación a su abuelo. Un ferrolano como él, con el que para más inri había tenido trato cotidiano allá por 1932, año en el que uno era gobernador militar de La Coruña y el otro mandaba el Tercio de la Guardia Civil con sede en esa ciudad. Llegó la confianza hasta el extremo de que prácticamente todas las semanas iba Aranguren a visitar a Franco a su casa, junto a su esposa y su hija, o era el futuro dictador el que hacía otro tanto.

Estamos allí porque José, que es socio del Casino, me ha citado en él para almorzar, entregarme documentos y fotografías de su abuelo y empezar a contarme las historias y los recuerdos que de José Aranguren, a quien no conoció, y de su familia, han llegado hasta él. Hemos tomado en el comedor para socios un menú económico y sustancioso, cuya cuenta ha insistido en pagar y no me ha dado opción a compartir. En el almuerzo me ha contado por encima su vida como ingeniero de Caminos, hasta hace pocos años en la plantilla de la empresa pública de infraestructuras ferroviarias Adif, para la que supervisó las obras del túnel del AVE bajo la sierra de Guadarrama, y yo le he dado cuenta somera de la mía. Luego hemos subido a la cafetería anexa a la biblioteca para tomar un café, momento en el que ya hemos entrado en materia. Tras una larga conversación, acabamos de pasar de su lápiz de memoria al mío los archivos gráficos y de texto que me ha traído. Antes de dar por concluida esta primera sesión de confidencias, ha querido mostrarme ese homenaje al dictador que acoge la biblioteca de la institución; según algún periódico, con la oposición de no pocos de los socios actuales y gracias a la determinación de la junta directiva, que aduce su valor artístico y alega que el Casino es un club privado al que no afectan las leyes sobre memoria histórica. El hecho es que, a estas alturas del siglo XXI, sorprende ver un busto de Franco, de quien apenas quedan estatuas a la vista, excepción hecha de aquella que le recuerda como comandante del Tercio ante la ciudadela de Melilla la Vieja y alguna otra que algún recalcitrante mantiene por ahí.

Sin embargo, en la mirada que le dedica este hombre, que se tropieza con el busto y me permito imaginar que se queda observándolo cada vez que va a ese club (del que es socio, me explica, porque paga una cuota módica y le vienen bien sus servicios cuando está en Madrid), hay algo que va más allá de la sorpresa o el rechazo que la imagen del antiguo Caudillo y Generalísimo de todos los ejércitos pueda hoy suscitar en muchos ciudadanos, y por descontado nada tiene que ver con la nostalgia que de su figura aún cultivan otros. En la sonrisa resignada con que me lo muestra está el sedimento de siete décadas de añoranza de ese abuelo al que nunca conoció, y de casi cuatro de arrastrar por el país del que Franco fue amo y señor el baldón de llevar la sangre, el nombre y el apellido de quien osó plantarle cara a la

sedición que condujo a aquel general ambicioso y calculador a la más alta magistratura del Estado. Ha padecido primero José, el nieto, el desdén y el repudio de un régimen sin piedad hacia el adversario, y que mostró especial inquina con aquellos que ponían en evidencia que la rebelión no era un imperativo categórico para los uniformados, sino una opción que unos tomaron y otros declinaron, porque era otra cosa lo que les exigían sus juramentos militares y su honor. Y luego, cuando el régimen se extinguió con su cabeza visible, le ha tocado convivir con el olvido, la ignorancia y aun la indiferencia hacia la memoria de esos militares que, como su abuelo, lo empeñaron y perdieron todo por una República que, a la postre, sucumbió sin dejar herederos que la recordasen más que como un instrumento de su particular ideología, y por un país que desde siempre se complace en afligir y maltratar a aquellos de sus hijos que más generosa y limpiamente se sacrifican por él, mientras que premia con largueza a quienes especulan a su costa.

Todo esto lo leo en su mirada en la que hay un deje de ironía y amargura, o quizá me lo invento por contagio de la percepción que a partir de los avatares de mi gente marca e impregna mi propia mirada. Lo que creo poder asegurar es que en la manera en que contempla la efigie impasible del hombre que mandó asesinar a su abuelo, tras un simulacro de juicio encaminado a convertir la lealtad en su contrario, no hay encono ni rencor. La pérdida impuesta ya con el nacimiento, los años vividos en la conciencia de que aquel caudillo inclemente se había permitido no sólo fusilar al hombre justo y cabal cuyo nombre lleva, sino a muchos otros, e imponer día a día a millones, incluido él mismo, su estrecha visión del mundo, lo han arrojado a una especie de perplejidad asumida, con la que constata (y acepta, sin dramatismo) la continuidad en esta biblioteca y aun más allá, en la mente de no pocos de sus compatriotas, de la herencia envenenada del autócrata.

Unos minutos más tarde me despido de él, de nuevo a la puerta del Casino. Y mientras echo a andar bajo un calor excesivo para la fecha, y siento que me sobran la americana y la corbata que el club privado impone como requisito para acceder a sus salones, pienso que este hombre, como yo mismo y como tantos otros, ha llegado a desarrollar la convicción de que la Historia defrauda una y otra vez las mejores expectativas y frustra los más nobles propósitos, favoreciendo en cambio las peores intenciones y que se cumplan los más oscuros augurios. Una convicción con la que toca aprender a convivir con la mayor serenidad posible, lo que no quiere decir conformarse o darse por vencido. Lo que la Historia nos hurta y deniega, lo conquista y nos lo otorga la literatura. De nuestra conversación, y de las fotos y papeles que llevo en mi lápiz de memoria, puede ya empezar a brotar el cuento. Es hora de emprender la reivindicación: el desquite del arte sobre la vida.

José Carlos Ricardo Alberto Aranguren Roldán nació en el número 7 de la calle de San Eugenio, en Ferrol, el 8 de abril de 1875. Era hijo legítimo de José Aranguren Pérez de la Quintana, comandante retirado de Artillería y natural de Ferrol, que contaba por entonces cuarenta y nueve años de edad, y de Matilde Roldán y García, una joven de veintiséis años natural de Alicante. Nieto por línea paterna de José Aranguren Rodríguez-Carballo, ordenador numerario de Marina, también de Ferrol, y de Modesta Pérez de la Quintana, natural de La Graña; y por línea materna de Constantino Roldán y Tomasi, capitán de Infantería y natural de Valencia, y Enriqueta García y Morillo, natural de Madrid.

Los orígenes de su apellido, como salta a la vista, remiten al País Vasco, y en concreto a Urnieta (Guipúzcoa), de donde procedían sus antepasados, una estirpe de marinos que recaló en Galicia hacia finales del siglo XVIII. El primero del que tengo noticia es Lorenzo de Aranguren Urdangarin, capitán de fragata, que vivió entre 1690 y 1765, padre de Miguel de Aranguren y Goyenechea, el tatarabuelo de José Aranguren Roldán, nacido en 1719 en Urnieta y fallecido en Ferrol en 1789, con el grado de brigadier de la Armada. También fueron marinos su bisabuelo, Miguel de Aranguren Arzueta, y su abuelo, José Aranguren Rodríguez-Carballo. Por cierto que *Aranguren* significa en euskera «el límite del valle», lo que no deja de resultar simbólico si se atiende a la biografía de quien llevaba ese apellido. Lo que su genealogía deja claro es que José Aranguren, por tradición familiar, estaba llamado a emprender, de un modo u otro, la carrera de las armas.

Y lo hizo a edad muy temprana. Huérfano de padre desde los ocho años, en 1890, con tan sólo quince, ingresó en el colegio preparatorio militar de Lugo, una ciudad con la que su vida y la de su familia acabarían teniendo una intensa vinculación. En esta decisión, tomada en cuanto terminó el bachillerato, debió de pesar sin duda el hecho de ser el primogénito de cuatro hermanos, todos a cargo de una madre viuda y sin más recursos que una magra pensión. Para el adolescente José Aranguren seguir los pasos de su padre era la opción natural, aunque cuando él nació el comandante Aranguren ya había pasado de manera prematura a la situación de retirado por enfermedad, después de una breve carrera militar en la que los dos hitos más destacados fueron sus intervenciones en la Vicalvarada en 1854 y en los sucesos revolucionarios de 1856. Tomó en ambos casos el partido del gobierno legalmente constituido, que no salió bien parado en ninguna de las dos ocasiones. Si bien no sufrió represalias, debido a su baja graduación, su ejecutoria en ambas asonadas

resultó premonitoria de la que ocho décadas más tarde iba a observar su hijo, frente a unos rebeldes que, para su desgracia, no mostrarían la generosidad de O'Donnell, el ambicioso militar liberal que a raíz de los hechos de 1856 se hizo con el poder.

Vivió Aranguren un año interno en el colegio, un edificio situado extramuros de la ciudad de Lugo, en el lugar de As Pedreiras, al pie del camino real de Castilla. Comenzado a construir como hospicio en 1792 por orden del obispo Felipe Peláez Caunedo, se concluyó en 1885 como Casa Municipal de Beneficencia, con el nombre de Asilo de las Mercedes, en homenaje a la boda de Alfonso XII con María de las Mercedes, celebrada en 1878, año en que se reanudaron las obras. Desde 1889 funcionaba como uno de los cuatro colegios militares preparatorios instituidos por Real Orden de 27 de febrero de 1888 para el ingreso en la Academia General Militar, entonces situada en Toledo.

Había sido reformado según el proyecto del arquitecto Nemesio Cobreros, que dispuso la distribución de aulas, dormitorios y salas de estudio, así como las siguientes dependencias relacionadas en el proyecto: «gabinete de física, gabinete-laboratorio, clase de física y química, departamento de la tropa y camareros, taller del sastre y zapateros, cuarto de baños, cuartos de corrección...». La descripción del proyecto arquitectónico sirve para imaginar la vida que allí se ofrecía a los adolescentes que aspiraban a seguir la carrera militar, y que supuso para Aranguren su primer contacto con los rigores castrenses. Según su disposición fundacional, el régimen de internado tenía «la sencillez y modestia que corresponde a quienes en su mayoría han de vivir después con sueldos reducidos», y la enseñanza se desarrollaba «bajo la benéfica y vigilante acción de los profesores». Y como la vida tiene estas coincidencias, resulta que aquel Nemesio Cobreros, el arquitecto que dispuso el austero espacio en el que Aranguren vivió desde el 29 de agosto de 1890, fecha de su ingreso, hasta finales de mayo de 1891, no era otro que el abuelo paterno de José Antonio Cobreros Aranguren, el nieto que a la vuelta de los años guardaría su memoria.

Estando en el colegio, el joven José Aranguren redactó de su puño y letra la instancia dirigida al director de la Academia General Militar, en la que optaba a una de las 246 plazas convocadas para aspirantes no procedentes de Ultramar. Fue admitido y marchó a Toledo a hacer el examen. Aprobó con el número 188 de los 276 finalmente admitidos, tras haber quedado vacantes una treintena de plazas reservadas para los aspirantes de Ultramar. El 29 de agosto de 1891, con dieciséis años, ingresó en la Academia como miembro de la IX Promoción. Allí recibió las enseñanzas comunes de Infantería, Caballería, Artillería, Ingenieros y Administración Militar

durante los cursos 1891-1892 y 1892-1893, pero no culminó el plan de estudios inicialmente previsto porque en junio de 1893 se dispuso la disolución de la Academia. El curso 1893-1894 pasó a la Academia de Infantería, situada también en Toledo, y el 10 de julio de 1894, con diecinueve años de edad, ascendió al empleo de segundo teniente del arma de Infantería, con el número 67 de 116.

Como subraya el autor de su única biografía publicada, dentro del volumen colectivo titulado *25 militares de la República*, el historiador y también guardia civil Jesús Núñez, al que sigo en este capítulo, se da la curiosa circunstancia de que en la misma promoción, con el número 112, obtuvo su despacho un alumno que se había visto obligado a repetir curso por su bajo rendimiento académico: José Sanjurjo Sacanell, a cuyas órdenes se había de encontrar José Aranguren años más tarde, durante las operaciones de Alhucemas de 1925 y también durante el paso de Sanjurjo por la dirección general de la Guardia Civil. Como remate de su relación, Sanjurjo sería el elegido por los militares sublevados para encabezar el golpe al que Aranguren iba a oponer a los guardias civiles bajo su mando. No es descabellado suponer que en todas esas ocasiones vendrían a la memoria de ambos aquellos días en los que uno se situaba en la parte media de la promoción y el otro en el pelotón de cola, aunque después la fortuna invirtiera las posiciones, favoreciendo al segundo con una carrera mucho más fulgurante.

Los nuevos oficiales fueron destinados a sus unidades, y a José Aranguren le tocó en suerte el regimiento de Infantería Luzón nº 54, que tenía sus batallones repartidos entre Lugo, Ferrol y Santiago de Compostela. Fue a parar al destacamento ferrolano, lo que hace pensar que pidió ese destino justamente para estar más cerca de su madre y de sus hermanos y que su número, relativamente alto, le permitió ser favorecido con su primera opción. Bien habría podido acomodarse en ese destino, con el que además seguía los pasos de su padre en el ejército. Sin embargo, durante su primer año de oficial, y al igual que otros cinco compañeros de promoción, hizo algo que no resulta fácil de interpretar, tanto por la falta de tradición en su familia como por el riesgo de ser destinado lejos de Galicia, como finalmente iba a suceder: presentó la instancia para solicitar su pase al cuerpo de la Guardia Civil. Aparte de las ya mencionadas, hay otra razón para considerar sorprendente esta petición: la carrera en el instituto benemérito era mucho menos ventajosa que en el ejército. Para ascender a capitán se tardaba entre quince y dieciséis años, frente a los ocho, o quizá siete, dado su buen expediente, que le habría llevado a Aranguren alcanzar ese empleo si hubiera decidido permanecer en Infantería. Sea como fuere, y por lo que fuere, pidió calzarse el tricornio, y le fue concedido.

Por Real Orden de 12 de octubre de 1895, a los veinte años de edad, fue

nombrado segundo teniente de la Guardia Civil. Tan sólo dos semanas después, fue destinado a la comandancia de Cádiz, donde realizaría su periodo de prácticas de seis meses a las órdenes del capitán jefe de la 8ª compañía, con sede en San Fernando. Durante los siguientes cuarenta y un años, y me atrevo a decir que incluso después de agosto de 1936, fecha en que el cuerpo se red denominó Guardia Nacional Republicana, José Aranguren Roldán viviría como guardia civil. Una condición que explica su carácter y sus hechos como quizá ninguna otra, de la que siempre estaría orgulloso, y a la que se mantendría fiel, hasta el último instante de su vida, frente al pelotón de fusilamiento que llevó a efecto la sentencia con la que unos esbirros disfrazados de jueces, deseosos de hacer méritos ante el hombre que se había adueñado del país, quisieron negársela y arrebatársela.

No pudieron, aunque sus leyes vengativas así lo declararan. Lo que uno es, vive y muere con uno, y sobrevive en la memoria que queda, cuando la marea de la Historia se retira y emerge la verdad de la que cada cual está hecho; esa verdad que no es la que se proclama, sino la que los actos, y sus consecuencias, acreditan como asumida.

Las dos primeras décadas de la carrera de José Aranguren como guardia civil vinieron marcadas por la movilidad característica del cuerpo y por la agitación social que sucedió al desastre del 98, coincidiendo con la descomposición del régimen caciquil de la Restauración bajo el reinado del que habría de ser su segundo y último monarca, el por muchas razones desafortunado Alfonso XIII. Si bien pudo regresar relativamente pronto a Galicia, en abril de 1896, fecha en que se incorporó para completar su periodo de prácticas a la comandancia de Orense, en los años posteriores el joven segundo teniente Aranguren recorrió un rosario de destinos. Mandó consecutivamente las líneas de Carballo, Ferrol (en un nuevo y breve intento de reunirse con su familia, durante diecisiete meses) y Arzúa, que dirigió hasta su ascenso a primer teniente en diciembre de 1900. Hubo de afrontar entonces un nuevo traslado, en esta ocasión a Cuenca, donde recibió el mando de la línea de Cañete. Estando destinado allí, el 21 de enero de 1901, se casó en Ferrol con María de la O de Ponte y de la Peña, natural de la recién perdida isla de Puerto Rico, e hija de los ferrolanos Juan de Ponte y Melchora de la Peña. Contaba María de la O veinte años cinco menos que el novio, y estaba llamada a ser la madre de sus hijos, la compañera de sus fatigas durante las siguientes cuatro décadas y, en ambas calidades, la sufridora principal de la áspera suerte que la vida le reservaba a aquel joven oficial, sereno y bien plantado, y siempre impecablemente vestido, de cuyo brazo salió de la iglesia, llena de ilusión, en aquella fría mañana ferrolana de principios de siglo.

Logró regresar Aranguren a La Coruña un año después, en enero de 1902, fecha en que se le nombró jefe de la sección de Caballería y la línea de la capital. Pudo así disfrutar especialmente de la que sería su gran afición, y casi su único vicio conocido: montar a caballo. Según cuenta su nieto, José Cobreros Aranguren, tal era su querencia por la equitación que no la perdonaba ninguna mañana, hiciera el tiempo que hiciera, y no pocas veces, mientras ocupó destino en el frío Lugo, regresaba con los carámbanos de hielo colgando del bigote que a lo largo de toda su vida, y fiel a la tradición benemérita, lució y mantuvo en perfecto estado de revista. Más de una fotografía se conserva de él montando a caballo, incluso alguna ejecutando una espectacular cabriola, y alguna otra con el brazo en cabestrillo por culpa de una caída. Recuerdan los suyos que no podía soportar ver a un caballo sangrando por los ijares, porque decía que quien conocía bien al animal no necesitaba meterle espuelas, y que una manía que tenía, cuando montaba con alguien, era ir a la misma altura que el otro jinete: la culpa la tenía el percance que había estado a punto de sufrir en su época

gaditana, cuando al cruzar por una dehesa yendo detrás del capitán al que acompañaba, se abrió el capote y al ver el forro rojo un toro bravo se arrancó contra ellos. En su edad madura, y por culpa de un problema de varices, le desaconsejó el médico que siguiera cabalgando, pero su adicción a la silla de montar era tan fuerte que desoyó olímpicamente el consejo facultativo.

Durante los siguientes siete años, hasta su ascenso a capitán, disfrutó Aranguren de cierta estabilidad: permaneció siempre en La Coruña, aunque fueron variando sus responsabilidades. También empezó a cosechar las primeras felicitaciones y condecoraciones como consecuencia de servicios destacados. En junio de 1902 se distinguió en su intervención ante un terrible incendio declarado en la calle Barrera, y en octubre del mismo año en la detención del autor de una estafa en el Banco de España de La Coruña, con la recuperación de 78.500 pesetas en metálico. En mayo de 1906 dirigió la investigación del salvaje asesinato de un anciano llamado Martín Rivas en Osedo, en el municipio de Sada, una labor policial que ya entonces realizaban los guardias civiles, aunque hay quien cree que la investigación criminal es para ellos una actividad reciente. De ella quedó constancia en la prensa local, en concreto en el diario *El Noroeste*, que recoge en varios de sus números de aquel año las pesquisas llevadas a cabo por Aranguren, y que culminaron con la detención de dos vecinos de la cercana población de Betanzos. En 1908 lo felicitaron en dos ocasiones por su actuación frente a los disturbios producidos con ocasión de sendas huelgas, y en particular por la detención de cinco individuos que impedían la entrada de víveres a la capital. Por estos y otros servicios, al teniente Aranguren le fueron concedidas la medalla de Alfonso XIII y la cruz sencilla de la Orden de Isabel la Católica, en este segundo caso, «por los relevantes servicios que viene prestando en su cometido como jefe de la línea de la capital, desplegando gran inteligencia y actividad digna de aplauso». El reconocimiento pone de manifiesto el carácter diligente del oficial, y también su compromiso con la defensa de la ley, un rasgo que contribuye a explicar su trayectoria posterior.

Matilde Roldán, su madre, pudo conocer y celebrar esas primeras distinciones a las que su hijo (que con su esfuerzo y tesón se había abierto paso frente a tantas dificultades, asumiendo además la responsabilidad de ser sostén y amparo de la familia) se hacía acreedor. No así las que iban a otorgársele más adelante. Aquel mismo año de 1908, a finales de octubre, moría en Madrid, a los cincuenta y nueve años de edad.

El 30 de abril de 1909, con treinta y cuatro años recién cumplidos, ascendió José Aranguren a capitán, lo que determinó su traslado a Oviedo y después a Aranda de

Duero, en Burgos. En noviembre logró ser destinado a la comandancia de Lugo, donde se hizo cargo de la 3ª compañía con sede en Monforte. Allí cosechó nuevas felicitaciones por su papel en las inundaciones producidas en diciembre de ese año en la provincia. En febrero de 1911 volvió a conseguir destino en La Coruña, en la plana mayor del 6º Tercio con sede en la capital. El regreso a la ciudad le dio nueva ocasión de acreditar su celo en el servicio, materializado en la respuesta de la fuerza a sus órdenes contra los disturbios producidos con motivo de las huelgas de 1912, 1914 y 1916, lo que tuvo como efecto que le fuera acordada una nueva condecoración: la cruz del Mérito Militar, por su comportamiento extraordinario durante la huelga de ferroviarios de 1916. En diciembre de ese año, y como consecuencia de sus más de veinte años de irreprochable hoja de servicios, se le concedió la cruz de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo.

En febrero de 1917 ascendió a comandante y fue destinado a la comandancia de La Coruña como segundo jefe. El régimen empezaba a dar sus primeros estertores, por la putrefacción de su tejido político, la crisis económica apenas mitigada para unos pocos con la lucrativa neutralidad en la Gran Guerra y la extemporánea aventura colonial de la guerra africana, que comenzaba a asomar los dientes y a la que se despachaba por la fuerza a decenas de miles de jóvenes obreros y campesinos españoles. Por todo ello el descontento social crecía y se traducían en huelgas cada vez más violentas, hasta la huelga general revolucionaria de agosto de 1917, convocada por la UGT y secundada por la CNT. Por su actuación en aquellos días, el comandante Aranguren recibió una felicitación real de fecha 22 de agosto: «S.M. el Rey (q.D.g.), ha tenido a bien disponer se manifieste su real satisfacción por la conducta observada por este Jefe, durante los lamentables sucesos promovidos en dicho mes por agitadores profesionales que, olvidando o desconociendo el interés supremo de la Patria, han turbado el orden público poniendo en riesgo la vida nacional». Por Real Decreto de 26 de septiembre de 1918, el reconocimiento regic alcanzó su máxima expresión con la concesión de la cruz de Isabel la Católica.

No deja de ser curioso constatar que este largo rosario de honores reales no había de impedir, sólo catorce años más tarde, que Aranguren, en el puesto de jefe superior de Policía de Madrid, ignorara la orden de contener con sus hombres la alegría popular por la proclamación de la República. Cuenta su nieto que su familia le tenía por monárquico, pero no fanático. Ciertamente es que entre su etapa de eficaz represor de las huelgas y algaradas revolucionarias en La Coruña y su aceptación del advenimiento republicano hubo una experiencia que debió de marcarle como a muchos otros uniformados, en tanto que revelaba hasta dónde llegaba la injusticia y la dureza de la vida de sus compatriotas: su paso por la guerra de Marruecos, el

matadero que con sus muchos reveses, de los que alguno le pilló cerca, y pese a la ardua victoria final, de la que también fue partícipe, supuso la puntilla para una monarquía que había sido muñida en el siglo anterior y que no había sabido leer, y menos afrontar, los desafíos del presente.

El 7 de junio de 1920, a los cuarenta y cinco años, ascendió José Aranguren a teniente coronel. Tras un breve paso por la comandancia de Caballería de Oviedo (de nuevo, un destino en el que dar rienda suelta a su afición principal), el 30 de noviembre asumió la jefatura de la comandancia de Lugo. Regresaba así a la ciudad de sus estudios juveniles, donde había de pasar los siguientes cuatro años, quizá los más tranquilos y felices de su vida. Había tenido con su esposa María de la O seis hijos: tres varones, José, Juan y Carlos; y tres mujeres, María de la O, Matilde y Dolores. Una cuarta hija, a la que habían puesto de nombre Melchora, había muerto prematuramente, en 1912, con tan sólo diez meses de edad. De la personalidad de Aranguren, y de su dedicación como padre, dan testimonio las libretas que mantenía respecto de cada uno de sus hijos, y donde recogía meticulosamente los hitos más significativos de sus vidas. Tengo a la vista la que abrió para su segundo hijo, Juan, en cuya primera página puede leerse:

Día 28 de mayo de 1905. A las 3.45 de la madrugada de este día nació en La Coruña, calle del Príncipe 5 y 7, principal, un niño que se llamará Juan Aranguren de Ponte. Empezó con las señales en la mañana del día 27 y los dolores a las 9 de la noche del mismo día, siendo el parto completamente feliz, con presentación natural, de cabeza y siendo auxiliada por el médico don Luciano Romero y la abuela materna, los cuales, con el padre y la tía, presenciaron el parto. Dio a luz acostada y en la habitación que tiene el piso principal y que no tienen los otros la correspondiente. Seguidamente del parto, libró sin ayuda.

Sigue la libreta con los pormenores del bautizo, en el que se le imponen los nombres de Juan Bautista Carlos Melchor José Luciano Buenaventura, que recoge los de varios de sus ancestros (y, nótese, el del médico que asiste al parto) y una relación de sus ascendientes, tanto por rama paterna como materna. Más adelante, el 10 de octubre, el minucioso padre anota que le asoman dos dientes y pesa ocho kilos, y el 10 de febrero de 1906 consigna que ha sido anotado en los «Previsores del Porvenir», con dos pesetas mensuales. Cinco días después, «se despechó por enfermedad de la madre». En meses y años sucesivos se van anotando sus enfermedades (anginas, gripe, varicela, sarampión, que pasó sin complicaciones), las vacunas, la estatura y el peso que va alcanzando, los colegios, las fechas de caída de los dientes de leche, los viajes, y otros pequeños acontecimientos tales como el ingreso en octubre de 1914 en los exploradores de La Coruña, «sección de pañuelo verde». Continúa con su matrícula en el instituto de bachillerato de La Coruña en septiembre de 1915 y con las calificaciones obtenidas en los sucesivos cursos, que

muestran a un alumno aplicado, aunque no en exceso brillante, que ha de repescar más de una en septiembre, si bien fue capaz de mejorar notablemente sus notas en los dos últimos años. Acabado el bachillerato, anota en 1921 su marcha al colegio del cuerpo Infanta María Teresa, en Madrid, «para estudiar preparación militar». Allí, según atestigua la libreta, «fue reconocido por el doctor Tapia, que le diagnosticó parálisis de la cuerda vocal derecha».

Cuando les llegó el momento, los dos hijos mayores, José y Juan, manifestaron el deseo de seguir la carrera militar y, tras la preparación correspondiente, lograron el ingreso en la Academia de Infantería de Toledo: el primero en agosto de 1921 y el segundo en septiembre de 1923. De esta fecha es la penúltima anotación en la libreta de Juan, que precisa que ha ingresado en la Academia de Infantería con el número 125. El último apunte, varios meses después, reza escuetamente: «Vino a Lugo a casa a pasar las vacaciones de Navidad». Y nada más. Aranguren se rendía así a la evidencia: su hijo ya era un hombre, y ahí acababa la razón de ser de aquella libreta que le había abierto al nacer para dar cuenta de las vicisitudes vividas bajo la tutela paterna.

Con su grado de teniente coronel, sus hijos mayores continuando la tradición familiar, y al frente de la Guardia Civil de la apacible provincia gallega, lo que equivalía a ser uno de los próceres de la ciudad, José Aranguren salía cada mañana a caballo de la sede de la comandancia, ubicada en la calle del Progreso, intramuros de la muralla romana, a dar un largo paseo por las afueras de Lugo. Es de suponer que más de una vez tiraría por el antiguo camino real de Castilla y se dejaría llevar por su caballo hasta el edificio del colegio donde treinta años atrás, siendo apenas un adolescente, se había empezado a preparar para lo que ahora era: un jefe militar con mando en plaza, condecorado y respetado. Había logrado, entre otras cosas, superar la graduación de su difunto padre. La vista de ese edificio que hoy ya no existe debía de proporcionarle al teniente coronel Aranguren una sensación de camino recorrido y de que el esfuerzo había valido la pena. Aquel pobre huérfano que se pelaba de frío en las aulas en el invierno de 1890 a 1891 había podido cumplir sus sueños y, por añadidura, había conseguido formar una gran familia de la que se sentía orgulloso.



José Aranguren con su esposa y sus seis hijos. © José A. Cobreros

Cuando regresaba a la comandancia, siempre a la misma hora, el caballo, en lugar de ir a las cuadras, intentaba meterse en el edificio, para comerse las sobras de la comida del día anterior, que a esa hora sacaban los cocineros. Era la anécdota repetida cada mañana y comidilla de la pequeña ciudad, en la que por lo demás los problemas de seguridad eran mínimos. Hasta tal punto que, según cuenta su nieto, cuando llegaba un grupo de gitanos a Lugo, Aranguren los hacía identificar de forma preventiva, lo que solía evitar ulteriores disgustos. Contaba una de las hijas de Aranguren, Dolores, que había en la comandancia un guardia bizco, al que las gitanas, mientras esperaban a que soltaran a sus hombres, le decían en broma: «No me mire usted con esos ojos, señor guardia». La tranquilidad era tanta que una noche, al regresar Aranguren de un paseo por la ciudad, se encontró dormido al guardia que estaba de servicio de puertas, con las llaves puestas. Lo que hizo el teniente coronel fue apoderarse de las llaves y a la mañana siguiente pedírselas al guardia. Este notó entonces su falta, aterrado. Ante su zozobra, Aranguren las sacó de su bolsillo y se las tendió con una sonrisa. Podía el guardia considerarse afortunado: con cualquier otro jefe, aquella cabezada habría tenido peores consecuencias.

Esa cómoda y pautada vida había de abandonarla José Aranguren en agosto de 1924, fecha en que asumió la jefatura de la comandancia de la Guardia Civil de Marruecos, con sede en Ceuta. Había una razón poderosa para que dejara su Galicia natal, a la que había permanecido vinculado durante toda su carrera, y el ventajoso

puesto de jefe de la comandancia lucense. En mayo de ese mismo año, su hijo mayor, el alférez José Aranguren de Ponte, había pedido ir voluntario al grupo de Regulares Indígenas Tetuán nº 1, una unidad de choque que afrontaba a diario los peores rigores de la guerra. Por querer estar cerca de su hijo, iba Aranguren a vivirla también. Allí tendría oportunidad de reencontrarse con su antiguo compañero, el ya general José Sanjurjo Sacanell, y coincidir con dos hombres que volverían a cruzarse más tarde en su camino: Emilio Mola Vidal y Manuel Goded Llopis.

Quizá convenga, antes de proseguir, situar el momento en que se encontraba la guerra cuando José Aranguren llegó destinado a África, y habrá que adelantar que no era precisamente boyante. Tras el desastre de julio de 1921, en el que perecieron cerca de nueve mil soldados en la zona de Melilla y hubo que detener, en la zona de Ceuta y Tetuán, la campaña que había llevado a la conquista de la ciudad santa de Xauen y a acorralar al jerife rebelde Raisuni, el ejército español en Marruecos se había empantanado en una guerra de avances mínimos y penosa recuperación de posiciones. Era una lucha sin cuartel, en la que el alto comisario de España en Marruecos del momento, el general Dámaso Berenguer, llegó a autorizar el empleo contra los rebeldes rifeños de gases tóxicos prohibidos por las leyes internacionales, lo que representaba en suma un crimen contra la humanidad; si bien, como consignan dos testigos de los hechos, el soldado de leva Ramón J. Sender y el aviador Ignacio Hidalgo de Cisneros (en sus libros *Imán* y *Cambio de rumbo*, respectivamente), tanto por tierra como por aire los gases se arrojaban con notoria ineficacia y en alguna ocasión fueron los propios españoles las víctimas de sus desagradables efectos.

Esta estrategia, dudosa en lo moral y en lo militar, permitió, si bien de forma precaria, la reconquista de una parte del territorio perdido en torno a Melilla y el aparente aseguramiento del controlado en la zona occidental del protectorado marroquí. Durante los tres años siguientes, Mohamed ben Abd el-Krim el Jatabi, el caudillo rifeño que había liderado el ataque de 1921, con el que había ganado un enorme prestigio ante los suyos, extendió su poder no sólo entre las tribus del Rif (el territorio más próximo a Melilla) sino también entre las del Yebala (la zona montañosa adyacente a Ceuta). Consolidó las estructuras de su administración y llevó a cabo la organización de su ejército.

Entre tanto, la exigencia de responsabilidades por el descalabro de 1921 (unas responsabilidades que por imprudencia temeraria y abuso de poder, con ignorancia de su papel constitucional, alcanzaban al propio monarca) quedaba abortada por el golpe de 1923, que estableció en España un directorio militar. Su cabeza visible era el general Miguel Primo de Rivera y Orbaneja; un conservador campechano, sobrino de Fernando Primo de Rivera y Sobremonte, el general que infligió la derrota de Montejurra a los carlistas (y al que debía su título de marqués de Estella), y padre del futuro ideólogo fascista José Antonio Primo de Rivera y Sáenz de Heredia. Resuelto como luego escribió Manuel Chaves Nogales, a reducir toda la acción de gobierno al mantenimiento del orden público, era el dictador Primo de Rivera poco amigo de la

guerra africana, un esfuerzo que juzgaba estéril y costoso fuera de toda proporción. Sus tentaciones abandonistas, que no tuvo empacho en compartir con la prensa extranjera, encontraron el rechazo frontal de los militares que en la campaña marroquí, con su profusión de escaramuzas, estratégicamente inútiles, pero una y otra vez magnificadas por propagandistas entusiastas, cosechaban condecoraciones y ganaban ascensos que de otro modo les habrían estado vedados. Algunas voces de la época los juzgaban aún con más dureza, como hizo en 1916, en un estudio sobre el Rif, el diputado del Partido Reformista José de Zulueta y Gomis, al denunciar «la prodigalidad de recompensas, no por méritos de pacificación, sino por méritos de guerra, en acciones a veces imaginarias o en heroicidades provocadas por descalabros que en otras naciones tendrían aparejado justo castigo».

Ejemplo de aquellos oficiales recompensados por su participación en la campaña era el joven teniente coronel Francisco Franco, que con ocasión de los sucesivos desastres estaba desarrollando una carrera que nadie habría presagiado cuando salió de la Academia de Infantería, con calificaciones mediocres y en la parte baja de su promoción. Fue sonado el desplante al que él y los legionarios bajo su mando sometieron al Dictador durante una visita a su campamento de Ben Tieb, en las montañas del Rif, en la que le ofrecieron un almuerzo compuesto exclusivamente por huevos. Un mensaje nada sutil.

No es ocioso recordar en este punto que el prestigio de aquel jefe legionario, que no haría más que aumentar en años sucesivos, hasta convertirlo en representante por antonomasia del militar africanista, tanto por sus acciones destacadas como por el bombo que desde ciertos sectores se les dio, y que sería determinante en su papel histórico posterior, no era ni mucho menos unánime. Más allá de la crítica al perfil que encarnaba por parte de políticos como Zulueta, su figura particular, y el colectivo al que pertenecía, también llegaron a ser cuestionados desde las propias filas militares. Durante la investigación que se llevó a cabo acerca del derrumbamiento de la comandancia de Melilla en 1921 y los desastres de Annual y Monte Arruit, dirigida por el general Picasso como fiscal instructor, un muy reputado coronel, Domingo Batet, héroe condecorado de la guerra de Cuba, se despachaba en crudos términos respecto de Franco en uno de los informes elevados a su superior, luego oportunamente desaparecido, pero conservado por la familia en versión manuscrita y recuperado en fin por su biógrafo, el monje de Montserrat e historiador Hilari Raguer:

El comandante Franco, del Tercio, tan traído y llevado por su valor, tiene poco de militar, no siente satisfacción de estar con sus soldados, pues se pasó cuatro meses en la plaza para curarse enfermedad voluntaria, que muy bien pudiera haberlo hecho en el campo, explotando vergonzosa y descaradamente una enfermedad que no le impedía estar todo el día en bares y círculos. Oficial como este, que pide la Laureada y

no se le concede, donde con tanta facilidad se ha dado, porque sólo realizó el cumplimiento de su deber, ya está militarmente calificado.

No es el único retrato demoledor que ofrece Batet de aquella oficialidad tan glorificada por periodistas afectos, y políticamente utilizada para mantener el cuestionable sacrificio de la guerra africana:

Algunos oficiales del Tercio y de Regulares se sienten valientes a fuerza de morfina, cocaína y alcohol; se baten, sobre todo los primeros, en camelo: mucha teatralidad, mucho ponderar los hechos y mucho echarse para atrás a la desbandada cuando encuentran verdadera resistencia [...]. El teatral payaso Millán Astray, que tiembla cuando oye el silbido de las balas (el coronel Serrano Orive del 60 y el general don Federico Berengue: pueden dar fe de ello, si quieren estar bien con su honor y su conciencia) y rehúye su puesto y explota de la manera más inicua una herida que en cualquier otro habría sido leve y, por condescendencia de un médico, llega a ser grave y le cuesta al Estado 9.135,00 pesetas. El comandante Sánchez Recio puede hablar de esto pues fue testigo presencial de escenas verdaderamente cómicas.

Tampoco es muy halagüeña, aunque resulta algo más respetuosa, su opinión acerca del general José Sanjurjo, llamado a liderar finalmente la campaña, y de quien dice: «Se bate, es valiente y nada más; disposición como organizador y ejercicio de sus deberes como militar, completamente nulo, y el mando sin dotes organizadoras». Y como resumen de sus apreciaciones, concluye: «Los militares de verdad, los que sienten la profesión sin alharacas, sin teatralidad, cumpliendo sus deberes, seriamente, amantes del soldado, posponiendo su propio bien al de los demás, no buscando el aplauso pero sabiéndolo agradecer cuando es otorgado con justicia y prohibiéndolo cuando es infundado porque no lo merece el sencillo cumplimiento del deber, hay que buscarlos en las tropas peninsulares». Las palabras de Batet dejan ver algo de animadversión y un mucho de desprecio hacia aquella oficialidad joven y emergente, por lo que tal vez deban ponerse en cuarentena, pero señalan, con indicación precisa de testigos, hechos concretos y actitudes que tampoco pueden ignorarse sin más. Como habrá ocasión de contar más adelante, iba a pagar por ellas un alto precio.

La resistencia de los jefes del ejército de África mantuvo sumido en la indecisión a Primo de Rivera, que optó por dejarles hacer como hasta entonces, con nefastas consecuencias. La falta de sentido estratégico y aun táctico de aquellos militares, que habían medrado en una estéril refriega con los cabileños, sin lograr erosionar el núcleo de su poderío militar, unida a la poca determinación del alto mando para variar esa estrategia, iba a precipitar un desastre de proporciones similares al de 1921. Para entender cuál era la situación en la región a la que fue destinado José Aranguren en agosto de 1924 contamos con una descripción de excepción, debida a uno de los personajes de esta historia, estudioso de la campaña

africana y testigo directo de sus acontecimientos más destacados. Prefiero cederle a él la palabra:

Las harcas de Yebalas y Gomaras, dirigidas por M'hamed ueld Abd el-Krim (hermano de Abd el-Krim) y encuadradas por rifeños, atacan en Gomara y el Ajmás nuestros débiles puestos que quedan aislados y, faltos de fuerzas móviles en número suficiente para acudir a protegerlos, van cayendo en espantoso calvario escribiendo hermosas páginas de sacrificio y heroísmo, y se inicia nuestra retirada del verano y el otoño de 1924 [...], tan accidentada en todos los órdenes, y que, como no podía menos de suceder, adquirió pronto caracteres trágicos, sobre todo en la línea de Xauen [...]. El general Primo de Rivera, jefe del Gobierno y a mismo tiempo Alto Comisario y general en jefe del ejército de Marruecos, después de haber realizado la penosa retirada de Xauen y el abandono de todos nuestros puestos en la montaña de Yebala y en la costa de Gomara, constituyó la línea casi continua de blocaos y posiciones que cubría a escasa distancia por el Sur y por el Este la carretera de Tetuán a Tánger y Larache, y por la sublevación de Anyera se ve obligado a doblar esta línea con otra análoga para cubrir la carretera de Ceuta a Tetuán por el Oeste y la de Tetuán a Tánger por el Norte; puede decirse que en aquella fecha España sólo ocupa en la zona occidental las poblaciones de Ceuta, Tetuán, Arcila, Larache y Alcázar y la carretera general que las une, protegida a uno y otro lado por una doble línea de pequeños puestos, y esto muy precariamente, como lo prueban las continuas agresiones en la carretera y en la entrada de Tetuán.

Las líneas precedentes están tomadas de *Marruecos, las etapas de la pacificación*, el libro que en 1932 dio a la imprenta el entonces ya general Manuel Goded, y ofrecen una pintura precisa y completa del avispero en el que se había metido el alférez de Regulares José Aranguren de Ponte, y al que pidió ser enviado su padre, el teniente coronel José Aranguren Roldán, para hacerse cargo de una comandancia de la Guardia Civil, la de Marruecos, que no era como las demás. Si en la Península o en Canarias los guardias civiles no habían de cuidarse de más amenaza que los malhechores o los huelguistas y agitadores revolucionarios, por lo general poco duchos en el manejo de las armas, en el protectorado marroquí se veían a menudo enfrentados a sangre y fuego a los temibles guerreros rifeños, unos combatientes diestros, motivados y perfectos conocedores del terreno que pisaban, que los emboscaban a la menor oportunidad y que en alguna ocasión, como sucedió durante el ataque a la fábrica de harinas de Nador en el verano de 1921, los rodearon y hostigaron hasta forzar su rendición.

Eran aquellos días del verano y el otoño de 1924, por cierto, los mismos en que mi abuelo Lorenzo se salvó de milagro del cerco a la posición de Ain Grana (uno de esos pequeños y débiles puestos de los que habla Goded), para ir destinado a Málaga y tener que regresar apenas tres meses después con su regimiento de soldados de cuota, a fin de encargarse de la protección del ferrocarril Ceuta-Tetuán, una línea vital de comunicación hostilizada a diario por el enemigo. Lo que no puede decirse, visto el percal, es que José Aranguren padre fuera un hombre timorato. Cuando hizo el petate para tomar el mando de la comandancia marroquí, sabía muy bien a lo que se

enfrentaba.

No tardó en materializarse el riesgo que Aranguren había asumido al pedir ir destinado a un territorio en guerra. Llegado a su residencia de Ceuta el 26 de agosto, apenas diez días después tuvo que desplazarse a la capital del protectorado, Tetuán, «por la situación anormal que se vivía en aquella zona». Este es el eufemismo al que se recurre en su hoja de servicios para describir el desmoronamiento del frente, por obra de la acometida coordinada de las fuerzas del general en jefe del ejército rifeño, M'hamed ben Abd el-Krim. Tan sólo una semana más tarde, el 12 de septiembre de 1924, recibió José Aranguren su bautismo de fuego, durante una descubierta en Sania Torres, en las inmediaciones de Tetuán, en la que con sus hombres hubo de rechazar y perseguir al enemigo. Tres meses después, el 15 de diciembre, se vio envuelto en una escaramuza similar en Restinga. De ambos hechos, es relevante apuntarlo a efectos de nuestra particular historia, tenemos constancia por un certificado de diciembre de 1926 expedido por el entonces jefe de Estado Mayor General del ejército de España en África, Manuel Goded Llopis, con el visto bueno del general jefe, que no era otro que José Sanjurjo Sacanell. Dos hombres que, cuando el destino los enfrentara, habían de recordar muy bien quién era y cómo se había desempeñado ante el enemigo el guardia civil José Aranguren.

Algo sucedió entre ambas acciones que seguramente impidió que Aranguren se viera implicado en ese otoño aciago en otros múltiples hechos de armas. El 14 de septiembre de 1924, en las proximidades de Xauen, la antigua ciudad santa que el ejército rifeño se había fijado como objetivo principal de su campaña, y que los españoles defendían a la sazón a duras penas, cayó gravemente herido en la cabeza el alférez de Regulares José Aranguren de Ponte. Evacuado el 9 de octubre a la Península, su padre, a quien diríase que una premonición le había empujado a pedir aquel destino africano, fue autorizado a acompañarle durante las varias intervenciones a que hubo que someterle.

Cuenta el nieto de Aranguren que el mismo día en que hirieron a su tío José, su abuela, María de la O de Ponte, que estaba echándose la siesta (era una mujer de salud delicada, que casi siempre estaba indispuesta por algo), despertó de pronto gritando: «Le acaban de dar un tiro a Pepucho, le acaban de dar un tiro a Pepucho». Al día siguiente le llegó el telegrama. No era la primera vez que había presentido la cercanía de la muerte: dicen también que poco antes de que muriera su hija Melchora, con sólo diez meses, vio pasar una sombra por la galería. Estuvo luego al lado de su hijo, que como consecuencia de aquel tiro fue sometido nada menos que a tres

trepanaciones, una de ellas sin anestesia. En cierta ocasión en que la mujer manifestó su alegría al ver la mejoría de su hijo, el doctor y teniente coronel Gómez Ulla, prestigioso cirujano militar que le atendía, arrugó la frente y enfrió su entusiasmo: «Doña María, no cante aún victoria, que ese hueso es muy difícil de limpiar». El tiempo se encargaría de darle la razón.

Por aquellos mismos días de septiembre de 1924 tuvo lugar en Dar Akobba, cerca de Xauen, un sangriento enfrentamiento entre el contingente mixto de yebalíes y rifeños a las órdenes de Ahmed Jeriro, un antiguo lugarteniente de El Raisuni que por despecho había ofrecido sus servicios a Abd el-Krim, y los Regulares de Larache, mandados por el entonces teniente coronel Emilio Mola Vidal, que dejó de aquel episodio un estimable relato, titulado *Dar Akobba*. En él anota algunos hechos curiosos, como el bronco incidente entre el general Serrano Orive y un joven teniente del Tercio llamado Fermín Galán, a quien imputa haber enfurecido al general al darle una información inexacta, y que después de protagonizar algunas acciones temerarias en Marruecos, por las que llegó a estar propuesto para la laureada de San Fernando (la máxima condecoración militar española, que acabó denegándosele, gracias entre otros al testimonio de Franco), iba a alcanzar trágica notoriedad posterior. Muestra también Mola sin rebozo la crueldad de sus hombres, que no tenía nada que envidiar a la del enemigo:

Recuerdo pasamos junto a un cuerpo semidesnudo, cuya camisa manchada de sangre le tapaba la cara. Uno de nuestros acompañantes quedó junto a él. Poco después sonaron unos disparos y seguidamente le vimos aparecer, cargando su fusil; venía sonriente, satisfecho...

—¿Qué ha sido eso? —le pregunté.

—Mi «tiniente» coronel: que muerto no estar muerto; estar vivo como tú. Ahora sí que estar muerto, ¡por Dios!

Era uno de tantos harqueños que viéndose perdidos y sin posible retirada se fingen cadáveres para salvar la pelleja; mas es difícil escapar a la inspección minuciosa de los guerreros indígenas.

Y aunque el texto está salpicado de proclamas épicas, y viene a ser expresión del ideario belicoso de aquellos jóvenes y ambiciosos jefes militares que habían encontrado su destino y su vía de prosperar en la contienda africana, se convierte también en vivo testimonio de la penuria en que vivían los hombres despachados a aquella cochambrosa guerra colonial que iba a cambiar el curso de la historia de España:

Los alrededores del campamento despedían un hedorcillo a lo excusado, en fuerza de abrir y tapar letrinas por espacio de cuatro años; y en cuanto al interior del recinto, la aglomeración de hombres y ganado traía a la nariz un perfume, rara mezcla de sudor, cuero usado, cuadra y cocina barata, que no era precisamente de ámbar ni del llamado de la Arabia [...]. Los campamentos tienen todos el mismo despertar: ganado que reclama su ración más o menos imperiosamente, hombres que van, saltan la trinchera en busca de un discreto matojo, y

hombres que vuelven después de haberlo encontrado; carrasperas, toses, alguno que otro estornudo, y en cuanto sale el sol, si no hay otro quehacer, «a leer el periódico» [...]: sentarse cómodamente, quitarse la guerrera y la camisa, coger ésta con las dos manos cuidadosamente extendida y examinarla con detenimiento, un poco en alto para ver mejor, hasta exclamar: «¡Ya veo uno! ¡Oh, ladrón!». Luego un imperceptible chasquido bajo la presión de las uñas de los pulgares, y a examinar de nuevo...

Una vez fuera de peligro su hijo, regresó Aranguren a Ceuta a finales de octubre, aunque de nuevo hubo de trasladarse a Tetuán, porque continuaban «las anormales circunstancias», lo que traducido al lenguaje llano quería decir que Xauen, la emblemática ciudad conquistada cuatro años atrás en un audaz golpe de mano, estaba a punto de caer en poder del enemigo, que apretaba el dogal sobre ella.

Así fue finalmente: en noviembre de 1924 se arriaba la bandera española de la alcazaba de Xauen y se dejaba la plaza y a su gente a merced de los combatientes rifeños. Las tropas españolas emprendieron una desastrosa retirada que costó miles de bajas: tan sólo en el combate de Xeruta, un arduo desfiladero en la ruta de repliegue hacia Tetuán, las fuerzas que mandaba el general Serrano Orive perdieron dos mil hombres, incluido el general al mando, abatido por un certero disparo en el cuello. Según cuentan, cuando una posición estaba en situación desesperada, como ocurrió a menudo durante aquellos días, aquel general, por lo demás un militar despejado y valeroso, solía decir que aguantasen, que para eso estaba la laureada de San Fernando (una medalla que con relativa frecuencia se concedía a título póstumo). La frase da una idea de la crudeza, y la precariedad, de la campaña en la que fue a caer Aranguren, y en la que se hallaba en primera línea su primogénito. Quiso el rigor del reglamento que regulaba la laureada que a Serrano (que acumuló a lo largo de su carrera hasta once cruces militares con distintivo rojo) no le fuera concedida, y sí a dos de los oficiales caídos bajo su mando en aquella jornada funesta.

El 14 de diciembre de 1924, el general rifeño M'hamed ben Abd el-Krim entró precedido por una guardia de doscientos hombres y gran despliegue de banderas de la República del Rif en la conquistada Xauen. Aunque tuvo que abandonarla poco después para establecer su cuartel general en Taguesut, a fin de sustraerse a los bombardeos de la aviación española, ahí quedó su gesto triunfal ante los marroquíes, muy sensibles a ese tipo de demostraciones, y también la humillación infligida al europeo invasor. Bien podría decirse que Aranguren había escogido el peor momento para postularse para la responsabilidad de la comandancia de Marruecos de la Guardia Civil, y las semanas siguientes iban a permitirle tomar cumplida conciencia de ello.

A finales de 1924 realiza Aranguren una breve visita de revista a Melilla, plaza en la que tenía desplegada una compañía de guardias y donde en ese momento era el

comandante general su compañero de academia José Sanjurjo, auxiliado como jefe de su Estado Mayor y responsable de la Intervención de tropas indígenas por el entonces coronel Goded. Durante los primeros meses de 1925, Aranguren y los guardias civiles a sus órdenes se vieron trabados en frecuentes combates, entre otras razones por la inseguridad de la zona y por la táctica que el jefe de la comandancia dispuso en el desarrollo de las funciones de seguridad que tenían encomendadas, basada en asumir la iniciativa y no dejársela siempre al enemigo. Así se lo reconoció la orden general del ejército de África del 14 de agosto de 1925, donde se cita al teniente coronel Aranguren como distinguido con estos argumentos:

Se distinguió notablemente por su extraordinario celo e inteligencia y aptitud para transformar rápidamente los servicios de protección de carreteras de las fuerzas de su Instituto, dándoles una vigilancia ofensiva muy eficaz, acudiendo a cuantas agresiones fueron objeto aquellas con actividad digna del mayor encomio.

Si la razón principal para pedir aquel destino pudo ser estar más cerca de su hijo, no hay duda de que Aranguren no dejó de imprimir su sello y su carácter al mando que le había tocado en suerte, tan distinto de los que había ostentado hasta entonces. Y eso que la desgracia no dejó de cebarse con el joven oficial de Regulares José Aranguren de Ponte. El 10 de marzo de 1925, el infortunado alférez resultaba herido en una pierna al salir a repeler al frente de su sección una agresión enemiga en las inmediaciones del estratégico enclave del Fondak de Ain Yedida. Tras una primera operación en Tetuán, el 12 de marzo se le evacuó al hospital militar de La Coruña, donde permaneció hasta el mes de mayo. A su padre se le autorizó a acompañarle una vez más a la Península, de donde regresó el 31 de marzo de 1925, pasó brevemente por Ceuta y volvió a incorporarse a Tetuán, donde, dice su hoja de servicios, seguían vigentes «las anormales circunstancias».

Continuó el teniente coronel Aranguren interviniendo en las operaciones militares que se sucedían en el Yebala, entre las que destacaría la realizada los días 9 y 10 de junio de 1925 por la columna mandada por el teniente coronel Hernández Francés en socorro de Nator, un puesto cercano a Ben Karrich, nudo de comunicaciones situado en la ruta de Tetuán a Xauen. Una vez más, la constancia que tenemos de este mérito de campaña es una certificación expedida y firmada por Manuel Goded, con el visto bueno del general José Sanjurjo.

Así las cosas, en el verano de 1925, cuando aún no había cumplido un año en África, Aranguren ya se había visto implicado en varias acciones de guerra y a su hijo lo habían herido dos veces de gravedad. Podía parecerle un periodo intenso y peligroso, pero aquello no era más que el principio. Su segundo año africano iba a ser aún más duro. Y es que en la primavera de 1925 el emir rifeño, Mohamed ben Abd el-

Krim el Jatabi, dio en realizar un movimiento inesperado, que había de precipitar el recrudecimiento de las hostilidades: atacar a las tropas francesas estacionadas en la línea del río Uarga, al sur de la zona española, y marchar sobre Fez, la capital histórica de Marruecos.

A mediados de 1925, con cincuenta años de edad, José Aranguren Roldán era un jefe con una sólida carrera a sus espaldas como guardia civil, reconocido por sus méritos en tal calidad, aumentados con los demostrados durante su estancia en África, en el desempeño de una misión en la que al valor en combate había de sumar el buen juicio y la capacidad de organización como responsable del cuerpo en el difícil protectorado marroquí. Pocos jefes de la Guardia Civil podían por aquel entonces, e podrían después, exhibir una hoja de servicios como la suya. En una copia de ella expedida en 1934, cuando ostentaba ya el grado de coronel, el buen concepto que de él tienen sus superiores se refleja en los diversos apartados que contempla el documento. «Aplicación, capacidad, disposición para el servicio y puntualidad: mucha.» «Instrucción en ordenanzas, en reglamentos especiales del cuerpo, en tácticas, en procedimientos, en contabilidad, en teoría y práctica del tiro y en arte militar: mucha.» «Valor: acreditado.» Además se hacen constar su buena salud, su buena conducta, su condición de casado y su estatura: 1,690 metros. No estaba mal, para la época.

Al ver su hoja de servicios no puedo evitar acordarme de la de mi abuelo Lorenzo, cuyo valor también se daba como *acreditado*, título reservado al militar que no sólo se ha visto expuesto al fuego enemigo, sino que ha actuado frente a él con decisión, prueba que los dos pasaron en África y por los mismos días y lugares. En los demás conceptos se le calificaba sólo como «bueno»: el precio impuesto, seguramente, por no haber combatido en la guerra civil. Por lo demás, era bastante más bajo: 1,590 metros en 1946, que es de cuando data el documento. Mi abuelo Manuel, en cambio, y cabe imaginar que eso contó a su favor para entrar en el cuerpo de Seguridad, era el más alto de los tres: 1,710 metros, según la medición recogida en su cartilla militar.

En resumen, la hoja de servicios de Aranguren, y el concepto que le había valido, no iba a ponérselo nada fácil a quienes años después tendrían toda la voluntad, y aun la necesidad, de desacreditarlo, aunque habían de intentarlo de todos modos. Y su desempeño en el año siguiente iba a fortalecer aún más su prestigio y su reputación, al verse en primera fila de los cruciales acontecimientos desencadenados en el protectorado a partir de la campaña rifeña de abril de 1925.

Igual que los estudiosos de la segunda guerra mundial se preguntan a menudo por qué Adolf Hitler tomó en el verano de 1941 la decisión de invadir la Unión Soviética, que había de provocar su destrucción y la de Alemania, en vez de explotar la

aplastante victoria obtenida sobre Polonia, Francia, Bélgica, Holanda, Dinamarca y Noruega, los de la guerra marroquí se preguntan por qué, en vez de consolidar su triunfo sobre los españoles en el otoño de 1924, que lo acreditaba como emir del Rif y de buena parte del Yebala, decidió Mohamed ben Abd el-Krim el Jatabi abrir un segundo frente al sur, atacando el territorio de la tribu de Beni Serual y la línea del Uarga y entrando así en la zona del protectorado bajo control de Francia, lo que a la postre conduciría al fin de su emirato. No sobra anotar, además, que poco antes, por medio de su lugarteniente yebalí, Ahmed Jeriro, antiguo servidor del jerife Ahmed Raisuni, había logrado expugnar la fortaleza de este en Tazarut, en el corazón de Beni Arós, al sur de Tetuán. Tras hacerlo prisionero, lo trasladó a su guarida de Tamasint, en el Rif central, donde el orgulloso descendiente del profeta, antaño señor del Yebala y azote de los españoles, tuvo que soportar la humillación de verse a merced de aquel cabecilla rifeño al que despreciaba, pero que con su captura y encierro dejó claro quién era el amo al que a todas las tribus del norte de Marruecos, siempre sensibles a las exhibiciones de fuerza, les convenía prestar sumisión. Reducido a cautiverio en un cuartucho infecto, El Raisuni, a esas alturas una mole obesa que apenas podía moverse, vio extinguirse sus días en Tamasint un par de meses después.

Disfrutaba a la sazón Abd el-Krim de una entente tácita con los franceses, que le dejaban hacer, secretamente complacidos por el hecho de que los españoles, con los que se habían disputado en su día la delimitación de sus respectivas zonas, no logaran dominar la suya. Una situación en la práctica similar a la que en el verano de 1941 tenía Hitler, que en virtud del pacto RibbentropMolotov disponía de un compromiso de no agresión de los soviéticos. Lo que empujó a ambos, líderes muy dispares, pero los dos dictadores en la cima de su poder, fue probablemente la borrachera de la victoria, que los arrojó, aunque fuera un movimiento insensato, contra el enemigo al que siempre habían odiado. No en vano Abd el-Krim había sido encarcelado allá por 1915, cuando servía a los españoles, por su francofobia y germanofilia declaradas, que la entonces neutral España no podía tolerar sin serio menoscabo de sus relaciones con los franceses. Sin embargo, interrogado al respecto tiempo después por el periodista Roger Mathieu, el líder rifeño se deshizo en protestas de su amor por Francia (de la que entonces era ya prisionero, todo hay que decirlo), pretendió que todo había ocurrido al margen de su voluntad, y sólo cuando el periodista le apretó consintió en hacer una esotérica y extraña confesión:

Sí, me veía arrastrado por las tribus. Pero a la vez deseaba con pasión la independencia de mi país. Y si lograba realizarla, lo quería rico. Todo se encadena... Tenía necesidad de llanuras fértiles. Y sin embargo, créeme —¿me queda ya algo que salvar?— nunca he dejado de sentir la más grande admiración por tu país, que sé bueno, generoso y amigo del islam. Todo lo que vino estaba escrito. Mi fin estaba escrito en el libro del

Destino.

El resultado de aquel ataque, que infligió un duro castigo a los puestos franceses del Uarga, muchos de ellos sitiados y diezmados, y que llevó a Abd el-Krim, envalentonado por el éxito, a prometer a los suyos que estarían en Fez para la fiesta de Ait el-Kebir, fue que Francia tomó conciencia de que debía cooperar con España para eliminar aquel peligroso foco de rebeldía. Tras contener como pudo la ofensiva, envió a Marruecos al entonces prestigioso y luego aborrecido mariscal Pétain, a cuyas órdenes puso nada menos que siete divisiones, que en septiembre de 1925 atacaron las líneas rifeñas desde el sur. Al mismo tiempo, prestaba algunos de los mejores barcos de su escuadra para formar junto a los españoles una poderosa flota de guerra que había de desembarcar una división, en este caso española, en la bahía de Alhucemas, corazón de la cabila de Beni Urriaguel, a la que pertenecía Abd el-Krim y donde este había instalado su capital, Axdir. El objetivo de la maniobra era soldar sólidamente las dos zonas, francesa y española, en la zona del Rif, y debilitar la revuelta poniendo la bota de los soldados en su centro neurálgico: esa bahía de Alhucemas que siempre había sido el sueño de los generales españoles pero a la que jamás habían logrado acercarse con su pequeña guerra de posiciones, pese a los miles de hombres que habían sacrificado en ella. Fue toda una paradoja que esta gran operación militar fuera ideada y dirigida por quien tan enemigo se había declarado de la guerra marroquí: el presidente del Directorio, alto comisario de España en Marruecos y general en jefe del ejército de África, Miguel Primo de Rivera.

No era una operación sencilla. La bahía, en parte formada por escabrosos acantilados, estaba fuertemente defendida por los mejores elementos del ejército rifeño, con abundante artillería capturada a los españoles en los desastres de Annual, Monte Arruit y Xauen. Para doblegarlos se formaron dos brigadas; una con tropas de Ceuta, dirigida por el general Francisco Saro y compuesta de tres columnas, al mando de los coroneles Franco, Martín y Campins; y otra de Melilla, a las órdenes del general Emilio Fernández Pérez y formada por dos columnas, al mando de los coroneles Goded y Vera. La jefatura de la división de desembarco así formada se le dio al general José Sanjurjo, sometido a la autoridad del presidente del Directorio y general en jefe, que había de asistir a la operación desde el buque insignia de la escuadra. Entrar en el detalle de todas estas jefaturas no es vana minuciosidad. Muchos de estos nombres volverán a aparecer en esta historia, años después, y junto a ellos, a tenor de la orden recibida el 2 de septiembre de 1925 del alto comisario Primo de Rivera, había de embarcarse el teniente coronel Aranguren, acompañado por el capitán de su cuerpo Marcelino Gómez-Plata y doce parejas de guardias, para

poner en marcha el puesto de la Guardia Civil que, conforme al plan establecido, debía instalarse en la zona de desembarco tan pronto como fuera asegurada. Durante las operaciones, cuatro de esos guardias formarían además la escolta personal del general jefe de la división de desembarco, José Sanjurjo, a cuyas órdenes se encontraba así por primera vez su tocayo y antiguo compañero José Aranguren. No iba a ser la última.

Sin embargo, algo se salió del guion previsto. Abd elKrim, que se temía un ataque como el que se acabó produciendo, respondió con arrogancia: «Si ellos vienen sobre Alhucemas, yo iré sobre Tetuán». Y así lo hizo: el 3 de septiembre de 1925, cuatro días antes del previsto para el desembarco, atacó las líneas españolas en el saliente formado por la posición de Kudia Tahar, un reducto que defendían apenas 130 hombres con una batería de montaña que los artilleros rifeños machacaron sin piedad en las primeras horas de combate. Sin defensa artillera, sin socorros, porque los convoyes enviados en su auxilio no lograban pasar, y hostigados con fuego de cañón, mortero y armas automáticas, los defensores, soldados del regimiento del Infante, se vieron sometidos a un infierno que hacía imposible la resistencia, con el riesgo de ruptura del frente y de dejarles expedito a los rifeños el camino de la capital del protectorado. El 4 de septiembre se envió una columna con tropas indígenas de Tetuán al mando del teniente coronel Hernández Francés, con el que volvía a estar el teniente coronel Aranguren con sus guardias. La operación fracasó y el jefe de la columna murió en el intento, quizá la más desdichada escaramuza africana en que participó Aranguren. El día 5 de septiembre, tras telegrafiar que no tenían agua y que morirían matando, cayó al frente de sus hombres el capitán Zaracíbar, jefe de la posición. Entre sus restos humeantes, atacados por el hambre y la fiebre, ya sólo unos pocos resistían.

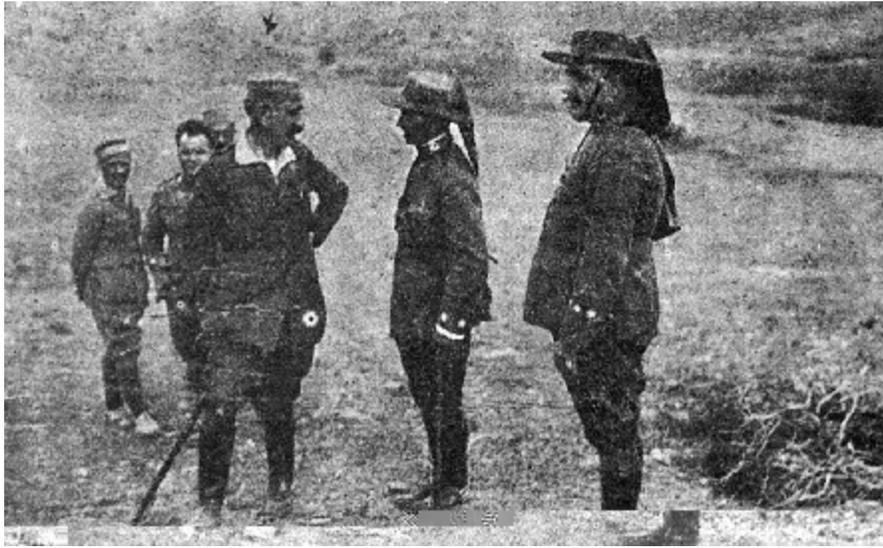
Hubieron de aguantar aún ocho días más, hasta que el alto mando decidió distraer fuerzas inicialmente destinadas al desembarco para reforzar la columna de socorro y repeler el ataque. Al amanecer del día 13 de septiembre, los legionarios del teniente coronel Balmes, traídos a toda prisa desde Alhucemas tres días antes, consiguieron entrar en la posición, en la que se recogieron más de doscientos cadáveres enemigos, además de los de la mayor parte de los defensores. La operación de castigo de Abd el-Krim quedaba así frustrada y el frente occidental asegurado, y al teniente coronel Aranguren (cuya intervención en aquellos diez días de combates sobre Kudia Tahar de nuevo certificaría Manuel Goded, con el visto bueno de Sanjurjo) le tocaba ocuparse, sin tregua posible, de la misión que le aguardaba en el Rif.

Iniciado el desembarco finalmente el día 8, se había logrado establecer una

cabeza de puente en la playa de la Cebadilla, al oeste de la bahía, sorprendiendo a los defensores, que esperaban el ataque por la playa abierta al peñón de Alhucemas y que además habían retirado parte de sus fuerzas para responder a las dos maniobras de distracción que había hecho la flota en Uad Lau y Sidi Dris. Tras el establecimiento de esa cabeza de puente por la columna del coronel Franco, que fue la primera en poner pie en la playa, desembarcó el resto de las fuerzas de la brigada de Ceuta. A las de la mermada brigada de Melilla les tocó hacerlo en la mucho más angosta y peligrosa playa de los Frailes, que aseguraron no sin muchas dificultades. En su vanguardia iba la columna mandada por el jefe de Estado Mayor de la comandancia de Melilla y mano derecha del general Sanjurjo: el coronel Goded.

No he logrado averiguar con certeza, pese a haberlo intentado, en qué momento exacto llegó Aranguren a Alhucemas. En la certificación de sus méritos de campaña, expedida por Goded y con el visto bueno de Sanjurjo, se dice escuetamente que participó en las operaciones «que efectuó la columna del general Saro en el sector de Axdir del 1 al 12 de octubre». Hay, sin embargo, una nota aparecida en el diario *La Vanguardia* del 4 de octubre de 1925, y que sitúa en la víspera la llegada de Aranguren con sus guardias. Puede no ser fidedigna: sometidas a censura, las notas periodísticas aparecían a veces con retraso.

Lo que sí tenemos es una imagen de Aranguren poniendo pie en la playa. Impecablemente uniformado, en posición de firmes, con el tricornio cubierto por la funda de tela reglamentaria para clima cálido, se presenta al general Emilio Fernández Pérez, general jefe de la brigada de Melilla. Tras él, también en posición de firmes y tocado con el tricornio, se ve al corpulento capitán Fernández Plata. Tras el general, que tiene el aspecto desaliñado del militar en campaña, todo un contraste con el porte atildado de Aranguren, se distingue a otro hombre de polvoriento uniforme, cubierto con gorro redondo: el entonces coronel Manuel Goded Llopis. Es probable que hubieran coincidido ya meses antes, en Melilla, cuando Aranguren había ido a aquella plaza a revistar a sus guardias allí destinados, pero esta es la primera imagen que conozco que atestigua el encuentro de los dos hombres, sobre la arena recién conquistada de Alhucemas. Aranguren, enhiesto y marcial, se concentra en el general al que da novedades, y que le observa en una postura relajada, con la mano en la cadera. Goded, en cambio, asiste a la escena con una especie de desinterés que quizá tenga algo que ver con la fatiga del combate. Ninguno de los tres puede imaginar, ahí, la manera en que la Historia volverá a cruzar sus caminos.



José Aranguren da novedades al general Fernández Pérez en la playa de Alhucemas. © Derechos reservados

Quizá sea el momento de dar cuenta sucinta de quién era y de dónde venía ese hombre al que Aranguren encontró aquel otoño de 1925 en las playas de Alhucemas. Manuel Goded Llopis nació el 15 de octubre de 1882 en San Juan de Puerto Rico. Hijo de un capitán de Artillería, Miguel Goded y Ladrón de Guevara, con tres años llegó a la Península, donde tras completar sus primeros estudios, y apenas tuvo la edad mínima, comenzó a prepararse para el ingreso en una academia militar. Lo consiguió en junio de 1896, con sólo trece años, al ingresar con uno de los primeros números en la Academia de Infantería de Toledo. Tan sólo un año después, cuando todavía no había cumplido los quince, y gracias al sistema de cursos abreviados establecido en la Academia para proveer la oficialidad necesaria para las campañas de Cuba y Filipinas, obtuvo su despacho de segundo teniente.

Tras su paso por el regimiento de la Princesa nº 4, en el que ascendió a primer teniente, ingresó en la Escuela Superior de Guerra, donde estuvo cinco años. En 1904 ya con el empleo de capitán, al que había accedido en octubre de 1902, con sólo veinte años, se incorporó al batallón de cazadores de Las Navas nº 10 (el mismo, por cierto, que acogió a mi abuelo, es un decir, al principio de su servicio en África). No pasó demasiado tiempo en aquella unidad: tan sólo un año después se integró en el cuerpo de Estado Mayor. En 1912, con apenas treinta años, lo trasladaron al Ministerio de la Guerra, donde quedó adscrito al Estado Mayor del ministro. En el año 1917 lo designaron para acompañar al general Ricardo Burguete a la zona rumana dominada por el Imperio austrohúngaro para estudiar el paso del Danubio.

Intelectualmente brillante, bien formado, con idiomas (leía y hablaba francés) y con larga experiencia en destinos de Estado Mayor, incluso con cierta experiencia en misiones internacionales, lo que queda de manifiesto es que el perfil de Goded era muy diferente del de aquellos oficiales de inteligencia mediana y formación somera y más bien acelerada que mandaban el grueso de las unidades del ejército de África. A este se incorporó Goded en junio de 1921, con treinta y ocho años de edad, como jefe de Estado Mayor de la comandancia de Larache. Allí se puso a las órdenes del entonces general Sanjurjo, jefe de la comandancia, que debió de ver en seguida en él a un jefe pertrechado con la ciencia militar de la que él, por aptitud, carácter y formación, carecía. A partir de entonces se preocupó de tenerlo siempre a su lado.

A su competencia intelectual, comprobó Sanjurjo que Goded sumaba el valor en combate. El 28 de abril de 1922 se distinguió al coronar las alturas de Feddan Yebel al frente de los Regulares de Larache, tras tomar el mando por haber caído herido su

jefe, el teniente coronel González Carrasco. En aquella desgraciada acción cayeron cuatrocientos de los mil doscientos individuos de tropa y veintiuno de los sesenta oficiales con que contaba la unidad; entre otros, resultaron heridos el entonces capitán Varela y el entonces teniente Escofet, llamados a tener más adelante un papel en esta historia. A Goded se le impuso por su actuación la medalla militar individual. Tras la disolución de la comandancia de Larache en 1923, por el escándalo de corrupción descubierto en su seno, volvió a la Escuela Superior de Guerra y a pasar brevemente por el Estado Mayor del ejército, hasta que en 1925 fue destinado (¿reclamado?) a Melilla para ejercer de coronel jefe de Estado Mayor y de las Intervenciones Militares de la comandancia, bajo las órdenes del general Sanjurjo. En este destino recibió la orden de mandar una de las columnas que iban a participar en el desembarco de Alhucemas, en concreto la que intervendría en vanguardia de la brigada de Melilla.

De quién y cómo era Goded, y por qué acabó teniendo el papel que tuvo en esta historia, creo que dan alguna pista valiosa las órdenes de operaciones que como jefe de columna dictó para sus hombres, el día 5 de septiembre en Melilla y los días 6 y 7 a bordo del buque de transporte *Lázaro*, y que recoge en su libro sobre la campaña marroquí. Unas órdenes difíciles de redactar, porque en el momento de hacerlo su columna no tenía todavía señalados los puntos de desembarco, pendientes de ulterior decisión por el mando en función del desarrollo de la operación, y las provisiones tenían que ser a la vez genéricas y lo bastante precisas, contemplando al efecto toda la casuística posible para poder resultar operativas a la hora de la maniobra. En particular, diría que le retrata este párrafo, en la orden del 5 de septiembre:

Tener muy presente que la acción enérgica de los oficiales al poner pie en tierra arrastrando su tropa bajo el fuego asegura el éxito de la operación, y que en prueba de este aserto ha habido operación de desembarco en la guerra en que la rapidez y la decisión en el avance de una sola compañía ha resuelto la situación, quebrantando la moral y la resistencia enemiga (compañía del capitán Brison en el desembarco de Kun Kalé Dardanelos, 25 de abril de 1915).

En unas pocas líneas están presentes el estudioso militar y el jefe que trata de transmitir a los suyos un ejemplo de arrojo y valor. Y hay una circunstancia curiosa, más allá de la teoría, que vincula ambos desembarcos: no es nada improbable que el capitán Brison saltara a la playa en los Dardanelos desde una de las veintiséis barcas blindadas tipo K, con capacidad para trescientos hombres cada una, con las que se realizó la operación de desembarco en Alhucemas. Según consigna en su libro el propio Goded, se trataba de un material comprado a los británicos, y procedente de los sobrantes del material de la operación de Galípoli: la desastrosa tentativa de

conquistar Estambul mediante el desembarco en los Dardanelos, que se saldó con cerca de medio millón de bajas entre ambos bandos, popularizada gracias a la película homónima del australiano Peter Weir, que lanzó al estrellato a Mel Gibson.

En los relatos usuales del desembarco de Alhucemas suele darse una imagen gloriosa de la intervención de la brigada de Ceuta, y en particular de la columna de Franco, la primera en pisar la arena, en la mañana del 8 de septiembre de 1925. Se llega a referir, con tintes épicos, cómo apenas puso el pie en la playa, el coronel Franco se vio cubierto por la arena levantada por el impacto de una granada de cañón que le cayó a escasos metros, y sus legionarios hubieron incluso de desenterrarlo. No se puede negar que tiene un plus de riesgo ir en la primera oleada (aunque fuera en segunda línea y detrás de una formación de carros blindados de asalto, como fue el caso); tampoco que las fuerzas de la columna de Franco y la brigada del general Saro hallaron sobre el terreno una difícil papeleta. Sin embargo, la playa asignada, la de la Cebadilla, menos batida y defendida que otras, y suficientemente amplia, admitía el despliegue de una gran masa de maniobra, la compuesta por las tres columnas, con más de nueve mil hombres en total, de la brigada de Ceuta; lo que, como relata Goded, permitió en seguida contar con líneas sólidas y hasta fuerzas de reserva. En cambio, la playa de los Frailes, algo más al norte que la anterior, dominada por la altura de Morro Nuevo, fue desde el principio un estribo frágil y de dificultosa defensa. Y allí fue donde hubo de desembarcar una reducida brigada de Melilla (se le habían restado fuerzas para enviarlas en socorro de Kudia Tahar) con sólo dos barcas, por estar el resto empeñadas en abastecer la cabeza de puente. Según cuenta Goded, el sombrío humor de los soldados pronto diferenció entre una y otra: a la de la Cebadilla la llamaron *Biarritz*, y a la de los Frailes, la *Playa de la Miseria*.

La operación en la playa de los Frailes empezó el día 11 de septiembre a las seis y media de la mañana, al mando de Goded. Se logró desembarcar a apenas tres mil hombres, que debían sostener un frente de tres kilómetros con poca profundidad «dada la proximidad del mar al frente ocupado por las tropas», y con parapetos de piedra improvisados y sin alambrada alguna, por no poderse desembarcar el material de fortificación. Tenía la línea un punto especialmente comprometido en su extremo izquierdo, en la punta de Morro Nuevo, la llamada casamata del Cañón, un reducto que albergaba un cañón que los rifeños habían abandonado en su huida, y que sin duda intentarían recuperar, por el valor moral excepcional que para ellos tenían las piezas de artillería. Según recuerda Goded, intuyó en seguida que por ahí vendría el ataque, y que este podía desarrollarse de noche, para lo que necesitaba una tropa ducha en el combate nocturno; eligió para ello a la llamada harca Varela, un grupo de tropas indígenas escogidas al mando del comandante del mismo apellido, que no era otro que

aquel capitán herido en la acción de Feddan Yebel, y ya por entonces condecorado con dos cruces laureadas (una cifra sólo alcanzada en vida por otros dos militares, los generales José Sanjurjo y Miguel Primo de Rivera). En lugar de emplazar la harca en el frente, Goded la mantuvo en reserva junto a él, por si el enemigo lograba romper la línea. La previsión se demostró útil, porque Abd el-Krim, que había reagrupado a sus mejores fuerzas, enviadas días atrás a hacer frente a las maniobras de distracción realizadas por la flota, atacó precisamente por la casamata del Cañón, donde vio con acierto el punto más débil de todo el frente, con el claro objetivo de abrir una brecha por la que coger a las tropas expedicionarias de flanco y por la espalda. El ataque, violentísimo, logró al principio su objetivo, la conquista de la casamata. Lo que no esperaban los rifeños fue el contraataque de la harca que Goded había dejado en reserva, y que, tras desalojarlos con la misma violencia, volvió a tomar posiciones en ella, donde permaneció toda la noche junto a los cadáveres de los defensores y de los atacantes.

El jefe de la columna describiría años después el combate como si lo tuviera todavía delante de los ojos, con palabras que sirven para añadir matices a esta tentativa de bosquejo de su personalidad:

El enemigo logra romper el frente y penetrar por la brecha, y es tal el derroche de granadas de mano que hace, que, aun dentro de la preocupación del peligroso instante que estábamos viviendo, sentíamos todos la emoción del hermoso espectáculo de la guerra producido por las innumerables explosiones de las granadas que convertían aquel punto del frente en un enorme castillo de fuegos artificiales, percibiéndose entre las luminarias de aquel infierno las sombras de los hombres en la lucha cuerpo a cuerpo. Fue aquél uno de los momentos de más intensa emoción que he vivido en mi vida de campaña.

Luego hace un balance de aquella noche para él angustiosa, que también da la medida de su carácter, en el que se mezcla la emoción con el análisis racional, y que entre otras cosas muestra un respeto por la competencia militar del enemigo infrecuente entre los africanistas, quizá porque otros no tenían su capacidad para ponderarla, ni podían hallar en desafiarla el reto intelectual que para Goded suponía:

Tal fue la trágica noche del 11 de septiembre, lucha feroz entre dos fuerzas, empujada la una por el ansia violenta de expulsar de aquellos acantilados al enemigo que había osado poner su pie en terreno que ellos consideraban inviolable, consciente la otra de que no podía retroceder un palmo de terreno, porque a su espalda estaba el mar. Fue la noche más amarga que he pasado en mi vida militar, más que por el peligro material que en ella corrimos los que soportamos la desesperada y violenta reacción enemiga, por la enorme responsabilidad que sobre mi columna pesaba y las tremendas consecuencias que comprendí tendría el ataque para todo el cuerpo de desembarco si el enemigo lograba romper nuestro frente [...]. La particularidad de este ataque, por primera vez observada por el autor en la campaña marroquí, fue el método, la dirección de un mando único y experto con que fue conducido por el enemigo. La iniciación de los asaltos por medio de señales luminosas [...], la preparación artillera cronometrada en plena noche, los ataques de tanteo, los objetivos perfecta y certeramente señalados, son detalles que daban la sensación de luchar con un ejército regular y organizado,

obediente a un mando único y capacitado [...]. Estas nuevas características [...] dieron a estas campañas un sabor de guerra europea, que si bien las hicieron más difíciles, permitieron en cambio que nuestras acciones fueran más brillantes, más enérgicas, más decisivas.

En los días siguientes, y sobre todo las noches del 12, 13 y 19, continuaron los ataques, que la fuerza de desembarco, cada vez mejor atrincherada, rechazó. A partir del 23 se inició el avance, que dio lugar a la conquista de la llamada Cala del Quemado y de la planicie en la que se asienta la actual ciudad de Alhucemas, fundada por los españoles tras el desembarco. La defensa de los rifeños fue encarnizada, con páginas de valor que Goded, admirado, no deja de homenajear:

Entre los cadáveres que encontramos en las trincheras de la Cala de los Islotes, estaba el de un caído, hombre fuerte en plenitud de su edad; a su lado tenía su mosquetón Mauser nuevo, bien cuidado, caliente aún el cañón; en su bolsa de costado (la «skara» mora), un Corán con una señal en la hoja cuyos versículos fueron seguramente los últimos que leyó la noche anterior. Recogí ambos objetos, el fusil y el Corán, que tengo entre mis recuerdos de la campaña, en el cuarto árabe que constituye mi pequeño museo de guerra, e hice enterrar el cadáver, sintiendo profunda emoción y respeto ante la muerte de aquel creyente sostenido por su fe religiosa. Cualquiera que sea la religión de un hombre, la fe en ella es la más poderosa fuerza [...]. A mi memoria acudió en aquel momento el recuerdo de parecido episodio visto por mí en el frente de Rumanía cuando estuve en la guerra europea. Al recorrer las trincheras del Sereth [...], en un puesto de observación en primera línea, encontré absolutamente solo a un pequeño soldado húngaro que, con el fusil preparado en la aspillería del escudo de trinchera, a su inmediación el gong empleado para la alarma en caso de ataque, leía, silencioso, en un pequeño libro su oración del domingo ante un tosco crucifijo de madera tallado por él mismo.

Estas reflexiones, propias de un hombre de mundo, pero también de alguien que ha aprendido a indagar en las motivaciones profundas de las personas, vienen aquí más que a propósito. Quizá le habría ayudado a Goded recordarlas, cuando le tocó enfrentarse, una década después, y en situación aún más comprometida, a un hombre imbuido de una semejante fe religiosa, que desde ella, y desde su convicción de que así se lo imponía el deber contraído, iba a resistir sus conminaciones y amenazas.

Consolidadas las posiciones, el día 30 de septiembre se lanzó un nuevo ataque sobre la línea del río Isly, que marcaba la divisoria entre los territorios de las tribus de Bocoya y Beni Urriaguel, en cuyo suelo aún no habían puesto pie los españoles. De nuevo la resistencia fue feroz, y de nuevo las fuerzas españolas, si bien pagando un alto precio en bajas, alcanzaron los objetivos fijados. Otra vez se detiene Goded a exaltar, con pluma encendida, el valor heroico del enemigo:

El episodio tuvo extraordinaria grandeza; el numeroso enemigo, concentrado en la cumbre de la loma 7, protegía con fuego de fusilería y granadas de mano el cañón; los artilleros de éste, atados con cadenas a sus ruedas e imposibilitados de huir, servían febrilmente la pieza, que no cesaba de disparar a escasamente 500 metros de nosotros; un caído, alto y fornido anciano de gran barba blanca, de pie, sin cubrirse ni buscar protección alguna, con un enorme bastón animaba a la tropa y detenía a bastonazos a los que vacilaban. Impresionado por la gallardía de aquel anciano, recomendé a Varela y a los oficiales de la harca, antes de lanzarse al asalto, procurasen coger vivo al valiente jefe, con intención de hacerle aquel mismo día caído de

nuestra harca. No pude cumplir mi deseo; el comandante Varela, rodeado de sus valientes oficiales y lanzando personalmente granadas de mano, se lanzó al frente de su harca con ciego empuje, y en breves minutos todo aquel gesto heroico del enemigo fue aniquilado, quedando en nuestro poder el cañón, el antejo de batería, numerosos proyectiles y fusiles y gran número de cadáveres, entre ellos el del caído, caído de espaldas, cara al sol, con el bastón en su diestra, la barba blanca ensangrentada y los ojos muy abiertos, como si aún quisiera galvanizar con su fiera mirada a sus valientes guerreros, que con tanto tesón defendieron el acceso a la cresta de la loma 7.

Establecida en el río Isly la nueva línea del frente, y sin tiempo para descansar, la fuerza expedicionaria se preparó para dar al día siguiente el salto al territorio de Beni Urriaguel. A la columna, compuesta por fuerzas de las brigadas de Ceuta y de Melilla, en esta ocasión bajo las órdenes de Goded, se le señaló como objetivo la elevación de Adrar Seddun, adyacente a la costa. Por su cuenta, el coronel propuso a su superior inmediato, el general Fernández Pérez, ocupar también el monte Amekrán, a la derecha del avance. Consultado el general jefe de la división, Sanjurjo, este dispuso que Goded, «respecto a la ocupación del Amekrán, procediera según su inteligente apreciación aconsejara». No podía expresarle mayor confianza en su criterio militar.

La operación, en la que la «inteligente apreciación» de Goded, como era de esperar, condujo finalmente a asaltar ambas elevaciones, se saldó con la conquista de los dos objetivos. Con lo que puede, por el momento, darse por cerrada aquí la semblanza de este militar peculiar, cuya suerte posterior tanto incumbe a esta historia. Y es que en octubre de 1925 ya tenemos constancia oficial de la presencia sobre el terreno del teniente coronel Aranguren, a quien debe regresar el relato.

Para imaginar lo que sintió José Aranguren cuando aquel día de principios del otoño de 1925 llegó ante las costas de Alhucemas, con el encargo de montar un puesto de la Guardia Civil en territorio recién arrebatado al enemigo, hemos de representarnos el maremágnum de aquel campamento improvisado a la orilla del mar. Barcazas y toda suerte de embarcaciones menores yendo y viniendo para transportar a la playa pertrechos y gente (en alguna de ellas, debió de alcanzar la orilla el mismo Aranguren). Barcos de guerra y de aprovisionamiento surtos en la bahía, los unos para proteger con sus fuegos la cabeza de puente hostilizada por los rifeños, los otros para municionar y apoyar a los desembarcados. Sobre la arena, apiñados en un territorio de unos pocos kilómetros cuadrados, con la espuma de las olas a la espalda y las montañas del Rif infestadas de tiradores como horizonte, miles de hombres cubriendo parapetos y alambradas o dedicados a la ingente intendencia de la fortificación y el asentamiento de las tropas; entre ellos, formando parte de la brigada de Ceuta, su propio hijo. De tanto en cuanto, imponiéndose al rumor de las olas y el ruido del trajín de hombres, vehículos y bestias, el estruendo de los cañonazos propios, desde mar y tierra, o del enemigo, desde las alturas a las que aún se agarra. Y a pie de obra, para quien llega a la playa, una sensación de caos que se sobrepone a la planificación que dispone los contingentes sobre el terreno, asegurando flancos, previniendo reservas y vanguardias, turnos de vigilancia y el resto de la rutina de la guerra.

Posiblemente fuera aquel paraje el menos a propósito para establecer un puesto de un cuerpo cuya función, según sus reglamentos y sus ordenanzas, era velar por la seguridad y el cumplimiento de la ley. En aquellas playas de Alhucemas, la seguridad, prendida con alfileres, la imponen los cañones y las tropas de choque, y la única ley vigente es la de la guerra, tal y como la entienden los guerreros marroquíes que forman, ya sea al servicio de la República del Rif o de las dos potencias europeas resueltas a asfixiarla, la primera línea de ambos bandos contendientes. Nada que ver con las convenciones de Ginebra. Los veinticuatro guardias de Aranguren, incorporados pese a todo a la fuerza expedicionaria desde los primeros momentos, parecen unos convidados extemporáneos en una fiesta que apenas los tiene en cuenta.

Sus necesidades y labores, a excepción de los cuatro que forman la escolta personal del general en jefe de las tropas terrestres, Sanjurjo, no son desde luego la prioridad, y así se les hace sentir. No sólo durante aquellos primeros días, sino incluso mucho después, cuando ya ha pasado un año, se empieza a trazar la ciudad que se llamará primero Villa Sanjurjo (en homenaje al jefe de la fuerza de desembarco) y

más tarde Alhucemas, y aquella cabeza de puente, asegurado el territorio que la rodea, se ha convertido en el gran campamento de retaguardia para la conquista del Rif. De ello da fe el oficio remitido por el negociado de Orden Público del Ministerio de la Gobernación a la dirección general del cuerpo en fecha 20 de diciembre de 1926, esto es, quince meses después del desembarco, y que no puede ser más elocuente:

Visto el escrito de V.E. remitiendo presupuesto para la adquisición de barracones con destino al alojamiento de la fuerza de ese Instituto en el sector de Axdir, del territorio de Marruecos. Resultando que por ser ese territorio de reciente ocupación se carece de muchos elementos indispensables, y el acuartelamiento de la Guardia Civil es bastante deficiente, desde el momento en que no cuenta con medios propios como las demás Fuerzas del Ejército y, por tanto, está a resultas del sobrante de tiendas de campaña y barracones de los demás Cuerpos, poco en relación esta circunstancia con el ambiente y prestigio que debe caracterizar al Instituto de la Guardia Civil..

Es ilustrativo el párrafo, no sólo porque da cuenta de la penuria con que se instalaron los guardias para poder prestar desde el primer instante sus servicios, sino que también se adivina tras él la mano de Aranguren, para concienciar al mando del cuerpo de la necesidad de atender a las condiciones en que habían de trabajar sus hombres y propiciar la asignación de fondos suficientes para mejorarlas. No todos los jefes, y desde luego no todos los jefes militares, asumen la iniciativa de importunar a sus superiores para aliviar las penalidades de quienes tienen a sus órdenes y, disciplina mediante, van a soportarlas de todas maneras, eximiendo a quien los manda, si no es demasiado voluntarioso, de la carga de reclamar que se atiendan sus necesidades.

Regresando al 1 de octubre de 1925, fecha en la que se certifica la presencia de Aranguren en las operaciones, fue el día elegido para emprender, bajo la dirección de Goded, la maniobra culminante de aquel desembarco, que permitiría consolidar un frente desde el que asegurar la posición ganada en el corazón del territorio enemigo. Tal y como había propuesto al mando, intentó Goded la conquista simultánea de las alturas del monte Amekrán y de Adrar Seddun. Para ello, diseñó una maniobra novedosa, que desconcertó a los rifeños.

A las diez de la mañana, una hora relativamente tardía, que hizo creer al enemigo que ese día no habría ataque, y tras una preparación artillera desde las cotas recién conquistadas, Goded lanzó un asalto simultáneo con tres fuertes columnas formadas por sus mejores tropas de choque: a la derecha, los Regulares de Tetuán (unidad en la que formaba el hijo de Aranguren), apoyados por la mehala de Melilla; en el centro, la harca Varela, seguida de la segunda bandera del Tercio; a la izquierda, el Grupo de Regulares de Melilla. El resto de la fuerza, formada por los fusiles y ametralladoras

del regimiento de Melilla (el único, además del Tercio, integrado por tropa europea, en este caso, españoles reclutados para su servicio militar), ingenieros y servicios, marchaba en retaguardia de la columna del centro, tras los legionarios. Es de suponer que esta debió de ser la posición asignada a los guardias civiles, comprendidos dentro de los servicios, si como afirman los informes oficiales ya estaban sobre el terreno. No era la más expuesta, pero nada dejaba de comportar riesgos, en aquellas jornadas.

La ambición y la inteligencia de la mente militar que había urdido aquella maniobra se vieron recompensadas con la toma de todos los objetivos, que los rifeños, confundidos y desmoralizados, no pudieron defender. La caída del Amekrán, monte eminente que dominaba la bahía, tenía un valor simbólico inmenso: según los supersticiosos lugareños, si los cristianos lograban ocuparlo, ello significaría su derrota. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas, intentaron retomar al cerrar la noche, pero fueron rechazados por los Regulares que allí se habían fortificado, reforzados para la ocasión por el último recurso habitual, la harca de Varela. Si corresponde reconocer el talento táctico y estratégico de quien los mandaba, no puede desdeñarse el peso, como mínimo equivalente, que en la obtención de aquella victoria tuvo el arrojo, el sacrificio y la acometividad de aquellos hombres, en su mayoría rifeños, como aquellos a los que se enfrentaban. Aquel combate costó seis bajas de oficial y 89 de tropa, y en el conjunto de la operación de Alhucemas, las bajas de la columna de Goded alcanzaron cerca de un tercio de los efectivos iniciales. Once años después, cuando encabezó la sublevación en Barcelona, aquel mismo cerebro, aquel mismo estratega, iba a comprobar la diferencia que existía entre mandar soldados como los que tenía en África o dirigir la fuerza destartada y desmotivada, y formada sobre todo por soldados de leva, con que los sediciosos desafiaron en la Ciudad Condal la legalidad de la República.

El 2 de octubre, a primera hora, se completó la operación con la conquista de la altura denominada la Rocosa, encomendada una vez más a los mismos que habían estado combatiendo hasta altas horas de la noche: los soldados indígenas de la harca Varela, que demostraban así su carácter infatigable, una cualidad del guerrero marroquí de la que tanto se habían de servir los sublevados del 36 para sus conquistas de los primeros meses de la guerra civil (y, en particular, en su avance hacia Madrid por Extremadura). En los días sucesivos, hasta el día 13 de octubre, en que con la toma del monte Xixafen, entre la Rocosa y el Amekrán, se dieron por concluidas las operaciones, se trató fundamentalmente de asentar las líneas y estabilizar el frente. Dominado por las alturas conquistadas tras el desembarco quedaba el poblado de Axdir, donde Abd el-Krim había fijado su capital. Un lugar de oscuro recuerdo para

los muchos prisioneros españoles que allí habían estado confinados, sometidos a trabajos forzados y otras vejaciones. Tenerlo a su disposición era una tentación poderosa a la que, como atestigua el propio Manuel Goded, no pudieron resistirse los vencedores:

Manteniendo las unidades organizadas sobre la línea que constituía el frente que se había señalado a la columna como límite del avance, permití que de ellas se destacaran pequeños grupos de diez a doce hombres con oficiales o clases para *razziar* Axdir. Todo el día duró la *razzia*, viendo toda la columna con satisfacción legítima arder como enorme antorcha de nuestra victoria la casa del cruel y execrado cabecilla, y recogándose en ella cinco cañones y gran número de municiones y efectos de todas clases, hasta un gramófono, y tan enorme cantidad de víveres que en varios días no tuvo la columna necesidad de ser abastecida. Cayó también en nuestro poder, y fue cuidadosamente transportada a Melilla, la notable biblioteca árabe que había logrado reunir el hermano de Abd elKrim, y en la que hizo también su pequeña *razzia* el grupo de periodistas que al día siguiente acudieron a reconocer los libros que a mi puesto de mando, en una casa de Axdir, habían traído los legionarios...

Tras el desahogo de la tropa victoriosa, oportunamente testimoniado (y, como se ve, compartido) por los periodistas allí presentes para resarcimiento del orgullo nacional, vendría la normalización, materializada en la planificación y construcción de una ciudad, la futura Alhucemas. Su emplazamiento, sobre un arenal desolado, llevaría a considerarla según un estudio internacional la urbe peor ubicada del planeta, por contraposición a la australiana Sídney, la mejor situada según aquel mismo estudio; un severo veredicto que, la verdad, no deja de sorprender a quienes hemos visitado la Alhucemas actual, y hemos podido disfrutar de sus atardeceres espectaculares sobre la playa del Quemado o de sus cálidas y bulliciosas noches de verano.

La ciudad, sin embargo, aún tardaría en empezar a tomar forma. El primer paso de la *civilización* del territorio conquistado fue un sencillo acto en el que el protagonismo correspondió a los hombres de Aranguren: la apertura del primer puesto de la Guardia Civil y la toma de posesión de su capitán, Marcelino Gómez-Plata como primera autoridad civil de aquel territorio recién sometido a la administración de los españoles. En el propio Axdir, no lejos de la que había sido la casa de Abd el-Krim, y en ese barracón mísero en el que permanecían un año después, se izó la bandera del cuartelillo. Y en el poblado de la cala del Quemado, José Aranguren asistió a la toma de posesión del capitán Gómez-Plata como gobernador. Los dos, dicho sea de paso, recibieron por su participación en aquel desembarco la cruz del Mérito Militar con distintivo rojo. Los dos, catorce años después, se verían señalados y condenados como traidores por mantenerse leales al orden legal de la República, aunque el capitán conseguiría salvar su vida.

La toma de la bahía de Alhucemas se presenta a veces como la operación

definitiva de la guerra de Marruecos y el golpe que derrotó a Abd el-Krim. En su libro, Goded se rebela justificadamente contra esa interpretación: la guerra duró aún dos años más, con terribles combates y algún que otro contratiempo de importancia. De hecho, de las 66 tribus del protectorado español tras el desembarco continuaban insumisas cuarenta, con fuertes focos de resistencia tanto en el Rif como en el Yebala, y los principales líderes de la revuelta, singularmente Abd el-Krim, que contaba con no menos de sesenta mil hombres, estaban bien atrincherados y planeando ataques contra el invasor. La detención de las operaciones les permitió de hecho reorganizarse, y por ello Goded cuestiona que Primo de Rivera se contentara con quedarse ahí:

Era el momento decisivo de la explotación de la victoria, se había producido lo que Napoleón llamó *acontecimiento*, que habría permitido con escasísimo esfuerzo llegar hasta el valle del Nekor y enlazar con nuestras fuerzas del frente de Melilla, dando un avance enorme a la resolución del problema del Rif, como lo prueba que el sargento Sangiorgio, del Tercio, famoso por su bravura [...], con sólo 12 legionarios logró llegar aquel día al morabo de Sidi Baki, al otro lado del Nekor y en el territorio de la cabila de Beni Tuzin; pero el general en jefe (Primo de Rivera) ordenó que las tropas se mantuvieran en el frente por él señalado y dio por terminado el avance del cuerpo de desembarco [...]. Faltó en la decisión del general en jefe el propósito de penetrar entonces en Beni Urriaguel para conseguir efectos decisivos, limitándose al hecho escueto de desembarcar en Alhucemas y constituir una reducida base [...]; pero no cabe [...] sin pasional injusticia, negar al general Primo de Rivera la decisión de efectuar el desembarco, absolutamente suya y mantenida tenazmente contra la opinión y la creencia de todos...

La acotación final (recuérdese que el libro está publicado en 1932, con el Dictador no sólo desalojado del poder, sino muerto, con lo que habría sido fácil alancearlo) revela la honestidad intelectual del autor, aun en la discrepancia, para con quien vio la oportunidad que él no supo ver. El resultado de la acción de Alhucemas, en otro orden de cosas, fue la promoción, en los meses siguientes, de los que más se habían significado en ella. Al general Sanjurjo le valió el ascenso a teniente general y la asunción del puesto de alto comisario y general en jefe del ejército de África, en sustitución de Primo de Rivera, que volvió a concentrarse en las labores propias de la presidencia del gobierno. A los coroneles Goded y Franco les trajo el ascenso a general, en febrero de 1926: el primero contaba cuarenta y tres años y el segundo tan sólo treinta y tres. Ambos quedaban así ungidos como los más caracterizados caudillos militares africanistas, con una diferencia en cuanto a las consecuencias: mientras que Franco partió a un cómodo destino en Madrid, donde se dedicó a una activa vida social en la corte, Goded se quedó en Marruecos, como jefe de Estado Mayor General, asumiendo la responsabilidad de terminar el trabajo que se había quedado a medias y suministrando a Sanjurjo el criterio estratégico del que este carecía. Desde ese momento, bien puede decirse que el diseño de la campaña corrió

de su cuenta, y que se pusieron en práctica las ideas que, sobre la base de su amplia formación, había desarrollado para revertir la suerte adversa que hasta aquel momento había acompañado a los españoles en África.

En cuanto a Aranguren, continuó siendo teniente coronel. Para los guardias civiles no funcionaba el fulgurante expediente del ascenso por méritos de guerra (que sí favoreció a su hijo José, promovido al grado de teniente por su participación en la campaña). En su puesto de jefe de la comandancia marroquí, pasó a estar, ahora sí, formalmente y con carácter permanente, a las órdenes de José Sanjurjo, su no muy aventajado compañero de academia y nuevo alto comisario, del que sería subordinado durante un año, hasta el término de 1926.

Para entender la dinámica de las campañas de 1926 y 1927, que condujeron a la pacificación definitiva del protectorado marroquí, la primera de ellas todavía con Aranguren sobre el terreno, nada mejor que acudir a quien fue su artífice, Manuel Goded, que en su libro sobre Marruecos ofrece un riguroso y pormenorizado análisis del enemigo, a partir del que razona las estrategias que se pusieron en práctica para acorralarlo y neutralizarlo. Eran los montañeses marroquíes soldados natos, familiarizados desde niños con las armas, y acostumbrados a afirmarse con ellas no sólo frente a los invasores externos, sino también frente a las mehalas del sultán y las tribus vecinas. Duros y bien adaptados al terreno, poseían gran capacidad de improvisación y podían mantenerse al acecho y en combate con muy poco. En un pasaje de su libro alude Goded a la mítica «capucha del moro», el lugar donde llevaban los higos o los dátiles con los que podían resistir durante días, y que era una muestra de su fortaleza pero también de su debilidad: semejante «intendencia» les permitía aguantar en campañas o combates cortos, de a lo sumo un par de semanas. Si se les forzaba más allá de ese límite, con esfuerzos sostenidos, podía quebrarse su resistencia.

En términos tácticos, los rifeños acudían siempre en el ataque a los puntos débiles y rehuían los fuertes, donde no presentaban batalla; por eso les venía tan bien el sistema español de pequeñas posiciones desperdigadas, entre las que elegían a placer la más aislada y expuesta. En la defensa tendían a concentrarse donde el ataque era más previsible, y cuando este los sobrepasaba y, como solía suceder, por el tipo de asalto frontal hasta entonces practicado por los españoles, se les dejaba vía para ello, se retiraban. Cuando se los acorralaba eran muy peligrosos, porque Abd el-Krim, en cuyo nombre se decía la plegaria en las mezquitas desde que había desplazado al sultán en su zona de influencia, no sólo como líder político efectivo, sino también como líder espiritual de los creyentes, había tenido la astuta idea de llamarlos a la yihad o guerra santa, y con esa cobertura y bajo ese impulso el musulmán combatía hasta el último aliento, sin aceptar rendirse jamás.

Analizado fríamente el oponente, Goded diseñó una estrategia basada en fuertes columnas móviles, nada de regar posiciones por las montañas. La posición, razonó, sólo controlaba, y mal, sus alrededores, de unos pocos cientos de metros, y quedaba siempre en inferioridad. La columna móvil, en cambio, podía extender su control a un radio de muchos kilómetros y combatir una y otra vez en superioridad de fuerzas. El uso combinado de varias columnas, con maniobras envolventes, permitía además

desconcertar y desbordar al enemigo, como ya había ensayado en Alhucemas en la operación del 1 de octubre. La base de la táctica era la infantería, la más adaptada al abrupto terreno marroquí, apoyada por artillería de montaña y muy puntualmente por pequeñas unidades de caballería, arma en general poco apropiada para la campaña. Y entre los infantes, Goded apostó sobre todo por el elemento indígena, esto es, combatir a los rebeldes con guerreros como ellos: tan duchos en el uso de las armas y no menos habituados al terreno. Esto tuvo un efecto colateral positivo: descendieron mucho las bajas de españoles, lo que atenuó la impopularidad de la guerra e incluso llevó a muchos a pensar que todo había acabado en Alhucemas. Lo que pasó, dice Goded, fue que el precio, en 1926 y 1927, lo pagaron sobre todo los soldados marroquíes que servían bajo bandera española, y ello propició esa inconsciencia de la población respecto de la guerra que seguía librándose en las montañas del Rif y el Yebala.

Pero Goded sabía que las guerras, y más aquella, no se ganaban sólo pegando tiros. Como jefe de las Intervenciones Militares y responsable de la política indígena, impulsó una medida radical, que no se había llevado nunca antes a la práctica y que marcó la decisiva diferencia: cuando una tribu se rendía, se le exigía que se desarmara. Cada hombre que se presentaba debía entregar un fusil; si no, no se aceptaba la rendición, se la seguía considerando hostil y continuaba el castigo. Los marroquíes eran reacios a desprenderse del arma con la que casi se habían criado, pero el propio Goded les ofrecía la solución para recobrarla. El que había entregado su fusil (quedando, más que desarmado, casi desnudo, para la mentalidad local) podía recibir otro siempre que se alistara en las unidades indígenas del ejército español. Cambiaba así insurgentes por contrainsurgentes, y aumentaba el contingente de combatientes motivados y expertos, minimizando de paso el recurso a los bisoños y desganaos reclutas peninsulares.

Por otra parte, esa política permitía una presencia más efectiva y disuasoria en las zonas conquistadas, y una mejor protección de las tribus que se iban sometiendo, a diferencia de la política anterior, que las dejaba a merced de las que no respetaban la autoridad española. En este planteamiento, Goded se declara seguidor y deudor de la doctrina del general francés Thomas Robert Bugeaud, a quien, a diferencia de la mayoría de sus compañeros, podía leer en su lengua original: «Es necesario estar *delante* y no *detrás* del país al que se quiere dominar y someter, y es necesario estar también *dentro* cuando se trata de someter y proteger, después de haberlas sometido, a las tribus aisladas».

En cuanto a las maniobras concretas para asfixiar al enemigo y reducir la

rebelión, apenas concluido el desembarco de Alhucemas, el 19 de octubre de 1925, Goded elevó a Sanjurjo un informe en el que exponía cuál era, en su opinión, el siguiente movimiento que debía hacerse, y que él mismo resume con estas gráficas palabras:

Desde el momento en que ocupamos con potencialidad suficiente la base de operaciones de Axdir surgía claramente la concepción de la maniobra que permitiera una acción convergente sobre Beni Urriague partiendo desde Axdir y desde Azib de Midar (Beni Tuzin) en el frente de Melilla, para cortar en dos el núcleo de la rebeldía, como se corta un queso rápidamente en vez de roerlo lentamente, como hasta entonces se había hecho.

Nada de posiciones fijas, establecidas en escaramuzas inútiles para luego defenderlas en escaramuzas también inútiles, y sólo rentables para quienes en ellas ganaban ascensos y medallas. Una acción resolutive, basada en una concepción estratégica de la fuerza enemiga y la fuerza propia. La idea era buena, amén de contundente, y tuvo quien la apreciara. La recomendación del que entonces sólo era coronel y jefe de Estado Mayor de la comandancia de Melilla se convirtió en la dirección que al año siguiente, tras acordarla con los aliados franceses, orientaría la campaña del ejército de África y conduciría a liquidar la resistencia del hasta entonces irreductible Abd el-Krim.

Según la hoja de servicios de Aranguren, de nuevo basada en una certificación expedida por el propio Goded, a lo largo del año 1926 participó en múltiples operaciones, tanto en la zona de Melilla como en la de Ceuta y Tetuán. Por esta vez, dejemos que sea Goded el que, con su firma y voz, relate los méritos de campaña de quien acabaría siendo su oponente en su hora crucial. Reza así la certificación:

Don Manuel Goded Llopis, Jefe de Estado Mayor General del Ejército de España en África, del que es General en Jefe el Excmo. Señor Teniente General Don José Sanjurjo Sacanell, Marqués de Malmus Certifico: Que el Teniente Coronel de la Guardia Civil, Jefe de la Comandancia de Marruecos, Don José Aranguren Roldán, asistió a las operaciones realizadas del 1 al 7 de Marzo de 1926, en el Macizo de Ber Hozmar y formando parte del Cuartel General del Excmo. Señor General en Jefe, a las que tuvieron lugar en el sector de Axdir el 8 de Mayo para ocupar el Iberloken, el 10 la meseta de Asgar, el 11 Tafias, el 12 el Zoco de Arbaa, el 13 y el 14 la agresión de que fue objeto el Campamento de Cardeñosa y el 20 la ocupación de Imzoren. En el mes de Agosto del mismo año a las operaciones efectuadas para ocupar Taranes, el Zoco-Arbaa de Beni-Hassan y Dar Akobba y por último a las que tuvieron lugar los días 3 y 6 de Noviembre para ocupar Ahayat y Buharrax, en la Kábila de Benilder. Y para que conste, a los efectos de anotación en la hoja de servicios de dicho Jefe, expido el presente en Tetuán, a dos de Diciembre de mil novecientos veintiséis. Manuel Goded. Rubricado. Vº Bº. Sanjurjo.

Puedo transcribir esta certificación merced a la copia conservada durante décadas por la familia de Aranguren, y que tengo a la vista mientras escribo estas líneas. Un documento que da fe del significado trágico que tendría años después el

reencuentro de aquellos hombres en Barcelona, y también de la fidelidad a la memoria de su antepasado de una familia que durante décadas hubo de convivir con su repudio oficial como traidor a la patria (incluso como cobarde que había obrado movido por razones espurias) y que en esas palabras firmadas por su enemigo, y erradicadas de los expedientes oficiales, tenía la prueba de la injusticia, acaso el consuelo de que un día la verdad acabara por abrirse paso frente a esas acusaciones infames. No es que Aranguren se acercara alguna vez al frente: la conclusión que se desprende de la relación de acciones en las que participó es que estuvo en los momentos y lugares decisivos de la campaña, durante el año en que siguió al frente de la comandancia de Marruecos de la Guardia Civil.

Incluso cuando se hallaba en retaguardia, en la plaza de Tetuán, se veía Aranguren expuesto, como el resto de la población, a la artillería rifeña, si bien de manera un tanto anecdótica. Entre octubre de 1925 y marzo de 1926, la capital del protectorado sufrió el bombardeo de un cañón de campaña que los rifeños lograron emplazar en una cueva de las inaccesibles cumbres del Yebel Bu Zeitung, a ocho kilómetros de distancia, una acción propagandística que le costó a Abd el-Krim la vida de ocho de sus mejores hombres, despeñados durante la operación de transporte de la pieza, pero le proporcionó el placer y le permitió anotarse el tanto moral de mantener bajo el fuego la capital del enemigo. Y es que los obuses españoles, de alcance superior, eran inoperantes para neutralizar la amenaza, porque la trayectoria parabólica del proyectil impedía acertarle al agujero en la roca donde los rebeldes tenían su cañón. Este se convirtió en acompañante cotidiano de la vida de Tetuán, hasta el punto de que sus habitantes le pusieron como apodo *El Felipe* y llegaron a organizar rogativas para que cesara el castigo. Al cabo de cinco meses, Sanjurjo comprendió que no podía prolongarse más aquella situación ominosa y lanzó, conforme al plan una vez más trazado por Goded, cuatro columnas contra el macizo de Beni Hozmar, donde estaba enclavado el Yebel Bu Zeitung.

Esta es una de las operaciones en las que estuvo presente Aranguren, y no tuvo un comienzo afortunado. Una de las columnas, formada por legionarios, la mandaba el jefe y fundador del Tercio, el entonces coronel Millán Astray, que resultó herido gravemente al comienzo de la ofensiva, lo que forzó la interrupción de las operaciones y el replanteamiento de la maniobra. El 7 de marzo de 1926 cayó el monte, conquistado por los Regulares del coronel Orgaz; otro apellido que volvería a sonar una década después, cuando esos mismos Regulares, formando parte del ejército sublevado, avanzaran por la Península.

El cañón calló al fin, y meses después, cuando se sometió del todo a los cabileños de Beni Hozmar, se les impuso como condición bajar a brazo hasta Tetuán

la pieza. Esta quedó expuesta en la plaza de España, según anota Goded, «para impresionar a los habitantes musulmanes con esta muestra del esfuerzo de nuestros soldados». Pura guerra psicológica contra la acción, también psicológica, del enemigo.

Eliminada aquella diminuta pero molesta amenaza que pesaba sobre Tetuán, a principios de mayo de 1926 el centro de gravedad de las operaciones se trasladó al Rif central, según el plan de nuevo trazado por Goded, y descrito de manera pormenorizada en su libro. El objetivo principal era la conquista del Yebel Hammán, la defensa natural de Tamasint, a donde Abd el-Krim había trasladado su cuartel general. Para culminarla, Goded ideó un plan basado en cuatro agrupaciones: dos de ellas, las de Beni Tuzin y Tensamán, atacarían desde el este; las otras dos, el cuerpo de operaciones y las fuerzas del sector de Axdir, desde el oeste, a partir de la base constituida tras el desembarco de Alhucemas. El teniente coronel Aranguren formaba parte de esta última agrupación, y sobre la zona de operaciones se encontraban otros personajes que tendrán posterior relevancia en esta historia. Tal era el caso del entonces coronel Sebastián Pozas Perea, que mandaba la agrupación de Tensamán, y del también por aquellos días coronel Emilio Mola Vidal, que encabezaba una de las cuatro columnas en que se dividía el cuerpo de operaciones de Axdir, junto al que marchaba Aranguren. En la orden general de operaciones dictada el 29 de abril, Goded, basándose en su experiencia, advertía a los mandos y hombres a sus órdenes sobre lo que iban a encontrarse:

Hay que tener presente en esta campaña que el enemigo ha de emplear frecuentemente el ataque de noche y con granadas de mano. La tropa debe estar prevenida para no dejarse impresionar por estos ataques, que se rechazan fácilmente sin más táctica que permanecer cada unidad en sus puestos sin retroceder bajo ningún concepto, siendo el Mando el único que por la noche pueda maniobrar con el empleo de reservas. Por ello cada jefe de columna en el sector suyo, más que tener una primera línea muy fuerte, debe guardar siempre en su mano fuerzas de reserva que sepan maniobrar de noche, para ser con sus reservas el que maniobre y cubra los sectores en que el enemigo ataque con más intensidad.

Se advierten aquí las lecciones aprendidas por Goded en carne propia, y en especial la de la dura noche del 11 de septiembre de 1925 en Alhucemas. Y a la hora de atacar, también daba pautas claras:

La decisión, la potencia y la rapidez en el avance se consigue por la combinación y enlace de las armas y por la elección acertada de los objetivos, siendo preferible, si la resistencia es grande, operar con objetivos limitados cada día, pero con continuidad en el esfuerzo en días seguidos. Cuando se consiga el éxito hay que explotarlo actuando con rapidez.

Con una dirección coherente, impartida por quien sabía el terreno que pisaba y había hecho un análisis certero del adversario, la campaña fue un rotundo éxito. La rotura del frente comenzó en la línea del río Iberloken el 8 de mayo, acción esta en la

que ya estuvo presente Aranguren, y que se prolongó durante los dos días siguientes, en lo que daría en llamarse la batalla de la Loma de los Morabos, un choque feroz que costó a los españoles 1.113 bajas de tropa y 76 de oficiales, y según Goded «la más importante y de efectos más decisivos, sin duda alguna, librada por nuestra iniciativa en toda nuestra campaña de Marruecos». A partir de este primer movimiento, el ataque español, sincronizado con el francés desde el sur, destrozó las defensas rifeñas, y su líder, Abd el-Krim, que había conminado a sus hombres a luchar hasta morir, escapó por los pelos de su bastión de Tamasint, conquistado por los españoles el 17 de mayo. En la mañana del día 18, la columna del coronel Pozas ocupa sin disparar un solo tiro los restos de la posición de Annual, epicentro del desastre del verano de 1921 y recordatorio de la masacre. Desde allí, el jefe de la columna dirige al general Sanjurjo un telegrama que es una pieza emblemática de la historia de España; sobre todo si se tiene en cuenta que en julio de 1936, cuando estalle la sublevación que Sanjurjo está llamado a encabezar, será Pozas, a la sazón inspector general de la Guardia Civil y nombrado ministro de Gobernación el 19 de julio, quien tome la delicada decisión de repartir armas a las milicias para tratar de parar el golpe:

Al pisar de nuevo Annual después de cinco años de ausencia, saludamos emocionados a España entera, dedicando sentido recuerdo a los héroes que aquí murieron en defensa Patria. Se unen este saludo jefes indígenas me acompañan, agradecidos al Majzén [término marroquí para designar el gobierno del sultán] que los ha libertado yugo cabecilla, que les tenía esclavizados, rogando transmita a V. E. ferviente homenaje y firme adhesión España.

Abd el-Krim fue a refugiarse en la alcazaba de Senada, bajo la protección del jerife Sidi Hamido. Desde allí negoció su entrega a los franceses, de quienes esperaba más clemencia que de los españoles, a los que tan humillantes derrotas había infligido. El día 27 de mayo de 1926, tras liberar a los prisioneros españoles y franceses que había conservado junto a sí como medida de protección (los españoles eran sólo 162 supervivientes, de los 343 que había llegado a reunir desde 1924), se rindió al general francés Ibos en Tizemuren, cerca de Targuist. Se necesitaron doscientos mulos para acarrear sus pertenencias.

Deportado a la isla de Reunión, permaneció allí hasta 1947, cuando los franceses decidieron trasladarlo a Francia, viaje que aprovechó un grupo de nacionalistas árabes para rescatarlo durante una escala en Port Said. Convertido en un símbolo viviente de la causa árabe, fijó su residencia en El Cairo, donde murió en 1963 y en cuyo cementerio militar reposan sus restos, en una tumba sencilla y descuidada que tuve ocasión de ver cuando viajé allí en 2003 para entrevistar a su

único hijo entonces vivo, Said el Jatabi, convertido en una suerte de prohombre local, y sorprendentemente partidario de la política de George Bush hijo en Irak. Pese a sus contradicciones, numerosas, y el sesgo autoritario y despiadado que imprimió a su gobierno, era Abd el-Krim un hombre más que notable, inteligente y decidido, y su derrota fue un golpe letal a la resistencia marroquí al protectorado español. No iba a aparecer otro líder tan dotado como él para dirigir la rebelión.

Su sucesor oficioso, atrincherado en el Yebala, sería Ahmed Jeriro. Para reducirlo y abrir el camino de Xauen, en el Ajmás, desde donde alienta la resistencia, se realizan a lo largo de los meses de junio y julio una serie de operaciones en el Gomara, la región que enlaza el Rif con el Yebala, en las que se distingue una fuerte columna móvil al mando del teniente coronel Capaz. A su avance responde el 2 de agosto el jefe rebelde con un ataque en la zona de Uad Lau, contenido no sin dificultades por la columna expedicionaria. En esos mismos días, el ejército español lanza desde Tetuán la ofensiva para cerrar la pinza sobre Xauen: de nuevo vuelven a sonar los disparos en Dar Akobba, y de nuevo el teniente coronel Aranguren forma parte del cuerpo de operaciones. En esta ocasión interviene como jefe de la nueva comandancia de Ceuta, recién creada por orden del 28 de julio, junto con su equivalente de Melilla, agrupadas ambas en un Tercio que reemplaza a la comandancia única de Marruecos hasta entonces dirigida por Aranguren, y a cuyo frente corresponde que se designe a un coronel.

El 10 de agosto de 1926, la columna de Capaz entra en la ciudad santa, y el día 11 lo hace la vanguardia de las fuerzas procedentes de Tetuán. Ese mismo día entra en Xauen el general Sanjurjo. En la alcazaba se iza de nuevo la bandera española y el general en jefe recibe la sumisión de las tribus. Aranguren está allí, presenciando la victoria, y quizá barruntando que sus días marroquíes se acercan a su fin.

A finales de agosto se completó la unión de las zonas oriental y occidental del protectorado con la conquista de Ketama, una durísima operación en la que se distinguió la columna mandada por el coronel Pozas, que hubo de combatir en un territorio infernal, con alturas de más de dos mil metros, y bajo una lluvia constante. El día 23 de septiembre, el general Sanjurjo, junto al general Goded y sin más escolta que un escuadrón del Tercio, iniciaba un viaje de gran valor simbólico. Partiendo de Tetuán, lograba llegar el 1 de octubre por tierra hasta Melilla. Catorce años después del establecimiento del protectorado, en 1912, podía al fin decirse que este alcanzaba su continuidad territorial.

Faltaba aún, no obstante, reducir a un buen número de cabilas rebeldes, acogidas a las zonas más montañosas, tanto del Rif como del Yebala. En esta última zona se hallaban encerradas en una bolsa formada por los territorios de las tribus Beni Ider,

Beni Arós, Beni Lait, Beni Gorfet y el Ajmás, lideradas por el Jeriro. Con vistas a doblegarlas se formó una harca con mil quinientos guerreros de la tribu de Abd el-Krim, los Beni Urriaguel, dirigida por quince de sus mejores caídos. Entre ellos consigna Goded, se encontraba un tal Al-lux Ben Mohamed Cheddi, que había presentado batalla contra los españoles hasta los últimos días de junio, un mes después de la capitulación del caudillo rifeño. Muchos acogieron con reticencia la decisión de armar de nuevo a quienes habían estado combatiendo a los españoles apenas unos meses antes, pero Goded le insistió a Sanjurjo y acabó formándose esta unidad de choque, que dejaría más de novecientas bajas en la campaña.

Puesta bajo las órdenes del teniente coronel López Bravo, la harca de Beni Urriaguel cumpliría con creces la misión encomendada, como refiere Goded, con palabras que ayudan a poner en contexto aquella campaña y que, nuevamente, ayudan a perfilar su personalidad:

Reunida la harca en su campamento de las inmediaciones de Tetuán, el autor, como inspector de Intervenciones, les advirtió que venían a la guerra voluntariamente; que el producto de las *razzias* que hicieran en las cabilas rebeldes sería para ellos; que el que se sintiera cansado de guerra podía marcharse cuando quisiera, entregando antes el fusil; pero que el que desertara con armamento pagaría con sus bienes y duras sanciones en las personas más allegadas de su familia. En nueve meses de operaciones, y habiendo pasado por la harca más de 3.000 hombres, sólo se registraron dos desertiones con armamento y una sin él y, al relevar por dos veces la harca y volver los Beni Urriaguel al puerto de Ceuta para regresar a su cabila, asombraba a la población civil de Ceuta y Tetuán ver pasar a estos temidos guerreros pacífica y alegremente, después de entregar los fusiles, en grandes grupos, como segadores que vuelven de su trabajo, llevando consigo las terneras, carneros y botín cogido al *razziar* las cabilas que habían hecho resistencia a la harca.

Junto a estos guerreros implacables estuvo Aranguren en su última acción bélica en Marruecos, el ataque sobre la cabila de Beni Ider de noviembre de 1926. Para esta operación se organizaron tres columnas, integradas en su mayor parte por fuerzas indígenas y del Tercio. Entre sus jefes volvía a figurar el ya teniente coronel Varela, el comandante bilaureado y providencial en las peores horas de Alhucemas. Las fuerzas enemigas estaban a las órdenes del caído Jeriro, que antes del choque, y habiéndole requerido Goded por carta para que depusiera las armas, se despachó, según este, «con gran altanería y poniendo como condiciones para someterse la entrega de una importante cantidad en metálico, el caidato de Beni Hozmar y conservar a sus órdenes una harca de cien fusiles, condiciones que fueron rechazadas de plano».

El día 3 de noviembre, en los primeros combates, cayó el Jeriro, al que sus partidarios llevaron a enterrar a un lugar secreto de la montaña sagrada del Yebel Alam. No era un sitio cualquiera. Allí estaba el sepulcro del santo sufí Muley Abdeslam el Mchich, descendiente del profeta. El hombre a cuya estirpe se jactaba de

pertenecer Ahmed Raisuni, que precisamente por esa filiación se proclamaba jerife. Al Yebel Alam peregrinaban los marroquíes desde hacía siete siglos: el pragmatismo característico del musulmán marroquí hizo del mausoleo del santo una alternativa asequible a La Meca para los creyentes que vivían en el confín más occidental del islam y no tenían recursos para emprender el viaje hasta la lejana península arábiga. Tras acoger los restos mortales del Jeriro, aquel joven pastor que había acabado con el jerife Raisuni y puesto en jaque a los invasores y que, como tantos otros de su carácter, no llegó a cumplir los treinta años, el Yebel Alam, que no había de caer en manos españolas hasta el final de la guerra, se erigiría así en el símbolo de la resistencia al intruso europeo.

Despojados de su caudillo y enfrentados a la temible tropa rifeña que servía a los españoles, los Beni Ider, tras combatir durante tres días más, bajo una lluvia inclemente, no tuvieron más remedio que acabar rindiéndose. El castigo que se les impuso fue ejemplar. Según cuenta Goded, «varios aduares fueron quemados por su resistencia, la cabila *razziada*, apoderándose la harca de Beni Urriaguel de más de 6.000 cabezas de ganado, y se exigió la entrega de 1.000 fusiles».

Aquel combate sin cuartel, de gran valor moral, por costarle la vida al último jefe militar de verdadero carisma con que contaban los rebeldes marroquíes, fue el epílogo de la campaña para Aranguren. La impresión que le dejó debió de ser honda y duradera, y contribuyó, sin duda alguna, a conformar su visión de la guerra como un mal que sólo la mayor de las necesidades podía llevar a considerar inevitable. Una visión que influiría en su actitud cuando, una década más tarde, el fantasma de la guerra civil empezara a rondar a los españoles, y muchos de ellos, y algunos muy próximos a él, comenzaran a reclamarla con inconsciencia notoria y con un fervor digno de mejor causa.

El 29 de diciembre de 1926, tras pasar casi dos años y medio en África, cesó el teniente coronel José Aranguren en el mando de la comandancia de Ceuta, para asumir el de la comandancia de La Coruña. Volvía así a Galicia, a su casa, aunque no por demasiado tiempo.

Por no dejar cabos sueltos, y antes de seguir con el periplo vital de José Aranguren, quizá convenga reseñar brevemente lo que fue el final de aquella guerra marroquí cuyos últimos meses no vivió, a diferencia de Goded, que desde el Estado Mayor de Sanjurjo siguió dirigiéndola hasta concluirla. Una guerra que representa acaso, pese a la memoria mucho más viva y copiosa de la guerra civil, tanto en términos historiográficos como literarios, el hecho histórico crucial y determinante, el punto de inflexión donde, por los sacrificios que supuso y por quienes allí se forjaron, se torció el destino de un país y de sus gentes.

Y no puede decirse que lo hiciera por sorpresa. Allá por 1896, treinta años antes de que acabara la campaña y cuarenta antes del estallido de la sublevación militar que desató el enfrentamiento fratricida entre españoles, Ángel Ganivet, un diplomático granadino que poco después se arrojó a las aguas del Báltico en Riga, publicaba un libro amargo y profético, *Idearium español*. Entre sus páginas, llenas de variadas reflexiones sobre el carácter de sus compatriotas, deslizaba, a propósito del debate entonces existente sobre la conveniencia de emprender o no una aventura africana, estas palabras hoy perturbadoras:

¿Puede darse absurdo mayor que una empresa colonial de España en África? Más tarde recibiríamos e pago: un desastre económico, una guerra civil, otro ensayo republicano, un nuevo ataque a nuestra independencia, cualquiera de esas cosas y otras peores a elegir.

Ganivet sólo erró en la secuencia: ni una sola de las conmociones por él vaticinadas dejó de producirse, y en todas ellas puede rastrearse el influjo de lo ocurrido en Marruecos entre 1912, año de instauración del protectorado, y 1927, el año en que se terminó de someter a la autoridad de los españoles a los habitantes del país, y en el que la euforia de las victorias, costosas pero incuestionables, impedía ver, a los que se dejaban arrebatar por ella, la implosión que estaba a la vuelta de la esquina. Tal era el caso del hombre que por aquellos días se hallaba enfrascado en resolver lo que para él era un simple problema de arte militar, disciplina en la que ya había acreditado su competencia: Manuel Goded.

A comienzos de 1927, los objetivos estaban claros: acabar con las dos bolsas de resistencia que persistían, una en la zona montañosa de Ketama, en el Rif occidental, y la otra en torno al Yebel Alam, en el sur del Yebala, al abrigo de las montañas del Ajmás y Beni Arós. Se trataba de expungar territorios abruptos, y de doblegar a los más irreductibles de los irreductibles. No era tarea sencilla, pero se limitaba a dos

problemas concretos, a los que aplicó Goded el remedio que ya tenía bien probado y que no podía, o eso creía, dejar de mostrarse eficaz.

Las operaciones comenzaron en marzo de 1927 en la zona de Ketama y Senahaya, donde se habían hecho fuertes un grupo de antiguos caídos de Abd el-Krim, huidos tras la derrota de su caudillo. Entre ellos se encontraban Mohamed el Tensamani y Mohan Asdat, ambos veteranos combatientes contra españoles y franceses, bajo las órdenes de un jerife local, Ali Ajamelich el Sel-liten, que se revolvió contra los españoles por no haber obtenido los privilegios a los que se juzgaba acreedor por su condición de descendiente del profeta.

Este grupo logra reunir una fuerza de cerca de mil fusiles, con la que lanza el 26 de marzo de 1927 un ataque por sorpresa sobre el puesto de Tagsut, situado en el poblado de Uartit, en un valle bucólico al pie de la mayor elevación de la cordillera: el Tidiguint, una mole de 2.456 metros de altitud con las faldas cubiertas por bosques de cedros. La muerte se desata en el hasta entonces envidiable destino de la compañía de Regulares que guarece el puesto. Cae el oficial al mando, el teniente Ortega; su segundo, el teniente La Serrana, resulta herido y el enemigo lo captura y lo martiriza cruelmente. Perecen en la batalla todos los defensores, salvo uno, que lleva la noticia a la Intervención del cercano poblado de Adman. Poco después, los rebeldes, envalentonados, atacan la posición de Tabarrant. El general en jefe, Sanjurjo, se desplaza a la zona y ordena preparar la ofensiva para exterminar el núcleo rebelde. La operación pone a prueba las tácticas empleadas hasta entonces, por lo áspero del terreno donde se hacen fuertes los hombres de Sel-liten, formado por enormes macizos de piedra, con vertientes que caen a pico y sin apenas valles ni mesetas por donde puedan maniobrar las columnas. «En Senahaya sí que no hay ni donde caerse muerto», bromean los oficiales enviados a combatir allí.

Tras una concentración de fuerzas, el ataque se fija para el 12 de abril. Llevan el peso de la operación dos columnas mandadas por los coroneles Mola y Pozas; otros dos hombres que andando el tiempo van a reencontrarse, pero no luchando codo a codo, sino en trincheras opuestas. Un temporal de lluvia, pronto convertido en furiosa nevada, azota a las dos columnas desde el día 11 y hasta la tarde del 14. Más del 50 por ciento de los hombres de la columna de Pozas sufre congelación en los pies y muere todo el ganado. Aprovechando la situación, el enemigo ataca con ferocidad a los hombres atrapados en la nieve. Goded, responsable de la operación, recordará así el episodio:

Es la situación más angustiosa que puede presentarse a un Mando totalmente incomunicado, perdidos todos los enlaces con sus tropas, y con 10.000 hombres de las mejores fuerzas de choque aislados en la montaña, enterrados en la nieve y atacados al mismo tiempo por numeroso y feroz enemigo [...]. Los de los días 12 al 14

de abril de 1927, junto con los de la noche del 11 de septiembre, en el desembarco de Alhucemas, constituyen para el autor los recuerdos más emocionantes de su carrera militar en Marruecos.

Una vez que amaina el temporal, Goded recobra el contacto con sus fuerzas y las reorganiza para lanzar un ataque devastador. Las tropas de Mola y de Pozas, tras sufrir cientos de bajas y la impotencia de no poder operar bajo la ventisca, arrasan en acción combinada las cabilas insumisas, en especial la de Tagsut, donde destruyen todos los poblados. En los combates muere Mohan Asdat, antiguo «caíd de mil» de Abd el-Krim y uno de los más curtidos jefes militares que todavía resisten a los españoles. El jerife Sel-liten logra huir con una porción de sus hombres, pero la zona, erradicada aquella última resistencia, queda prácticamente pacificada. Ya sólo resta, para culminar la tarea y poner fin a la guerra, localizar y neutralizar a los fugitivos, que se han retirado hacia la zona del Ajmás, y someter a las últimas cabilas rebeldes que desafían el poder español en las montañas del Yebala.

La campaña del Yebala comienza sin demora. Con la llegada del buen tiempo, los españoles, y en particular su general en jefe, Sanjurjo, tienen prisa por liquidar el conflicto que dura ya tantos años. Goded diseña un plan de operaciones en dos fases, la invasión de Beni Arós y la conquista de Sumata, al sur de la anterior; es esta la cabila acaso más refractaria al protectorado: nunca sometida y siempre hostil.

Iniciadas las operaciones el 29 de abril, se logra el rápido sometimiento de la cabila de Beni Arós, con la conquista de Zoco el Jemís el 3 de mayo. Inmediatamente los jefes de Sumata envían emisarios para negociar su rendición. Temen correr la suerte de los Beni Ider, esto es, que los españoles les echen encima a la harca de Beni Urriaguel, con autorización para raziar sus aduares. El mando español exige que para probar su sumisión entreguen novecientos fusiles. Tras forcejear durante varios días, los caídes de la cabila no aceptan las condiciones, lo que desencadena el infierno que tanto y tan fundadamente temían. Los Beni Urriaguel arrasan y razian, y recogen, en lugar de los novecientos exigidos, más de mil fusiles. Sumata nunca volverá a ser un problema.

En estas operaciones se reconquista, entre otras, la posición de Ain Grana: la misma de la que providencialmente trasladaron a mi abuelo en septiembre de 1924, y que pocos días después copaban y destruían aquellos valientes montañeses, a los que hubo que oponer a otros montañeses tan feroces como ellos para lograr su sumisión. También cae al fin en poder de los españoles, el 3 de junio de 1927, el antiguo bastión de El Raisuni, Tazarut, en el que nunca habían logrado poner pie, aunque en 1921, justo antes del derrumbe de la comandancia de Melilla, había llegado a estar al alcance del Tercio, trasladado entonces a toda prisa para socorrer la plaza a merced

de Abd el-Krim.

Sólo quedan ya dos reductos rebeldes: el Yebel Alam, en Yebala, donde se han acogido los más recalcitrantes, el Hartiti, el Stitu y otros tan refractarios como ellos a la dominación europea; y Ankod, en el Ajmás, donde se ha hecho fuerte con sus hombres el jerife Sel-liten.

En cuanto a los primeros, se les da ocasión de rendirse para evitar el ataque sobre el lugar sagrado, pero los defensores de Yebel Alam contestan con este mensaje: «Conocemos que la guerra está perdida para nosotros; pero mientras haya un trozo de tierra musulmana, en ella nos batiremos». Finalmente se lanza el ataque el día 16 de junio, pasada la pascua de Ait el-Kebir. La resistencia es grande, como cabía prever, y un caíd recién sometido, Si Hamet Ruman el Ftoh, que observa junto al general Goded la maniobra de la vanguardia (dirigida, una vez más, por el teniente coronel Varela), augura escéptico:

—No llegaréis arriba.

Cuando se reúnen en la cumbre las tres columnas, todas ellas de fuerzas indígenas, una prevención tomada por el mando para que no se les pueda acusar a los europeos de profanar aquel lugar sagrado, Goded le pregunta al caíd si sigue creyendo que no llegarán.

—Así, claro —admite a regañadientes el caíd—, pero es que subís por muchos sitios a un tiempo.

El guerrero marroquí, observa Goded, no está acostumbrado a semejante maniobra, «que considera un feo ardid de guerra». Gracias a ella, cae el símbolo de la resistencia. El 21 de junio, el alto comisario Sanjurjo, acompañado entre otros del gran visir y los notables y jerifes de Tetuán, sube al Yebel Alam para hacer en nombre del Majzén la ofrenda a Muley Abdeslam, que nunca antes, desde 1912, había podido hacer ninguno de los que le habían precedido en el cargo.

Tres días después, el 24 de junio, se lanza la operación final, para reducir a los que son, ahora sí, los últimos de los últimos, y que bajo el mando del fugitivo jerife Sel-liten se atrincheran en el corazón del Ajmás. Sobre ellos, los españoles lanzan nada menos que siete columnas. En una de ellas marcha la harca de Beni Urriaguel; otra la manda el coronel Mola; una tercera, el coronel Capaz. En total, se arroja sobre aquel puñado de resistentes una fuerza de más de veinte mil hombres. Los seguidores de Sel-liten se baten con fiereza en el Yebel Tisuka y Bab Taza, el 29 de junio, y continúan el combate, ya a la desesperada, contra un enemigo que multiplica por mucho sus efectivos, en Yebel Jezana y Yebel Taria, el 4 de julio. Las bajas son numerosas por ambos bandos, pero el 5 de julio los rebeldes han agotado sus fuerzas. El jerife Sel-liten se rinde a los franceses, que se comprometen a respetar su vida con

la aquiescencia de los españoles, deseosos de poner fin a aquella resistencia tan enconada como inútil. A los españoles se entrega el antiguo caíd de Abd el-Krim, Mohamed el Tensamani, dado por muerto dos meses antes. Según Goded, aquello supuso un episodio embarazoso, que en el Estado Mayor no sabían cómo explicar, y que zanjó Sanjurjo añadiendo de su puño y letra en el parte final de la campaña, redactado por su segundo: «Hasta los muertos se someten».

El 10 de julio de 1927, cinco columnas (una de ellas mandada por Mola) convergían en el Yebel Taria. Con ello quedaba sometido el último rincón del protectorado y se daba por formalmente concluida la guerra de Marruecos, dieciocho años y un día después de los combates en la zona de Melilla que habían desencadenado, allá por 1909, la primera de aquellas campañas africanas que tuvieron en vilo a los españoles, se llevaron la vida de decenas de miles de sus hijos e impusieron al país un esfuerzo que una y otra vez sobrepasó sus energías y recursos. El hombre que asumió la responsabilidad de extinguir hasta el último rescoldo aquella hoguera recordaría así el momento:

Desde el campamento de Bab Taza, último puesto de mando del general en jefe [...], contemplaba los fuegos de los vivaques de todas las columnas [...]. Recordaba con profundo dolor en aquella serena noche africana los nombres de los compañeros y el número de los valientes soldados que en pleno vigor y juventud habían sacrificado sus vidas por la Patria y por la civilización sin lograr la enorme satisfacción de ver lucir la aurora del día de la victoria. Profundamente emocionado por el recuerdo de estos sacrificios y de las luchas y angustias de la cruel y larga campaña que aquella noche había terminado, entré en mi tienda de campaña y no logré conciliar el sueño, que no se me había negado en otras noches vísperas de difíciles combates.

El *nombre* de los compañeros y el *número* de los valientes soldados; al lector perspicaz no se le escapará el matiz, que retrata al general que toma así distancia de la suerte individual de la tropa a la que expone. Cabría también discutir si aquellos hombres perdieron realmente la vida «por la Patria y por la civilización». Lo que honra al general de Estado Mayor, en esa hora última, es acordarse de los hombres sin cuyo sacrificio de nada habrían servido sus estrategias. Por lo demás, se equivoca al pensar que la guerra africana ha terminado ahí. Y es que la guerra, como previene el poeta, *no acaba mai*. Para aquellos que se ven arrojados a la condena de hacerla o padecerla, no acaba nunca.

Entre 1927 y 1930, la existencia de Aranguren, en contraste con las convulsiones políticas que terminarán desembocando en el cambio de régimen, y más aún con la ferocidad de la guerra africana que acaba de dejar atrás, transcurre sin demasiados sobresaltos. Lejos de las polvorientas pistas marroquíes y sus balas perdidas, y después de pasar apenas unas semanas en su tierra, al frente de la comandancia de La Coruña, a finales de enero de 1927 se ve reclamado a Madrid, como ayudante de campo del teniente general Ricardo Burguete Lana, por esas fechas director general de la Guardia Civil. No debió de hacerle demasiada gracia, me imagino, que tras dos años y pico de guerrear apenas le dejaran disfrutar del destino que había pedido para estar más cerca de los suyos; pero la disciplina formaba parte del modo de vida que había asumido y no tuvo otra que hacer el equipaje.

Por lo demás, el nombramiento no dejaba de ser una distinción, que le venía otorgada porque Burguete, alto comisario en Marruecos entre 1922 y 1923 (sin demasiada gloria, dicho sea de paso), y que lo conocía de La Coruña, donde había mandado la 15ª División cuando Aranguren era segundo jefe de la comandancia, tenía de él las mejores referencias. Aparte de su meritoria hoja de servicios africana, no había olvidado Burguete la determinación con que Aranguren se había desempeñado en el mantenimiento del orden público en los conflictivos años en que ambos habían coincidido en la capital gallega. El nombramiento le proporcionaba además al veterano guardia civil el privilegio de residir en la corte, siempre envidiado, y el de ocupar un puesto apreciado por su proximidad a la dirección del cuerpo.

En él permaneció por espacio de casi dos años. Durante ese tiempo, su tercer hijo varón, Carlos, que no había podido obtener plaza en la nueva Academia General Militar, ingresó en el cuerpo como guardia segundo. Era el primero de sus hijos que se hacía guardia civil, lo que no pudo dejar de suponerle una alegría, aunque fuera una salida de circunstancias para el que parecía menos aventajado de los tres.

En noviembre de 1928, Burguete cesó como director general de la Guardia Civil y el designado para sucederle fue el teniente general José Sanjurjo: el «pacificador» de Marruecos, y antiguo compañero de academia, bajo cuyas órdenes volvía a encontrarse José Aranguren. No lo conservó Sanjurjo como ayudante de campo, pero tampoco puede decirse que lo relegara, sino todo lo contrario: le entregó el mando de la comandancia de Caballería del 14º Tercio, con sede en Madrid. No sólo se trataba de una de las unidades más importantes, en tanto que se ocupaba de la seguridad de la capital del reino, sino que daba a Aranguren ocasión de disfrutar de su afición más

querida, lo que hace intuir el afán del nuevo director general por complacer a quien había estado a sus órdenes en África, y a quien mantenía cerca de sí.

En ese destino permaneció Aranguren hasta su ascenso a coronel, en mayo de 1929. El 5 de junio de ese año Sanjurjo lo eligió como director del Colegio de Guardias Jóvenes, un destino que visto desde fuera podía parecer burocrático, pero que era uno de los de mayor prestigio del cuerpo y supuso para Aranguren una gran satisfacción personal. El colegio tenía como misión proporcionar instrucción a los huérfanos de guardias civiles y ofrecer a aquellos que así lo desearan la formación para continuar con el oficio de sus padres. De las aulas del colegio de Valdemoro, que llevaba el nombre del duque de Ahumada, primer organizador del cuerpo allá por 1844, salían quizá los más vocacionales de los guardias civiles. Para alguien como el coronel Aranguren, que asumía honda y sinceramente los valores proclamados por el duque, representaba todo un honor desempeñar aquel puesto, que traía consigo la responsabilidad de instruir y forjar a futuros integrantes del cuerpo.

Para apreciar hasta qué punto estaba por aquellos años Aranguren imbuido de su condición de guardia civil, y la importancia y el significado que le atribuía, nada mejor que un curioso texto aparecido en cuatro entregas, allá por noviembre de 1928, en el diario madrileño *La Nación*, órgano oficioso de la Dictadura de Primo de Rivera, fundado en 1925. Firmado por un tal Antonio Martín-Gamero, y bajo el título de «El Apóstol Santiago y el emblema de la Guardia Civil», relata un viaje en tren del autor junto al entonces teniente coronel Aranguren, partiendo de La Coruña. Al pasar por la provincia de Lugo, y en particular junto al puerto del Cebrero, el ya curtido guardia civil, que estando destinado en Lugo, y según cuenta su nieto, había hecho a caballo el Camino, se descuelga con una peculiar teoría sobre por qué la cruz de Santiago debería ser el emblema del cuerpo. Y aunque la prosa del periodista, que dice ser trasunto fiel del discurso que le escucha a Aranguren, suena hoy algo rancia y en exceso florida para ser de veras un simple atestado de lo dicho por alguien, nos ofrece una pieza de singular valor para conocer el carácter y el pensamiento del personaje, al hilo de una idea que puede parecer en un principio extravagante, pero que no deja de tener su lógica.

Se deshace en la primera entrega su firmante en elogios hacia la persona de Aranguren, a quien presenta como jefe suyo: «Este militar de pura cepa, uno de los de mayor cultura del Cuerpo y de los más brillantes del Ejército, es la sencillez misma...». Menciona su «sobresaliente historial» y para completar el retrato añade que hay algo que hace de él una figura atrayente y simpática: «Su carácter, su trato, su charla siempre amena y sugestiva y el entusiasmo y la intensidad que pone en su frase

cuando habla de la Guardia Civil». Situados en el contexto y hechas las presentaciones, el articulista refiere cómo Aranguren le llama la atención sobre la anomalía que supone el que la Guardia Civil no tenga ningún emblema representativo de su función, como ocurre con otras armas y cuerpos del ejército. Por aquel entonces los guardias civiles llevaban en el cuello de sus uniformes una G y una C entrelazadas bajo la corona: esto, afirma Aranguren, no es emblema alguno. No es indispensable tener emblema, reconoce, pero sí muy conveniente, y aprovecha para lamentar que durante un tiempo, en la segunda mitad del XIX, y por «una reacción asoladora de materialismo igualitario en nombre de la libertad» se pusiera de moda que en los uniformes tan sólo figuraran los números de los regimientos. Igual que otros recuperaron sus emblemas, logrando «salir del montón anónimo que mata los estímulos», la Guardia Civil debería tener uno apropiado, y en su tierra gallega, asegura, ha encontrado la solución.

Evoca la segunda entrega los orígenes de la Orden de Caballería de Santiago creada «para garantir las vidas y haciendas de los peregrinos y defenderlos de las agresiones de los malhechores». Aquí el artículo extrema el lirismo, y no me resisto a hacer un extracto del texto:

Corrían los primeros años del siglo noveno, y los sarracenos, que habían invadido el suelo patrio, llegaron a pisar tierra gallega, atreviéndose los más osados a internarse en sus montañas, eligiendo puntos estratégicos para situarse en acecho de los peregrinos y caer como aves de rapiña sobre aquellas piadosas gentes [...]. Era su ruta el llamado camino de Europa, que, después de cruzar Alemania y Francia, entra por el norte de España montando los Pirineos para descender luego a los llanos de Castilla [...]. Al internarse en el fértil valle de Bierzo divisan, a manera de gigantesca muralla, necesaria para guardar tanto tesoro, la elevada sierra del Cebrero en Galicia. Penosa es la subida; pero en lo más alto del puerto, en Santa María la Real del Cebrero, lo aguarda la más grata sorpresa. Allí se acrecentará su fervor y avivará su fe en presencia del santo milagro, «carne y sangre de Cristo» [...]. El lugar fue sin duda elegido por Dios: tan alto para que esté junto a las puertas del Cielo y a la vez a la entrada de Galicia, la poética región de los misterios.

En la tercera entrega de la serie, antes de pasar a la exposición y justificación de la tesis sobre el emblema, se aventura una interpretación que vincula el Cebrero nada menos que con el Grial, y que, sin poder determinar en qué medida lo publicado recoge las palabras del propio Aranguren, tampoco puedo dejar de transcribir, tal cual:

El pueblo del Cebrero se conserva como era; con sus primitivas chozas de paja y de forma cónica, casi siempre cubiertas de nieve, semeja un campamento, y es la atalaya de Galicia. La humilde capilla de aquel lugar, tan pobre como privilegiada, está donde estaba y guarda en su tabernáculo el Santo Milagro que vieron y adoraron tantos peregrinos, y que sigue allí para que puedan verlo y tocarlo los que no tengan fe bastante para creerlo. En aquel modesto altar se venera también el cáliz donde un día, ya remoto, la hostia y el vino se convirtieron en carne y sangre del Señor cuando en la misa, al decir las palabras de la consagración, un mal sacerdote dudó del sacramento y del poder de Dios. En ese rincón de la montaña tiene su origen la leyenda de

Caballero del Cisne, basada ya en tradiciones celtas, el poema «Lohengrin», de Wolfranz [*sic*, alude, con galicismo, al poeta medieval Wolfram von Eschenbach] y las celestiales armonías que recogió Wagner para el Santo Grial de «Parsifal»; los peregrinos alemanes fueron los que llevaron al centro de Europa las tradiciones y leyendas de las montañas del Cebrero, repitiendo los cantos que escucharon en la Sierra. El Santo Grial, el vaso sagrado al que se refieren todas las tradiciones, aquel en el que José de Arimatea recogió la preciosa sangre del costado de Cristo, es el cáliz de la iglesia del Cebrero, y la montaña salvaje que sitúa la leyenda en un país desconocido, donde caballeros establecieron su castillo para guardar y defender la reliquia, es la montaña del Cebrero.

Después de despachar tan contundente afirmación, el devoto y apasionado Aranguren que nos presenta esta crónica se recrea en los orígenes de la Orden de Caballería de Santiago, que se sitúan un poco más adelante en el Camino, en el pasc del puente romano de Portomarín (actualmente oculto bajo las aguas del embalse de Belesar):

Al moro rapaz no podía ocultársele que éste era el mejor lugar, por ser paso obligado, para cometer sus tropelías, y allí, esperando emboscados, asesinaban sin piedad a los peregrinos para arrebatarles la ofrenda, dejando luego que el río borrara las huellas de sus crímenes arrastrando los mutilados cuerpos de las víctimas. Pero en Galicia no pueden ser atropellados los débiles, ni asesinados los que se acogen a su hospitalidad [...] porque hay esforzados caballeros, de corazón varonil y brazo fuerte, dispuestos siempre a romper una lanza a favor de quien precisa su auxilio o pide justicia. Al conocer los crímenes de los moros, volaron en socorro de los peregrinos, y pensando con buen juicio y con conocimiento de su propio valor, se dieron cuenta de que aun siendo el enemigo fuerte, numeroso y sanguinario, bastarían pocos de ellos para derrotarlos, porque iban a defender la razón y tenían fe y confianza en sí mismos. Se reunieron sólo doce, y salieron al campo, después de juramentarse bajo la adoración al santo Apóstol y cruzar su pecho con la insignia de su religión y la espada del guerrero. Bastaron los doce para arrollar a la morisma, dejar libre el camino de Compostela y llenar la historia de la Patria con sus hazañas, legando a la posteridad la brillante Orden de Caballería de Santiago, la primera, la más antigua y la más gloriosa de las milicias de caballeros.

En la cuarta y última entrega, repasa Aranguren los principios expresados en la Bula, Estatuto y Regla de la Orden de Santiago, y los que se encuentran recogidos en los textos fundacionales de la Guardia Civil. Comparando unos y otros, y haciendo hincapié en la función común de proteger vidas y haciendas y mantener seguros y transitables los caminos, sin importar el número de los criminales que atenten contra quienes por ellos andan, llega a la siguiente conclusión:

El alma de la Guardia Civil y la de la Orden de Santiago son iguales: *Honor, valor y justicia*. Por eso vivieron siempre con pujanza y no morirán. Lo que se edifica sobre tan sólidas bases es incommovible. La Bula Estatuto y Regla de los caballeros de Santiago fueron recogidos en su espíritu y letra por el duque de Ahumada para escribir la Cartilla y Reglamento de la Guardia Civil. Son hoy nuestros guardias civiles los soldados de la Orden de Caballería de Santiago, y por eso deben llevar su insignia.

Insistiré en que el tono de estas líneas delata su condición de adornada reescritura posterior, con arreglo al muy particular gusto de quien las firma, y que casa poco con la llaneza que el propio cronista señala como rasgo de Aranguren. Sin

embargo, hay algo en el fondo, en esa visión caballeresca, en la profunda religiosidad que la sostiene, y en la querencia por el paisaje y el alma de Galicia, que puede considerarse sustancialmente veraz y peculiar del personaje. Otro tanto cabe decir del compromiso insobornable con el honor y con la justicia, que obliga a quien lo asume a demostrar el valor necesario para defender uno y otra aun estando en inferioridad ante quienes los amenazan, o bajo el rigor de cualquier otra coyuntura desfavorable.

No deja de ser interesante anotar que, según dice el redactor de la crónica, el viaje tuvo lugar cuando Aranguren aún estaba destinado en Marruecos, o lo que es lo mismo: que quien así evoca los tiempos en que los sarracenos asolaban el camino a Compostela, y la gallardía de quienes asumieron la misión de dar amparo a los peregrinos, está en ese momento inmerso en la guerra que se libra contra otros sarracenos. En ella, paradojas de la vida y la Historia, no son la punta de lanza los esforzados caballeros cristianos, con su código de honor, sino otros sarracenos a quienes mueve la inveterada recompensa de la tropa mercenaria: el botín arrancado a la desgracia de los vencidos. Teniendo esa cruda realidad presente, la idealización de aquellos antiguos lances heroicos suena a evasión, a sublimación quijotesca y romántica.



José Aranguren a caballo, de coronel en Madrid. © José A. Cobreros

De esta ensoñación de caballería benemérita de Aranguren, sostenida desde la dirección del colegio del cuerpo, vendrá a sacarle en 1931, para enfrentarle a la realidad de una monarquía que se viene abajo, alguien con quien coincidió en África, y que ha apurado hasta el final las hieles de aquella guerra: Emilio Mola.

A principios de 1930 «el régimen monárquico agonizaba» y «todo, absolutamente todo, estaba minado por un sentimiento, más que republicano, de hostilidad hacia la persona del rey, que no supo o no quiso darse cuenta de que las instituciones han de marchar al ritmo de los tiempos». En esas circunstancias, «la desaparición de la Monarquía era inevitable». Pongo comillas porque las frases por ellas enmarcadas no son mías, sino de quien en marzo de ese año recibió la oferta de asumir el cargo de director general de Seguridad: el ya general Emilio Mola Vidal. Según él, aceptó de mala gana, entre otras razones porque le obligaba a dejar su querido Larache, donde disfrutaba de mando en plaza y de la recién ganada paz del protectorado marroquí.

Por aquel entonces ya había caído en desgracia el Dictador, Miguel Primo de Rivera, cuya impopularidad, a pesar de haber acabado con la sangría africana, dio alas al monarca para reemplazarlo al frente del gobierno. A su cese el general respondió exiliándose en París, donde, indignado por lo que para él era una ingratitud regia, moriría de un infarto pocos meses después. Lo sucedió en la presidencia un militar cortesano, el general Dámaso Berenguer, antiguo ayudante del rey y alto comisario en Marruecos en los días aciagos de 1921; el mismo que, en el furor de la derrota, diera autorización para gasear a los rifeños. Fue Berenguer quien reclamó a su lado a Mola, a quien había conocido como joven oficial en África, para encargarle una misión endemoniada: velar por la seguridad de un país revuelto y con las garantías constitucionales suspendidas, en el que actuaban al mismo tiempo sindicalistas violentos, revolucionarios y conspiradores republicanos de toda clase y condición. Entre ellos había no pocos militares, como los que años atrás, en junio de 1926, habían alentado una primera intentona contra la Dictadura, la llamada Sanjuanada, en la que estaban implicados, entre otros, el viejo general Weyler, el general Batet (autor de los vitriólicos informes sobre Franco y otros) y el capitán Fermín Galán, aquel antiguo oficial del Tercio por quien, según su propio testimonio, Mola había intercedido, durante los oscuros días de 1924, con motivo del incidente que tuviera con el vehemente general Serrano Orive.

Consciente de que la situación de excepción implantada por la Dictadura (sin elecciones, sin parlamento, sin derechos de libre reunión, asociación o expresión) no podía prolongarse mucho más, el programa de Berenguer pasaba por convocar elecciones a Cortes y crear las condiciones para restituir las libertades constitucionales. Para ello, sin embargo, había que hacer frente a la conflictividad que sacudía el país y tratar de evitar que antes de las elecciones los republicanos se

adelantarán a derribar la monarquía. A ello se aplicó Mola, con la ayuda de un muy deficiente aparato policial, que en sus memorias sobre su paso por la dirección general de Seguridad, publicadas en 1933 en tres partes (*Lo que yo supe, Tempestad, calma y crisis* y *El derrumbamiento de la Monarquía*), describe como un laberinto de intrigas, componendas, chanchullos e ineptitud. Se apoyó también en un servicio secreto potenciado por él y formado por confidentes a sueldo, que fue anticipándole puntualmente los movimientos de los republicanos, y en particular la sublevación que, prevista para el 15 de diciembre de 1930, lanzó por su cuenta el capitán Galán en Jaca el 12 de diciembre, pese a haberle advertido el propio Mola, en carta personal, de que estaba al tanto de sus intenciones, y haberle pedido que recapacitara y depusiera su actitud. La insurrección republicana, que se extendió al aeródromo madrileño de Cuatro Vientos, fracasó estrepitosamente.

Se declaró el estado de guerra en Madrid y en Huesca y desde el Ministerio del Ejército se movilizaron fuerzas para reducir a los sublevados. Era subsecretario del ministerio a la sazón, y tuvo por ello un papel destacado en las operaciones, el general Manuel Goded, rescatado para ese puesto por Berenguer, tras su implicación en 1929 en una conspiración contra la Dictadura que había llevado a separarle del servicio.

Tras quedar desbaratada la columna con la que avanzaba desde Jaca sobre Huesca, Galán se entregó. La acción de Galán, según Mola, fue un desastre por culpa de su impetuosidad, su improvisación y, en suma, su incapacidad para mandar grandes unidades. Junto a su compañero de rebelión, el también capitán García Hernández, fue fusilado tras un consejo de guerra sumarísimo, con arreglo a la ley marcial declarada por el gobierno, que, alega Mola como excusa, impedía el indulto que se reclamó para ellos (y que, entre otros, recomendó el subsecretario Manuel Goded). Los demás líderes civiles y militares de la revuelta huyeron o fueron encarcelados. Entre los militares los había tan señalados como el general Queipo de Llano, el teniente coronel Mangada o el comandante Franco, el piloto, hermano del futuro dictador, que había despegado de Cuatro Vientos con un avión cargado de bombas para soltarlas sobre el Palacio Real, pero no llegó a hacerlo porque vio niños jugando en las inmediaciones. Entre los políticos se contaban Manuel Azaña, Alejandro Lerroux o Miguel Maura. Un grupo relativamente numeroso, del que sobresalía el aviador Franco, acabó exiliándose a París, donde Mola los sometió a minucioso y eficaz espionaje, sirviéndose entre otros agentes de «una aventurera internacional» que le hizo llegar documentos e informes tan valiosos como despectivos de los conspiradores. En uno de ellos le decía: «Yo, señor, tenía otro concepto de vuestros compatriotas jacobinos.

Reconozco que me equivoqué. Son unas pobres gentes incultas y pedantes».

Dos meses después de la fracasada intentona republicana, una intriga palaciega, alentada por los dos grandes prebostes del partido liberal, Álvaro Figueroa, conde de Romanones, y Manuel García Prieto, marqués de Alhucemas, desalojaba a Berenguer de la presidencia del gobierno para sustituirlo por el inerte almirante Aznar, a quien esperaban poder manejar para imponer su programa, que anteponía a las elecciones a Cortes la convocatoria de comicios municipales. En ellos, ambos contaban con que los resortes caciquiles del viejo régimen de la Restauración, de los que eran consumados manipuladores, les permitirían imponerse en número de concejales a los republicanos.

Según cuenta en sus memorias, Mola pidió entonces ser relevado de su puesto. Estaba allí por Berenguer, y no comulgaba con los viejos liberales ni con los regionalistas catalanes de Cambó, que tenían tres carteras en el nuevo gabinete. Pero Berenguer, que siguió como ministro del Ejército, le pidió que continuara hasta las elecciones, y no pudo negarse, asegura Mola, a la petición de un antiguo jefe al que respetaba. En esa circunstancia de incómoda interinidad se encontraba cuando, en marzo de 1931, murió el jefe superior de Policía de Barcelona, el coronel Toribio, de la Guardia Civil, un hombre de su confianza a quien necesitaba reemplazar por otro jefe de quien también pudiera fiarse. Según él mismo explica, se trataba de asumir la máxima responsabilidad policial de una ciudad donde por aquellos días convergían varios problemas espinosos: el enfrentamiento, a menudo violento, entre el Sindicato Libre y el Único (nombre de circunstancias de la anarquista CNT); la confluencia entre los republicanos y los nacionalistas catalanes dirigidos por Francesc Macià y el joven abogado Lluís Companys; la existencia de un pujante submundo criminal, con negocios de juego y prostitución amparados por connivencias oficiales; y la corrupción de la propia policía, mezclada con todo lo anterior.

Además, había que resistirse a las presiones de los ministros catalanes. Como ejemplo, menciona al ministro de Hacienda, Ventosa, de quien anota lo siguiente: «Discretamente me ha dado a entender estaría mejor desempeñado el cargo por persona que fuera de allí mismo; que se conociera aquello al dedillo. Se le ha olvidado decirme: “y que sea designado por nosotros”. Estos diablos de catalanes son incorregibles. En seguida se les nota la barretina». Y en otro pasaje, Mola, que había vivido en Barcelona, aún va más allá: «Conocedor desde muchos años atrás de la vida oficial de Barcelona, no ignoraba que el particularismo catalán es algo eminentemente contagioso, al punto que podía calificarse de *rara avis* la autoridad que, al tomar tierra allí, automáticamente no se sentía desligada del Poder central o con tendencia a asimilarse al espíritu autonómico de los naturales del país».

Con todo esto en mente, Mola buscó a toda prisa un candidato. Y el elegido terminó siendo el coronel José Aranguren Roldán, por aquel entonces ufano director del Colegio de Guardias Jóvenes, y que entre otras cosas, siendo gallego, le tranquilizaba respecto de su posible complicidad excesiva con los catalanes. En cuanto a las demás razones que le llevaron a elegirle, declara en sus memorias algo que no puede por menos que sorprender, conociendo la trayectoria de ambos:

Me hicieron grandes elogios del coronel de la Guardia Civil señor Aranguren, y como las circunstancias eran apremiantes, tras un cambio de impresiones con el interesado y previa la aceptación del Gobierno, llevé el decreto al ministro. Advierto que no conocía al coronel Aranguren ni de vista; su designación se debió al prestigio logrado entre sus mismos compañeros, que se hacían lenguas de su tacto, laboriosidad y honradez.

¿Es verosímil que Mola no hubiera visto jamás al que durante dos años y medio había sido responsable de la Guardia Civil en Marruecos, y con quien había llegado incluso a coincidir en operaciones militares concretas, como la ofensiva contra Abd el-Krim de mayo de 1926, formando parte de la misma agrupación de tropas? ¿Se trata de una laguna de su memoria o de un olvido interesado? En 1933, año de aparición de sus memorias, Mola es un general apartado del ejército por la República por su controvertida labor al frente de la Policía, en tanto que Aranguren, que se puso inmediatamente a las órdenes del nuevo régimen, está destinado en la inspección general del cuerpo.

Acerca de los motivos del nombramiento de Aranguren, por los que le pregunto expresamente, apunta su nieto la siguiente teoría:

—Posiblemente aquello fuera cosa de Sanjurjo, que quería colocar a su gente. Con Mola, que yo sepa, mi abuelo no tenía mucha relación.

Lo que parece poco probable, en cualquier caso, es que Aranguren hubiera olvidado por completo a aquel significado jefe de tropas indígenas. Y da que pensar el hecho de que aceptara abandonar un destino que le era tan grato para asumir otro que le sacaba del cuerpo por el que sentía devoción, le obligaba a mudarse a una ciudad para él desconocida y le cargaba con la responsabilidad de dirigir a unos hombres que, aparte de otras cuestiones, no se regían por las mismas ordenanzas a las que él se había sometido hacía ya más de tres décadas. ¿Tenía con Mola una relación mayor de la que este admitía, incluso mayor de la que les consta a sus descendientes? ¿Le tentó, simplemente, ser la máxima autoridad policial de la segunda ciudad de España? Puestos a aventurar teorías arriesgadas, y a la vista de lo que ocurrió más tarde, ¿respondía su nombramiento, sugerido desde las propias filas de la Guardia Civil, según afirma Mola, a una hábil maniobra de Sanjurjo para infiltrarse en la dirección general de Seguridad y tener marcado a su titular? El hecho es que

Aranguren aceptó la oferta.

Su nombramiento se produce por Real Decreto de 6 de marzo de 1931. El 7 de marzo el diario *La Vanguardia* recoge la noticia, anotando que «el señor Aranguren es persona culta y de brillante historial militar». El día 11 de marzo se hace eco de su llegada la víspera en el expreso de Madrid y de la conversación que mantiene con los periodistas en la que, añade, «tuvo frases muy cariñosas para la Prensa y ofreció dar facilidades para nuestra labor informativa». En días siguientes se recogen sus actividades, que incluyen su asistencia al funeral oficiado en memoria del general Miguel Primo de Rivera en el primer aniversario de su muerte, representando al gobernador civil (una ceremonia en la que comparte banco con el alcalde, Juan Güell), la celebración de su santo o su viaje a Madrid «al objeto de ofrecer sus respetos al rey, lo que no pudo efectuar por no haber regresado a Madrid don Alfonso». El día 29 de marzo, tan sólo diecinueve días después de su llegada, se anuncia el nombramiento de Aranguren como nuevo jefe superior de Policía de Madrid. El periódico inserta la siguiente nota:

La noticia del traslado a Madrid del jefe superior de Policía, señor Aranguren, ha causado sentimiento entre sus amistades, superiores y subordinados, pues en el poco tiempo que lleva en Barcelona se ha captado las simpatías de cuantos le han tratado, por su caballerosidad y amable trato. Sentimos el traslado del señor Aranguren.

¿Qué ha sucedido en poco más de dos semanas para que se tome la decisión de relevarle en el puesto? En Barcelona, según anota en sus memorias Mola, que los días 17, 18 y 19 de marzo se ha celebrado una reunión en el número 32 de la calle Verdi y el 5 del pasaje Cros (nótese la precisión de la información suministrada al director por sus espías) en la que se ha acordado la conjunción de las fuerzas catalanas de izquierdas bajo el nombre de Esquerra Republicana de Catalunya, y las bases de un estatuto para la constitución de lo que Francesc Macià define en la sesión de clausura como el nuevo Estat Catalá. En Madrid, que una semana después, el 25 de marzo, se produce un violento enfrentamiento entre los estudiantes de Medicina, encerrados en su facultad de la calle de Atocha, y los guardias civiles enviados por Mola para contener los disturbios, con intercambio de disparos y el resultado de un guardia civil y un manifestante muertos y varios heridos. Como consecuencia de los hechos, que provocan una crisis en el gobierno, y en particular entre el ministro de Gobernación y el de Instrucción Pública, Mola, al que la prensa acusa de ser un bárbaro jefe de tropas indígenas, incapacitado para las funciones policiales que tiene encomendadas, presenta su dimisión irrevocable al presidente Aznar, quien se la acepta, aunque con la petición de que permanezca en el puesto hasta que se le encuentre un sustituto

adecuado. Quien cesa y traslada a Madrid a Aranguren es, por tanto, un director general dimisionario, que en sus memorias da cuenta así de su decisión:

A primeros de abril, por ascenso a general del coronel Marzo, quedó vacante la Jefatura Superior de Policía de Madrid. Como siempre sucede cuando se trata de cubrir un cargo de esta importancia, no faltaron candidatos que interpusieron valiosas influencias, de las que no hice caso, pues ninguno de ellos reunía, por lo menos a mi entender, las condiciones de prestigio, inteligencia, tacto y energía que estimaba indispensables para desempeñarlo con acierto. Pese a mis buenos deseos, llegó la hora en que se produjo la vacante sin haber encontrado el hombre a propósito, mas como el asunto apremiaba, tuve que decidirme por una solución: propuse al Gobierno fuera designado el coronel Aranguren, que ejercía análogo cargo en Barcelona. Me impulsaron a ello razones de orden político y moral. Como era de esperar, desde que Aranguren tomó posesión de la jefatura Superior de Policía de Barcelona, los elementos de siempre, los que querían un jefe de Policía que obrase a dictado de su conveniencia, los que habían abogado por que lo fuera un catalán, iniciaron la misma labor de que ya anteriormente hicieron víctima al coronel Toribio. Por desgracia, no obstante los buenos deseos del coronel Aranguren, este no logró imponerse, con la rapidez que las circunstancias demandaban, en los problemas sociales, ni aun siquiera adquirió el conocimiento de la ciudad que le era indispensable para el ordenamiento y distribución de los servicios; también carecía del carácter para mantener disciplinado al personal que estaba a sus órdenes, el cual, además, salvo contadas excepciones, procuraba trabajar lo menos posible.

A quien asombre lo anterior, que se acuse de falta de carácter y de incapacidad para adaptarse al puesto y a la ciudad a quien apenas ha estado en ella dos semanas y se ha elegido justamente por ser de fuera, y que al mismo tiempo se diga que se le traslada a un cargo para el que se necesita «prestigio, inteligencia, tacto y energía», algo que no se encuentra en ningún otro candidato, le falta leer lo que sigue:

No era el jefe superior que se necesitaba allí en tan difíciles momentos. El fracaso de su gestión lo conocía con todo detalle el Gobierno —especialmente por conducto del señor Ventosa— y más de una vez observé en el ministro de la Gobernación deseos de complacer, seguro de no equivocarse, a quienes tanto presionaban para que fuera relevado. En esta ocasión, a las exigencias de la política se unía la poca fortuna en la gestión. Pero yo no podía en forma alguna dejar desamparado a quien por complacerme había abandonado uno de los más codiciados destinos del Instituto de la Guardia Civil (el Colegio de Guardias Jóvenes de Valdemoro), máximo habiendo trabajado con buena voluntad y administrado con honradez. Por las consideraciones expuestas, decidí traer al coronel Aranguren a la Jefatura Superior de Madrid, donde podría desenvolverse con mayor facilidad ya que, por defectos de organización, el director de Seguridad absorbía muchas de las funciones que eran peculiares del jefe superior.

No se escapan al lector las múltiples contradicciones, de las que no es la menor que se señale como demérito de la gestión de Aranguren el hecho de no ser del agrado de esos mismos regionalistas catalanes a quienes el director general no quería dejar que mangonearan al jefe policial. Hay otros detalles que Mola no apunta en su reflexión, pero de los que sí da cuenta en otros lugares de sus memorias, y que ayudan a situar en su contexto el proceder de Aranguren y sugieren que bien pudo haber otras consideraciones para trasladarlo a Madrid. Con vistas a las elecciones municipales, fijadas para el 12 de abril, el 21 de marzo el gobierno restablece todas las garantías constitucionales. No es el momento de extremar la mano dura, y menos por parte de un

jefe policial recién llegado y que, con juiciosa diplomacia, trata de entablar una buena relación con todos los estamentos de la ciudad.

Por otra parte, el 27 de marzo, víspera del cese y traslado de Aranguren, el general Ricardo Burguete, exdirector general de la Guardia Civil, hace un polémico pronunciamiento ante los periodistas, justificando la benignidad que había mostrado, en su condición de presidente del Consejo Supremo de Guerra y Marina, al juzgar a los firmantes del manifiesto republicano de diciembre. Un manifiesto suscrito entre otros por Lerroux, Alcalá Zamora, Prieto, Largo Caballero y Azaña, que evocaba en sus primeros párrafos «las catástrofes de Cavite y Santiago de Cuba» y «las osamentas de Monte Arruit y Annual», sobre las que acusaba al rey de cimentar su trono, y denunciaba que había «convertido su cetro en vara de medir» y cotizaba «el prestigio de su majestad en acciones liberadas» (una forma poética y cáustica de acusarle de despotismo y venalidad), para afirmar luego sin tapujos que no le quedaba al país «otro camino que el de la revolución».

Era el viejo general Burguete, además de veterano condecorado de los tres desastres coloniales (Cuba, Filipinas y Marruecos), un tipo algo excesivo, pero culto, leído y viajado. Junto a Goded, recuérdese, visitó las trincheras de la Gran Guerra incluso llegó a ser académico de la Historia. En su declaración pública ante la prensa desliza perlas como esta: «A nadie creo que se le ocurra volver al disparate y a la vergüenza militar de una nueva dictadura; es tiempo de convocar Cortes de verdad, que nunca hubo, y no despilfarrar el patrimonio del pueblo, que dio a administrar a malos administradores por desidia, y ahora se encuentra sin él y lo reclama, y es de justicia que se le devuelva». Y respecto de la revuelta republicana, razona que la insatisfecha apetencia de justicia «es la que principalmente trae desazonado el espíritu; desazonada la interior satisfacción; desazonado el crédito político; desazonado el crédito económico en su signo monetario; y lo que es más grave, desazonada y casi totalmente disipada la esperanza, que es el principal aliento de la juventud, que hoy está enloquecida».

Siguiendo la recomendación de Mola, la respuesta del gobierno es su relevo inmediato y su encierro por término de dos meses en un castillo militar. Quien le impone este correctivo es el general Berenguer, ministro del Ejército, y mentor de Mola, que mantiene una vieja y enconada rivalidad con Burguete. Tampoco sobra anotar el hecho de que uno de los hijos de Burguete, comandante del ejército, está ya arrestado por su implicación en la conspiración republicana. No conviene olvidar, aquí, que Aranguren ha sido durante dos años ayudante y por tanto hombre de confianza del general Burguete, con quien comparte la afición por la historia y acaso otras afinidades, lo que aporta una clave interesante para interpretar la decisión de

Mola de apartarlo de Barcelona y traerlo a Madrid, donde lo tiene más controlado.

Todo lo anterior ayuda también a entender la actitud de Aranguren, en los días anteriores a la proclamación de una república a la que no se opondrá y que privará a Mola del uniforme y la libertad.

Tras tomar posesión del cargo en las postrimerías del mes de marzo, el mes de abril de 1931 lo inicia José Aranguren como flamante jefe superior de Policía de Madrid. No lo hace bajo los mejores auspicios: en plena campaña de unas elecciones municipales que van a cambiar el rumbo del país, con graves problemas de orden público, sin gozar de la confianza del director general que lo ha designado y, de propina, con una plantilla policial desmotivada por el desgaste de tantas semanas de movilizaciones populares y disturbios, que obligan a doblar turnos y enfrentan una y otra vez a los funcionarios a una tarea ingrata y a la postre condenada al fracaso, la de tratar de contener en las calles la hemorragia de un régimen que, de un modo u otro, se ha seccionado ya prácticamente todas las arterias. Mola, atado a un cargo para el que se ve desautorizado por su gobierno y por la opinión pública, atraviesa un momento especialmente oscuro. Trata de impedir una república que le disgusta pero sabe inevitable, defiende una monarquía de la que ha llegado a descreer tanto o más (por la torpeza política del rey, su inconsistencia personal y la irresponsabilidad temeraria de su camarilla) y no puede sino levantar acta amarga de la situación:

A partir del 25 de marzo, hasta la proclamación de la República, puede decirse no transcurrió en Madrid un solo día sin que los guardias de Seguridad dejaran de intervenir en algaradas callejeras, lo que llegó a deprimirles en tal forma, que tengo la evidencia fueron ellos unos de los que con mayor alegría recibieron «la aurora libertadora» del 15 de abril.

Pienso, cómo no hacerlo, en mi abuelo Manuel, que era uno de esos hombres, agotados y deprimidos por el enfrentamiento con el pueblo, a cuyo frente se puso en aquella primavera decisiva José Aranguren, y a los que, pese a la contrariedad de su director general y de quienes trataban de prorrogar la supervivencia de una monarquía agonizante, su nuevo jefe eximió de desempeñar un papel estéril y contrario al curso de la Historia. Y eso que pocos días antes, el 31 de marzo, recién regresado a Madrid, y según reflejan los diarios de la época, había sido Aranguren recibido, al fin, en audiencia regia. Subsana así el rey el plantón que le había dado una semana antes, cuando el coronel de la Guardia Civil había viajado ex profeso desde Barcelona a Madrid para cumplimentarle como nuevo jefe policial de la capital catalana.

Lo recibía ahora como jefe superior de la capital del reino, en un encuentro que según la costumbre real, tal y como la cuenta Mola, se limitaba a cinco minutos y dos frases amables, impregnadas de una lejana cortesía. La razón principal de aquellas

recepciones, dice Mola, era que el monarca y el resto de los miembros de su real familia conocieran las facciones de quienes por su puesto podían hallarse próximos a sus personas en los actos oficiales, debido a la aversión que sentían hacia el hecho de ver a su alrededor rostros no identificados. Era esta una manía entendible, si se tiene presente que la primera celebración familiar, la boda real, había sido saludada con un atentado.

No sabemos nada cierto, tan sólo podemos especular acerca de lo que sintió Aranguren al encontrarse ante el rey y estrechar su mano. En cuanto a su comportamiento externo, sin duda debió de inclinar respetuosamente la cabeza y entrechocar los tacones. Eran las formas debidas y reglamentarias para la ocasión y, como buen guardia civil, no pudo no atenerse a ellas. Es muy posible que mientras lo hacía no recordara con gusto aquel viaje en balde de ida y vuelta desde Barcelona, en un tren que no era ni mucho menos de alta velocidad, y quizá se preguntara cuál había sido la ocupación que había mantenido a Alfonso XIII lejos de Madrid, haciendo perder su tiempo a todos los convocados a real audiencia ese día. No es improbable que tuviera una extraña sensación al presentarse, con todo el aparato de la corte, ante el hombre que estaba a punto, los indicios se multiplicaban, de echar por la borda la Corona y la dinastía. Tampoco cabe descartar que prevaleciera en su ánimo, sobre lo anterior, la sensación de logro personal que implicaba acceder a un cargo que exigía serle presentado a la más alta autoridad del Estado; con todas las penurias y dificultades que la vida le había ido oponiendo desde su infancia huérfana.

Liquidado el trámite del besamanos regio, Aranguren se incorporó a su despacho, y en él, si hemos de creer el testimonio de su superior inmediato, Emilio Mola, se entregó a una febril inactividad. Son reiterados los pasajes de la tercera parte de sus memorias en que alude a la inoperancia del jefe superior de Policía de Madrid, con la que, también según su propio testimonio, no desentonaba de quien en esos días ostentaba la presidencia del gabinete, el almirante Aznar. De este llega a decir que su gobierno «fue, sin duda, uno de los más nefastos de la Monarquía» y que «vivía al día, sin hacer frente a los males, ni menos buscarles solución». Entre tanto, y mientras los viejos políticos como Romanones aseguraban apenas los votos de las zonas rurales, que controlaban a través de los caciques de siempre, las fuerzas republicanas, bien coordinadas y pletóricas de entusiasmo, hacían inteligente campaña en las ciudades, cuyo voto era el que iba a traer la República. Contaban con el apoyo de la UGT, y la CNT, que era contraria a todo tipo de integración política en el sistema, dejaba a sus militantes una libertad de voto que en la práctica arrimaba a la mayoría a las candidaturas republicanas. El dimitido director general de Seguridad, bien informado de todo por sus confidentes, se desesperaba no sólo por la campaña,

sino por lo poco que podía contar con sus auxiliares: «A la preocupación constante que me invadía por las deslealtades de funcionarios, había que añadir los frecuentes tiquismiquis entre los altos jefes, reveladores de una falta de armonía lamentable, que, como es lógico, iba en perjuicio del servicio: todo eran celos, rivalidades y odios desenfrenados». Y concluye: «Fui perdiendo la confianza en quienes más debía tenerla, y llegué a adquirir el convencimiento de que eran contados, contadísimos, aquellos de quienes me podía fiar».

El día 11, víspera de las elecciones, hubo numerosos enfrentamientos en los que tuvieron que intervenir una y otra vez los guardias de Seguridad para mediar entre exaltados de ambos bandos; Mola llegó a emplazar fuerzas de la Guardia Civil en puntos estratégicos del centro de Madrid. El día 12 se celebraron los comicios, con no pocos incidentes, pero dentro de una relativa normalidad. El resultado fue una hecatombe para la monarquía. Sus partidarios, merced a los manejos de Romanones, lograron aventajar en concejales a la candidatura republicana; pero se trataba, en su mayoría, de ediles rurales. En las ciudades la derrota fue clamorosa y humillante: incluso en la capital del reino, e incluso en el distrito de Palacio y entre aquellos con los que contaba el régimen para mantenerse, los cuerpos de seguridad. Anota Mola:

Sé que gran parte de los que votaron lo hicieron a favor de los republicanos, más que por ideología, por creer que venciendo los que a diario eran causa de que se alterase el orden público, cesarían las algaradas estudiantiles, los disturbios en las calles y las horas extraordinarias de servicio. Había, efectivamente, en dichos funcionarios una razón; pero ¿cuál tuvieron para votar también la candidatura republicanosocialista los alabarderos, criados de Palacio, empleados del Patrimonio, sacerdotes, militares, aristócratas y otros por el estilo, que eran los que debían tocar las consecuencias de un cambio de régimen?

La respuesta, para Mola, es que «la locura revolucionaria hizo perder el instinto de conservación a un buen número de ciudadanos». Ya fuera eso o, más probablemente, el hartazgo frente a una monarquía en insoportable estado de putrefacción, el resultado de las elecciones, proclamado el día 13, desencadenó el pánico en la camarilla real, con excepción del impasible Aznar, que dejó para la Historia aquella frase de que España se había acostado monárquica y levantado republicana, y que asistió con la pasividad en él habitual a los denodados esfuerzos de Romanones por salvar los muebles y el sistema que tanto le había rentado, mientras el rey, poco a poco, iba comprendiendo que sus horas en el trono tocaban a su fin. De pánico puede calificarse también la reacción de Mola, que días antes de las elecciones había recibido un anónimo en el que le recomendaban que pusiera tierra de por medio, en el caso, que los autores del mensaje daban por hecho, de que se proclamase la República. La advertencia no podía ser más conminatoria: «Será usted una de sus víctimas predilectas (lo sabemos de buena tinta). Créanos, márchese. Si no

lo hace, le cogerá la apisonadora, e irá a la cárcel, a presidio, y hasta es posible que lo arrastren por las calles de Dios. De las revoluciones no hay que esperar Justicia a secas».

Sea como fuere, y por lo que fuere, en los dos días siguientes al triunfo republicano la actuación de Mola se repartirá entre intentar inútilmente que las fuerzas de seguridad sofoquen algo que las sobrepasa e ir preparando su huida. A lo largo del día 13, mientras los representantes de la Conjunción Republicano-socialista (nombre adoptado por la candidatura vencedora) reclaman el poder y urgen al rey a entregarlo y a marcharse del país, Mola dispone retenes de Seguridad y Guardia Civil en el Ministerio de Gobernación en la Puerta del Sol, núcleos de Guardia Civil a pie y a caballo alrededor del Palacio Real y hasta pide al capitán general que haga salir un escuadrón de húsares para cubrir las plazas de España y de Oriente. Todas las medidas, dice, tiene que tomarlas y ponerlas en práctica personalmente, ya que:

El jefe superior, señor Aranguren, bien por desorientación en el servicio, azoramiento o poca disposición para el cargo, no hizo absolutamente nada; el comisario general, señor Maqueda, a quien lo inesperado de los acontecimientos no le dio tiempo a ponerse enfermo, tampoco demostró actividad, ni resolución, ni energía. Para colmo de desdichas, ya había observado el día anterior que el coronel de la Guardia Civil, jefe del servicio local, procuraba escurrir el bulto. ¡Así me encontré de asistido en aquellas fechas memorables!

La situación se complica cuando empieza a concentrarse gente en la zona de Puerta del Sol y aledañas, de un lado, y por otro en la calle Zurbano, frente a la casa del propio Mola, según algunos testimonios con ánimo de asaltarla, o así lo interpreta él. Según otra interpretación, los manifestantes van hacia la casa del líder republicano, Alcalá Zamora, que está ya negociando la entrega del gobierno. En tanto llegan a su domicilio los guardias que despacha a toda prisa, el ya por pocas horas director general de Seguridad pasa los peores instantes de su vida, y de nuevo tiene un recuerdo poco cariñoso para Aranguren:

Aquellos momentos fueron para mí de indescriptible angustia. No podía separarme de mi despacho [en la entonces llamada avenida del Conde de Peñalver, hoy primer tramo de la Gran Vía, donde tenía su sede la Dirección General de Seguridad], porque dada la agitación en la Puerta del Sol y calles céntricas y la total ineptitud del jefe superior, no me era posible abandonar la Dirección ni aun siquiera breves momentos.

Hay otra forma de leer lo ocurrido en esa jornada y en la siguiente, que se saldaron con muy pocos incidentes violentos, pese a la aprensión de Mola, y una multitudinaria manifestación de alegría cívica por la llegada de la República. También sirve para enjuiciar el comportamiento de Aranguren y de ese coronel de la Guardia Civil que no respondía a las peticiones de Mola, obligándole a requerir directamente a sus disciplinados subalternos, capitanes y tenientes del cuerpo que

hacían lo que les pedía quien en definitiva seguía siendo la máxima autoridad gubernativa. A esas alturas, el general Sanjurjo, director general de la Guardia Civil, ya se encontraba en contacto con los líderes republicanos, a quienes iba a dar garantías de que la Benemérita no estorbaría el cambio de régimen ni mucho menos defendería a todo trance al rey, como llegó a pedirle alguno de los allegados a este. Si en esta actitud de Sanjurjo pesó su comprensión política de la situación creada por el resultado electoral, o alguna clase de resquemor hacia el monarca por expectativas no satisfechas, como sostienen algunos, es cuestión al margen del relato. Lo cierto es que tanto Aranguren como su compañero coronel debían de ser conscientes de la postura que iba a tomar el cuerpo al que pertenecían, más que razonable, por otra parte, y no tenían motivos para secundar la afiebrada reacción de Mola, y menos aún para tomar disposiciones excesivas que podían provocar los disturbios que de hecho no se estaban produciendo. Tampoco surtieron efecto las órdenes que hizo llegar Mola al teniente coronel Flores, de Seguridad, y al comisario general Maqueda, a petición del ministro de Gobernación, intimidado por las masas que ocupaban la Puerta del Sol. «Fueron inútiles —escribe— todos los requerimientos que tanto el ministro como yo les hicimos para que despejaran la plaza.»

Recuerdo aquí, es inevitable, aquella anécdota que contaba mi abuelo: la del oficial que les ordenó a él y a sus compañeros de servicio en aquellos días en el Ministerio de Gobernación que salieran a disolver a los manifestantes, orden que nadie quiso cumplir. Y me imagino, aunque de nuevo es una especulación, a Mola o al ministro, fuera de sí, buscando a alguien que se aviniera a cumplir las órdenes absurdas que los jefes policiales tuvieron el juicioso criterio de obviar.

Lo sucedido el 14 de abril está en los libros de Historia. Los fieles al monarca comprendieron que no había nada que hacer, el rey firmó su abdicación y abandonó el país en barco por Cartagena. Antes, por la mañana, Mola, según él mismo refiere, tuvo un último encontronazo con el presidente del gobierno saliente, Aznar, a quien reprochó agriamente el abandono y el desamparo en que le habían dejado, y hasta se permitió decirle, llevando al extremo su sobreactuación, que la situación del país justificaba que se suspendieran las garantías constitucionales y se declarase el estado de guerra. Por fortuna, nadie le hizo caso. Cuando a las tres y media de la tarde llegó a conocimiento de Mola que Sanjurjo se había presentado en la casa de Miguel Maura, donde en ese momento estaba reunido el comité revolucionario, comprendió que este era un «síntoma significativo»; tanto que ordenó la recogida de papeles y la destrucción de su archivo secreto, del que separó algunas fichas y documentos que le «interesaba conservar» y que, admite, «fueron conducidos al domicilio de un amigo íntimo».

Madrid entero era ya un flamear de banderas republicanas: el comité revolucionario había exigido que se le entregase el poder antes de las seis de la tarde. Mola, devorado por los nervios, lo observaba todo desde el balcón de su despacho y, al ver que algunos manifestantes se detenían en las inmediaciones, llamó al comisario Martín Báguenas, ya que «con Aranguren no se podía contar» (apostilla en su libro una vez más, pero sin insinuar en esta ocasión por qué motivos). Ordenó al comisario que tuviera personal dispuesto para defender la Dirección General. Contra sus temores, no hubo asalto alguno al edificio.

Entre tanto, desde Barcelona llegaban noticias de la proclamación por Macià de la República catalana. A eso de las cinco y media de la tarde, el designado por los republicanos como nuevo ministro de Gobernación, Miguel Maura, salía de su casa con Manuel Azaña, ministro de la Guerra del gobierno provisional, para hacerse cargo del poder. De su traslado hasta la sede del ministerio, en la abarrotada Puerta del Sol, tenemos un relato impagable, debido a la pluma de Josep Pla. Está incluido en su obra *Madrid. El advenimiento de la República*, y dice ser fiel reproducción de la narración oída a un testigo, un tal Ayuso, de Soria, al que describe el autor como «un hombre pequeño y agudo»:

Por fin, cansado de abrocharse y desabrocharse la americana, con los ojos enrojecidos saliéndole de las órbitas, dijo Maura:

—Ha llegado la hora de echarse a la calle. Vámonos, Azaña...

En la calle alquilaron un taxi y Maura ordenó, contundente:

—¡A Gobernación!

Azaña lo miró, asustado. A medida que el taxi se fue acercando al centro de Madrid, la inquietud de Azaña fue creciendo. Por fin, dijo:

—¡Pero, Maura, es usted un insensato! Nos van a ametrallar. Nos van a ametrallar. Nos acribillarán a balazos, esto es una locura.

—No se preocupe —dijo Maura, impávido, aunque trastornado por dentro—. Pronto habremos salido de dudas.

—Pero, Maura...

—Si nos ametrallan, nos ametrallan.

Llegaron así a la Puerta del Sol. Cuando la multitud reconoció a Maura, le ovacionó. Bajaron del coche frente al portal del Ministerio. La gente les abrió paso. Ante la puerta, solicitaron entrar. Apareció en la puerta un oficial de la Guardia Civil.

—¿Desean los señores...? —preguntó.

—Somos el Gobierno provisional de la República —contestó Maura, rígido, estirado.

El oficial soltó un grito y la guardia formó. El primer paso estaba dado. Azaña, pálido como un muerto, se secó el sudor de la frente.

Más o menos a esa hora Mola llama al ministerio, pero el subsecretario, Marfil, le dice que todo lo que piensa hacer es coger el sombrero y marcharse. El director general se queda en el limbo, sin el que era su enlace con el gobierno. Según el testimonio del nieto de Aranguren (Mola no dice nada al respecto en sus memorias)

llama entonces al jefe superior de Policía, y le pide que le envíe unos agentes para escoltarle y protegerle, a lo que Aranguren le habría respondido que si estaba en lugar seguro, permaneciese allí, y que ya le enviaría a alguien cuando pudiera, porque necesitaba a todos los efectivos para, entre otras cosas, prevenirse frente a un posible asalto al Palacio Real, tras el ultimátum que había dado Alcalá Zamora para que el rey abandonase la capital antes de la puesta de sol. Sea o no cierto lo anterior, Mola, así lo reconoce él mismo, va entonces a reunirse, en el cercano palacio de Buenavista, con su mentor y ya exministro del Ejército, el general Berenguer. Allí se les une el exministro de Gobernación, marqués de Hoyos, y a lo largo de la tarde siguen, bajo la protección de la guardia militar del ministerio, reforzada, el desarrollo de los acontecimientos.

Continúa Pla su relato:

Maura subió los peldaños de la escalera del primer piso de tres en tres. Llegaron así a la puerta del despacho del subsecretario. Maura se abalanzó sobre la manilla de la cerradura. Entró como una exhalación en el despacho y se encontró ante don Mariano Marfil, a quien conocía perfectamente, pues había trabajado con su padre, don Antonio Maura. Don Miguel dice, con su voz enérgica:

—¡Señor subsecretario! Soy el ministro de Gobernación de la República. Deseo que se ausente usted en el acto.

Marfil, pálido como un personaje del Greco, se pasó la mano por la barba y dijo con una voz cobarde:

—Me doy por enterado.

Marfil salió por una puerta falsa.

Maura pasó enseguida al despacho del ministro y cogió el teléfono, exaltado, mientras Azaña, sentado enfrente, iba tranquilizándose de forma visible. Habló, uno por uno, con todos los gobernadores de la Península. A las seis y media de la tarde, el régimen republicano fue oficialmente instaurado en toda España. A medida que Maura fue telefoneando, don Manuel Azaña se fue quitando la angustia de encima y acabó en un estado de fatiga tranquilizada...

Mola permanece aún un buen rato en el Ministerio del Ejército. Cuando ya se dispone a regresar a la Dirección General, le aperciben, según su propio testimonio, de que ochenta o cien individuos se dirigen hacia allí con ánimo de «arrastrarlo». Decide entonces no volver, llamar a su secretario y pedirle que vaya al Ministerio del Ejército, donde se siente seguro, para darle las llaves e instrucciones. Sus últimos instantes como director general de Seguridad los narra así:

Cuando llegó mi secretario —que me dijo se estaba esperando en la Dirección de un momento a otro la llegada de don Carlos Blanco— le introduje en el comedor del ministro, le di las llaves de la caja para que hiciera entrega de ellas, de los fondos reservados y de las claves diplomáticas al coronel Aranguren, después de recoger un sobre que con el pasaporte y una pequeña cantidad de mi propiedad particular guardaba allí como lugar más seguro.

Así, con la entrega de las llaves a Aranguren (después de todo, uno de los pocos hombres a sus órdenes de cuya honradez no tiene razones para recelar), termina el

mandato de aquel guardián a su pesar, si ha de creerse su propia declaración, del derruido edificio de la monarquía borbónica. Y como sabe bien que se acerca un tiempo que le va a ser adverso, empieza a pensar en lo perentorio: buscar escondrijo.

Disponemos de un testimonio directo del estado de ánimo de José Aranguren tras la partida del rey y la proclamación de la República. Se trata de una detallada nota del diario *La Vanguardia*, en su edición del 16 de abril de 1931, que por su interés merece transcripción:

El director de Seguridad y el jefe de Policía

A la una de la tarde [de la víspera, el 15 de abril] el director general de Seguridad, don Carlos Blanco, recibió a los periodistas, confirmándoles que doña Victoria [la reina] y sus hijos se habían marchado a El Escorial en automóvil y que allí habían tomado un coche de lujo en el expreso, que los conduce a Hendaya [escortados, a fin de garantizar su seguridad, y según recoge el diario en una nota anterior, por fuerzas de la Guardia Civil encabezadas por su director general, Sanjurjo]. Dijo también el director de Seguridad que había llegado a Madrid el comandante Franco, el cual viajó en el tren hasta la estación de El Escorial, trasladándose a Madrid en un automóvil que le esperaba. Un periodista preguntó al director de Seguridad si todavía se encontraban en Madrid los generales Mola y Berenguer. El señor Blanco respondió que lo ignoraba y terminó su conversación con los periodistas ofreciéndose a ellos en su nuevo cargo, con el mismo afecto que siempre hubo de mostrar a la prensa en las dos ocasiones distintas en que ya ocupó la dirección de Seguridad. También habló unos momentos con los periodistas el jefe superior de la policía gubernativa, coronel de la Guardia Civil, señor Aranguren. Este dijo que saludaba a la prensa con el mayor afecto, cosa que deseaba y que no había tenido ocasión de hacerlo a pesar de llevar ya más de un mes ocupando el cargo [dato inexacto: apenas llevaba quince días]. Manifestó que Madrid se hallaba tranquilo y entusiasmado del nuevo régimen, no habiendo ocurrido hasta las dos de la tarde ningún incidente desagradable, sino pequeñas cosas, como es el derribo de algunas estatuas en determinados puntos de la población. Añadió que no se había realizado ningún delito, ni contra la propiedad, ni contra las personas.

En contraste con la tranquilidad y el optimismo de que hace gala Aranguren ante los periodistas mientras comparece junto al director general recién nombrado, Mola, que continúa aún en Madrid, está escondido y temiendo seriamente por su integridad. Permanecerá oculto varios días más, hasta su entrega a las nuevas autoridades, que junto al exministro del Ejército, Berenguer, y al almirante Aznar, lo envían a prisión en tanto se instruye la causa de sus posibles responsabilidades penales por los hechos acaecidos en los últimos días del régimen anterior; en especial, los incidentes en torno a la facultad de Medicina. Después de padecer durante varios meses un encierro cuyas condiciones, según su testimonio, fueron vejatorias tanto para él como para sus compañeros, quedó en libertad pendiente de juicio. Tras decretarse su pase a la reserva en agosto de 1932, se vio obligado a malvivir fabricando juguetes, al tiempo que escribía las memorias que dio a la imprenta en 1933, merced a los oficios (y al deseo de proporcionarle medios económicos para su sustento) del librero-editor de ideología comunista Juan Bautista Bergua, un personaje de veras extraordinario, de quien es imposible resistirse a ofrecer una mínima reseña.

Además de librero y editor, era también Bergua prolífico escritor, crítico literario y traductor de diversas lenguas, incluido el sánscrito. Amigo de infancia de Mola, con quien coincidía los veranos en Sallent de Gállego, por su librería, próxima a la Dirección General de Seguridad, solía dejarse caer a la caída de la tarde el general para participar en las tertulias que allí se celebraban. Bergua, que lo acogió en los días posteriores a su caída en desgracia, le encargó además de la redacción de sus memorias un libro sobre el ajedrez, al que Mola era muy aficionado, para su colección de textos divulgativos. A través de su editorial, Bergua realizó una tarea ingente para popularizar, entre otros, los grandes títulos de la filosofía universal, que sólo estaban en caras ediciones para privilegiados, y que él puso al alcance de todo el mundo en ediciones de bolsillo, de las que fue precursor. Su amistad con Mola y sus ideas comunistas lo colocaron en la mira de ambos bandos en 1936, cuando primero los milicianos y luego los falangistas fueron a buscarlo a su casa de Getafe, donde también almacenaba su fondo editorial, que al final fue pasto de las llamas, a causa del celo de los segundos por evitar la libre difusión de ideas. Entre otros libros, se quemaron cuarenta mil ejemplares de la *Crítica de la razón pura* de Immanuel Kant, autor subversivo en tiempos de sinrazón. Gracias a Mola logró Bergua salvar la vida, y a la muerte del general, su ayudante, el coronel Calderón, le facilitó un salvoconducto para huir a Francia.

Pero volvamos a Aranguren, y a aquel mes de abril de 1931. Tan sólo cuatro días después de la proclamación de la República, el 18 de abril, presentaba su dimisión como jefe superior de Policía de Madrid. Tal vez quisiera exonerar al nuevo director general de la decisión de mantener o no a un jefe nombrado por su predecesor, o tal vez ante la nueva situación y el nuevo régimen prefirió reincorporarse al cuerpo que conocía y en el que se sentía más cómodo. Su reingreso fue bien acogido por el director general, y viejo compañero de academia y de fatigas africanas, José Sanjurjo, que lo premió destinándolo el 25 de abril al mando del Tercio de la Guardia Civil con sede en La Coruña. Es decir, lo nombraba máximo responsable del cuerpo en su Galicia natal, algo que le hacía especial ilusión, y que le permitía regresar a la ciudad donde vivía la mayor parte de su familia. Por aquellos días, su hija Matilde estudiaba en la Escuela Normal de La Coruña, donde obtendría en noviembre de ese año el título de maestra de Primera Enseñanza, y su hijo José, que había vuelto de África, estaba también allí, destinado en el mismo regimiento donde había servido su padre, el antiguo Luzón nº 54, renombrado por la República como regimiento de Infantería nº 8. Antes de que Aranguren parta de la capital, para reunirse con los suyos e incorporarse a su nuevo destino, se producen dos hechos con trascendencia a efectos de nuestra historia.

El primero tiene lugar la víspera del anuncio oficial de su nombramiento, el 24 de abril. Según recoge la prensa, entre las diversas visitas que ese día tiene el nuevo ministro de la Guerra, Manuel Azaña, se encuentran dos que nos resultan significativas: «los hermanos del capitán Galán» y «el coronel de la Guardia Civil, señor Aranguren». No sabemos qué finalidad tenía la visita, no registrada por desgracia en los minuciosos diarios de Azaña, que comienzan un par de meses después, el 2 de julio. Tal vez se trataba de expresar el reconocimiento del nuevo régimen al exjefe superior de Policía de Madrid por su prudente actitud en la jornada del 14 de abril; tal vez el objeto de la visita era, simplemente, que Aranguren cumplimentara al ministro, de manera rutinaria, antes de partir a hacerse cargo de la Guardia Civil en Galicia. El hecho cierto es que menos de un mes después de su audiencia con el rey, Aranguren estrechaba la mano de quien estaba llamado a ser presidente de la República. En cuanto a los hermanos del capitán Galán, tras ser recibidos por el ministro de la Guerra se inicia la rehabilitación del oficial republicano, incluida la revisión del proceso de su laureada, que esta vez, aunque el general Franco volverá a testificar en su contra, le será finalmente concedida, a título póstumo.

Dos días después, el 26 de abril, presta Aranguren, en la sede de la Dirección General del cuerpo, la promesa de adhesión y fidelidad a la República que ha establecido como preceptiva el decreto de 22 de abril, con arreglo a esta fórmula: «Prometo por mi honor servir bien y fielmente a la República, obedecer sus leyes y defenderla con las armas». Para otros, los hechos se encargarán de demostrarlo, no tendrá la asunción de este compromiso mayor valor que el de cumplimentar un trámite reglamentario para no perder la carrera militar. Para un hombre con las convicciones profundas de Aranguren, cuya fe religiosa y cuya condición de guardia civil le otorgan al acto de empeñar la palabra y el honor una significación añadida, será el principio rector de sus actos en adelante y hasta las últimas consecuencias.

Al frente de la Guardia Civil gallega se mantiene Aranguren hasta finales de septiembre de 1932. Aquellos diecisiete meses cabe presumir que le fueron especialmente gratos. Aparte de estar en su tierra, por la que sentía una indisimulada debilidad, se le daba la oportunidad de disfrutar de sus primeros nietos, nacidos entre finales de la década de los veinte y principios de los treinta. Si como padre había sido cariñoso y atento, me consta, por el testimonio directo de la única de sus nietos que lo conoció y que sobrevive a la fecha de escribir estas líneas, que como abuelo no mostraba Aranguren menos afecto y abnegación.

También gozaba Aranguren del respeto y el cariño de sus paisanos, como nos sugiere la reseña periodística publicada en uno de los diarios locales, *El Orzán*, con

motivo del accidente que sufrió el 1 de julio de 1931, mientras hacía la vigilancia del servicio del cuerpo:

Ayer tarde fue despedido del caballo que montaba el coronel de la Guardia Civil, nuestro distinguido amigo D. José Aranguren Roldán, que tuvo la desgracia de fracturarse un brazo. Lamentamos sinceramente el percance, como lo lamentará la población toda, pues el señor Aranguren es persona que disfruta entre todas las clases sociales de merecida simpatía.

No podemos dilucidar hasta qué punto la afirmación final del redactor obedece a una realidad efectiva y contrastada o a un voluntarismo por su parte, pero en cualquier caso en aquellos agitados días de 1931 tenía no poco mérito gozar de las simpatías «de todas las clases sociales». Una precisión que, fuera o no objetiva, no puede dejar de llamar la atención y nos da otra pista para representarnos el carácter de un hombre del que una y otra vez, y desde fuentes diversas pero siempre coincidentes, se alaba y se resalta su buen trato y su capacidad para entenderse con todos, lejos de los modos conminatorios y la popularidad, más bien escasa, que a lo largo de los siglos y en las más variadas latitudes han caracterizado a tantos jefes policiales.

Los primeros meses de la República, mientras se redactaba la nueva constitución, aprobada en diciembre de 1931, vinieron marcados por las diversas reformas emprendidas por el gobierno provisional, entre ellas dos especialmente polémicas, la militar y la agraria. También hubo múltiples incidentes violentos, como la quema de conventos de mayo, o la huelga convocada por la CNT en julio, que obligaron al nuevo régimen a afrontar la cuestión del orden público, para lo que acabó creando una nueva fuerza de seguridad, la Guardia de Asalto. Dentro de las reformas militares, además de proponer una drástica reducción del número de oficiales y la revisión de los ascensos por méritos de campaña en África, el ministro de la Guerra, Manuel Azaña, decidió suprimir la Academia General Militar, que en ese momento dirigía el general Franco. Indignado por la decisión, el general, que según algunos testimonios había llegado a planear oponerse con los cadetes de la Academia a la proclamación de la República, pronunció un airado discurso antirrepublicano que le valió quedar durante meses en estado de disponible forzoso y sometido a vigilancia policial.

De nada sirvió que intercediera por él, ante Azaña, el director general de la Guardia Civil, Sanjurjo, alegando que era muy buen general, si bien no se privó de añadir, como anotaría con malicia el ministro en su diario: «No es que sea un Napoleón, pero dado lo que hay...». Pese a todo, y tras una entrevista que mantiene Azaña con Franco en el ministerio, en la que el general le hace protestas de lealtad, le asegura «que respeta el régimen constituido, como respetó la monarquía», y se queja

de que le han puesto policía «que le sigue a todas partes en automóvil», el ministro ordena retirarle esa vigilancia y se muestra dispuesto a volver a recurrir a sus servicios. Finalmente, en febrero de 1932, le encarga el mando de la 15ª Brigada de Infantería de Galicia, cuya sede estaba en La Coruña, muy cerca de su Ferrol natal.

Allí coincidiría, durante siete meses, con otro ferrolano, el coronel jefe de la Guardia Civil en la región: José Aranguren Roldán.

Durante el medio año largo que Franco y Aranguren coincidieron en La Coruña, según recordaba siempre la familia del guardia civil, y asegura su nieto, José Cobreros Aranguren, el trato entre ambos, forzoso y estrecho por razón del puesto que cada uno desempeñaba, fue más allá de lo estrictamente oficial. Con frecuencia semanal, cada uno visitaba al otro en su domicilio, acompañado por su familia. Una semana iba Aranguren a tomar café a casa de Franco, con su esposa y algunas veces su hija María de la O, familiarmente llamada Maruja, y a la siguiente iba Franco a la de Aranguren con la suya y con su hija Carmen, que contaba apenas seis años. En aquellos encuentros, es de suponer que ambos, además de comentar la situación del país, evocarían las experiencias que tenían en común, como su infancia ferrolana, su paso por la Academia de Toledo y sus tiempos de África, y en especial, por lo que a estos se refiere, el desembarco de Alhucemas, aquella gran operación militar en la que habían participado años atrás. Otro tema de conversación que debió de salir alguna vez era el parentesco lejano de los Franco con la mujer de Aranguren, María de la O de Ponte, a través del abuelo paterno de esta, Juan de Ponte y Tenreyro, conde de Vigo (título al que había renunciado su padre, Juan Bautista de Ponte, a su ingreso en la Armada), y con el que los Franco pretendían tener un vínculo familiar para, de paso, ennoblecer su linaje.

Más allá de sus respectivas responsabilidades oficiales, por el hecho de ser ambos oriundos de la misma ciudad, viejos compañeros de armas y medio parientes, las reuniones en casa de uno y otro se celebraban en un ambiente de cercanía, según refieren los descendientes de Aranguren que quedó registrado en la memoria familiar, aunque sin perder cierto tono protocolario debido a la diferencia de carácter entre ambos militares. Anota el nieto de Aranguren, para poner un ejemplo gráfico, que si Franco hubiera pillado a aquel centinela dormido, en lugar de gastar una broma, como hizo su abuelo, lo habría hecho fusilar, y no es exageración: por menos de eso ordenó Franco en Marruecos la ejecución sumaria de legionarios bajo sus órdenes; hasta tal extremo que, cuando era aún su jefe, Millán Astray hubo de pedirle que dejara de hacerlo, porque acabaría disuadiendo a la gente de alistarse. Ese trato próximo vuelve todavía más atroz lo que iba a pasar siete años más tarde, cuando la familia de un Aranguren ya condenado a muerte pidiera clemencia a quien en ese momento tenía su vida en sus manos, y no extrañará que a Maruja, hasta su muerte, se la llevaran los demonios cada vez que alguien mencionaba el apellido del hombre al que habían acogido tantas veces en su propia casa.

Una explicación podemos hallarla en la doblez que se le imputaba a Franco, y que recoge en sus diarios quien le destinó a La Coruña, el ministro de la Guerra, y desde diciembre de 1931 presidente del gobierno, Manuel Azaña, que con motivo de la visita al ministerio del general observa con crudeza: «Pretende sincerarse, un poco hipócritamente». Una doblez que parece aflorar en una fotografía hecha en La Coruña en septiembre de 1932, con motivo de un viaje del presidente a la ciudad. En ella, aparecen en primer término Azaña, sombrero en mano, y Franco, con el uniforme de general y con el bastón de mando y los guantes en la mano izquierda. En segundo término, justo detrás de Franco, se ve la cabeza tocada con tricornio de Aranguren. Azaña sonríe y mira a cámara, diríase que no demasiado ufano, pero tampoco es receloso su gesto. La sonrisa y la mirada de Aranguren, bajo el charol del tricornio, son francas y transmiten una sensación de calidez. Los ojos de Franco, en cambio, eluden el objetivo y se desvían hacia su izquierda, como si fuera el lado al que hay que estar siempre atento para parar el golpe (o darlo), y sus labios, rectos e inexpresivos, denotan una total ausencia de fervor. Dice el nieto de Aranguren que cada vez que su padre, que sentía devoción por su suegro, veía aquella foto, no podía evitar comentar: «Fíjate: ya tenía mirada de traidor».



Azaña, Franco y Aranguren en La Coruña en 1932. © Europa Press – AFP – Getty Images

A decir verdad, hay unos cuantos motivos para que en esa foto Franco esté incómodo. La historia es larga, y para contarla bien hay que remontarse unos cuantos meses. El 5 de enero de 1932, un desafortunado enfrentamiento de la Guardia Civil con unos obreros en huelga en la localidad de Arnedo, en La Rioja, acabó en una

matanza en la que perdieron la vida once personas. Una semana antes, el último día de 1931, los furiosos vecinos de Castilblanco, en Badajoz, habían masacrado a los cuatro guardias del pueblo y se habían ensañado con los cadáveres, lo que sin duda pesó en la desproporcionada reacción de los guardias de Arnedo, que hicieron uso de sus armas para repeler a una multitud que temieron que pudiera hacerles otro tanto.

La consecuencia de aquellos hechos es que Azaña decide cesar a Sanjurjo al frente de la Guardia Civil, lo que no causa ningún alborozo al general, aunque para suavizarle el trago se le permuta el puesto por el del director general del cuerpo de Carabineros, el general Miguel Cabanellas, que pasa a la dirección general de la Guardia Civil. Desde ese momento, empieza a gestarse en Sanjurjo un descontento creciente contra la República, que termina desembocando en el intento de golpe de Estado que encabezará en Sevilla el 10 de agosto de 1932.

En la intentona está implicado, entre otros, el general Goded, que ha cesado mes y medio antes como jefe del Estado Mayor Central. Su cese es consecuencia de un incidente en Carabanchel con el teniente coronel Mangada, uno de los conspiradores republicanos destinados en Jaca en diciembre de 1930, que se le insubordina después de que Goded cierre una alocución con las palabras «¡Viva España... y nada más!», omitiendo el reglamentario viva a la República. De aquellos hechos, así como del relevo de Goded, disponemos de un jugoso relato en los diarios de Azaña, del que no me resisto a hacer un extracto.

En la anotación del 27 de junio se lee lo siguiente:

A las once se presenta Goded. Hemos hablado hasta la una y media. Estaba como si tal cosa, y no parecía sospechar que hubiese incurrido en nuestro desagrado. Lo más caluroso de cuanto me ha dicho es un ataque furibundo a Mangada (de quien ya me habló el otro día, descubriendo una prevención a la que no di importancia entonces y que es un dato muy significativo, después del suceso de hoy); le tacha de loco, de comunista (?), de falso y desleal, etcétera. Hace larga historia de sus relaciones personales: son de la misma promoción y se tutean. Posee cartas de Mangada que no quiere publicar por no perderlo en el concepto de sus compañeros. Le ha hecho muchos favores. Mangada estuvo comprometido en lo de Jaca, «pero es un cobarde —dice Goded— y el día de la rebelión estuvo en mi despacho del ministerio para probar la coartada». (Goded era entonces subsecretario.) En una ocasión, habiéndole protegido para que pudiera atender a la curación de una hija, Mangada le besó la mano. Cree que es un envidioso. Lo de esta mañana ha sido una provocación, que llevar a preparada. Cuando se entera de que he destituido a los otros dos generales, pide que se le releve a él también, porque si no le dejo en mala postura.

—¿Con quién?

—Con mis compañeros.

—He destituido a los otros porque tenían allí mando y han producido una situación de la que deben responder. Usted estaba allí invitado, y no tiene mando. ¿Ha hecho usted algo malo?

—Yo creo que no, señor ministro.

Mientras reproduzco esta conversación, que muestra a un Goded tan indiscreto como poco consistente, no puedo dejar de evocar el solemne y suntuoso escenario en

que tiene lugar. Es el palacio de Buenavista, junto a la plaza de Cibeles, y los dos hombres se encuentran en el despacho que un día fuera del general Prim, el mismo al que lo trajeron después de que lo tirotearan en la calle del Turco. Es también el despacho al que fue a refugiarse Mola en la tarde del 14 de abril, y donde siguió los acontecimientos junto al general Berenguer. He tenido el privilegio de conocerlo, en una visita al cuartel general del ejército, que lo ocupa actualmente, y de ver la pequeña mesa sobre la que trabajaron aquellos hombres, en un ala del edificio que no se usa y se mantiene como si fuera un museo. Me imagino allí a Azaña, tejiendo su tela de araña en torno al general, y a este tragando saliva y tratando de adivinar qué es lo que trama el ministro y jefe de gobierno.

A continuación, Azaña indaga sobre lo ocurrido y, en particular, le pregunta a Goded por qué no ha dado el viva a la República. Goded le dice que porque creía que casi nadie lo habría contestado. A lo que Azaña le pregunta si no es republicano. Le responde el general:

—Siempre lo he sido. Yo he sido el único general que le dije al rey la verdad, antes de marcharse. Y yo fui quien le dijo a Berenguer, cuando lo de Jaca, que el país no estaba para fusilamientos.

Goded empieza a hablar de su persona, y me traza el cuadro de sus méritos y servicios (bien recompensados, creo yo, por grandes que sean, pues mientras sus compañeros son comandantes o tenientes coroneles, él es general de división), de su gran prestigio en el ejército, de la enfermedad que contrajo en Marruecos, de su carrera truncada, etcétera, etcétera.

Le hago notar cómo no lo he desconocido, colocándolo en el puesto más importante. Entonces me da un poco de jabón, declara que me está agradecido, me elogia mucho, y dice que si al principio no me conocía, ahora sí, y lo proclama por todas partes.

Finalmente, volvió a rogarme que le quitase del cargo. Naturalmente pienso quitarle, y he de hacerlo antes de la sesión de Cortes de mañana, para que cuando me interpeleen sobre lo de hoy, estén impuestas las sanciones. Pero lo que no puedo explicar es que conviene proceder con Goded de modo distinto que con los otros dos.

Y a renglón seguido, se despacha Azaña con este suculento retrato del personaje al que durante meses ha tenido a sus órdenes, y al que en otra anotación inmisericorde ha motejado de «pedantuelo»:

Goded es listo, inquieto y ambicioso, aunque muy cauto, y por cautela no se comprometerá abiertamente en nada; de precavido que es, no está bien con casi nadie. Sería una torpeza que yo le empujase, por la violencia, a ponerse entre los que conspiran contra la República o contra el Gobierno. Esta razón [...] es la que me mueve a llevar con él las cosas de otro modo. Goded tiene amigos en el ejército, aunque no tantos como él se imagina; en África hizo favores, y muchos le deben ascensos y ventajas. Mas, por lo mismo, es quizás el general que tiene más enemigos en el ejército. Le acusan de intrigante, de autoritario, de *cacique*. Por eso él ve de tan mala gana que se revisen los ascensos por méritos de guerra; dice que ese propósito es transigir con el espíritu de las antiguas juntas de defensa [asociaciones de militares que, durante la guerra marroquí, se opusieron al ascenso meteórico de los africanistas]. Yo he procurado reconciliar a Goded con el régimen y con la política general de la República, empresa que no habría intentado con otros, que son simples mamotretos. Con este hombre pequeñillo, avisado y algo cascarrabias, el intento me parecía útil, y para mí, personalmente, de buen juego. Creía haber conseguido bastante, según me ha dejado decir por ahí el propio Goded. Mas, por lo visto

lleva dentro rencores inextinguibles. Lo siento porque me habría gustado utilizarlo en cuanto hubiese depuesto sus últimas reservas. De todos modos, dado el carácter del general, no quiero desahuciarlo, ni darle un pretexto para levantar bandera, ni forzarlo, por amor propio, a que la levante.

En la anotación del día siguiente, 28 de junio, da cuenta Azaña de cómo ha resuelto lo del general. De nuevo, no tiene desperdicio:

Tenía que acabar hoy lo de Goded, y para acabarlo deseaba yo saber a fondo cómo está su ánimo. No se imaginará él nada de esto. Le avisé a su despacho para que viniese a verme en la mañana. Procuré ponerle a sus anchas, le traté afectuosamente, le recordé cómo he procurado que me ayudase en mi trabajo y en mis planes, etcétera; el hombre se ha *confesado*, no sé si a pesar suyo. Estaba nervioso, un poco sofocado, a veces emocionado, procuraba dominar las pasiones que se le salían por la boca. Mi impresión de conjunto es que lleva dentro un escorpión. Rencor, despecho, envidia, ambición frustrada, miedo: de todo tiene. ¡Gran descubrimiento! Le he dicho: «General, con ese ánimo no se puede vivir».

El maquiavélico político no se priva de detallar de qué manera el ofuscado militar, vulnerable como acaso no lo estaba cuando se veía bajo el fuego de los de Abd el-Krim en aquella noche de Alhucemas, se le ha desvelado y expuesto por obra de su astuta emboscada:

Rencor a sus émulos o rivales, a quienes ve en candelero, y a la situación en general, que ha disminuido el papel que antes tenían los militares. Miedo a la indisciplina de la tropa. Una vez más me ha recordado las atrocidades de los soldados rusos con sus jefes cuando triunfó el bolchevismo: «¡Crucificaron a los coroneles!», me dice con espanto. Despecho, porque si su carrera hasta ahora es singular, ya no será teniente general, ni capitán general [empleos militares suprimidos por la República], ni probablemente ministro, ni presidente del Consejo Supremo, etcétera, etcétera, y los generales del antiguo régimen (es decir, todos) no se resignan a que un divisionario no tenga más importancia social o política que un magistrado del Tribunal Supremo o un inspector de caminos; todos, desde la Academia, soñaban con ser virreyes. Odio contra los «extremistas» del ejército (que suelen ser unos pobres diablos); me ha hablado también de Mangada: «Le corresponden seis años de prisión», ha dicho. Enconado por la revisión de empleos, que si se hiciera a rajatabla le costaría descender a coronel, según dicen. Soberbia por la importancia que se atribuye: «Muchos han venido a proponerme locuras, pero gracias a Sanjurjo y a mí, no ha ocurrido ya una barbaridad en el ejército».

Puestas ya sobre la mesa las cartas de Goded, Azaña, tras someterle a la radiografía implacable que acaba de pormenorizar, lo conduce al terreno en el que podrá consumir limpiamente la maniobra:

Le he llevado la conversación a la política; está espantado de la obra de los socialistas y es enemigo del estatuto y la autonomía [de Cataluña, que en ese momento elaboraba su estatuto a partir del llamado *Estatut de Núria*]. En fin, no le falta ni una. Lo más notable era el acento de su confesión. ¡Lo que este hombre debe de padecer! Finalmente, he *accedido*, como yo quería, a relevarlo. Antes de terminar el despacho firmé el cese de Goded. El estado de ánimo del general es mucho peor de lo que yo había sospechado. Que llegue a ser peligroso depende de que rompa su habitual cautela y se atreva a comprometerse.

Eso fue lo que acabó sucediendo. Goded se dejó embarcar en el golpe que ya se preparaba, bajo la dirección de quien había sido su jefe en Marruecos, el general

Sanjurjo. A la aventura se sumaron otros notables veteranos de la playa de Alhucemas, como el general Fernández Pérez y el ya coronel Varela. No tuvo suerte Sanjurjo, en cambio, con el general Franco, con quien fue a entrevistarse en Madrid, y que no terminó de comprometerse con la sublevación, dándole una respuesta ambigua que Sanjurjo pudo malinterpretar. Lo cierto es que Franco pidió un permiso para no estar en su puesto el día fijado para el golpe, un permiso que le fue denegado porque debía ocupar la jefatura accidental de la división por la ausencia de su titular. Instalado en ella, rehusó sublevarse, y vio tranquilamente cómo se estrellaba aquella asonada de sus antiguos compañeros de armas, frente a la que Azaña, desde el Ministerio de la Guerra, había tomado sus prevenciones.

Tras admitir su fracaso y entregarse, Sanjurjo fue sometido a un consejo de guerra. En ese trance, y apremiado a nombrar defensor, no se le ocurrió otra cosa que dirigirse al general Franco, que era, gracias a su pasividad, uno de los pocos con quienes creía poder contar que no estaban imputados por la rebelión. Según su biógrafo Paul Preston, Franco le dio a su antiguo general en jefe en Alhucemas una respuesta demoledora: «Podría, en efecto, defenderle a usted, pero sin esperanza. Pienso en justicia que al sublevarse usted, y fracasar, se ha ganado el derecho a morir». Sanjurjo hubo de buscarse otro defensor.

Ante el tribunal, el jefe golpista compareció con entereza, e incluso hizo gala de su sentido del humor, lo que no evitó que lo condenaran a muerte. Las autoridades de la República, que no deseaban crear en su figura un mártir, como hiciera la monarquía con Fermín Galán, le conmutaron la pena por la de prisión. Sería amnistiado un año después, pero el presidente de la República, Alcalá Zamora, se negó a aceptar su reingreso en el ejército y acabó exiliándose a Portugal. En cuanto a Goded, fue detenido y encarcelado, aunque en su caso, tras ser también amnistiado, sí se le permitiría reincorporarse a filas.

A la luz de aquellos acontecimientos, tan recientes en su memoria, creo que se entiende mejor el gesto de Franco en la fotografía tomada en La Coruña, junto a Azaña y Aranguren, en septiembre de 1932.

La llamada en adelante Sanjurjada, pese a su fracaso, fue el primer aviso de que la República corría serio peligro y, en cierto modo, supuso un punto de inflexión dentro de ese primer bienio republicano, dominado por la conjunción de republicanos y socialistas. También supuso (o coincidió con) cambios sensibles en la vida de los personajes de esta historia. Pienso en mis abuelos: por aquellos días, Manuel celebraba el nacimiento de su cuarto hijo, Juan Antonio, segundo de los que habría de enterrar antes de tiempo, y seguía en Madrid, donde es de imaginar que no se aburría, precisamente. La República había reconvertido el cuerpo de Seguridad, al que pertenecía, en el cuerpo de Seguridad y Asalto y, como anota en sus memorias Mola (que había organizado, dicho sea de paso, el embrión de las compañías de Asalto, la llamada sección de Gimnasia del cuerpo de Seguridad), respondía a los disturbios en la calle con la contundencia que en sus estertores no osaba mostrar la monarquía, incluida la irrupción en los recintos universitarios, que se pretendían acogidos a un fuero especial. En cuanto a mi abuelo Lorenzo, tan sólo cinco días antes del golpe de Sanjurjo le había estallado aquella granada que le truncó tantas cosas.

Goded, detenido en El Escorial por su implicación en la asonada, fue a dar cor sus huesos a prisiones militares, donde permaneció hasta el mes de diciembre de ese año. Aranguren, por su parte, se vio afectado por los cambios que a raíz de la intentona golpista se hicieron en la Guardia Civil. Azaña cesó a Cabanellas como director general, y en la jefatura del instituto, renombrada como inspección general, puso al general de brigada de Artillería Cecilio Bedia de la Cavallería, un gallego de Viveiro (Lugo) que había coincidido con Aranguren en África. De ideas avanzadas, y típico exponente del descontento de los artilleros con el dictador Primo de Rivera, este había acabado enviándole a la reserva, de la que se había reincorporado al servicio activo a la llegada de la República. Dada la coyuntura, Bedia quiso tener a su lado a alguien de confianza, afín a su visión y con mano izquierda, por lo que resolvió llamar a Aranguren a Madrid, a la inspección general, como jefe de su secretaría militar. Llegó el coronel tan sólo dos semanas después del golpe, el 26 de agosto, en comisión de servicio de tres semanas, y el 23 de septiembre cesó en el mando del 6º Tercio, con sede en La Coruña, para marchar ya destinado a la inspección general.

No era seguramente lo que deseaba, en tanto que le forzaba a separarse de su familia y sobre todo de sus nietos, pero en la vida de quien asume la disciplina militar se imponen tales sacrificios y Aranguren los arrostró una vez más. Por lo demás, fue

un periodo interesante para incorporarse a la cúpula del instituto. Gracias a la obediencia de los guardias a la República, los republicanos de izquierdas que ocupaban el poder habían ido superando, si bien nunca del todo, sus recelos hacia la Guardia Civil. Bajo el mando de Bedia, que duró hasta 1935, aun después de que las izquierdas perdieran el gobierno en beneficio de las derechas, se abordó una decidida política de modernización, con aumento de plantillas y sueldos y adquisición de nuevo material.

No podía negarse que la sustitución de la dirección general por una inspección general dentro del Ministerio de la Gobernación, y el nombramiento de un general de brigada para desempeñarla, denotaba cierto ánimo de bajar el perfil del cuerpo, de origen monárquico, y de «desmilitarizarlo», con vistas a potenciar y favorecer el «republicano» de Seguridad y Asalto. Esa tendencia convivía, sin embargo, con la conciencia de que la Guardia Civil, con su disciplina y su código de conducta, era una herramienta eficaz, acaso la más eficaz, para la garantía del orden público y la defensa de la legalidad republicana. Así se lo reconoció a Azaña el socialista Julián Besteiro: «La Guardia Civil es una máquina admirable, no hay que disolverla, sino hacer que funcione en nuestro favor». Elocuentes son, también, las palabras del propio Manuel Azaña, acerca de la condición militar del cuerpo:

La Guardia Civil es un instituto militar que está fundado en dos bases primordiales, que son la obediencia a mando, es decir, al poder público, es decir, al Gobierno, y la responsabilidad. La Guardia Civil no ha desmerecido, jamás, ni un minuto, de su tradición a este respecto. Conste así una vez más.

Aunque en todo hay siempre excepciones, los hechos no iban a desmentirle. Ya se había visto en el golpe de Sanjurjo, al que se sumaron en Sevilla los jefes del 4º Tercio de la Guardia Civil, lo que obligó a disolverlo, pero que en el conjunto del país no tuvo el respaldo de los guardias civiles, y que en Madrid sucumbió, entre otras razones, por la decidida actuación en defensa del gobierno del coronel jefe del 27º Tercio, José Osuna Pineda. Y así (habrá que insistir, con las excepciones de rigor) iba a seguir siendo en adelante. La impronta de aquella gestión del general Bedia, con el auxilio de gente a la vez experta, comprometida, prudente y abierta como Aranguren, se dejaría sentir en los años sucesivos y surtiría sus efectos en el verano del 36.

A comienzos de 1933, un hecho desgraciado iba a hacer aún más visible, por contraste, el valor de la Guardia Civil como cuerpo de seguridad. El 10 de enero, unos jornaleros del pueblo gaditano de Casas Viejas, abocados al hambre ante la negativa de los terratenientes a dejarles cultivar sus campos, proclamaron el comunismo libertario y pidieron al alcalde que ordenara a los guardias civiles del

puesto local que entregaran las armas. Estos se negaron y a las órdenes de su sargento se aprestaron a defender el puesto, que fue atacado a escopetazos. Los jornaleros hirieron gravemente al sargento y a un guardia, que morirían días más tarde, pero los guardias civiles resistieron hasta que llegaron refuerzos del puesto de Medina Sidonia, que dispersaron a los atacantes. El cabecilla de la insurrección, Francisco Cruz, conocido como Seisdedos, se atrincheró en su choza con su numerosa familia, que incluía hijos y nietos, adultos y niños. El gobernador civil mandó para reducirlos a un contingente de guardias de Asalto a las órdenes del teniente Fernández Artal, que destacó al guardia Martín Díaz para que parlamentara con los atrincherados. La respuesta de la choza fue un tiro que acabó con la vida del guardia. El día 12 de enero, noventa guardias de Asalto, al mando del capitán Rojas, arrasan la choza y acaban con la vida de toda la familia, salvo una nieta de Seisdedos, que logra escapar. Acto seguido registran las demás chozas y detienen a catorce campesinos, sospechosos de haber participado en la revuelta, a quienes alinean junto a los cadáveres y fusilan en el acto.

La matanza, investigada por Ramón J. Sender en su *Viaje a la aldea del crimen* (en el que da cuenta de la furia vengativa que embarga a los de Asalto, y de cómo los guardias civiles, primeras víctimas del incidente, mantienen en cambio la serenidad y hasta se ofrecen a protegerle), provoca una grave crisis en el gobierno, y acabará desembocando, meses después, en la caída de Azaña, que pierde el apoyo de los socialistas, porque sus bases se rebelan contra su presencia en un gobierno represor y también porque circulan rumores de que el presidente dio personalmente órdenes de que se les disparara a la barriga a los anarquistas. Los rumores, más de ochenta años después, resultan difíciles de contrastar o de desmentir, pero lo que parece evidente es que a la República le salió caro encomendar la gestión de aquel episodio a los agentes de un cuerpo que aún estaba haciéndose, a las órdenes de un oficial que, para más inri, iba a secundar luego el golpe del 36.

Otro hecho que no dejará de tener consecuencias es la reorganización de las escalas militares, por efecto de la revisión de los ascensos por méritos de guerra tan pródigamente concedidos años atrás. Algunos jefes muy caracterizados, entre los que no han formado parte del golpe de Sanjurjo y por tanto siguen en sus puestos, ven deteriorada su posición en el escalafón. Tal es el caso de Francisco Franco, general de brigada por sus méritos de Alhucemas. El aún ministro del ramo, Manuel Azaña, con su malevolencia habitual al referirse a la vanidad de los jefes militares, anota en su diario el 8 de febrero de 1933:

He recibido en el ministerio al general Vera, que manda la 8ª División. Me dice que el general Franco esté

muy enojado por la revisión de ascensos. De hacer el número uno de los generales de brigada, ha pasado a ser el veinticuatro. [...]. Yo creí durante algún tiempo que aún descendería más. Se propone elevar una instancia *suplicando* que se revise su caso. Voy a enviarlo a mandar Baleares, donde estará más alejado de tentaciones.

El puesto de Baleares correspondía a un general de división, lo que podría haber interpretado Franco como una deferencia hacia él, por su historial y prestigio. Pero como los hechos acabarían demostrando, no iba a ser ese el caso, ni mucho menos. Verse privado de su trofeo, y para remate ser despachado a un destino insular cuyo verdadero sentido no podía escapar a su intuición, iba a generar en él un resentimiento que acabaría por emerger con trascendentales consecuencias.

La crisis del gobierno republicano-socialista, que se prolonga durante todo el año, conduce a las elecciones de noviembre de 1933, de las que sale el gobierno presidido por Alejandro Lerroux, con el apoyo de la derecha. Una de sus medidas es la rehabilitación de los militares implicados en el golpe de 1932, lo que permite, por ejemplo, el regreso al servicio de Goded y de Mola; no así de Sanjurjo, que permanece en su exilio portugués. También se revierten algunas de las reformas emprendidas en el bienio anterior, y en particular la agraria, lo que empieza a alentar el movimiento revolucionario. Toman la delantera los anarquistas, siempre prestos a desestabilizar el Estado en el que no creen, y que reciben al nuevo gobierno con una insurrección en diciembre de 1933, impulsada por los líderes de la FAI, entre los que empiezan a sonar con fuerza los nombres de Buenaventura Durruti y Francisco Ascaso, que acaban el año en prisión y tendrán más adelante su papel en esta historia. Pero la idea de la insurrección prende también entre los socialistas y los nacionalistas catalanes que, encabezados por Lluís Companys, tras la muerte del *president* Francesc Macià en diciembre de 1933, temen por la vigencia e integridad de su autogobierno, amparado por el estatuto del 9 de septiembre de 1932.

Por lo que se refiere al coronel José Aranguren, desde septiembre de 1933 es el jefe del Primer Tercio del cuerpo, con sede en Madrid, y que abarca las provincias de Madrid, Guadalajara y Ávila, excluida la capital de la república, que corresponde al 14º Tercio. Se mantiene así cerca de la inspección general, a la que va a seguir prestando servicios diversos durante los dos años y medio largos que permanecerá en ese destino. Entre otros cometidos, compatibiliza Aranguren la jefatura del Tercio con la presidencia del comité de armamentos del cuerpo, desde la que se encarga, en el otoño de 1934, de gestionar la adquisición de nuevas armas de dotación para los guardias: pistolas automáticas y armas de fuego ametrallador. Es esta una necesidad que aprecia la inspección general a raíz de los sangrientos sucesos de octubre de ese mismo año, en los que perderán la vida decenas de guardias civiles, desbordados por

las enfebrecidas masas revolucionarias.

Antes de llegar ahí, sin embargo, y en ese mismo año de 1934, le aguardan a José Aranguren dos conmociones vinculadas a su vida personal, de signo radicalmente opuesto. En sólo cuatro meses, se suceden una de las mayores alegrías que le da la existencia y una de las más terribles desgracias, de las varias que han de sobrevenirle.

La alegría le viene en abril, y tiene que ver con la institución en la que para entonces lleva treinta y ocho años y medio sirviendo. Y se me ocurre que es esta una buena ocasión para ahondar sobre ella: sobre su presencia y su papel en la sociedad española y, de paso, sobre el peso que su peculiar idiosincrasia tiene en la historia de Aranguren.

Sin duda, uno de los hechos más extraordinarios de la historia española contemporánea es la pervivencia, durante ciento setenta y tres años a la hora de escribir estas palabras, de un cuerpo de seguridad que se ha visto envuelto en primera línea en todos los acontecimientos extremos que han zarandeado al país durante ese tiempo: media docena de revoluciones y más de una docena de guerras, de mayor o menor intensidad y alcance (tres de ellas civiles, otras seis coloniales y una mundial). A eso hay que sumar el desgaste cotidiano que comportó, en las distintas épocas, la persecución del delito y, según el sesgo del régimen de turno, el mantenimiento del orden público o la defensa de los derechos y libertades de los ciudadanos, frente a amenazas como la violencia terrorista. Sin olvidar su papel, históricamente nada irrelevante, y principal en el tiempo presente, en la lucha contra el más temible y escurridizo de los malhechores: aquel que se corrompe en el ejercicio del poder.

Esa continuidad de la identidad de la Guardia Civil, y también de su filosofía y carácter fundacionales, simbolizada en el característico tricornio que sus miembros siguen calzando, no es algo que pueda decirse en la España contemporánea de muchas instituciones, sometidas a mutaciones en muchos casos traumáticas, por la erosión sufrida al ponerse al servicio de los sucesivos regímenes, y muy en especial de los autoritarios. Desde luego, no es algo que pueda decirse, por ejemplo, de la Policía, que ha pasado por multitud de denominaciones y muy diversas arquitecturas institucionales, desde esa oscura policía política fundada en 1823 por Fernando VII a la que en ocasiones se retrotraen sus orígenes, con una pretensión de acumular antigüedad a un precio que quizá no compense la discutible ganancia. No sólo son los cambios de uniforme y de nombre, múltiples, incluso en los últimos cuarenta años de régimen democrático y constitucional, sino la purga de desafectos y la exhaustiva reinención a las que una y otra vez fue sometida la institución policial, para mejor alinearla con las aspiraciones y aun las veleidades de los sucesivos gobernantes.

Que le pregunten, si no, a Mola, gestor de una organización policial disfuncional que renunció a mejorar y se limitó a expurgar para apoyarse en quienes le eran afines. O a mi abuelo Manuel y a sus cientos de compañeros expulsados del cuerpo con un simple oficio, sin poder probarseles ningún delito, para sustituirlos, y sustituir la institución a la que pertenecían, por esa policía de infausta memoria troquelada a imagen y semejanza del nuevo régimen franquista. Cosa que por cierto no hizo Franco con la Guardia Civil. Purgó a los muchos guardias que habían defendido la República; y se dice, y no parece nada improbable, que pensó en disolverla y hasta

llegó a sopesar, por instigación de Serrano Suñer, la posibilidad de reemplazarla por una Falange convertida en fuerza integral de seguridad, siguiendo el ejemplo de las SS nazis, que absorbieron el aparato de seguridad del Estado germano. Pero al final la conservó, con su nombre y sin impugnar formalmente su espíritu fundacional. Eso sí, la llenó de excombatientes del bando propio, que vinieron a desnaturalizarla en un doble sentido: fue la primera vez que en la recluta del cuerpo se recurrió a analfabetos (jamás, ni en 1844, con una tasa de analfabetismo del 75 por ciento, se había producido tal cosa) y a elementos alineados ideológicamente, cuando la tradición del cuerpo había sido la férrea neutralidad política.

La pregunta que en este punto surge es por qué la Guardia Civil no ha dejado nunca de llamarse así, por qué ha mantenido esa continuidad que a otros les fue inasequible, y por qué sus hombres, y más recientemente mujeres, han podido sentirse, durante un siglo y casi tres cuartos, herederos directos de los guardias que allá por 1844 empezaron a dejarse ver por los caminos y las calles de España. Y más en particular, cómo ha sido esto posible cuando ha servido bajo las órdenes de regímenes odiosos e impopulares y cuando en varias ocasiones, a lo largo de estos años, han accedido al poder quienes habían sido sus detractores, e incluso habían prometido disolverla o hacerla absorber por otros cuerpos si llegaban a gobernar. Desde los triunfantes revolucionarios de 1854, cuando el cuerpo era una planta aún joven que bien habría podido ser arrancada sin esfuerzo, hasta los socialistas de los 202 diputados de 1982, todos, al ocupar los ministerios, han reconsiderado su posición, han conservado la Guardia Civil, con su controvertido carácter militar, e incluso se da la paradoja de que son esos gobiernos, de entrada reticentes, los que más potencian sus medios y su plantilla: ocurrió en la Segunda República y también con el gobierno del PSOE que extendió su hegemonía desde 1982 hasta 1996.

Una primera respuesta es la que suele darse: porque, como le dijo Julián Besteiro en su día a Manuel Azaña, la Guardia Civil funciona, y quien accede al poder se da cuenta de inmediato de la utilidad que le presta un cuerpo de varias decenas de miles de servidores públicos profesionalmente competentes, militarmente disciplinados, personalmente sacrificados y, por añadidura, concienciados de su deber de servir al poder constituido con arreglo a la ley y al imperio de esta. Es el argumento que ya exponía, hace muchos años, el siempre brillante Julio Camba, con palabras que no puedo resistir la tentación de citar, aunque sea sólo en parte (si alguien tiene interés en leer el artículo completo, está recogido en el libro titulado *Haciendo de República*):

La Guardia Civil era una de las pocas cosas que funcionaban bien en España. Al español no le gusta que la:

cosas funcionen bien, porque si las cosas funcionan bien él tendrá que funcionar bien a su vez, y este sistema no le ofrece ventaja ninguna. Con [...] un ministro honrado o con un funcionario insobornable no se podrá jamás conseguir un destinillo ni activar un expediente. La Guardia Civil era honrada, era exacta y era insobornable. Yo he jugado muchas veces al tute con el cabo de la Guardia Civil en los cafés de pueblo, y era vano que le dejase al hombre cantar siempre las cuarenta, porque si en época de veda se me ocurría salir al campo con una escopetilla, nadie me libraba de pagar la multa [...]. No, no había en toda España una organización comparable a la Guardia Civil, y lo aseguro yo, que he sido conducido por ella desde un extremo de la Península hasta el extremo opuesto, dicho sea con todas las salvedades debidas a mi natural modestia y sin el menor propósito de que se me conceda un alto cargo. La Guardia Civil era, técnicamente, de lo mejor que había en España, pero ¿qué quieren ustedes, había perseguido tanto a los republicanos y a los socialistas! ¡Había disparado tantas veces contra el pueblo soberano! [...] La República la tomó con la Guardia Civil, y primero intentó sustituirla por el Cuerpo de Guardias de Asalto. Luego, al ver que no podía sustituirla, quiso modificar su reglamento. Después se conformaba ya con modificarle el uniforme, y, por último, ¿saben ustedes lo que hizo?, pues aumentar su consignación, para que hubiera más guardias civiles que nunca y para que estos guardias civiles estuviesen mejor retribuidos que jamás.

Siendo cierto lo anterior, el testigo es fiable y cualificado, no parece sin embargo suficiente. Hace falta algo más que la conveniencia del gobernante, o la utilidad que le presta, para que una institución subsista en el seno de una comunidad. Incluso en la propia eficacia de la Guardia Civil influye algo más que la pasta de su gente o el volumen de sus recursos: aunque siempre tuvo vocación de cuerpo escogido, no siempre se la nutrió del mejor material humano disponible, ni siempre estuvo dirigida por jefes políticos cabales y competentes; y si bien hubo gobiernos que asumieron la necesidad de dotarla de medios, hubo otros que la mantuvieron en la menesterosidad más absoluta, y aun así continuó cumpliendo una función que, llegado el momento de cuestionarla, llevaba una y otra vez a mantenerla y robustecerla.

Y es que, si se me permite la analogía informática, quizá una de las más familiares al digitalizado lector del siglo XXI, en la supervivencia de una institución, y más aún de una tan comprometida como un cuerpo de seguridad, acaso más importante que el *hardware*, las piezas materiales y humanas que conforman la máquina, es el *software*, esto es, la programación, los principios, el ideario y en suma el espíritu que impregna el funcionamiento de esas piezas intercambiables, y no siempre de primera calidad. Aquí es donde está la clave, en la filosofía de la que dotó al cuerpo el escaldado liberal (doblemente exiliado, por los absolutistas y por los liberales ultramontanos) que no lo fundó, pero sí fue el artífice de su puesta en marcha y su organización primera: Francisco Javier María Girón Ezpeleta las Casas y Enrile segundo duque de Ahumada. Un hombre que, siguiendo las orientaciones de su padre, Pedro Agustín Girón las Casas Moctezuma Aragonri y Ahumada, primer duque de Ahumada (y, como sus apellidos indican, descendiente del emperador azteca Moctezuma), quiso poner en pie un cuerpo de seguridad al servicio del Estado y de los ciudadanos, y no de los caciques, a quienes tendía fatalmente a servir la Milicia

Nacional que en 1844 era la fuerza de seguridad repartida por el territorio.

Concibió para ello un cuerpo sometido a la ley y a las autoridades, pero independiente de las banderías políticas y, sobre todo, volcado en el servicio a la población, consciente de que una fuerza armada que no gozara del aprecio y el respeto del pueblo sólo podría sostenerse con el artificial aliento del poder imperante en cada momento, lo que la dejaría al albur de lo que ocurriera con los sucesivos gobernantes. En muchos detalles se advierte este designio, tanto en el proceso de selección que se siguió para reclutar a los futuros guardias como en la forma de organizarlos y definir su relación con las autoridades políticas y judiciales. Sin embargo, tal vez la mejor manera de entender lo que quiso, y en buena medida logró, Ahumada, es detenerse en las instrucciones directas que dejó a sus hombres, y que los guardias civiles de todos los tiempos, incluso los de hoy, aprendieron y asimilaron como primera formación. Unas instrucciones contenidas en la llamada *Cartilla del guardia civil*, de 1845, donde se pueden leer cosas como estas:

El honor ha de ser la principal divisa del guardia civil; debe por consiguiente conservarlo sin mancha. Una vez perdido, no se recobra jamás (Cap. I, art. 1º).

Siempre fiel a su deber, sereno en el peligro, y desempeñando sus funciones con dignidad, prudencia y firmeza, será más respetado que el que, con amenazas, sólo consigue malquistarse con todos (Cap. I, art. 4º).

Debe ser prudente, sin debilidad, firme sin violencia, y político sin bajeza (Cap. I, art. 5º).

No debe ser temido, sino de los malhechores; ni temible, sino a los enemigos del orden. Procurará ser un pronóstico feliz para el afligido, y que a su presentación, el que se creía cercado de asesinos, se vea libre de ellos; el que tenía su casa presa de las llamas, considere el incendio apagado; el que veía a su hijo arrastrado por la corriente de las aguas, lo crea salvado; y por último, siempre debe velar por la propiedad y la seguridad de todos (Cap. I, art. 7º).

Será muy atento con todos [...]. Es una muestra de subordinación, para unos, de atención, para otros, y de buena crianza, para todos (Cap. I, art. 12º).

Sus primeras armas deben ser la persuasión y la fuerza moral, recurriendo sólo a las que lleve consigo, cuando se vea ofendido por otras, o sus palabras no hayan bastado (Cap. I, art. 17º).

Pero quizá donde mejor se aprecie este espíritu y, si se me disculpa reincidir en la algo burda metáfora tecnológica, este *software* excepcional (y más en el contexto de la España de 1844, un país atrasado, anclado casi en el Medievo en no pocos aspectos, con un Estado casi inexistente en la mayor parte del territorio, y devastado por dos guerras, una de ellas civil, que dejaron sus caminos a merced de salteadores y asesinos) sea en el artículo que se refiere a una de las funciones más ingratas encomendadas, todavía hoy, a los guardias civiles:

Todo preso que entre en el poder del guardia civil debe considerarse asegurado suficientemente, y que será conducido sin falta alguna al destino que las leyes le hayan dado; así como ellos mismos deberán creerse, justamente, libres de insultos, de cualquiera persona, sea de la clase que fuese, y de las tropelías que a veces suelen cometerse con ellos. El guardia civil es el primer agente de la justicia, y antes de tolerar que estas tengan lugar, debe perecer; sin permitir jamás que persona alguna los insulte, ni antes ni después de sufrir por la ley el castigo de sus faltas (Cap. XII, art. 2º).

O lo que es lo mismo: la defensa de la ley (que incluye la presunción de inocencia del no condenado aún) y el servicio a la seguridad de los ciudadanos (incluidos los presuntos delincuentes) llevados al último extremo. Aun en estas primeras décadas del siglo XXI, donde no se garantiza siempre que a los que están aún pendientes de la decisión de la justicia no se los vitupere y zarandee cuando son llevados ante ella, podría pasar el duque por un adelantado a su tiempo.

Puede objetarse que son muchas las instituciones que a lo largo de la Historia han plasmado por escrito los más hermosos y nobles idearios, y que luego en la práctica han convivido insensiblemente con su inobservancia o incluso los han traicionado con soltura y reiteración. No puede negarse que ha habido guardias, y no pocos, que se saltaron las reglas que acaban de recordarse: negligentes, venales, autoritarios con el humilde mientras eran dóciles y hasta serviles con el potentado, deshonestos, golpistas e incluso torturadores y asesinos de sus conciudadanos o de sus propios compañeros. Pero quizá la diferencia, lo que marca el carácter singular de la Guardia Civil como institución, fruto del impulso moral que su organizador supo darle y que, con los inevitables rasguños y raspones, algunos de ellos severos, ha sabido preservar a lo largo de los años, es que han sido muchos los guardias civiles que no sólo se han creído lo que se les inculcó, sino que lo han seguido hasta las últimas consecuencias, incluida la más desfavorable que un ser humano puede asumir: la pérdida de la propia vida.

Que ese credo estaba firmemente arraigado en el ánimo de José Aranguren Roldán, lo acreditan sus dichos y sus hechos. No sólo su rectitud de comportamiento, sino también su prudencia y su afán por recurrir a la persuasión antes que al ciego uso de la fuerza. Que desde él han de entenderse e interpretarse sus actos, es indudable y no hay prueba más terminante que la manera en que decidió su destino y se buscó, con plena conciencia de lo que arriesgaba, la desgracia que acabó cayendo sobre él y el estigma que iba a pesar largo tiempo sobre los suyos; justamente por preservar eso a que le comprometía el artículo primero de la cartilla: su honor empeñado en la promesa de fidelidad prestada a la República contra la que se le instaba a sublevarse.

Pero quizá nada lo atestigüe tanto como su reacción ante lo que le anunció en abril de 1934 su segundo hijo, Juan Aranguren de Ponte, teniente de Infantería, que

había servido en Regulares en la guerra de Marruecos, durante la que resultó herido en combate, y había pasado luego a integrarse en el cuerpo de Seguridad. El joven teniente fue a ver a su padre y le dijo que había tomado la decisión, a la que hasta entonces se había mostrado remiso, de pedir su ingreso en la Guardia Civil. Al enterarse de la noticia, el coronel Aranguren, con casi cuatro décadas de servicio a las espaldas y el alma y la piel curtidas en la guerra africana y en el siempre difícil ejercicio de la autoridad, no pudo contener la emoción. Y abrazándose a su hijo, se echó a llorar.



Juan Aranguren de Ponte, a caballo, con el uniforme de teniente de la Guardia Civil. © José A. Cobreros

Pocos meses después, las lágrimas que José Aranguren no puede evitar derramar tienen un significado bien diferente. El 28 de agosto de 1934 muere a los treinta y dos años de edad su hijo mayor, José Aranguren de Ponte, debido a las secuelas del disparo recibido en la cabeza durante las operaciones de defensa de Xauen, diez años atrás.

Ingresado de urgencia en Toledo unos días antes, lo evacuaron al hospital militar de Carabanchel, donde lo atendió el cirujano que ya lo había intervenido al poco de resultar herido, el doctor Gómez Ulla (cuyo nombre acabaría dándose a aquel hospital, en el que atendían también por aquellos días a mi abuelo Lorenzo y en cuya maternidad, tres décadas después, me pusieron en sus brazos). Lo llevaron luego a La Coruña, donde vivía su familia, y desde donde de nuevo hubo que trasladarlo de urgencia a Santiago de Compostela. Allí lo operó el propio Gómez Ulla, que no pudo hacer nada por salvar su vida. Las curas deficientes que debieron de hacerle en los primeros momentos en África, en mitad, justo es recordarlo, de una debacle que multiplicaba el trabajo de los cirujanos militares, amén de la propia gravedad de la herida, provocaron que esta acabara por resultarle fatal, tantos años más tarde.

La pérdida de un hijo supone un trauma profundo para un ser humano, que suele marcar un antes y un después en su existencia y en su carácter. Incluso puede llegar al extremo de mermar su energía vital y hasta su salud. Lo sé de primera mano por dos hombres cercanos a mí que pasaron por el trance: mi abuelo Manuel, que vio morir a sus tres hijos varones, y mi tío Francisco, que enterró al único varón que tuvo. Que además se tratase de un varón era un plus, que debe interpretarse con arreglo a la mentalidad de la época: no me cabe duda de que Aranguren, como mi abuelo y mi tío, no quiso menos a sus hijas, que todos las tenían, y de pruebas dispongo en los tres casos. Aranguren, además, había perdido ya a una de las cuatro que tuvo; pero en unos tiempos en los que la mortalidad infantil alcanzaba tasas pavorosas, el que un niño o una niña no llegara a cumplir los cinco años era un percance que, aun siendo doloroso, entraba dentro de la normalidad. Me consta por cómo se aludía en mi familia a mis dos tíos Juan Antonio, muertos antes de alcanzar esa raya fatídica que marcaba la posibilidad de seguir viviendo o no: se los evocaba con pena, pero también con la resignación de haberlos perdido por una causa asumida y común. La hija de Aranguren, Melchora, según la nota que dio cuenta de su defunción en la prensa local, murió de una simple gastroenteritis.

Perder a un hijo a los treinta y dos años, y tras haberle visto salir vivo de una

guerra, no era lo mismo. Como no era lo mismo, en aquella España y para aquellos hombres, aunque desde la perspectiva actual pueda costar entenderlo, que se te muriera un varón. En el caso de Aranguren, se le iba el que seguía con más lustre la tradición militar familiar, cosa que nunca podrían hacer sus hijas, por tener entonces vedada la mujer el acceso a las academias militares; aquel que llevaba su nombre y en quien había depositado, posiblemente, sus mayores esperanzas. Y se le iba por culpa de aquella maldita guerra africana que él también había conocido de primera mano y cuyos horrores y errores, que habían contribuido de manera decisiva a mandar al exilio al monarca y a traer la República, recordaba perfectamente.

El entonces teniente José Aranguren de Ponte era un oficial brillante, uno de los más destacados que habían pasado por el colegio Infanta María Teresa de Madrid, donde se preparó para el ingreso en la Academia de Infantería. Uno de los profesores que allí tuvo, el teniente coronel Lara Molina, relató en un artículo la visita que le hizo en la casa de socorro de Toledo a la que le llevaron, poco antes de su muerte. El capitán quiso incorporarse en la cama «valeroso, con su sonrisa de siempre, herencia del padre, aunque esta vez dolorosa, amarga».

Me imagino a su padre, en el entierro, recordando frente al hueco donde acaban de introducir el cuerpo de su hijo los momentos y los trabajos que vivió con él, por él, y los que no pudo vivir. Por culpa de la bala que en mala hora le acertó en la cabeza, y de aquella guerra que se libró con tanto provecho para otros, que no para él, esa sonrisa en la que el coronel Aranguren podía reconocerse ya no es más que una sombra ausente sobre una calavera que reposa en un nicho del cementerio de San Amaro de La Coruña, frente al océano. El mismo nicho al que, tras un azaroso viaje por la vida y aún después de la muerte, acabarán yendo a parar sus propios huesos, veinte años más tarde.

Dejaba el teniente Aranguren una joven viuda y dos hijos pequeños. Todos quedaban, tras la muerte del padre, en una situación de grave desamparo económico, por culpa de una ley promulgada en 1860 (tras la primera guerra de Marruecos, concluida con la conquista de Tetuán), y que limitaba a dos años el tiempo tras el que podía reconocerse una pensión extraordinaria por fallecimiento en acción de guerra. El coronel Aranguren acudió a sus superiores y pidió que no se dejara a su nuera y a sus nietos reducidos a la indigencia, cuando constaba con certeza que su hijo había muerto como víctima de las heridas sufridas en combate. Tanto insistió, que lo acabó consiguiendo, para lo que fue necesario que el gobierno presentara un proyecto de ley, que fue aprobado en las Cortes a fines de octubre de 1935.

Aquel negro año de 1934 registró otros acontecimientos luctuosos en los que no

se vio directamente implicado Aranguren, pero cuyos efectos acabarían por salpicarle. El más grave fue la insurrección de las cuencas mineras de Asturias, en el marco de la huelga general revolucionaria de octubre. Una huelga impulsada, entre otros, por los socialistas dirigidos por Largo Caballero, como reacción contra un gobierno al que juzgaban antirrepublicano, por incorporar ministros de la coalición derechista, la CEDA, y por la revisión de las reformas del bienio anterior en que se había embarcado desde su llegada al poder.

A todo ello había que añadir la vuelta al servicio activo de los jefes militares condenados por el golpe de Sanjurjo, o el nombramiento como jefe superior de Policía de Madrid, y luego del cuerpo de Seguridad y Vigilancia, de Martín Báguenas, el comisario que había sido la mano derecha de Emilio Mola como jefe de la división de Investigación Social, la policía política organizada por el general durante su paso por la dirección general de Seguridad. En cuanto al propio Mola, una vez rehabilitado, y tras prestar sus servicios en el Estado Mayor Central y como jefe militar de la circunscripción oriental del protectorado, con sede en Melilla, se le iba a conceder el premio, para él halagador como ningún otro, de la jefatura del ejército español en Marruecos.

Por lo que se refiere al general Franco, no implicado en el golpe, pero notoriamente desafecto a la República, el gobierno de Lerroux lo ascendió a general de división. Fue él quien, a petición del ministro Hidalgo, se encargó de coordinar con Goded la respuesta a la insurrección minera asturiana, que estalló el 5 de octubre y que declaró como objetivo prioritario las casas cuartel de la Guardia Civil.

Aunque las cifras varían según quien las proporcione, alrededor de un centenar de casas cuartel fueron dinamitadas; algunas de ellas, con los guardias y sus familias dentro. Murieron más de cien guardias civiles, a varios los mutilaron con saña, y cerca de doscientos resultaron heridos. La réplica del gobierno, a sugerencia de Franco y de Goded, fue una dura campaña militar, protagonizada por regulares y legionarios del ejército de África, que con el apoyo de la aviación y del crucero *Almirante Cervera* y el acorazado *Jaime I*, utilizados para bombardear poblaciones costeras, reconquistaron el territorio. Tras ellos, intervino un personaje de siniestra memoria, Lisardo Doval, un capitán de la Guardia Civil encausado por la Sanjurjada que conocía el terreno por haber estado destinado en Asturias. Detuvo a unas siete mil personas, a las que sometió a torturas y amenazas, sin privarse de aterrorizar a las mujeres e hijas de los mineros, ni tampoco de golpear hasta la muerte a los detenidos o de fusilarlos sin juicio. Como consecuencia de la represión, en la que se documentaron también casos de mutilaciones y violaciones, se calcula que murieron más de mil setecientas personas.

En el resto de España, incluidas las provincias del centro de la Península sobre las que en esos días tenía responsabilidades Aranguren, el movimiento revolucionario fracasó y fue neutralizado sin dificultad por el gobierno. Largo Caballero fue detenido y acusado de ser el cabecilla de la insurrección. Estuvo en prisión durante más de un año, hasta su absolución por falta de pruebas en noviembre de 1935.

En Barcelona, aunque el movimiento resultó igualmente derrotado, hubo un episodio de singular significación. Coincidiendo con la revuelta, el *president* de la Generalitat, Lluís Companys, proclamó al caer la tarde del 6 de octubre de 1934 «l'Estat Català de la República Federal Espanyola» Creo que no hace falta traducir estas palabras, que son las literales, para que las entienda quien me lee en español. Lo que esa declaración implicaba, en términos políticos, ha sido objeto de controversia: de contenido separatista para sus enemigos, otros, entre ellos el propio interesado, defenderían que en ella no había la menor intención de desligarse de la República española, sino, por el contrario, de oponerse a quienes desde dentro querían acabar con ella.

Si comparamos con lo dicho por Macià tres años atrás (al proclamar la «República catalana com a Estat integrant de la Federació Ibèrica») y tenemos en cuenta que en el acto de la proclamación, y ante el intento de izar una bandera con la estrella solitaria (por parte de unos exaltados pertenecientes a Estat Català, la fracción más radical de ERC), fue el propio Companys quien ordenó que se impidiera y se mantuviera la *senyera*, la bandera oficial, podemos concederle algún crédito. Por otra parte, era lo más congruente con su trayectoria personal: Companys siempre se había manifestado favorable al vínculo político de Cataluña con España, frente a las tesis separatistas del propio Macià y de los sectores más vehementes de su propio partido, ante los que se le acusó luego de haber cedido por debilidad en la jornada del 6 de octubre.

Era, en cualquier caso, un desafío a la legalidad republicana vigente, y ni la excusa dada por Companys, que las «fuerzas monarquizantes y fascistas» habían asaltado el poder de la República para traicionarla, ni su oferta de «establecer en Cataluña el Gobierno Provisional de la República», que encontraría en el pueblo catalán «el más generoso impulso de fraternidad y el anhelo común de edificar una República federal libre y magnífica», convalidaban su infracción. Frente a la proclamación de Companys, siguiendo las órdenes del gobierno, se situó decididamente el general jefe de la división y máxima autoridad militar de Cataluña, que era entonces el general Domingo Batet: el azote de los oficiales africanistas diez años atrás, cuando ayudaba al general Picasso en la instrucción del expediente sobre el desastre de 1921. Companys le había tanteado la víspera, y el general, o eso contó

el *president* a sus allegados, no le hizo ver que fuera a oponerse; pero llegado el momento, y una vez consumado el acto insurreccional del gobierno catalán, declaró el estado de guerra y se dispuso a aplastarlo.

Companys movilizó sus fuerzas. En la práctica, contaba apenas con los trescientos miembros del entonces diminuto cuerpo de los Mossos d'Esquadra, cuyo jefe era un comandante de Artillería, Enrique Pérez Farràs, que había tomado la precaución de concentrarlos en Barcelona desde las comarcas donde estaban desplegados. El titular de la Conselleria de Gobernación, Josep Dencàs, hizo creer a *president* que podía contar con los demás cuerpos de seguridad, reforzados por los *escamots* (una especie de milicia dirigida por él con cuatro mil integrantes), el somatén de Cataluña y hasta *rabassaires* armados. Al final, ninguno de estos efectivos fue útil para enfrentarse a los militares. Los cuerpos de seguridad, porque los mandaban oficiales del ejército, que al declarar el general Batet el estado de guerra asumieron mayoritariamente que quedaban a sus órdenes y relevados de obedecer a la Generalitat rebelde. Y el resto, por su falta de organización, que no les impidió echarse a la calle y pegar algunos tiros, pero los incapacitaba para cortar el paso a las unidades militares cuando estas, enviadas por Batet, progresaron con buen orden hacia el Palau de la Generalitat.

Fallaron también el comisario de Orden Público, Coll i Llach, paralizado por el miedo al comprobar la desproporción de fuerzas, y el jefe de servicios de la comisaría, el antiguo activista Miquel Badia, un tipo temerario y pendenciero pero con nula capacidad para dirigir a los agentes de seguridad a sus órdenes. En esas circunstancias, Companys acabó cesando en la noche del 6 al 7 de octubre a Coll i Llach y nombrando en su lugar, como comisario de Orden Público, al segundo de Pérez Farràs, un capitán de Caballería llamado Frederic Escofet. Este, junto al jefe de los *mossos*, había montado el dispositivo de seguridad en torno al Palau de la Generalitat, en ese momento asediado por fuerzas militares con las que ya se había producido un intercambio de disparos, con el resultado de varios heridos de bala por ambos bandos. Entre ellos, el propio Escofet, con un rasguño en una pierna, y un capitán de Estado Mayor leal al gobierno central, que acabaría muriendo como consecuencia de las heridas sufridas en la escaramuza.

Escofet salió a escondidas del Palau de la Generalitat, en la plaza de Sant Jaume, para ir a la cercana comisaría de Orden Público, en la Vía Layetana, con el encargo de reunir fuerzas. Al llegar allí se encontró con que los agentes de seguridad que la atestaban y sus jefes vacilaban en seguir a Companys, ante las disposiciones tomadas por el general Batet y el riesgo de ser acusados de rebelión militar si, como parecía más que probable, fracasaban. Hasta ese momento, dice Escofet en la primera parte

de su libro de memorias *Al servei de Catalunya i de la República*, titulada *La desfeta* (El desastre), él mismo no era consciente de que pudiera considerársele un sedicioso, porque estaba a las órdenes del que creía era el gobierno legítimo de la Generalitat y se había enfrentado a unos militares a quienes tenía por rebeldes contra ese gobierno. Sin embargo, a la vista de la reacción de sus compañeros, no pudo sino entender sus razones y constatar que la maniobra de Companys había fracasado. Dejó marchar a los oficiales y agentes que no querían combatir contra el ejército y, al comprobar que las fuerzas que le quedaban eran irrisorias, así lo comunicó a Companys, que tomó la decisión de capitular. Escofet anunció a los jefes militares que se rendía y entregaba la comisaría de Orden Público. Y aunque el capitán de la Guardia Civil que fue a hacerse cargo de ella y a detenerlo le dio la oportunidad de escabullirse, se quedó a afrontar su suerte.

En cuanto al *conseller* Dencàs, que en los primeros compases de la jornada revolucionaria se había mostrado dispuesto a salir arma en mano a batirse en la calle junto a sus *escamots*, y que había lanzado una proclama incendiaria por la radio, perdió toda su acometividad cuando las fuerzas de Batet emplazaron una pieza de artillería frente a la *conselleria* y lanzaron un cañonazo de aviso. Junto a sus más estrechos colaboradores huyó entonces por las alcantarillas, por las que al romper el alba salió frente a la playa de la Barceloneta, desde donde tomó un coche para ponerse a salvo en Francia. Mientras tanto, el resto de los miembros del gobierno, con Companys a la cabeza, y los que le habían obedecido, como Escofet y el resto de los *mossos*, aguardaban prisioneros a rendir cuentas ante la justicia, que iba a dictar para todos ellos severas sentencias. En sus memorias, Escofet tiene duras palabras para el *conseller* Dencàs, por aquel entonces un joven médico de poco más de treinta años, representante del sector más ferozmente separatista y con tan pocos escrúpulos que tiempo atrás, cuando el capitán regresaba de sofocar la revuelta libertaria de Ripollet, simultánea a la de Casas Viejas, le preguntó contrariado por qué se había traído con vida a los anarquistas a los que había logrado reducir con sus *mossos*. De haber sido por él, anota indignado Escofet, la Generalitat habría tenido su masacre particular para llevar a los libros de Historia, a costa de una pobre gente cuyas condiciones de vida el capitán constata con horror, no exento de comprensión hacia el hecho de que se decidan a tomar la senda del comunismo libertario preconizada por García Oliver o Buenaventura Durruti, los persuasivos líderes de la FAI.

Mención destacada merece, también, la actuación de otro personaje clave de aquella jornada del 6 de octubre de 1934, el general Domingo Batet, que liquidó con frialdad y determinación la intentona de Companys y aseguró el orden público, pero

lo hizo con mínima efusión de sangre, pese a que, desde Madrid, el comisionado por el gobierno central para dirigir la respuesta a los revolucionarios, el para él nada querido y menos respetado general Francisco Franco, le exhortara a mostrar mano dura y conducirse sin contemplaciones con los rebeldes. El general Batet era consciente de que el presidente catalán había hecho un movimiento insensato y condenado al fracaso, por el exiguo apoyo real con que contaba: aquella noche, recuerda Escofet, aparte de cuatro incidentes aislados y de las refriegas entre los *mossos* y el ejército, Barcelona asistió quieta y muda al desarrollo de los acontecimientos. Batet hizo la demostración de fuerza justa y necesaria para disuadir a Companys y cuando este se rindió procedió exquisitamente con los prisioneros. Algo de lo que Franco había de tomar cumplida nota.

De Escofet, que ha de reaparecer en esta historia, quizá convenga ofrecer aquí alguna pincelada más. Nacido el 12 de julio de 1898 en Barcelona, en el seno de una familia burguesa originaria de Cadaqués, Frederic Escofet i Alsina era un militar veterano de Marruecos, donde lo hirieron varias veces en combate y sirvió en el Grupo de Regulares de Larache entre 1920 y 1922, por lo que no descarto que se cruzara alguna vez con mi abuelo, destinado allí en esos mismos años. Lo que es seguro es que conoció a Goded, con quien compartió al menos una acción de guerra: aquella desastrosa operación sobre el Feddan Yebel en la que Goded tomó el mando del Grupo de Regulares de Larache por haber caído su jefe, el entonces teniente coronel González Carrasco, y en la que Escofet recibió una de sus heridas de guerra.

Su profunda decepción con el régimen de Primo de Rivera y con la monarquía (aunque se da la circunstancia curiosa de que en su juventud había llegado a jugar al polo con el monarca, al que le reconocía su simpatía y buen trato) le llevó a pedir el ingreso en el cuerpo de Mossos d'Esquadra, cuyos oficiales se reclutaban entonces entre oficiales del ejército de ascendencia catalana. Simpatizante de la masonería, en la que llegó a entrar, aunque no se comprometió excesivamente con ella, su encuentro con Macià, por quien declara en sus memorias sentir verdadera fascinación, aun reconociendo su poca capacidad oratoria, lo ganó para la causa del nacionalismo catalán, sin perder por ello su sentimiento de pertenencia a España. Muerto Macià, se convierte en leal seguidor de su sucesor, Companys, que por eso echará mano de él en la noche del 6 de octubre. Una encomienda que Escofet no puede rechazar, y que le conduce frente al consejo de guerra que se celebra pocos días después en el castillo de Montjuïc, en una sala de atmósfera viciada, según recuerda en su libro, con los postigos cerrados e iluminada por unas pocas bombillas desnudas que le dan al acto un aire tétrico.

Ocupa la presidencia del tribunal el general Sebastián Pozas Perea, otro viejo

conocido de África: el mismo que reconquistó las ruinas de Annual y sostuvo en los riscos de Senahaya, junto a Mola, aquel combate desesperado bajo la nieve contra el jerife Sel-liten. Pozas, que en ese momento es el segundo de Batet, se encargará además de presidir los consejos de guerra celebrados contra civiles por la sublevación y de realizar las primeras diligencias sobre un preso ilustre, el expresidente del gobierno, Manuel Azaña, que se encuentra por casualidad en Barcelona y al que se detiene como sospechoso de apoyar la intentona, cargo del que será finalmente absuelto. En esa función, la de juzgar a los civiles, sobre todo alcaldes y otras autoridades locales y regionales, Pozas, masón y de ideas avanzadas, se mostrará benigno y apaciguador. No así al juzgar a quienes, vistiendo uniforme, han tomado las armas saltándose el bando de guerra dictado por Batet.

Resulta llamativa, en efecto, la áspera actuación de Pozas en el juicio contra Escofet, que este, también masón, no puede dejar de recordar con amargura. Cuando el defensor de los dos oficiales de los Mossos (el coronel Crispulo Moracho, igualmente masón y republicano) alegó que era un contrasentido que se condenara a muerte a quienes habían obedecido órdenes de un gobierno, por el solo hecho de ser militares, mientras que los miembros de ese gobierno, incluido su presidente, que había tomado todas las decisiones, iban a ser como mucho condenados a reclusión mayor, Pozas le retiró el uso de la palabra. Son dignas de reproducirse las palabras del alegato final de Escofet antes de que se dictara sentencia. Las pronunció en español (o castellano, que de ambas maneras se llama el idioma), porque esa era la lengua del procedimiento, y así las recoge en su libro, escrito en catalán:

No sé si tendré entereza suficiente para hablar en estos momentos tan decisivos para mí, pero quisiera exponer a los excelentísimos señores del Consejo que la mayor ilusión de mi vida ha sido la carrera militar, a la que he dedicado toda mi actividad y entusiasmo. Todos mis actos han sido siempre inspirados por mi conciencia, por mi propio honor y espíritu; por esto fueron siempre dignos, y este, por el cual me juzgáis, no desdice de mis anteriores, siendo mi actuación, tan sólo, el resultado de las circunstancias y de la fatalidad. No he querido rehuir la responsabilidad contraída y por esto comparezco aquí como culpable; sé que seré juzgado severamente y sólo pido de vuestra benevolencia que, al quitarme el uniforme y con él las ilusiones, dispongáis, al propio tiempo, de mi propia vida. Sólo así seréis justos con quien, como yo, he creído sacrificarme siempre por mis tres grandes amores: nuestra España republicana, mi querida Cataluña, y mi propia dignidad.

Su ruego fue atendido, y tanto a él como a Pérez Farràs los condenaron a muerte. Mes y medio después, ambos fueron indultados por el presidente de la República, que conmutó su pena por la de treinta años de reclusión. Gracias a ese indulto, andando el tiempo, pudo Frederic Escofet llegar a conocer, y a apreciar, a José Aranguren, que por aquellos días sobrellevaba el duelo por la muerte de su hijo volcándose en una de las pocas alegrías que para compensarlo le daba la vida.

Es una soleada mañana de agosto de 2016 en Lugo. Me encuentro en un café de la plaza Mayor con José Cobreros Aranguren, que me aguarda tomando un cortado. Damos una vuelta por el casco viejo de la ciudad y me enseña algunos edificios notables que salieron del magín de su abuelo, Nemesio Cobreros, así como el edificio donde estaba la antigua comandancia de la Guardia Civil, y en el que cada mañana que salía a montar su otro abuelo, José Aranguren, porfiaba al regreso por meterse su caballo. Poco después nos encontramos en la plaza con Lorenzo Rubio, mi tocayo y compañero de quinta y abogacía, y bisnieto de Aranguren, que viene desde La Coruña. Es la primera vez que nos vemos en persona: es un tipo alto, con el pelo al uno y unos ojos muy azules de viva mirada. Como su tío, está generosamente provisto de ese cordial y pertinaz sentido del humor que distingue a tantos gallegos, aunque se prefiera tenerlos por esquivos y melancólicos. No puedo evitar preguntarme cuánto hay en ambos de su ancestro: hasta qué punto esa socarronería amable pudiera ser también la suya.

Nos hemos citado para ir juntos a ver, en Ponferrada, a Amalia Aranguren Ucieda, la que fuera la primera nieta del general, nacida en 1932, y la única persona que lo conoció y lo trató con la que me es posible entrevistarme. José me ha hecho de mediador con su prima, y al enterarse de que íbamos a visitarla y de que yo estaba por Lugo, Lorenzo ha querido acompañarnos. Vamos todos en mi coche, junto a mis hijos mayores, Laura y Pablo. Este año hemos aprovechado el verano para venir junto a sus hermanas menores y mi mujer a Galicia, que ninguno de ellos conocía, y hemos establecido nuestra base en Lugo, desde donde podemos movernos por toda la comunidad. Les he propuesto a los dos mayores que me acompañen en esta expedición y, tras la reticencia esperable en cualquier adolescente, han acabado accediendo. Recorremos en apenas una hora la distancia que nos separa de Ponferrada, mientras Lorenzo, impecable relaciones públicas, departe con mis hijos. Pasamos junto al puerto del Cebrero, que me recuerda aquella teoría de Aranguren sobre el emblema que debía adoptar la Guardia Civil, y les sugiero a Laura y a Pablo que a la vuelta nos salgamos de la autovía para ir a visitar el poblado. No se oponen de manera contundente, así que doy por aceptada la moción.

En Ponferrada pasamos junto al viejo castillo templario, por el que propongo a mis hijos que se acerquen a dar una vuelta, para no aburrirse. Prefieren venir con nosotros, y me digo que no les vendrá mal escuchar la historia que vengo a buscar a la capital del Bierzo, porque estoy seguro de que contendrá enseñanzas útiles para su

formación como personas y para su vida, en general. Aparcamos en la avenida del Bierzo, nada más apropiado, y buscamos un número de una de las calles perpendiculares a ella, frente al parque de Gil y Carrasco, cuya sombra resulta apetecible bajo la dura canícula de agosto. El sol pica y quema de lo lindo, en estas tierras altas y gélidas en invierno.

Encontramos el portal y subimos al piso. La puerta nos la abre una mujer de pequeña estatura y sonrisa cálida, que nos ruega que pasemos. No le encuentro parecido con Aranguren, y aunque ya tiene una edad, no me parece que sean los ochenta y cuatro que debe de tener Amalia. En seguida se disipa el equívoco, cuando en el umbral del salón aparece una mujer enérgica, un poco más alta, de cabellos teñidos de color claro y mirada intensa tras sus gafas de vista cansada. Quien nos ha abierto es la señora que la ha ayudado durante toda su vida en la casa, y que es ahora (Amalia no se ha casado ni ha tenido hijos) su compañera de vejez, su sostén y, como pronto deduzco, su más fiel amiga, prácticamente una hermana para la nieta de Aranguren.

El piso es modesto, aunque está bien amueblado y transmite una sensación de pulcritud y prestancia. Reparo en que sobre el aparador de la entrada, abierto encima de un atril y bien visible, hay un libro: el *Quijote*. Y recuerdo que José, ya en nuestra primera conversación, me contó que era el libro de cabecera de su abuelo, que tenía sobre la mesilla de noche y releía una y otra vez. Su nieta honra así su memoria, y voy a poder comprobar que lo hace de muchas otras maneras.

Charlamos un rato en el salón del piso; luego salimos a la calle y nos dirigimos hacia el parque. Llegamos hasta un quiosco donde sirven comidas y en el que Amalia ha reservado mesa. La primera parte de la conversación transcurre entre el piso y los preliminares de la comida. Gracias a ella puedo acceder a un territorio hasta ahora inexplorado, que no está en ninguno de los documentos, en ninguno de los libros y los recortes de prensa que he podido consultar; ni siquiera en los recuerdos prestados del nieto que no conoció a su abuelo: quién y cómo era Aranguren visto y sentido de cerca, por quien sí tuvo la oportunidad de convivir con él y de tratarle en la intimidad de su casa.

Allá por el invierno de 1935 a 1936, cuando Amalia andaba por los cuatro años, sus padres (Amalia y Juan, el segundo hijo de Aranguren, y el mayor de los que le quedaban) la mandaron a pasar una temporada a Madrid, a la casa de sus abuelos en la glorieta de Iglesia. Vivían en un edificio de estilo mudéjar y vistosos balcones que aún existe, no muy lejos de la sede del Primer Tercio de la Guardia Civil que en aquellos días mandaba Aranguren, en la calle de Bravo Murillo. Cabe suponer que se

trataba de echar una mano a los padres de Amalia, que por aquel entonces afrontaban la crianza de Juan, su tercer hijo recién nacido, y su hermana Josefina. La visita de la pequeña le dio a Aranguren un aliciente para enfrentarse al dolor por la pérdida reciente de su primogénito, con aquella niña que era su primera nieta y que, por lo que cuenta la mujer que ahora es y lo recuerda, lo tenía rendido del todo desde el primer momento en que la tomó en sus brazos.

Todas las mañanas comenzaban igual, con una tabla de gimnasia. El coronel, en pantalón de pijama y camiseta de tirantes; ella, en pijama. «Era un hombre delgado, pero musculoso», lo evoca, orgullosa.

—Venga, *Nochita* —le decía, por su apodo, que le había salido una noche a su madre, intentando dormirla, y que su padre y su abuelo adoptaron, tanto en esa forma como en su versión gallega, *Nochiña*—. Brazos arriba, bien estirados... Ahora al suelo. Piernas arriba.

A continuación venía el desayuno, que en el caso de Aranguren era siempre el mismo y frugal: café con leche y pan migado. Se iba luego al despacho, al que muchos días, a media mañana, acercaba a Amalia el ordenanza del coronel en el coche oficial. Describe la nieta la escena con la mirada encendida, como si la hubiera vivido ayer mismo:

—Recuerdo que había unos escalones muy altos, antes de llegar a su despacho. El ordenanza tocaba a la puerta, abría y preguntaba: «¿Da su permiso, mi coronel? Aquí está su nieta». Yo entonces echaba a correr hasta su mesa, donde estaba todo siempre muy ordenado. Él se levantaba de su sillón, le hacía un gesto a la persona que estuviera allí, casi siempre había otro guardia civil con él, me cogía en brazos y me levantaba en alto. Me besaba, me achuchaba, incluso allí; la abuela era más seca, más estirada. Luego me sentaba en sus rodillas y me sacaba un cuaderno y un lápiz gordo, de esos con la mitad azul y la mitad roja, y me preguntaba qué quería que me pintara. Yo le respondía: «Palomitas». Y él las pintaba: unas azules, otras rojas; unas volando, otras posadas; unas más grandes, otras más pequeñas. No sé —se pregunta, nostálgica— si es que el pobre no sabía dibujar nada más.

Y el recuerdo, casi sin tregua, continúa:

—A veces me llevaban cuando ya acababa su trabajo y me tomaba de la mano y montábamos en su coche oficial y nos acercaban al parque del Retiro. La abuela me había mandado con abrigo y bufanda y nos íbamos a dar un paseo al lado del estanque. Luego nos apartábamos a una de las zonas donde había árboles y allí jugábamos al escondite. Imaginad la escena, una niña pequeña y un coronel de la Guardia Civil con su uniforme... En casa se echaba en el piso y me montaba encima de él como si fuera un caballito. «Pepe, parece mentira que hagas eso», le decía la

abuela, «con tus hijos nunca lo hacías.»



José Aranguren con su nieta Amalia en Madrid. © José A. Cobreros

Para comer, asegura su nieta, le encantaba el arroz. «Un día sin arroz es un día perdido», cuenta que solía decir. En el trato, lo recuerda siempre sencillo y agradable, con ella y con cualquiera con el que se cruzaba:

—Era muy llano, con todo el mundo hablaba y con todos por igual, siempre de buen talante. Por cierto —apunta de pronto, y es un detalle que tampoco podemos pasar por alto quienes la escuchamos—: sabía gallego, un gallego perfecto, y cuando estaba en Galicia lo usaba con los guardias y con el resto de la gente que también lo hablaba.

Como abuelo, no podía estar más entregado. En cierta ocasión, siendo Amalia pequeña, todavía llevaba la mantilla, Aranguren la cogió en brazos, con tan mala fortuna que en ese momento la niña se hizo pis. Le mojó el pantalón al abuelo y, cuando la abuela lo vio, le dijo:

—Anda, Pepe, quítate eso.

La respuesta del coronel no se hizo esperar:

—Qué me voy a quitar yo el pantalón. La mejor condecoración que tengo en mi vida: un pis de mi primera nieta.

Y no se quitó el pantalón y se marchó con él al casino. Algún defecto tenía que tener, sin embargo, y a la pequeña pero perspicaz nieta no se le escapó uno que le tocó padecer, igual que a sus hermanos:

—Tenía teorías que muchas veces eran de su propia cosecha, pero que no había más remedio que poner en práctica. Por ejemplo, sobre el chupete. Les dijo a mis

padres que no me lo dieran, que estropeaba los dientes y tenía muchas bacterias. Mis padres le hicieron caso y yo me chupaba los dedos y se me acabaron poniendo granates. Para evitar el sufrimiento, mi abuelo se rindió y dijo: «A los demás, dadles chupete». O lo del biberón. El abuelo les dijo: «Le vais a dar biberón cada tres horas y por la noche el último a las doce y luego hasta las siete nada más porque el estómago necesita descansar». Yo nada, tan ricamente, porque no era de mucho comer, pero mis hermanos, que eran comilones, llorando toda la noche y los vecinos dando golpes en la pared. Al final, se plegó. «Una cosa es la teoría y otra la práctica», dijo, y tomó nota.

Otras veces, les hizo sufrir el rigor, que al igual que la minuciosidad, hasta el punto de la manía, era fruto de su formación militar:

—Cuando nació Juanín, era julio, le dijo a mi madre: «Como es hombre, a bañarlo en agua fría, para que se endurezca». Cuando a mí me dolían los oídos, me los curaba el abuelo con un remedio de su invención. Siempre le hacían caso, porque lo que él decía iba a misa. Mi padre tenía adoración por él: hasta hizo con cada uno de nosotros las mismas libretitas que el abuelo había hecho con sus hijos. Incluso mi madre, durante toda nuestra vida, nos educó al estilo militar: no podíamos quejarnos si veníamos chorreando sangre después de caernos de la bici. Salivazo y fuera. Así salimos. De mi hermana *Fifa*, la pobre, cuando estaba en el hospital, decía la enfermera: «No hemos tenido una enferma como Josefina Aranguren». De lo que aguantaba.

Pasa por su rostro una sombra de amargura al hablar de sus dos hermanos, Juan (familiarmente Juanín) y Josefina (o *Fifa*, otro apodo que le debía a su madre), los dos muertos antes que ella, una doble desgracia que, admite, le causó un dolor que llegó a poner a prueba su fe. Es Amalia Aranguren una mujer firmemente creyente, como lo fueron su abuelo y su hermano Juan, sacerdote y misionero. Por si me quedaba alguna duda, cuando nos sentamos ante el almuerzo, Amalia bendice la mesa con una fórmula tan breve como conmovedora:

—Te agradecemos, Señor, los alimentos que nos das, y te rogamos que a quien tiene fe, le des pan, y a quien tiene pan, le des fe.

Miro a mis hijos, a quienes no he adoctrinado jamás en religión alguna, pero siempre he tratado de inculcar el respeto a la fe y al escepticismo de sus semejantes. Espero que perciban la sabiduría profunda y sencilla de esa oración, en la que, no sé por qué, veo rezar por boca de su nieta a José Aranguren, el hombre que nos ha reunido.

Mientras Aranguren buscaba en su nieta la alegría perdida, el país al que servía resbalaba lenta pero inexorablemente hacia el desastre. La feroz represión de la revuelta de 1934 impuso la paz de las celdas y los sepulcros, pero tan sólo en apariencia. El descontento y las tensiones que en aquel otoño sangriento habían emergido eran demasiado hondos como para quedar zanjados con el terror de la represalia armada, a la que lo fiaba todo gente como Franco, o la desnuda aplicación del Código Penal y el abuso de las sanciones gubernativas, incluida la suspensión de los ayuntamientos desafectos, medidas con las que el gobierno trató de ahogar la oposición política a sus contrarreformas. Antes al contrario, esa respuesta desproporcionada contribuyó a que las fuerzas republicanas y de izquierdas enterrasen sus diferencias y se unieran en una estrategia común para vencerla en las urnas.

En la gestión del gobierno conservador había algún problema añadido, como la poca sintonía verdadera que existía entre Lerroux y sus aliados derechistas de la CEDA, que sólo veían en él un instrumento para alcanzar el poder, y esa fisura se complicó cuando el político radical resultó salpicado por dos sonados escándalos, el del Straperlo, un caso de soborno vinculado a juegos de azar en el que tanto Lerroux como su hijo aparecían implicados, y que determinó su salida del gobierno, y el llamado caso Nombela, sobre una presunta indemnización fraudulenta a un empresario afín, denunciada por el funcionario de colonias Antonio Nombela. A raíz de esta acusación, se deshizo el Partido Radical y cayó en noviembre de 1935 el gabinete de Joaquín Chapaprieta, que ocupaba, apartado Lerroux, la presidencia del ejecutivo. El líder de la CEDA, Gil Robles, reclamó al presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora, que le encomendase formar gobierno.

Alcalá Zamora se negó, escudándose en el antirrepublicanismo de Gil Robles, y encargó formar gobierno al liberal Portela Valladares, cosa que este hizo el 15 de diciembre de ese año, lo que entre otros cambios determinó la salida de Gil Robles del Ministerio de la Guerra. Cuenta Frederic Escofet, con afilada malicia, que en el acto de despedida del ministro hubo unas lágrimas enternecedoras, por los dos personajes que las derramaron. Uno de ellos fue José Enrique Varela, su compañero de escaramuza y de herida de guerra en Feddan Yebel y antiguo comandante de la harca que había servido a Goded para taponar el agujero en el frente en la playa de Alhucemas; un jefe implacable de quien el oficial catalán asegura que no dudaba en sacrificar para su gloria personal la vida de los áscaris a sus órdenes y que había sido

beneficiado poco antes con el ascenso a general por Gil Robles. El otro general que lloró, dice, fue Francisco Franco, que gracias al ministro era jefe del Estado Mayor Central, y a quien no se vio jamás derramar una lágrima por los cientos de soldados caídos bajo su mando.

Portela Valladares no obtuvo la confianza de las Cortes y el presidente de la República decidió el 7 de enero de 1936 disolverlas y convocar elecciones para el mes de febrero. El gobierno permaneció en funciones para organizar las elecciones, a las que se presentó Portela con un nuevo partido centrista, el Partido de Centro Democrático, que iba a fracasar de forma estrepitosa en unos comicios ya irremediabilmente polarizados entre la derecha y la izquierda, ambas unidas en sendos bloques, el de derechas, en torno a la CEDA, y el de izquierdas, el Frente Popular, en el que se agrupaban, entre otros, el PSOE, la Izquierda republicana de Azaña, la Unión Republicana de Martínez Barrio y los comunistas, una fuerza entonces testimonial. En Cataluña la izquierda concurreó bajo el nombre de Front d'Esquerres, en el que se integraba ERC, y la derecha con el Frente Catalán de Orden

Desde febrero de 1935 volvía a estar al frente de la Guardia Civil Miguel Cabanellas Ferrer, en esta ocasión como inspector general. Era Cabanellas un general africanista, pero liberal y de simpatías republicanas, lo que le había llevado a conspirar junto a Queipo de Llano en la intentona de 1930, por la que fueron detenidos dos de sus hijos. Elegido diputado a Cortes por el partido de Lerroux, gozaba de la plena confianza del entonces presidente y estaba totalmente alineado con el gobierno que lo nombró, inmerso en un claro giro a la derecha por la influencia de una fuerza política, la CEDA, que no ocultaba su aversión al régimen. El relevo en la cúpula del cuerpo no afectó al destino de Aranguren, que continuó en su puesto como coronel jefe del Primer Tercio, si bien cabe suponer que no tuvo con el nuevo inspector general la sintonía en que estaba con aquel que lo había reclamado a su lado en Madrid (hay una fotografía en la que aparecen ambos, Cabanellas mostrando a la cámara un modelo de pistola con culata adosada, y en la que tanto el inspector general como Aranguren están con gesto serio). Con el cambio de gobierno, una de las primeras medidas de Portela Valladares, que aunaba a la presidencia la cartera de Gobernación, fue sustituir a Cabanellas por el general Sebastián Pozas Perea, ex antiguo jefe de tropas indígenas con el que había coincidido Aranguren en la campaña de 1926, la de la derrota de Abd el-Krim y la reconquista de Annual. Ya fuera por esa antigua camaradería, o simplemente porque Aranguren gozaba del aprecio y el respeto general de sus compañeros, Pozas lo mantuvo al frente de la jefatura del Primer Tercio.

En aquellos meses convulsos, en los que la división del país se iba acentuando y enconando, recuerda su nieta Amalia que el coronel Aranguren discutía a menudo con sus hijos varones, y en particular con Juan (el padre de Amalia), acerca de la situación política y de cuál debía ser el papel que adoptarían los militares. Las discusiones habían empezado antes, cuando aún vivía el mayor, José, monárquico convencido, y por tanto opuesto al régimen republicano. Alegaban los hijos del coronel que la situación a la que les conducía la República era insostenible, que se había perdido el orden, que los comunistas conspiraban para apoderarse de España, por encargo de Rusia, y que la República era su instrumento y no había otra salida que el paso al frente de los militares para salvar la patria, aunque eso significara la guerra civil. Aranguren, que no era ni mucho menos comunista, un viaje demasiado extremo desde su antigua filiación monárquica, se oponía con energía a las soflamas de sus hijos, con argumentos similares a los que le diera a su hermano Carlos, oficial del ejército, cuando este le comentó su intención de acogerse a la ley Azaña para no servir a la República:

—Tú eres un profesional y estás a las órdenes del gobierno —cuenta su nieta que le dijo Aranguren—. No tienes por qué irte.

El hermano le hizo caso, y continuó en el ejército. Frente a los acalorados argumentos de sus hijos, que cuando volvieron las izquierdas al gobierno, tras la victoria electoral de 1936, apuntaban sin tapujos a la insurrección militar y a la guerra civil, Aranguren sentía la necesidad de ser más contundente. Cuando sus hijos le iban con aquello, refiere su nieta que su respuesta siempre era en estos términos:

—Yo no quiero que haya guerra, y menos una guerra civil, en la que se despiertan todos los odios, todo lo peor que hay en el ser humano. Vosotros no sabéis lo que decís, porque lo peor va a ser lo que venga después de la guerra: el que la gane va a masacrar al otro.

Y ante la posibilidad del pronunciamiento militar, insistía:

—La función del militar no es esa. El militar está a las órdenes de lo que el gobierno decida, no para decidir por su cuenta. Yo —recurría al argumento en primera persona, para dar ejemplo— he jurado defender la República y me toca defender el gobierno que el pueblo quiera.

Juan, que era el más pasional, le rebatía:

—No hay más remedio, papá, ya no hay patria ni nada.

Y Aranguren no cejaba:

—De eso nada. El gobierno es el que tiene que decidir. Y si al final pasa eso que queréis, será por los que no tienen todavía la templanza ni el sentido común para entender lo que trae una guerra. Tenientes, capitanes, los que sois demasiado jóvenes

para daros cuenta.

Habría podido recomendarles a sus exaltados hijos la lectura de un libro publicado poco antes (y que no descarto que conociera, por razones vinculadas a su biografía) y, en particular, de este pasaje:

La neutralidad del elemento armado ante las contiendas políticas es la buena doctrina. Esta buena doctrina se ha olvidado con demasiada frecuencia; pero hay que convenir que de ordinario fueron personas extrañas a los organismos castrenses los que, explotando el espíritu romántico de estos, les indujeron a tomar parte en las luchas, para luego proceder contra ellos, so pretexto de extirpar un militarismo que se cultivó para apoyarse en él. ¡Caro han pagado el Ejército y la Marina estas colaboraciones!

Aunque quizá sorprenda al lector desprevenido, las palabras anteriores están tomadas de *Tempestad, calma y crisis*, la segunda parte de las memorias de Emilio Mola sobre su paso por la Dirección General de Seguridad. Resulta paradójico leerlas pensando que, apenas tres años después de publicarlas, el autor se dejará «inducir» para ser el cerebro de un nuevo alzamiento militar que tendrá no pocos beneficiarios no uniformados y obrará, entre otros funestos, el efecto secundario de elevar el antimilitarismo español hasta cotas insuperadas.

Antes de llegar a ese momento, no obstante, tiene lugar la campaña de aquellas elecciones de febrero, en la que las posturas de unos y otros se expresan con la ferocidad que corresponde a las tesis irreconciliables. Brillan en los mítines dos oradores vibrantes y dotados, de sesgo ideológico opuesto: el republicano Manuel Azaña, que está llamado a ser el líder de la reconstituida izquierda republicana, bajo la marca del Frente Popular, y el cabecilla del grupúsculo fascista conocido como Falange Española de las JONS, José Antonio Primo de Rivera, que cuenta apenas con un puñado de seguidores con más peso en el terreno de la violencia política que en las urnas, pero tira de su magnetismo personal y su torrencial dialéctica para descalificar a la derecha por su discurso inmovilista y oponerse a la candidatura del líder republicano, aun reconociendo sus condiciones como estadista. Nadie tiene el talento ni las cualidades de Azaña, admite José Antonio, pero vaticina que no podrá imponerse a las izquierdas marxistas y que si triunfa su candidatura el comunismo se adueñará del país.

La victoria del Frente Popular es rotunda: favorecido por el sistema electoral mayoritario, suma 263 diputados frente a los 156 de las derechas.¹ La Falange, pese al carisma de su líder, no consigue ni un solo diputado, lo que la empuja a apostar aún más por la vía violenta. En cuanto a los comunistas, esos a los que temen los hijos de Aranguren y contra cuya hegemonía inminente despotrica Primo de Rivera, no suman nada más que diecisiete diputados, una cifra irrisoria en unas Cortes que cuentan con

casi cinco centenares. Pese a todo, el discurso de José Antonio, con la aquiescencia de la derecha derrotada, va calando en el ánimo de muchos, sobre todo el de muchos uniformados; unos, por esa ofuscación más o menos romántica de la que hablaba Mola; otros, entre los que él mismo se incluye, porque a la vista del resultado electoral, y antes de que vuelvan a librarse de ellos, creen llegada la hora de ajustar cuentas pendientes. Entre todos, van a convertir esa deriva comunista en una profecía autocumplida.

Al día siguiente de las elecciones, celebradas el día 16 de febrero, algunos de los más destacados jefes militares, entre los que figuran nombres como los de Franco y Goded, sopesan la posibilidad de impedir la formación del gobierno de izquierdas que las urnas determinan. Entre los más vehementes se halla Goded, premiado por el gobierno anterior con la dirección de la Aeronáutica militar y la III inspección general del ejército, y resentido con la República y en particular con Azaña, que se perfila como nuevo jefe de gobierno. Su animadversión era tal que ya mes y medio antes, a la disolución de las Cortes, había llegado a plantear la posibilidad de impedir las elecciones mediante un alzamiento. Al igual que en aquella otra ocasión, enfrían los ánimos los jefes más cautelosos, y en particular Franco, que ocupa la jefatura del Estado Mayor Central. Las posibilidades de que triunfe un golpe sin la debida preparación son escasas, porque todos temen, o dan casi por cierto, que tendrán enfrente a las fuerzas de seguridad, incluidas la Guardia Civil y la aguerrida Guardia de Asalto, que cuentan con profesionales curtidos y no son un hueso fácil de roer.

Y es que en la noche del 16 de febrero Franco ha sondeado al general Pozas, el nuevo inspector general de la Guardia Civil nombrado por el gobierno, y al general Miguel Núñez de Prado, que está al frente del cuerpo de Seguridad y Asalto. Ambos militares, tan africanistas como él (o todavía más, en el caso de Pozas, que aguantó la campaña hasta el final), le han hecho ver que mantendrán su lealtad a la República. No parece casual que una de las medidas que en los días siguientes toma el gobierno de Portela Valladares, aun agarrotado por la victoria de las izquierdas y por su propia derrota, sea rodear de guardias civiles los cuarteles sospechosos. Y semejante disuasión surte sus efectos.

Como los hechos se encargarán de demostrar, el golpe queda simplemente aplazado, y desde ese momento hay mentes que se empeñan, sin tregua, en su preparación. Tal es, sin duda, el caso de Goded, pero quien con más ahínco se aplicará a la tarea es el que quizá está más dolido con esa izquierda republicana vencedora, que lo expulsó del ejército y lo redujo poco menos que a la indigencia: el todavía jefe del ejército español en el protectorado de Marruecos, Emilio Mola Vidal, autor de un panfleto titulado *El pasado, Azaña y el porvenir*, en el que

arremete contra las reformas militares del que se apunta como nuevo hombre fuerte del país, y del que no espera favor alguno.

El cataclismo está ya servido. Sólo falta buscarle pretextos.

El cambio de gobierno se precipita a lo largo de la jornada del 19 de febrero de 1936, ante la negativa de Portela a permanecer en la presidencia del gabinete cuando ha quedado acreditado su escaso apoyo electoral, que le impide hacer frente a la agitación social que recorre el país y que exige, ya, que se restituyan los ayuntamientos populares, suspendidos por el gobierno de la República, y se lleve a efecto la amnistía de los miles de presos y represaliados por los sucesos de 1934. Todas las miradas se vuelven hacia Azaña, a quien tras una rápida ronda de consultas Alcalá Zamora le encarga que forme gobierno. Así cuenta el propio interesado, lleno de fatalismo, lo que se le viene encima:

Ya tenemos ahí el poder, para esta misma tarde. Siempre he temido que volviésemos al Gobierno en malas condiciones. No pueden ser peores. Una vez más hay que segar el trigo en verde. Durante estas semanas últimas, lo mismo que en la propaganda del año pasado, he procurado aumentar las dificultades, las condiciones, las reservas, a fin de que el Gobierno no viniese fatalmente a mis manos. Es inútil. La gente quiere que gobierne yo. Y los que tal vez podían gobernar, se quitan de delante. Conocen lo mismo que yo las dificultades de la situación, y otra vez, como en 1931, me tocará afrontar lo que a todos les asusta.

Azaña arma a toda velocidad un gobierno con presencia de las dos fuerzas más moderadas de su coalición: su partido, Izquierda Republicana, y tres ministros de la Unión Republicana de Martínez Barrio, nutrida con elementos desgajados del Partido Radical de Lerroux, y aceptada a regañadientes por los partidos obreros en la coalición electoral del Frente Popular («me ha costado un triunfo hacer que consientan ir con ellos en la misma candidatura», confiesa Azaña). Ni un solo socialista, para aventar el espantajo marxista aducido por las derechas. En la cartera de Guerra, que todos temían que asumiera él mismo, pone a un general republicano, Carlos Masquelet, que está en Baleares y al que interinamente sustituye otro general afín a la República, José Miaja Menant. En Gobernación, como sustituto de Portela Valladares, ministro del ramo además de presidente del gobierno, coloca a Amós Salvador, hombre de su confianza y militante de Izquierda Republicana.

Tras comunicar la composición de su gabinete al presidente de la República, va Azaña a ver al presidente saliente, en la sede del Ministerio de la Gobernación en la Puerta del Sol, que se encuentra casi tan atestada como en la jornada del 14 de abril. Y allí tiene lugar un encuentro que merece la pena reseñar, siguiendo su propio relato:

Voy después a Gobernación, en busca del Presidente dimisionario. Portela estaba en su despacho de ministro, con el general Pozas, inspector general de la Guardia Civil, y alguna otra persona. Enjuto, el pelo rizado, blanco, la mirada azul muy dura. Me dice palabras vagas y triviales. Produce la impresión de un

fantasma, no de un jefe de Gobierno [...]. Renuncio a proseguir la conversación, confía en mis dotes, en mi estrella, etcétera... Me parece que se ha dado cuenta de que no le he hecho caso. Todo en su actitud y en sus palabras corrobora la impresión de que es un transeúnte, un intruso desorientado.

Me despido lo antes posible. Apenas si hemos hablado diez minutos. Quiso presentarme a Pozas, que me saludaba cuadrado, y tal vez no estaba seguro de cómo iba a acogerle. (Pozas fue instructor de las diligencias previas cuando mi detención en Barcelona y no se portó mal conmigo.)

—Ya conozco al general, hace tiempo —dije, cortando las palabras de presentación—. ¿En qué situaciones más extrañas nos hemos encontrado usted y yo! ¿Verdad, general?

Y le di unas palmaditas en el brazo.

Pozas, todavía un poco azorado, se sintió más a gusto. Venía a mi memoria la camareta del *Cádiz* bañada en luz eléctrica, donde Pozas me recibió una noche de 1934, cuando fui a reclamarle que me pusiera en libertad.

—Si dependiera de mí, le libertaría ahora mismo. Pero depende usted del Supremo.

No hubiera podido creer entonces el general que sería posible el encuentro de hoy.

La situación que se encuentra el nuevo gobierno de Azaña es caótica: disturbios en numerosas ciudades, motines en las cárceles (donde los presos comunes aspiran a que les alcance la amnistía que se anuncia para los políticos), gobernadores civiles que abandonan sus puestos. Una de las primeras cosas que tiene que hacer esa misma tarde el nuevo ministro de Gobernación, Amós Salvador, que confirma a Pozas en su puesto al frente de la Guardia Civil, es nombrar a toda velocidad nuevos gobernadores que se hagan cargo de la situación en las diversas provincias. Paralelamente, Azaña agiliza la aprobación de la amnistía, que le urgen a que adopte por decreto pero que prefiere que bendiga la Diputación Permanente de las Cortes, procedente de las elecciones anteriores, lo que requiere el voto afirmativo de los conservadores, que la dominan con amplia mayoría. Consigue el apoyo de Maura y también (extrañamente, o no) el de la CEDA. No tiene desperdicio su relato de la entrevista con el diputado representante de los derechistas, Giménez y Fernández, de orientación democristiana:

Amós me ha presentado a Giménez y Fernández, que reprimía su azoramiento. Me ha dicho que su partido votaría la amnistía en la Diputación permanente de las Cortes, como una medida de «pacificación social». Tienen un miedo horrible. Ahora quieren pacificar, para que las gentes irritadas se calmen y no les hagan pupa. Si hubiesen ganado las elecciones, no se habrían cuidado de pacificar y, lejos de dar la amnistía, habrían metido en la cárcel a los que aún andan sueltos.

Giménez y Fernández se quejaba al ministro de algunos atropellos y asaltos cometidos por la muchedumbre contra los centros y periódicos de la CEDA. A propósito de esto cambiamos algunas palabras. Le dije que eso era el resultado fatal de una opresión de casi dos años y que debían haber comprendido que no serían eternos. Me aseguraba Giménez y Fernández que confían en mí. «Tienen ustedes que convencerse», le dije riendo, «que la derecha de la República soy yo y ustedes unos aprendices extraviados».

Arrancará así el nuevo gobierno de Azaña con una amnistía votada por las fuerzas conservadoras que representan su oposición parlamentaria, y a las que el presidente se les ofrece como la razonable «derecha republicana» que ha de encauzar la situación. Todo muy alejado de esa deriva comunista que según los instigadores del

golpe que ya se está preparando es el imperativo categórico que amparará y convalidará su acción ilegal. Para hacerlo patente, Azaña emite el 20 de febrero un mensaje radiofónico desde el Ministerio de la Gobernación:

A todos los ciudadanos españoles, el Gobierno de la República se dirige con palabras de paz, como corresponde al poder legítimo de la nación, constituido en virtud de la voluntad manifestada en las elecciones pasadas.

El Gobierno espera de toda la nación que responda a los propósitos de pacificación, al restablecimiento de la justicia, de la libertad, de la vigencia de la Constitución y del espíritu republicano que él tiene desde la hora en que se ha constituido. El Gobierno es el único ejecutor del programa político que ha servido de base a la coalición electoral. Nadie ignora que este programa comprende, en primer término, las decisiones necesarias para sanar las heridas causadas en el cuerpo nacional en los últimos tiempos y restaurar hasta los últimos efectos de las desventuras ocurridas. A este propósito, el Gobierno, en su reunión de esta mañana, ha dado ya disposiciones necesarias para que hoy mismo se reinstalen los Ayuntamientos populares suspendidos gubernativamente. Asimismo se han dado instrucciones a los ministerios para que comience y se lleve a cabo con toda rapidez la reparación de las ilegalidades cometidas con los funcionarios públicos, restituyéndolos a los destinos de que arbitrariamente hayan sido privados, y se han hecho ya las primeras gestiones para que en un plazo brevísimo el anhelo de la amnistía, que nos ha llevado a todos a la contienda electoral, sea una realidad.

Cerraba la alocución con una advertencia inequívoca, dirigida a sus propios votantes, y que dejaba bien claras sus intenciones:

El Gobierno de la República tiene el convencimiento de que todos los españoles, sin distinción de ideas políticas y depuestos ya los ardimientos de la contienda electoral, muy legítimos, pero que deben terminar cuando la contienda cesa, cooperarán en la obra que el Gobierno trata de emprender bajo su responsabilidad exclusiva. Por tanto, esperamos que quienes nos han ayudado a reinstalar la política republicana sean los primeros colaboradores, manteniéndose dentro de la ley, no perturbando la paz.

Que el gobierno de Azaña no pretende una persecución indiscriminada de quienes han colaborado con el gobierno anterior lo prueba, entre otras cosas, la permanencia del general Pozas al frente de la Guardia Civil, y el nombramiento que a propuesta de este se efectúa apenas un mes después, el 27 de marzo de 1936. Con esa fecha se acuerda el ascenso del coronel José Aranguren Roldán, número uno de los de su empleo, a general de brigada de la Guardia Civil. La imposición del fajín, sufragado por sus hasta entonces subordinados, tiene lugar el 1 de abril de 1936, en el acuartelamiento del Primer Tercio del que Aranguren ha sido jefe, en presencia del general Pozas.

El acto tiene para Aranguren una significación que va más allá de su contenido protocolario. Si llegar a general representa una culminación en la carrera de cualquier militar, en el caso de un guardia civil, sobre todo en aquella época, es un premio absolutamente excepcional. Por aquellos días el cuerpo apenas cuenta con media docena de generales, y son muchos los oficiales que jamás podrán soñar con esa graduación. Aranguren llega a ella después de un largo recorrido, y desde la más

absoluta humildad de partida. Aunque de estirpe militar, su condición de huérfano y su nulo vínculo previo con el cuerpo le han obligado a demostrar sus méritos en cada peldaño de su carrera. Iguala con este ascenso, o incluso supera, a los más ilustres de los marinos a los que debe el apellido. Y por su condición y su talante, no se le escapa, y no va a olvidar, que el reconocimiento se lo debe a esa República y a ese gobierno contra los que otros conspiran sin apenas disimularlo.

De aquel acto de imposición del fajín hay una reseña en la *Revista Técnica de la Guardia Civil*, que en su número siguiente lleva una fotografía del general Aranguren en portada. Señala el redactor de la reseña que «las dotes de inteligencia, bondad, carácter para el mando y demás virtudes que caracterizan al general Aranguren, despertaron en todas partes la estimación de sus superiores y el respeto cariñoso de sus subordinados. Esta es la razón del júbilo que unos y otros sintieron al conocer el ascenso del veterano jefe». Añade después una descripción del personaje que no puede por menos que resultar llamativa, cuando lo califica de «culto, bizarro y entusiasta». Nunca se sabe hasta qué punto es sincero y representativo del sentir verdadero de un colectivo quien redacta un artículo de esta índole, en un medio semioficial, aunque no siempre oficialista: conviene recordar que desde esta misma revista se pidió, en su día, que se dejase de enviar a los guardias armados con máuseres a disolver manifestaciones, por el peligro que ello suponía de causar muertos entre los manifestantes. Sin embargo, y si se me permite la malicia, se me ocurren unos cuantos personajes, entre los que aparecen en esta historia, para quienes nadie escogió jamás, puestos a ponderarlos, señalar su bondad, ni destacar entre sus prendas la de la cultura unida al entusiasmo. Respecto de la bizarría, que en esa época tenía más el sentido original de prestancia en el continente y en la indumentaria, y no el que últimamente ha adquirido de extravagancia o rareza, tampoco eran demasiados los generales sexagenarios que podían lucir el porte enjuto y elegante de Aranguren. La mayoría pagaba en sus abdómenes el precio de sus excesos.

Gracias a esa revista, tenemos constancia de algunas de las palabras que pronunció Aranguren, como era preceptivo, en el acto de la imposición del fajín. Es esta una ocasión en la que el ascendido a general suele hacer un balance personal y profesional de su vida, y también adelanta sus propósitos en el ejercicio de ese grado que es la cúspide de la carrera militar. Y Aranguren, por lo que sabemos, hizo honor a ambas expectativas, cuando eligió decir justamente lo que sigue:

—Ingresé en el cuerpo a los veinte años, con las esperanzas propias de la juventud. Ahora, después de cuarenta de servicio en el instituto y rebasados los sesenta, aquellas ilusiones realizadas y colmadas han exaltado mi amor a la corporación en tal grado que mi mayor anhelo será vivir y morir dentro de la

sacrosanta disciplina que es el norte de la Guardia Civil, para bien de la patria y la República.

No puede uno reprimir un estremecimiento, no sólo a la vista del contenido casi premonitorio de esas palabras, sino del ánimo que encierran, y que es el de un hombre que asume, de una forma casi ingenua, el compromiso que prácticamente nadie sostiene a su alrededor. Porque en aquellos días hay muchos que anteponen ya la patria (o, como suele suceder, su idea de ella) a la República; no pocos para los que la República va antes que la patria, sea esta lo que sea; y muchos que no creen ni en patria ni en república alguna, entregados a un ideal absoluto y alternativo o podridos sus deseos en la ciénaga del ruin interés o el sórdido resentimiento personal. Pero son pocos, muy pocos, quienes sienten a la vez la necesidad de honrar el alma de su pueblo, eso que el borroso concepto de «patria» encarna en su más noble versión, y servir a la voluntad expresada por sus gentes, a través de una república que según su constitución se encomienda a la procura del interés común y, mejor o peor, a la defensa de los derechos y las libertades de cada uno.

Releo lo que dijo aquel hombre, en un momento que era para él de alegría y de consuelo para sus desgracias personales todavía recientes, y comprendo perfectamente por qué está condenado a acabar solo y a caer en el olvido de la Historia, y por qué, desde que me tropecé con él, yo estaba abocado de manera irremisible a escribir este libro.

Puestos a elegir, habría deseado José Aranguren (y, según él mismo, así llegó a solicitarlo al inspector general) que le encomendaran la jefatura de la 3ª Zona de la Guardia Civil, con sede en Valladolid, a la que pertenecía su Galicia natal, y donde iba a estar más cerca de sus nietos y del resto de su familia. Sin embargo, la plaza estaba ocupada por el general Federico de la Cruz Boullosa, el único de los generales de la Guardia Civil que iba a sublevarse en julio de 1936. Existe la tentación de especular sobre qué habría ocurrido si Aranguren hubiera podido acceder a ese destino y el 18 de julio le hubiera sorprendido en Valladolid, donde los sublevados se hicieron con el control de la situación tras arrestar al general jefe de la 7ª División, Nicolás Molero. También fue privado del mando el jefe de la 6ª División con cabecera en Burgos, Domingo Batet, leal a la República en esa ocasión como lo había sido en la del 6 de octubre de 1934, cuando le tocó imponer la legalidad republicana contra el levantamiento de la Generalitat. Como se trata de una especulación, cada cual puede hacer la suya. La mía es que Aranguren habría corrido la suerte de Batet, porque habría mostrado la misma coherencia, la misma disciplina y la misma fidelidad a su palabra que distinguió al veterano y austero general jefe de la 6ª División. Lo que, viendo lo que sucedió con este, invita a inferir que la vida de José Aranguren se habría acertado en algo más de dos años.

El caso es que la plaza no estaba disponible, y por otra parte Pozas deseaba relevar al general Salamero, jefe de la 5ª Zona, con sede en Barcelona, a quien consideraba, con razón, poco afecto a la República. La solución fue trasladarlo a la jefatura de la 2ª Zona, con sede en Córdoba, desde donde pasaría a la reserva apenas un mes después (junto con otros muchos jefes y oficiales de la Guardia Civil desafectos, una limpieza que no dejaría de tener sus consecuencias), y encomendarle la jefatura de Cataluña a Aranguren. Salamero, dicho sea de paso, moriría en agosto de 1936, en Paterna, Valencia, víctima de los oscuros fusilamientos de represalia de clérigos y personas consideradas de derechas que ejecutores republicanos incontrolados realizaron en el lugar tristemente conocido como *el Picadero de Paterna*. Con el nombramiento de Aranguren, buscaba el inspector general colocar en Barcelona, plaza clave, a alguien menos proclive a dejarse tentar por la conspiración en marcha, pero también a un jefe capaz de entenderse con las autoridades de la Generalitat, suspendida a raíz de los sucesos de 1934, y que el nuevo gobierno, tras la amnistía acordada en febrero, y que alcanzaba entre otros a Companys, había decidido restablecer. Se daba la circunstancia añadida, y nada desdeñable, de que entre las

competencias autonómicas se encontraban las de orden público, lo que ponía a la Guardia Civil a las órdenes del *conseller* del ramo.

Companys había vuelto en olor de multitudes a Barcelona el 1 de marzo de 1936. Ese mismo día dirigió una encendida alocución al gentío congregado en la plaza de Sant Jaume. En resumen, anticipaba las dificultades pero prometía trabajar, sin rencores, por la justicia, por Cataluña y por la República. Testigo de excepción de aquellos acontecimientos fue el periodista Manuel Chaves Nogales, que tuvo la oportunidad de entrevistar en privado al *president* restituido en su puesto y que, entre otras, consiguió de él declaraciones como estas:

Al gobernar, lo haré teniendo siempre los intereses fundamentales de la economía de España y de Cataluña. No vamos a cegar estúpidamente las fuentes de riqueza del país con aventuras gubernamentales [...]. Combatiremos los abusos del régimen económico actual y procuraremos modificarlo imponiendo, si es preciso, una justicia social más humana. No iremos nunca, nunca, contra los fundamentos económicos de nuestra sociedad.

Pregunta el periodista al *president* por la política que seguirá con el anarcosindicalismo, la corriente que, aun debilitada por la represión sufrida en el bienio anterior, aglutina todavía a la mayor parte de la clase obrera catalana (a diferencia del resto de la española, cuya hegemonía mantienen los socialistas) y que rechaza todo contacto con el Estado y predica la acción directa. Companys asegura, tajante: «Yo respondo de que el gobierno de Cataluña gobernará y hará cumplir la ley lo mismo a los que la acepten que a los que se coloquen fuera de ella». Como se puede ver, un programa en absoluto separatista (Companys nombra sin aspavientos a España) y muy dudosamente revolucionario.

La devolución de las competencias de orden público a la Generalitat no es inmediata, pero cuando Aranguren llega a Barcelona, el 18 de abril de 1936, según la reseña que publica el diario *La Vanguardia* del día siguiente, ya está nombrado el nuevo *conseller* de Gobernación, José María España, quien recibe ese mismo día al general que, una vez se verifique el traspaso, pasará a ser su subordinado. Informa además el diario que el *conseller* ha recibido a los capitanes Escofet y Luengo, «que habían estado al servicio de la Generalidad antes del 6 de octubre» y se ha entrevistado con «el delegado general de Orden Público, señor Casellas». Se trata de José Casellas Puig de Masa, teniente coronel de la Guardia Civil en la reserva, y viejo conocido de Aranguren, designado por el gobierno central para dirigir la gestión del orden público en Cataluña mientras la Generalitat estaba suspendida.

Lo que se prepara es la devolución de esa responsabilidad al gobierno autónomo. Y Escofet, que ya ocupó la comisaría general de Orden Público durante

unas horas en la noche del 6 al 7 de octubre de 1934, es el elegido para ocupar ese cargo, desde el que desempeñará un papel decisivo frente al golpe de julio. La transferencia se hace al fin efectiva en virtud de un decreto de fecha 2 de junio de 1936. Tres días después, el *conseller* toma posesión de la transferencia, que le entrega el delegado estatal, Casellas, en un acto celebrado en presencia del general Aranguren y del coronel jefe del Tercio urbano de Barcelona, Manuel Escobar Huerta, otro personaje del que habrá ocasión de hablar más adelante. A partir de ese momento, el general y los 127 jefes y oficiales, 310 suboficiales y 3.141 clases de tropa que componen la plantilla de la Guardia Civil en Cataluña se ponen a las órdenes de la Generalitat. Por otra parte, a Aranguren se le nombra representante del gobierno central en el comité permanente de la Junta de Seguridad de Cataluña, creado para coordinar la gestión de los cuerpos de seguridad estatales puestos a las órdenes del gobierno autónomo: además de la Guardia Civil, los de Investigación y Vigilancia y Seguridad y Asalto.

Entre el triunfo del Frente Popular y esos días de primeros de junio en que se pone en marcha el nuevo aparato de seguridad catalán, se suceden algunos hechos con trascendencia para esta historia. Quizá el más relevante, por sus consecuencias, sea la destitución de Alcalá Zamora como presidente de la República, alentada desde las filas socialistas, y que tiene como efecto inmediato la designación para el cargo de Manuel Azaña, lo que le aparta de la jefatura del gobierno. Aunque algunos sectores del PSOE, encabezados por Indalecio Prieto, presionan para entrar entonces en el gabinete, se hace valer el pacto electoral que los mantiene fuera de él y apoyándolo desde la cámara. Tras un fugaz gobierno presidido por Augusto Barcia, asumirá la presidencia del consejo el azañista gallego Santiago Casares Quiroga, organizador del homenaje a Azaña en La Coruña en septiembre de 1932 que dio lugar a aquella fotografía con Franco y con Aranguren. Casares se hace cargo además de las carteras de Guerra y de Gobernación.

Otro acontecimiento de interés se produce en marzo, por decisión del gobierno que aún a esa fecha preside Azaña: el traslado de los generales desafectos a destinos en los que se minimiza su capacidad de influencia y movilización de tropas. Mola pasa así del protectorado marroquí, donde dirige el ejército de África (con mucho, la tropa más profesional y combativa en servicio en ese momento), a la apartada e insignificante comandancia de Pamplona. En cuanto a Franco y Goded, se los despacha a los archipiélagos canario y balear, respectivamente, poniendo bajo su mando guarniciones reducidas y dispersas y con poca capacidad de llegar a la Península. Con una mirada retrospectiva cabe preguntarse si fue buena idea enviar a esos jefes a destinos en los que dispondrían de sobrado tiempo libre para conspirar.

Tal vez habría sido más inteligente someterlos a estrecha vigilancia, para poder encausarlos por el complot al que con tan poco disimulo se entregaban, o dejarlos sin más en situación de disponibles, a la vista del peligro cierto que representaban para la República. El caso es que aquel gobierno al que sus adversarios tildaban de marxista y revanchista optó por no extremar con ellos el rigor y los mantuvo en activo y con mando, una deferencia que iba a pagar a un alto precio.

Iniciados en marzo los contactos entre los futuros sediciosos, aprovechando el paso de todos ellos por Madrid con motivo del cambio de destino, en abril de 1936 ya hay una primera intentona en la capital, encabezada por el general Varela, que el gobierno neutraliza, y que conducirá al bilareado cabecilla, y antiguo comandante de tropas de choque a las órdenes de Goded, a prisión militar en el castillo de Santa Catalina, en Cádiz. A partir de mayo, tras obtener el plácet de Goded, el más prestigioso general en activo, Mola asume el papel de director de la sublevación, y empieza a transmitir instrucciones a los conspiradores. De uno de ellos, el general Franco, recibe tibia respuesta: todavía no cree que se den las condiciones para emprender la aventura.

El día 14 de marzo se practica una detención que también ha de tener consecuencias: la de José Antonio Primo de Rivera, líder de la Falange, por posesión ilícita de armas. Frente al líder falangista, cuyos partidarios transitan con soltura por la vía de la violencia, el gobierno de la República sí que opta por la vía enérgica, aprovechando la primera ocasión que se le presenta. Cabe preguntarse, en todo caso, si la decisión fue acertada, en tanto que José Antonio demostró ser más peligroso encerrado que libre. Más allá de sus intentos, casi exitosos, de adoctrinar a los guardias de Seguridad que lo vigilaban, y de los que pudo dar fe mi abuelo, desde la prisión se dedicó a una febril actividad de propaganda, destinada específicamente a los militares que ya estaban predispuestos al golpe. En abril dirigió una «carta a los militares de España» en la que los apremiaba a actuar, con cita de la famosa frase de Oswald Spengler según la cual en última instancia «siempre ha sido un pelotón de soldados el que ha salvado la civilización». En mayo empezó a cartearse con el general Mola, a quien ofreció una fuerza de miles de falangistas preparados para sumarse a la rebelión y animó en la conspiración en la que estaba ya inmerso (no deja de ser llamativo, por cierto, que el general, ante las exhortaciones de aquel civil, olvidara sus propios escritos, en los que prevenía a los militares contra el riesgo de dejarse engatusar por los políticos). Otro efecto contraproducente del encierro de José Antonio fue el de hacerle mártir de su propia causa, ofreciendo un poderoso acicate a los falangistas más violentos para dar un paso adelante en su estrategia terrorista.

Para contar todo, disponían las acciones de los falangistas de otra coartada: la violencia desatada bajo el gobierno del Frente Popular contra elementos conservadores, y en particular contra la Iglesia, sus dependencias y sus ministros. Quemaduras de iglesias y conventos, agresiones a párrocos y a otras personas tildadas de reaccionarias se sucedieron durante los cuatro meses siguientes a la victoria de la coalición de izquierdas. La acusación de la derecha, reiterada una y otra vez en las Cortes por diputados como Gil Robles y José Calvo Sotelo, cabeza visible de la ultraderechista Renovación Española, era que esas acciones no eran fruto de la acción de elementos incontrolados, como afirmaba el gobierno, sino que contaban con la connivencia de este. Una acusación que choca contra las declaraciones públicas de los gobernantes republicanos, en las que una y otra vez se invocaba el imperio de la ley, y las operaciones policiales contra quienes la vulneraban, tanto desde posiciones marxistas como anarquistas. Si esta respuesta policial fue demasiado tibia o ineficaz, es otra cuestión; pero otro tanto podría predicarse, a fin de cuentas, de la represión de la violencia de signo derechista, que tampoco dejó de cobrarse numerosas víctimas. En un siempre difícil ejercicio de ecuanimidad, podría decirse que se vivía en una espiral de rencor destructivo, sostenida con entusiasmo desde los dos extremos políticos y en contra de la supervivencia de aquella república burguesa que por distintas razones ambos detestaban.

Buen ejemplo de lo dicho son dos atentados perpetrados con apenas diez días de diferencia. En el primero, acaecido en la calle Muntaner de Barcelona, el 28 de abril de 1936, perdieron la vida los hermanos Miquel y Josep Badia; el segundo carecía de significación política conocida, pero el primero era un conocido dirigente de la organización Estat Català, la rama separatista de ERC, y como antes se contó había sido jefe de servicios de la comisaría general de Orden Público de la Generalitat en octubre de 1934. En el segundo atentado, cometido en la calle Lista de Madrid el día 8 de mayo, sufrió heridas que acabarían causando su muerte el capitán de Ingenieros y militante del PSOE Carlos Faraudo, instructor de las milicias de las Juventudes Socialistas y señalado en los primeros puestos de una lista de oficiales del ejército a los que convenía eliminar por sus simpatías izquierdistas.

Respecto del primer atentado, que encontró a Aranguren recién llegado a su puesto de general jefe de la zona de Cataluña, se dudó al principio si era obra de elementos fascistas o anarcosindicalistas, ya que Badia concitaba los odios de ambos, aunque todas las pistas acabaron apuntando en la segunda dirección. Además de aparecer indicios incriminatorios concretos, la enemistad con Badia de Durruti y Ascaso era acérrima, desde que aquel, cuando era jefe de servicios de la comisaría general de Orden Público, jurara «reducirlos a pulpa» si los capturaba. En cuanto a la

muerte de Faraudo, la autoría derechista era evidente, y en el entierro del oficial, multitudinario, pronunció unas airadas palabras el teniente coronel Mangada, el del enfrentamiento con Goded de cuatro años atrás, que denunció la pasividad del gobierno de la República frente al terrorismo fascista y amenazó con la acción directa. Si caía otro compañero, advirtió, caería también el cabecilla de sus asesinos, una alusión que, neutralizado José Antonio, sólo podía dirigirse al líder de Renovación Española, Calvo Sotelo.

En aquel entierro estaba presente el capitán Escofet, que poco después tendría que ocuparse como responsable policial de Cataluña del asesinato de los hermanos Badia, y que al oír aquellas palabras se preguntó si no era más lógico, en vez de exhortar a los más vehementes a pasar a la acción directa, exigir al gobierno de la República que pusiera fuera de la ley a las organizaciones que alentaban tales atentados y castigase a los culpables. Junto a él, recuerda, se encontraba un joven oficial de la Guardia Civil, Fernando Condés, al que Escofet conocía por vía epistolar, por haber compartido prisión militar a raíz de los hechos de 1934 (Condés en el castillo de Cartagena, Escofet en el de Santa Catalina, en Cádiz). Aunque aquella era la primera vez que lo veía en persona, pudo percibir el nerviosismo del impulsivo oficial, de ideas socialistas como el difunto, y su acalorada adhesión a las palabras de Mangada. Una imagen que no iba a poder dejar de recordar, dos meses después.

Otro detalle curioso que apunta Escofet en sus memorias, al hablar de aquellos días de 1936, tiene que ver con el entonces preso José Antonio Primo de Rivera, del que fue instructor allá por 1922 o 1923, a su regreso de África, cuando el hijo del entonces capitán general de Cataluña hizo su servicio militar como oficial de complemento en el regimiento de Caballería de Santiago, de guarnición en Barcelona, en el que Escofet estaba destinado. Dice Escofet del líder de Falange que era entonces «un chaval excelente y mejor soldado», y que con los años se había convertido en un hombre de talento muy superior al de su padre, «dotado de notables cualidades personales, buen orador y de una fuerza de seducción extraordinaria, y con una concepción romántica de la política que no compartía su partido, compuesto de intelectuales fracasados y estudiantes amigos de la violencia». Quede ahí el apunte, y la enésima muestra del magnetismo que aquel personaje lograba ejercer incluso sobre sus declarados adversarios ideológicos.

El 26 de junio de 1936 toma finalmente posesión Frederic Escofet como comisario general de Orden Público de la Generalitat. En el acto, que se celebra en la sede de la comisaría general de la Vía Layetana, están presentes el *conseller* José

María España; el jefe superior de Policía y teniente coronel de la Guardia Civil en la reserva, José Casellas, confirmado en su puesto por las autoridades de la Generalitat; el general José Aranguren y los coroneles jefes de los dos tercios de la Guardia Civil de Cataluña, Escobar y Brotons; el comandante Alberto Arrando, jefe de las fuerzas de Seguridad y Asalto; los responsables de las Esquadras de Cataluña; y un nutrido grupo de jefes y oficiales de los distintos cuerpos. Todos ellos van a pasar a estar a partir de ese momento a las órdenes de Escofet, salvo los guardias civiles, cuyo general jefe, Aranguren, tiene dependencia directa del *conseller*.

El *conseller* toma la palabra para ponderar las cualidades personales del elegido y recordar que su nombramiento tiene como propósito ennoblecer y dignificar las funciones de la Policía, «que no han de ser exclusivamente represivas, sino que también han de ser el brazo de la autoridad para dar cumplimiento al mandato del gobierno y servir con lealtad a lo que este ordene, para el mayor beneficio de Cataluña y de la República». Tras estas palabras, pronunciadas en catalán, se dirige en castellano a Aranguren y los jefes de la Guardia Civil, para decirles que cuenta con la adhesión de todos los reunidos y que espera que vean «en la persona del señor Escofet al representante genuino de la Generalitat y su colaborador en las funciones de orden público».

Llegado su turno, Escofet agradece la confianza depositada en él y asume el compromiso de poner al servicio del cargo que se le encomienda toda su voluntad. Sus palabras finales se dirigen, como las de su superior, a los jefes de la Guardia Civil, en esta ocasión de manera conjunta con el resto de los jefes y oficiales. Hace constar que desea y exigirá «la más absoluta lealtad a los gobiernos de Cataluña y de la República, representantes verdaderos y legítimos de la voluntad popular y nacional». Y «con el deseo de que trascienda al exterior —puntualiza— he de añadir que espero de todos vosotros que ahora y siempre, y con toda la voz, gritéis conmigo: *Visca la República! Visca Catalunya!*».

Según el testimonio de Escofet, los dos vivas fueron contestados unánimemente por todos los asistentes. Incluido aquel general gallego de sesenta y un años, que iba a garantizar que la Guardia Civil de Cataluña se atuviera, en cumplimiento de la ley, a aquel doble compromiso.

Las memorias de Frederic Escofet ofrecen una buena referencia y un perspicaz análisis de la situación que se encontró Aranguren en aquel puesto al que se le había destinado al final de su carrera. Y no puede decirse que fuera tranquilizadora. En resumen, constata Escofet la existencia de dos grandes amenazas para la seguridad de Cataluña: la actividad que despliegan los anarquistas, tras el impulso renovado que representa el congreso de la FAI celebrado en Zaragoza en mayo de 1936, y que coloca en primera fila a Durruti y a Ascaso, dos líderes de línea dura, carismáticos y valientes hasta la temeridad; y las maniobras de los conspiradores que desde las filas del ejército aspiran a derribar el gobierno del Frente Popular, y de paso el de la Generalitat, con el apoyo de falangistas y de otros activistas de extrema derecha que, si bien son menos numerosos que en otras regiones, se muestran en Cataluña especialmente diligentes y comprometidos con la causa.

En cuanto a los anarquistas, es más que notable la rapidez con que reconstituyen sus fuerzas. Confirman así el vaticinio que le hiciera en marzo a Chaves Nogales un militante de Tarrasa, al que el periodista le había dicho que todos los políticos catalanes, incluidos los socialistas y comunistas y los anarquistas moderados, como Ángel Pestaña, fundador del Partido Sindicalista, daban por liquidadas a la CNT y la FAI:

Todo eso de que hablan es pura fantasía. No tienen a nadie, absolutamente a nadie. El pueblo catalán está con nosotros. El sentimiento anarquista en Cataluña es indestructible. Los grupitos socialistas y comunistas, así como ese sindicalismo político que predica Pestaña, son puras invenciones de teorizantes. La verdad somos nosotros, la Confederación. Lo verá usted pronto, muy pronto.

A comienzos del verano de 1936, en efecto, los anarquistas hacen sentir su poderío en Cataluña con huelgas y movilizaciones que paralizan las fábricas y los servicios públicos. Incluso van más allá: el 2 de julio cae asesinado el gerente de la fábrica llamada La Escocesa, un súbdito británico apellidado Mitchell. Y sus planes no se detienen ahí. Una de las conclusiones del congreso de Zaragoza es que el pueblo en armas es la mejor garantía contra cualquier tentativa de restaurar el antiguo régimen, ya que «miles de trabajadores han pasado por los cuarteles y conocen la táctica militar moderna». Sobre esta premisa, una de las prioridades de los líderes de la FAI es conseguir armas, y entre los primeros desvelos de la Policía, a las órdenes de Escofet, está requisarles las que ya tienen e impedirles que accedan a los arsenales, cuya entrega reclaman y que se muestran dispuestos a asaltar.

Ese mismo 2 de julio se produce otro intento de asesinato, en esta ocasión frustrado, contra la persona del coronel Crispulo Moracho, jefe del regimiento Alcántara nº 14 de Infantería, un militar de conocida lealtad republicana, además de defensor de Escofet en el consejo de guerra que lo condenó a muerte por su actuación del 6 de octubre de 1934. Tras esta acción, tercera que se produce contra la vida de Moracho, y en la que se utilizan dos granadas Laffite en plena plaza de Cataluña y a la luz del día, está la otra amenaza que le quita el sueño al nuevo comisario general: el sector del ejército resuelto a acabar con el gobierno de la República. Con los anarquistas, aunque los hechos se encargarán de desengañarle, Escofet cree poder combinar la respuesta legal y policial frente a las acciones puramente delictivas con la negociación política con los elementos más moderados. Con quienes alientan la rebelión militar, en cambio, tiene claro desde el principio que no queda más remedio que anticiparse a sus movimientos y estar prevenido para, en caso necesario, aplastarlos por la fuerza. A tal efecto se ocupa de limpiar de elementos golpistas, en la medida de lo posible, la oficialidad de los cuerpos de seguridad a sus órdenes, y nombra jefe de servicios de la comisaría general al comandante de Infantería y diplomado de la Escuela de Guerra Vicente Guarner. Esta decisión, según afirma en sus memorias, obedece a la convicción que tiene, y no se va a equivocar, de que en el caso de una rebelión militar en Barcelona, esta llevará a una lucha entre las fuerzas de seguridad y las del ejército y Guarner será «un jefe de Estado Mayor ideal». La expresión, más propia de un jefe de tropas que de un jefe policial, da una buena idea del ambiente prebélico en el que se produce el nombramiento.

En la toma de posesión de Guarner, el 4 de julio de 1936, están de nuevo presentes los jefes policiales, entre ellos los de la Guardia Civil, con José Arangurer al frente. Tanto Escofet como Guarner reiteran en sus discursos su compromiso con la República y con la Generalitat y hacen un llamamiento a mantener la disciplina y la lealtad al gobierno y al pueblo. El acto concluye con los vivas a la República y a Cataluña que una vez más secundan al unísono todos los presentes.

Por aquellos días el gobierno de la Generalitat es plenamente consciente de que con toda probabilidad va a tocarle enfrentarse a una sublevación militar. Hasta tal punto que, en la reunión que mantiene Escofet con Companys tras la toma de posesión del comisario general, el *president* le consulta sin ambages si cree que podrán sofocar la rebelión, que da prácticamente por hecha. Escofet le manifiesta su optimismo, y aduce para respaldarlo un argumento que revela hasta qué punto ha meditado sobre el fracaso de 1934 y sobre el peso que tiene la legitimidad de una causa a la hora de infundir o restar valor a quien la sostiene. Dice Escofet que en 1934 observó cómo no pocos de los hombres a sus órdenes, de cuyo coraje tenía

prueba por servicios anteriores, se habían mostrado nerviosos y en algún momento agarrotados incluso por una especie de pánico. Y es que, razona, una cosa es estar *dins de la legalitat*, dentro de la legalidad, con un código que no sólo protege, sino que valora tu actuación, y otra estar en una posición de rebeldía, y que te sitúa frente a ese mismo código. Esa conciencia, que mermó el ánimo de quienes secundaron el ilegal pronunciamiento de 1934, no dejará tampoco de erosionar la determinación de la oficialidad rebelde, calcula Escofet, si en lugar de apoderarse de Barcelona en un paseo militar, como esperan, se encuentran enfrente a unas fuerzas de seguridad resueltas a impedirselo por todos los medios.

A esas alturas, no son pocos los oficiales del ejército comprometidos con la rebelión en Barcelona, pese a la ceguera del general jefe de la 4ª División, Llano de la Encomienda, al que Escofet trata de convencer, en vano, de que tome medidas contra ellos. Lo más que consigue es que consienta en la detención del capitán López Llinás, a quien se le imputa el atentado contra el coronel Moracho, por lo que se le encierra en el castillo de Montjuïc a la espera de juicio. También hay golpistas entre las filas de la Guardia Civil, y alguno queda en los otros cuerpos de seguridad. Y es que en esos primeros días de julio, dos semanas antes de que se desencadenen los acontecimientos, ya está muy avanzado el plan de alzamiento militar contra la República, que ha ido elaborando y comunicando a los conjurados, con febril previsión, un viejo conocido del lector y de Aranguren: el general Emilio Mola Vidal.

Las directrices para la ejecución del golpe, que acabarán siendo las que conformen lo que va a ocurrir a partir del 17 de julio, las elabora un hombre que dispone, para empezar, de una completa información acerca del país que pretende controlar por la fuerza (no olvidemos que ha sido director general de Seguridad); que posee también la inteligencia y la capacidad analítica para identificar las fortalezas y las debilidades del movimiento a cuyo triunfo quiere contribuir; y que, en cuanto a su idiosincrasia y su concepción militar, se ha forjado en el mando de tropas de choque en el marco de una guerra colonial, una de cuyas bazas principales, como ya se vio, era el recurso a las fuerzas indígenas, convenientemente estimuladas por la promesa del botín, para doblegar con su agresividad y por el terror al enemigo. Si como director general de Seguridad, y así se aprecia en sus memorias de ese periodo, Mola se preocupó hasta cierto punto de actuar con proporcionalidad, lo que ahora tiene ante sí es una acción de guerra, en la que prevalece en su ánimo el combatiente en cuya memoria aún resuenan los disparos en los barrancos del Rif, y que allí ha aprendido que la mejor forma de imponerse en la batalla es no darle cuartel al adversario.

Así se desprende de las llamadas «instrucciones reservadas» que a partir de mayo de 1936 empieza a redactar y transmitir a sus cómplices. Es consciente Mola, y

así lo recoge ya en sus escritos sobre su paso por la dirección general de Seguridad, de que para hacerse con el control del país es vital apoderarse de las principales ciudades, y en particular de la capital. En la instrucción reservada número 1 reconoce que es muy difícil que el golpe triunfe en Madrid de entrada, y es que, aunque no las menciona expresamente, cuenta con que las fuerzas de seguridad, incluida la Guardia Civil, que tienen fuertes guarniciones en la capital, como en el resto de las grandes ciudades, no se sumen a la rebelión en la medida en que él lo desearía. En este punto tiene su interés recordar que era Mola hijo de un oficial de la Guardia Civil, por lo que le constaba de manera muy cercana la disciplina y la obediencia a la ley y al gobierno constituido que caracterizaban al instituto armado. Diseña un plan de acción centrípeto, en el que serán las divisiones periféricas sublevadas las que hayan de caer sobre Madrid, desde Valencia, Zaragoza, Burgos, Valladolid, Logroño y Pamplona. En cuanto a la 4ª División, entiende Mola que ya será bastante tarea para ella «tener a raya a las masas proletarias de Cataluña».

Respecto de cómo ha de conducirse la rebelión, y dejando al lado las previsiones estratégicas, tácticas y de intendencia, que las instrucciones fijan con detalle (así como la organización provisional del nuevo régimen y las medidas que aprobará con carácter urgente), el autonombrado *Director* del movimiento no deja lugar a dudas: «Se tendrá en cuenta que la acción ha de ser en extremo violenta para reducir lo antes posible al enemigo, que es fuerte y bien organizado». Para quienes se pasen desde el campo enemigo, contempla reglas que recuerdan las políticas seguidas en África con las tribus sometidas: «A las fuerzas enviadas por el Gobierno que se pasen a nuestras filas se les obligará a ir en vanguardia de las propias, delante de la plataforma del cañón, pues así se podrá comprobar cuál es su conducta». Para mejor persuadir a las tropas, contempla Mola incentivos que no difieren mucho de los que se ofrecían a los rifeños de las harcas que combatían en Marruecos al lado de los españoles, o lo que es lo mismo, la recompensa económica: «Los alféreces y suboficiales que tomen parte en el movimiento serán recompensados con el empleo inmediato o destino civil, si así lo desean, de sueldo equivalente al del empleo-recompensa que se les ofrece. Los cabos de análoga circunstancia percibirán una gratificación en metálico de carácter vitalicio o colocación civil decorosa; los soldados, seguridad de trabajo con jornal remunerador en las provincias de donde son naturales». Como si de mercenarios se tratara.

Por lo que toca a los militares que no se avengan a sumarse a la rebelión, la instrucción reservada número 5 es terminante: «Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes que aquel que no está con nosotros está contra nosotros, y que como

enemigo será tratado. Para los compañeros que no sean compañeros, el movimiento triunfante será inexorable». En este punto, hasta puede decirse que el antiguo comandante de tropas indígenas va aún más allá de lo que se hacía con los rebeldes marroquíes, a quienes incluso después de hacer numantina resistencia con las armas a la acción del protectorado se les perdonaba la vida y se les daba la oportunidad de redimirse, empleos y hasta dignidades. Los militares leales a la República, en cambio, son malas hierbas que deben ser erradicadas sin contemplaciones, y sin redención posible.

La instrucción que acabo de citar está redactada el 20 de junio, casi un mes antes del alzamiento. En un informe reservado de fecha 1 de julio, el *Director* constata que alguna de las instrucciones anteriores se ha filtrado a quien no debía, lo que compromete la operación. El golpe empieza a ser vox pópuli, y no es de extrañar que Escofet, nada más acceder a su puesto en la Generalitat, se aplique a tratar de dominarlo. Es en esas circunstancias, con la sublevación ya en la cuenta atrás (aunque hay generales, como Franco, que aún dudan si han de sumarse a la intentona, no por falta de ganas o convicción, sino porque no las tienen todas consigo respecto a sus opciones de éxito), cuando se produce la cadena de asesinatos que precede al alzamiento.

El 12 de julio de 1936, unos pistoleros abaten al teniente José del Castillo, de la Guardia de Asalto. El asesinato, cometido muy probablemente por un grupo de falangistas, es una venganza por la muerte de Andrés Sáenz de Heredia, primo hermano de José Antonio, provocada por los disparos de un guardia de la sección que manda Castillo, en el transcurso de los disturbios producidos a raíz de la muerte de un alférez de la Guardia Civil. En respuesta a la muerte de Castillo, instructor de las milicias de las Juventudes Socialistas, al igual que el también asesinado capitán Farauo, un grupo de guardias de Asalto, a quienes se unen el capitán Condés, de la Guardia Civil (aquel cuya agitación había observado Escofet en el entierro de Farauo) y el militante socialista Luis Cuenca, que había sido chófer y guardaespaldas de Indalecio Prieto, se presentan al día siguiente, 13 de julio, en casa del diputado derechista José Calvo Sotelo. Le ordenan que les acompañe y Calvo Sotelo, ante la conminación de las armas, obedece. Lo suben a una camioneta y por el camino suenan dos disparos, al parecer hechos por Cuenca, que acaban con la vida del parlamentario.

El asesinato del diputado, y opositor al gobierno, no será lo que precipite el golpe, ya decidido de antemano; pero termina de justificarlo y empuja a los indecisos. Para José Aranguren, en Barcelona, y para Manuel Goded, que conspira en Palma, se acerca la hora decisiva.

A partir del 13 de julio de 1936 se aceleran, por parte de todos, los preparativos del choque. Por su parte lo hacen Mola y el resto de los militares conjurados, entre los que se cuenta Goded y desde esa fecha, a raíz del asesinato de Calvo Sotelo, también Franco, que aún la víspera enviaba un mensaje en clave al *Director* («geografía poco extensa»), con el que daba a entender que el golpe no estaba amarrado de manera suficiente. Eso no quiere decir que no estuviera por darlo: Franco ya le había remitido poco antes, a finales de junio, una muy improcedente y farragosa carta a su ministro, Casares Quiroga, advirtiéndole del descontento y la inquietud de la mayoría de los militares. Mientras tanto, en Barcelona, los anarquistas comandados por Durruti y Ascaso, de un lado, y el comisario general Escofet, de otro, reúnen fuerzas y ponen a punto sus respectivas estrategias. En el resto del país, y aunque el gobierno muestra una incomprensible pasividad, que bien justificará y dará lugar a su dimisión en pleno el 18 de julio, las milicias de todo signo, anarquistas, socialistas, comunistas, falangistas y tradicionalistas, también están listas para pasar a la acción. Unos tienen ya armas, los otros esperan conseguirlas en cuanto empiecen a sonar los tiros, y las expectativas de todos van a cumplirse. En un país donde muchos miles de hombres han pasado por el ejército y por la guerra africana, como bien recuerdan los estrategas de la FAI, a ningún fusil disponible le va a faltar quien sepa tirar del cerrojo y apuntarlo contra alguien, incluso acertarle en más de una ocasión al apretar el gatillo. Otra cosa, como advierte Escofet, es que eso sirva para ganar la partida.

Son justamente las memorias del comisario general de Orden Público de la Generalitat, y en este caso su segunda parte, titulada *La victòria*, las que nos ofrecen mejor idea del ánimo con que viven esos días el general Aranguren y los hombres a sus órdenes. Admite Escofet, por otra parte es su deber, que somete a espionaje a los guardias, entre los que mantiene fuentes que lo tienen puntualmente informado. Es muy consciente el jefe policial catalán del peso que tendrá la actitud que el instituto armado decida adoptar en el momento del golpe, y no las tiene todas consigo. En primer lugar, porque Aranguren no está formalmente a sus órdenes, aunque lo trate siempre con exquisita deferencia e incluso lo salude usual y protocolariamente con un «a sus órdenes, señor comisario» que llega, dice, a azorarlo, cuando recuerda que su grado militar es el de simple capitán, muy por debajo del de general que tiene el responsable de la Guardia Civil en Cataluña. Y en segundo lugar, porque le consta la existencia de elementos golpistas, y muy comprometidos con la conspiración, entre las filas beneméritas. Tiene en la recluta de oficiales de la Guardia Civil para el

alzamiento un papel protagonista el teniente coronel del cuerpo Manuel Pizarro Cenjor, antiguo ayudante de Sanjurjo, junto al que fue condenado por el golpe de 1932, y que bastantes años después, ya con el grado de general, se distinguirá en la represión y liquidación de los maquis de Levante. Cuenta el comisario general que Pizarro, so pretexto de actividades industriales, se presenta en Barcelona y contacta con el capitán Eladio Pin y el comandante Recas, de conocida inclinación derechista, a quienes entrega un formulario para comprometer la adhesión de los oficiales de la Guardia Civil en Barcelona, y que Escofet transcribe:

El abajo firmante (grado), del 19 Tercio de la Guardia Civil, jura por Dios y promete por su honor cumplir exactamente lo siguiente: apoyar moral y materialmente el Movimiento, poniendo a disposición del mismo la unidad de su mando y cumplir exactamente las órdenes que reciba de los jefes del mismo; tomar el mando de unidades superiores, si llegara el caso y así le fuera ordenado; acatar y hacer que se acate por todos la forma de Gobierno que se implantará caso de triunfar el Movimiento.

Este documento, que deja claras unas cuantas cosas (por ejemplo, el desparpajo con que se invita a los oficiales a apropiarse para sus fines de las unidades cuyo mando ostentan en interés y servicio del país, y la previsión de una forma de gobierno que no parece ser la República votada por la ciudadanía), consigue no pocas adhesiones en escalones bajos de la oficialidad: entre esos tenientes y capitanes que, como fundadamente temía Aranguren durante las discusiones que tenía con sus hijos, secundarán por obtuso romanticismo la aventura de los astutos y ambiciosos generales que actúan, en buena medida, por otros motivos. O lo que es lo mismo: entre esa «juventud enloquecida» de la que hablaba el que antaño fuera su jefe, el viejo general Burguete.

Cuenta Escofet que ante estas informaciones, y otras aún más alarmantes, como la complicidad de algunos guardias civiles en el tráfico de armas con destino a los paisanos complicados en la intentona, decidió llamar por separado a su despacho a los máximos responsables de la Guardia Civil en Cataluña, a quienes confió sir tapujos su convicción de que estaba a punto de producirse un movimiento militar y que necesitaba saber con quién podía contar o no para enfrentarlo. Según afirma, mantuvo la misma conversación con el general Aranguren y con los coroneles Brotons y Escobar, aunque sólo detalla lo hablado con este último, al que consideraba el más dudoso, porque tenía la sospecha de que formaba parte de la Unión Militar Española, o UME, la asociación que agrupaba a los militares de ideas conservadoras y, en general, nada partidarios del régimen republicano. Dice Escofet que Escobar, que era un poco sordo, meditó acerca de sus palabras y, sin precipitarse, le dio una respuesta en principio intranquilizadora:

—Si el movimiento militar que, como usted dice, va a producirse tiene un carácter nacional, y es toda la guarnición de Barcelona la que se lanzará a la calle, esto representa un estado de opinión, y es natural que, en este caso, no sea yo personalmente quien tenga que decidir, sino mis superiores del Instituto, a quienes he de consultar y ellos deben decidir la actitud que todos debemos adoptar.

De ser cierto el testimonio de Escofet, y sus memorias, en las que no escatima dar cuenta de sus errores ni reconocerle méritos al adversario, parecen especialmente sinceras y fiables, el coronel, que más adelante iba a distinguirse, y hasta el final de la guerra, por su heroísmo y sacrificio al servicio de la República, habría tenido un más que significativo momento de vacilación, que el comisario general creyó necesario atajar con toda firmeza: le dijo a Escobar que no le parecía una respuesta aceptable, que tenía la convicción de que entre sus subordinados había ya oficiales que habían optado por sublevarse, sin esperar a ver si ello representaba un «estado de opinión», y que si había un alzamiento, fueran muchos o pocos los que se sumaran a él, lo único decoroso era actuar dentro del marco de la Constitución y de los reglamentos y ordenanzas, es decir, dentro de la legalidad republicana, y oponerse a los rebeldes. Tras escuchar aquel alegato, Escobar, según Escofet, permaneció un largo rato en silencio y acabó diciendo:

—Tiene usted razón, señor comisario. Cuente usted conmigo.

Era Escobar, nacido en Ceuta en 1879, e hijo de un militar muerto en la guerra de Cuba, un veterano guardia civil. Había ingresado en 1899 en el colegio para oficiales de la Guardia Civil de Getafe, al que se incorporó como sargento procedente del ejército y del que salió como segundo teniente en 1901 (el mismo año en que se cerró aquel colegio, situado en el histórico Hospitalillo de San José, y que la oficialidad del cuerpo formada en las academias militares nunca vio con buenos ojos). Durante sus treinta y cinco años de servicio activo como oficial del instituto armado había recorrido infinidad de destinos, de Valencia a Huesca o Ávila, recalando varias veces en Madrid: entre otras, fue responsable de la línea de Getafe, donde había realizado sus estudios. En 1931, con el grado de teniente coronel, mandaba la segunda comandancia del 26º Tercio, con cabecera en Madrid, y desde ese puesto asistió a la proclamación de la República, cumpliendo las órdenes de no estorbarla y ponerse a su servicio dadas por la dirección general del cuerpo. Muy poco después, le tocó vivir las quemadas de conventos e iglesias y asaltos a otros edificios de mayo de 1931. A Escobar, que era un católico ferviente, miembro de la Adoración Nocturna Española, los servitas de la iglesia de San Nicolás de Madrid, y terciario de los franciscanos, entre otras congregaciones religiosas, debió de producirle espanto lo que entonces vio. Los hombres a su mando se ocuparon en aquellos días de la

protección de la sede del diario *ABC* y del Círculo Monárquico, dos objetivos preferentes de las iras revolucionarias, e incluso evacuaron en un camión del cuerpo a unos religiosos que se habían escondido en un sótano tras el incendio de su convento.

Estas circunstancias, y lo que veía en aquella Barcelona de 1936 a la que había sido destinado en abril como culminación de su carrera, y en cuyas calles exhibían su pujanza los muy anticlericales anarquistas, pueden explicar sus dudas en aquella entrevista con Escofet. Sin embargo, era Escobar un hombre de profundas convicciones y arraigada disciplina, y según José Cobreros, el nieto de Aranguren, mantenía una excelente relación con su abuelo. En los dos meses que llevaban trabajando juntos, el general le había tomado afecto a aquel coronel que, en la hora decisiva, iba a encabezar a pie de calle a los guardias civiles para mostrar a los rebeldes de qué lado estaba el cuerpo. Conocedor de la labor de caridad que como terciario de los franciscanos hacía Escobar, Aranguren, que siempre había sido un hombre de pulcro vestir, le daba la ropa que por estar gastada ya no solía ponerse.

—Tenga, Escobar, para sus pobres —le decía.

—Para nuestros pobres, mi general —le replicaba Escobar—. Nuestros pobres, que los pobres son de todos.

De sus conversaciones con el otro coronel, Brotons, y el general Aranguren, no da Escofet ningún detalle, pero me atrevo a interpretar que ninguno de ellos mostró el menor titubeo, y en especial me atrevo a suponerlo en el caso de Aranguren, además de por su carácter y su convicción porque dependía y recibía instrucciones directas del inspector general, Sebastián Pozas, de quien el comisario general resalta «su lealtad a toda prueba». La conclusión que sacó Escofet, a raíz de sus contactos con los dos coroneles y el general, fue que, si bien no podía contar con la colaboración de toda la Guardia Civil, por la existencia en sus filas de elementos comprometidos con el golpe, la actitud de sus jefes le permitiría no tener que considerarla como enemiga.

Poco antes del golpe, según le cuentan a Escofet sus confidentes dentro de la Guardia Civil, se celebra una reunión de oficiales y jefes del cuerpo en el cuartel de la calle Ausiàs March. En esa reunión, los dos coroneles, por indicación del general jefe de la zona y en plena sintonía con él, exponen su determinación de mantenerse leales al gobierno legalmente constituido. La decisión la ha tomado Aranguren, que está en constante comunicación con las autoridades de la Generalitat, la inspección general en Madrid y el general Llano de la Encomienda, jefe de la división. Ha de hacer aquí el general jefe de la Guardia Civil un delicado ejercicio de equilibrista. Por un lado, la ley deja clara su subordinación al gobierno catalán, representado en la persona del *conseller*, en cuanto a las funciones de seguridad y orden público encomendadas al cuerpo. Por otro, ocupa la jefatura de la Guardia Civil de Cataluña

por designación del inspector general Pozas, del que es subordinado desde el punto de vista institucional. Y en cuanto que general al mando de un cuerpo de carácter militar, está supeditado, para las misiones militares que puedan desarrollar sus hombres, al general jefe de la división. Ninguno de los tres, sin embargo, lo exhorta a hacer otra cosa que cumplir con sus obligaciones legales, a las órdenes de la Generalitat, por lo que su postura tan sólo puede ser una.

La decisión de reunir a los oficiales para ponerlos al corriente se ha tomado en la reunión previa que el general ha mantenido con los dos coroneles. Lo que estos exponen, con energía y convicción, provoca el disgusto de los oficiales proclives al golpe. Según el testimonio que recibe Escofet, al salir de la reunión, Brotons le dice a Escobar:

—Nosotros no nos podemos meter en política. Nuestro deber es mantener el orden contra quien intente perturbarlo.

Por el contrario, se oye decir al comandante Recas, uno de los más significados y activos entre los oficiales afines a los sediciosos:

—Todo está perdido. Estos señores nos van a llevar al deshonor y van a arruinar la patria.

Por esas mismas fechas la dirección anarquista, formada por Buenaventura Durruti, Juan García Oliver y Francisco Ascaso, miembros del grupo denominado Nosotros, que en la práctica asumía el liderazgo de la FAI, el ala dura del movimiento libertario, se preparaba febrilmente para actuar contra la sublevación militar; pero también para aprovechar, como acabó haciendo, la debilidad que en el momento del golpe iban a mostrar el Estado y la República burguesa en los que no creían y que llevaban años combatiendo con las armas en la mano.

Si se hace abstracción de su violencia, más de una vez extrema e indiscriminada, no era muy difícil simpatizar con la causa anarquista en la España de aquellos tiempos, en la que la injusticia social era, más que flagrante, insoportable, sin que la República, por obra de las idas y venidas políticas, terminara de ponerle solución. El anarquismo, predicado además por líderes brillantes y persuasivos, prometía una sociedad igualitaria e ideal, y si en ningún lugar de Europa prendió su utopía como en España, y en especial en el campo andaluz y en las zonas industriales catalanas, ello fue porque en pocos lugares se producía una explotación tan sistemática y una tan abusiva exclusión de la riqueza de los trabajadores, a los que para más escarnio se enviaba como carne de cañón a esas guerras africanas de las que, en contraste, se libraban los pudientes mediante la redención a metálico.

Sin embargo, tampoco está de más recordar las reflexiones de quien fuera en su

día un convencido anarquista, y testigo de cargo de excesos en la represión como el de Casas Viejas, Ramón J. Sender, que empezó a distanciarse de aquel ideario cuando vio que la ferocidad con que desde el anarquismo se atacaba a la República ponía en peligro sus logros, y en particular los avances en justicia social que, pese al desdén que los dirigentes libertarios mostraban por ellos, no eran despreciables: «leyes sociales en las que nunca hubiera creído nadie hace unos años, con posibilidades de carácter socializante, con jurados mixtos que sistemáticamente dan la razón al obrero». Del mismo modo, las maniobras de los anarquistas, de las que debían estar pendientes quienes trataban de disponer la defensa de Barcelona frente a la inminente rebelión militar, distraían a las fuerzas leales a la República y daban oxígeno a los conspiradores, aunque cuando comenzaron los combates ayudaran de manera incuestionable a derrotarlos.

En los días previos al golpe, además de las movilizaciones y huelgas más o menos habituales, fue para la dirección anarquista una obsesión conseguir armas; llegaron incluso a reclamar al *conseller* España que les diera mil fusiles, con los que la CNT garantizaría la derrota del ejército. El responsable de Gobernación de la Generalitat se negó, pero los anarquistas no cesaron en su empeño. Siguieron adelante con sus planes para el asalto al parque de Artillería de Sant Andreu, que contaba entre otro material de guerra con treinta mil fusiles. Y en la tarde del 17 de julio, en un golpe de audacia, irrumpieron en varios barcos mercantes amarrados en el puerto y se hicieron con dos centenares de armas largas, que repartieron entre los distintos sindicatos, incluido el metalúrgico, cuya sede estaba en la rambla de Santa Mónica. Allí envió Escofet a su jefe de servicios, el comandante Guarner, con la orden de requisar el armamento. Tras tratar de negociar infructuosamente con los responsables del sindicato, que se negaban a entregar las armas robadas, Guarner se acabó encontrando frente a frente con el mismísimo Durruti, quien, según cuenta su biógrafo Abel Paz, le espetó:

—Hay veces en la vida en que no se puede cumplir una orden. Por la desobediencia, el hombre se hace civilizado. Civilícese usted, haciendo causa común con el pueblo. Su uniforme ya no significa nada. No hay más autoridad que el orden revolucionario y este demanda que los fusiles estén en manos de los trabajadores.

Al final, se llegó a un compromiso más bien desairado para la autoridad, con la entrega de doce rifles en mal estado. El mensaje, sin embargo, era inequívoco, y no iba a tardar en hacerse realidad. Los anarquistas, de entrada, sólo iban a contar con esos fusiles robados, algunos viejos winchester, armas cortas y una ametralladora Hotchkiss sacada pieza a pieza del cuartel de las Atarazanas por soldados afectos a la causa libertaria. Pero su determinación y las medidas que tomaron para llevarla a

efecto ayudarían a aumentar considerablemente su arsenal, que, si bien no los hizo tan decisivos para derrotar el golpe como ellos pretendían (y como luego quedaría en la memoria colectiva), sí les iba a dar, luego, la llave de la explotación de la victoria.

Lo que había sucedido el 17 de julio por la tarde, y la gente de Durruti ya lo sabía, era que había dado comienzo en África la sublevación militar, con la neutralización de los generales al mando: el general Romerales, comandante de Melilla, destituido y hecho prisionero por sus hombres, y el general jefe del ejército de África, Gómez Morato, arrestado igualmente cuando acudía a la plaza a sofocar la rebelión. Gómez Morato salvó finalmente la vida, pero Romerales fue condenado a muerte y ejecutado un mes después. Otro de los militares que allí quedaron por defender la legalidad republicana fue el comandante Ricardo de la Puente Bahamonde, primo hermano del general Franco y jefe del aeródromo de Sania Ramel en Tetuán, que consiguió inutilizar los aviones antes de rendirse a los sublevados. También se mantuvo leal el jefe accidental de la base de hidroaviones del Atalayón, cerca de Melilla, el capitán Virgilio Leret Ruiz, militar ilustrado, tres veces condecorado por méritos de guerra, y brillante ingeniero, que en 1935, cuatro años antes de que volara el Heinkel 178, primer reactor de la historia, ya había registrado una patente de motor de reacción.

Los dos fueron pasados por las armas: Leret, al amanecer del 18 de julio, semidesnudo y con un brazo roto. Ricardo de la Puente, el 4 de agosto, en virtud de la sentencia de muerte que su primo, ya por entonces al mando de las tropas africanas sublevadas, no quiso conmutar. Todo lo que hizo fue declinar firmarla, pasándole el dudoso honor de hacerlo al general Orgaz; aquel que siendo coronel conquistó con sus Regulares el Yebel Bu Zeitung, desde donde los de Abd el-Krim bombardeaban Tetuán. La inclemencia que el *Director* del alzamiento había prescrito empezaba a demostrarse. Y aquello era tan sólo el principio.

El 18 de julio la rebelión empieza a extenderse por la Península y los dos archipiélagos. En Las Palmas de Gran Canaria, en cuyo aeropuerto de Gando aguarda desde el día 15 un avión privado Dragon Rapide alquilado por civiles implicados en la sublevación, el general Franco proclama a primeras horas de la mañana el estado de guerra. La rebelión se impone en todas las islas, con alguna resistencia en el caso de Tenerife, donde el general Orgaz, allí desterrado, saca las tropas a la calle para sofocarla, y también en La Palma y en La Gomera. En estas últimas se distinguen en defensa de la República guardias civiles como el brigada Francisco García Mas comandante del puesto de Vallehermoso, que a la cabeza del pueblo en armas, y siguiendo las órdenes del gobierno, resistirá frente a los sublevados hasta el 25 de julio, lo que le valdrá ser condenado a muerte y fusilado un mes más tarde. Franco lanza una proclama en la que, entre otras cosas, dice salir al paso del «espíritu revolucionario e inconsciente de las masas explotadas y engañadas por los agentes soviéticos», «la malicia y negligencia de autoridades de todo orden que, amparadas por un poder claudicante, carecen de autoridad y prestigio para imponer el orden y el imperio de la libertad y la justicia» y «los extranjeros y extranjerizantes que, directa o solapadamente, intentan destruir a España». Y para disipar las dudas que pueda suscitar el movimiento, termina afirmando:

Nuestro impulso no se determina por la defensa de unos intereses bastardos, ni por el deseo de retroceder en el camino de la Historia, porque las Instituciones, sean cuales fueren, deben garantizar un mínimo de convivencia entre los ciudadanos que, no obstante las ilusiones puestas por tantos españoles, se han visto defraudados, pese a la transigencia y comprensión de todos los organismos nacionales, con una respuesta anárquica cuya realidad es imponderable.

Como la pureza de nuestras intenciones nos impide el yugular aquellas conquistas que representan un avance en el mejoramiento político-social, y el espíritu de odio y venganza no tiene albergue en nuestros pechos, del forzoso naufragio que sufrirán algunos ensayos legislativos, sabremos salvar cuanto sea compatible con la paz interior de España y su ansiada grandeza, haciendo reales en nuestra Patria, por primera vez y por este orden la trilogía Fraternidad, Libertad e Igualdad.

No deja de ser llamativo el afán de ordenar «debidamente» esos tres grandes principios, propugnados en secuencia distinta por los revolucionarios franceses de 1789; o la reiterada *excusatio non petita* acerca de los verdaderos motivos del movimiento. Pero, sobre todo, aflora en este mensaje lo peor y más rancio del militarismo hispano: la misión redentorista que, sin legitimidad ni cualificación para ello, y en nombre de una patria superior al pueblo que la forma, se arroga un simple general de división cuya escuela no va más allá de una guerra colonial en la que ni

siquiera tuvo un papel decisivo y las intrigas luego sostenidas en los aledaños del poder. Asoma ya aquí el que durante cuatro décadas, pese al desinterés por la política que cómicamente manifestó alguna vez, será el dictador de los destinos de sus compatriotas, y lo hace con escaso disimulo y la pobre retórica que lo va a caracterizar durante su largo desempeño de la más alta autoridad del Estado.

En Baleares, el general Goded asegura con relativa rapidez el control para los rebeldes de las islas de Mallorca e Ibiza, pero no logra hacer otro tanto con Menorca, que permanece leal al gobierno por la decidida actuación de los suboficiales del ejército y la Armada, que impiden al general golpista José Bosch, comandante militar de la isla, trasladarse a Mallorca para reemplazarle. Goded no puede, sin embargo, entretenerse a solventar este contratiempo, porque se le ha asignado en el movimiento una misión trascendental: desplazarse a Barcelona para encabezar el movimiento en la capital de Cataluña, donde las tropas se preparan para salir a la calle en la madrugada del 18 al 19.

En un principio se iba a encargar de esa función el general González Carrasco, en situación de disponible forzoso, y antiguo conocido de Goded, que le había relevado al resultar herido en la acción de Feddan Yebel de 1922 en la que también hirieron a Varela y Escofet. De hecho, pocos días antes había caído en poder de los agentes de seguridad a las órdenes del Escofet el bando de guerra firmado por González Carrasco y repartido a los oficiales golpistas. Pero al parecer estos no terminaban de ver con buenos ojos a aquel general (de quien el comisario, que lo había tenido de jefe en África, guardaba un pésimo recuerdo, por su crueldad con los soldados indígenas) y le pidieron a Goded que ocupara su lugar, proposición que este aceptó, contra el parecer de Mola, que lo prefería en Valencia, donde veía el triunfo de la insurrección más factible. El *Director* no podía, sin embargo, oponerse al criterio de Goded, general de división y, por tanto, su superior jerárquico, y que tal vez, confiando en su capacidad, se vio tentado por la preeminencia que le daría entre los generales sublevados conseguir el triunfo del alzamiento en Cataluña. González Carrasco marchó entonces a Valencia, donde intentaría encabezar el golpe sin éxito, y de donde, fracasada su tentativa, consiguió huir antes de ser detenido. Goded sustituirá así por segunda vez a su antiguo compañero, aunque en esta ocasión no va a tener tanta fortuna como en la anterior.

El golpe se produce a lo largo del 18 de julio en otras guarniciones, y en particular en las andaluzas. En Sevilla toma el mando el general Gonzalo Queipo de Llano, antiguo conspirador republicano, y en ese momento inspector general del cuerpo de Carabineros, que apenas lo secundará en su rebelión y mostrará una lealtad muy mayoritaria a la República, lo que le costará su disolución al término de la

guerra. Los rebeldes encuentran en Andalucía una fuerte resistencia, que en Málaga, donde se mantienen leales la Guardia de Asalto y la Guardia Civil (o para ser más exactos, los suboficiales y guardias, que destituyen y encierran a sus oficiales golpistas), determina el fracaso del golpe. En Granada, el general Miguel Campins uno de los jefes de columna del desembarco de Alhucemas, donde combatiera codo a codo con Franco, se mantiene en un principio leal a la República, pero los oficiales sediciosos a sus órdenes acaban por levantarse y le empujan a declarar el estado de guerra. En Sevilla, tras duros combates, Queipo de Llano consigue imponerse, y a continuación emprende una encarnizada represión, con miles de fusilamientos, que le valdrá el apodo de *Virrey de Andalucía*. Embriagado por su poder, acaba pasando por las armas el 16 de agosto de 1936 al general Campins, bajo la acusación de haber desobedecido sus órdenes, sin que sirva de nada la petición de clemencia que le hace Franco, en un infrecuente gesto de piedad.

Cádiz también cae del lado rebelde, después de que el general Varela, preso en el castillo de Santa Catalina, sea liberado por orden del gobernador militar. Al frente del ejército y de un nutrido grupo de falangistas armados, Varela aplasta la resistencia, sostenida por las fuerzas de seguridad y militantes anarquistas y del Frente Popular que se hacen fuertes en el gobierno civil y el ayuntamiento. La llegada de tropas de Regulares desde Melilla acaba con la reacción republicana, a la que sucede, como es regla del alzamiento, una implacable represión que se traduce en decenas de fusilados. Entre ellos, veinte de los cuarenta concejales del ayuntamiento y una mujer, Milagros Rendón, que en mala hora había dado en unirse a los defensores del gobierno civil.

Así, a lo largo de esa jornada y de la siguiente, y con desigual fortuna, la sublevación se va desencadenando por todo el país. En poder de los sublevados quedarán inicialmente, además de Marruecos, los archipiélagos (salvo Menorca, que será republicana durante toda la guerra) y Andalucía occidental, las regiones de Galicia, Navarra y Castilla la Vieja, y parte de Extremadura y Aragón, incluida la capital, Zaragoza. En Madrid, Levante, Andalucía oriental, Badajoz, Castilla la Nueva y la cornisa cantábrica, incluidos el País Vasco y Asturias, la resistencia que encuentran los rebeldes les impide consolidar su acción. Es especialmente dura la respuesta que recibe la sublevación en Asturias, donde se repiten hechos similares a los de la revuelta de 1934, y en especial contra los guardias civiles, que en buena parte se ponen del lado de los militares rebeldes y cuyos cuarteles asaltan los mineros enardecidos por la dura represión de dos años atrás. En el de Sama de Langreo los mineros colocaron cargas de dinamita y lo volaron con casi doscientos guardias civiles dentro, después de dejar salir a mujeres y niños. Defendiendo el de Caravia se

quedó solo el guardia Antonio Moreno Rayo: disparaba cambiando de ventana contra los centenares de mineros que lo asediaban. Acabó cayendo prisionero y lo fusilaron sentado en una silla, porque de las heridas no se tenía en pie.

Es interesante anotar un dato poco conocido: de los veinticuatro generales de división en activo y con mando el 1 de julio de 1936, tan sólo se sublevaron cuatro (Goded, Franco, Cabanellas y Queipo de Llano); los otros veinte permanecieron leales al gobierno. Entre ellos merece mención destacada el general Domingo Batet, jefe de la 6ª División, y que el lector de esta historia recordará por sus informes sobre los militares africanistas y su papel en Barcelona en octubre de 1934. Era esa división, por cierto, a la que pertenecía Mola. Este le había asegurado a Batet, cuando fue a verle en persona para confirmar su obediencia al gobierno, que no pensaba intentar nada, y el jefe de la división cometió el error de creerle. Era Batet un militar de una pieza: impresiona verlo fotografiado, siempre tieso y adusto, y el pecho siempre limpio, sin medallas, aunque poseía unas cuantas. Lo arrestaron sus propios hombres y lo sometieron a consejo de guerra, que lo condenó a muerte. Por él intercedieron dos jefes sublevados que lo conocían y estimaban desde antiguo, Cabanellas y Queipo de Llano. Franco hizo caso omiso y lo mandó fusilar el 1 de febrero de 1937. Dicen que fue una represalia contra Queipo, por desoír este su petición de clemencia para Campins. Tampoco era mucha la simpatía que el ya entonces proclamado Caudillo sentía por quien en tan poca estima lo tenía en sus informes.

Pero lo que a esta historia interesa, por encima de todo, es lo que ocurre en Cataluña, que es tanto como decir lo que ocurre en Barcelona, donde se va a decidir la suerte de toda la región autónoma.

En la mañana del 18 de julio, el comisario general Frederic Escofet, sabedor de que el golpe se extiende por el resto del territorio español, pone a punto su plan de defensa. Lo ha elaborado a conciencia, junto a su mano derecha, el jefe de servicios de la comisaría y comandante Vicente Guarner. Tiene una amarga experiencia que le será muy valiosa: la del 6 de octubre de 1934, cuando las tropas, siguiendo las órdenes de Batet, convergieron sobre la plaza de Sant Jaume para apoderarse de los centros de poder de la Generalitat. Deduce, acertadamente, que el plan de los sublevados será el mismo, partiendo de los mismos puntos y por las mismas vías, y estudia esas rutas para decidir los cruces donde apostar a sus fuerzas, los cerca de dos mil agentes de Seguridad y Asalto y los trescientos de las Esquadras de Cataluña, para estorbar los movimientos de los sublevados e inmovilizarlos donde pueda cercarlos y obligarlos a rendirse. La relación completa de unidades y acuartelamientos con los que van a contar los rebeldes, y el despliegue para frenarlos, cuya exposición va más allá del propósito de este libro, los detalla Escofet en el suyo, al que remito al lector curioso de estas cuestiones.

Lo que queda claro, leyéndole, es que los rebeldes, que se limitaron a reproducir de forma poco imaginativa el plan de Batet de 1934, se encontraron con que tenían enfrente lo que probablemente menos se esperaban: una mente militar capacitada y resuelta a sacarle el máximo partido a sus contadas pero profesionales fuerzas, a las que dispuso y dirigió con una decisión y una frialdad que serían cruciales en el resultado de la jornada. Los sublevados lo apostaban todo a su superioridad en potencia de fuego y al cálculo de que tan sólo tendrían que hacer frente a fuerzas dispersas y mal dirigidas, ya fueran policiales o de las milicias anarquistas. Iba a salirles caro aquel error.

A la Guardia Civil, que no depende de él, Escofet le asigna un papel de fuerza de reserva, que va a resultar determinante, y que no tiene más remedio que negociar con sus jefes. Aranguren le facilita la tarea: en la mañana del 18 de julio, cuando la noticia del alzamiento militar ya corre por doquier, se presenta en su despacho, acompañado de los coroneles Escobar y Brotons, para cambiar impresiones «acerca de la grave situación» y, literalmente, «recibir órdenes». Pienso por un momento en el ánimo de Aranguren, que tiene a sus hijos varones muy lejos de allí, en Galicia; una región que quedará del lado rebelde, por el que ambos van a acabar combatiendo (al igual, dicho sea de paso, que los dos hermanos de Escofet: dos de tantísimos ejemplos de familias partidas por la guerra). Ignoro si ha podido comunicar o no con ellos,

pero sabe bien de sus simpatías políticas y debe de temerse lo peor. Y sin embargo, ahí está, presentándose ante las legítimas autoridades republicanas, que en Cataluña son las de la Generalitat, para ponerse a sus órdenes y cumplir con su deber y su promesa de fidelidad.

La conversación que allí tiene lugar la refiere Escofet en pintorescos términos: viene a decir que hace uso de todas sus habilidades diplomáticas para convencer a Aranguren de tomar una decisión que en realidad es la que el comisario quiere sin que se note que la razón por la que se la sugiere es que no confía en la lealtad de los guardias civiles, o de una buena parte de ellos. Al razonar así, no sólo hace un cálculo que los hechos se van a encargarse de desmentir, porque serán muy pocos los guardias que finalmente se adhieran a la sublevación, sino que posiblemente ignora también el talante que Aranguren ha demostrado una y otra vez, desde aquellos días de abril de 1931 en que un director general de Seguridad fuera de sí, y ahora *Director* del alzamiento en marcha, trató en vano de obligarle a oponerse a la voluntad popular. Tampoco es casual que el mismo gobierno que ha tomado la decisión de pasar a la reserva a un buen puñado de jefes y oficiales del cuerpo, por su actitud golpista, haya acordado ascenderlo a general y destinarlo a Barcelona. Con todo, expone Escofet:

—No es que dude, mi general, de la actitud que adoptarán sus fuerzas al producirse el movimiento subversivo que indudablemente tendrá lugar esta noche. Porque estoy seguro de la lealtad de usted y de sus dos coroneles, sé que su fuerza responderá. Con todo, y aunque estén prevenidos, no hay duda de que si todas las fuerzas están acuarteladas en sus puestos habituales, es decir, en pequeños contingentes, alguna de ellas podría quedar circunstancialmente aislada, rotas sus comunicaciones con el mando, cosa que sería lamentable, porque tendremos necesidad de todos los elementos de que disponemos.

Una vez que ha desplegado la excusa que el comisario cree necesaria para suavizar su petición, llega el momento de explicitarla:

—¿No sería mejor, mi general —le pregunta a Aranguren—, que para evitar el hecho que acabo de exponerle, concentrara usted todas sus fuerzas en los dos cuarteles de Ausiàs March y de Consejo de Ciento, a cuyo frente podría poner a los dos coroneles, mientras usted podría instalarse en la consejería de Gobernación, en contacto directo con el consejero, señor España, y desde donde podría ordenar todo lo que hiciera falta, de acuerdo con la marcha de los acontecimientos?

El general, dice Escofet, no opuso objeción alguna a aquella petición (que, aunque él la evoca en catalán, no dudo que le hizo en castellano) y le respondió sin más que cumpliría sus órdenes. No tiene Aranguren menor interés que el comisario en

neutralizar a aquellos de los suyos dispuestos a desobedecerle, esos capitanes y tenientes de cuya falta de templanza tanto recela, y tiene clara su obligación, que no es otra que hacer lo que disponga aquel hombre, de un grado militar muy por debajo del suyo, pero investido de la autoridad legítima con arreglo a las leyes que se ha comprometido a defender. Comparte con él, además, algo que los hace afines: su pasión por los caballos. Pese a todo, cree Escofet que ha de vestir de un modo más amable lo que acaba de ocurrir, para lo que imprime a la conversación otro sesgo, dice, a fin de «acabar dando la impresión de que era él quien me había propuesto aquella disposición y que yo la había aceptado complacido».

Los jefes de la Guardia Civil salen del despacho de Escofet y no tardan en poner en marcha lo acordado. Los guardias civiles se concentrarán en los dos cuarteles señalados al efecto; en cuanto a Aranguren, va a seguir la jornada desde la Conselleria de Gobernación, en el antiguo edificio de la Aduana, junto al Pla de Palau. Allí, junto al *conseller* España, estará preparado para transmitir las órdenes precisas, y será allí, también, donde desempeñe el papel que le reserva la Historia.

En un momento de la jornada, Aranguren acude a la reunión que celebra el general jefe de la división, Llano de la Encomienda, con todos los generales de la plaza, para comentar la situación creada por la rebelión que ha comenzado en África. En esa reunión, Llano reclama a los jefes bajo su mando que se mantengan a las órdenes del gobierno, sin que ninguno exprese la menor objeción ni haga ver su alineación con la sublevación, aunque al menos dos están comprometidos con ella. De la reunión Aranguren saca la confirmación de que la autoridad militar de la región se mantiene leal al orden constituido, sin que por tanto se le plantee dilema alguno en cuanto a su propio comportamiento. El general jefe de la división, haciendo gala de cierta ingenuidad, concluye que las fuerzas a su mando están controladas.

El comisario general Escofet no es del mismo parecer. Después de su reunión con Aranguren y sus dos coroneles, se pone al habla con Llano de la Encomienda, a quien ahora enfrenta al hecho consumado del alzamiento que se extiende por todo el territorio nacional y apremia a que detenga a setenta oficiales de los que le consta por informes fidedignos su compromiso con el golpe. El general se niega, alegando que semejante movimiento tendría el efecto de desencadenar la rebelión que se considera aún en condiciones de evitar. A la vista de esta respuesta, Escofet va a ver a Companys y pone su cargo a disposición del *president*. Este se comunica urgentemente con Madrid, con el ministro de la Guerra y presidente del gobierno, Casares Quiroga, que le asegura que transmitirá instrucciones precisas al general Llano para que arreste a los sediciosos. Pero, por razones difíciles de comprender, el general no llevará a efecto esa orden: se limita a dejar a tres de ellos en situación de

disponibles, decisión que no impedirá que al día siguiente salgan, como el resto, al mando de las unidades sublevadas.

Ese mismo día, Escofet redacta un informe para el gobierno central con el resumen de toda la información de la que dispone sobre el golpe. Lo entrega en mano al diputado Joan Casanelles, que toma el expreso de Madrid junto al capitán y antiguo director general de Seguridad de la República Arturo Menéndez. En Zaragoza, ciudad que gracias a la rebelión del general Cabanellas se une desde el primer momento a los sublevados, los detienen a ambos y los trasladan a Pamplona, donde quedan a disposición de Mola, el temible *Director* del alzamiento. Casanelles logra huir, pero Menéndez, un militar republicano, que se distinguió en el ejercicio del cargo por su adhesión al nuevo régimen, recibe de quien le precedió en la dirección general de Seguridad el mismo trato que dará a otros, incluido algún prestigioso compañero de armas: una ejecución clandestina y sin juicio.

Quienes tampoco pierden el tiempo durante aquella jornada son Durruti, Ascaso, García Oliver y sus hombres. Ponen a punto el dispositivo para el día siguiente, con el objetivo principal de defender las dependencias de los sindicatos anarquistas y hostigar a los militares, con grupos de activistas repartidos por la ciudad, en especial por su casco viejo. También prestan especial atención al parque de Artillería de Sant Andreu, de cuyas armas tienen la obsesión de apoderarse. Señala Abel Paz que Durruti y Ascaso se revelan como mejores estrategas que los responsables de seguridad, al montar una guerrilla urbana que va a ser más dañina para los militares que las unidades policiales desplegadas por Escofet. Es, cuanto menos, una afirmación dudosa, y no sólo por el armamento de los anarquistas, escaso y de fortuna, y su instrucción y su disciplina, que son inferiores, en todo caso, a las que tienen los guardias, ya sean de Seguridad, de Asalto o civiles.

Lo que de veras va a estorbar a los militares en su maniobra inicial, frustrándola y fijándolos en posiciones desventajosas, no es la acción de unas partidas que no pueden ir más allá del acoso puntual, sino la acción de fuerzas bien apostadas que, haciendo uso de una potencia de fuego suficiente y coordinada, les impedirán cruzar por los puntos clave de la ciudad. Allí es donde los ha situado la previsión de un jefe que demuestra saber aplicar sus conocimientos tácticos, adquiridos en un escenario tan diferente como la guerra marroquí, a un combate urbano que diseña de manera meticulosa y profesional, con previsión de reservas y del enlace entre todas las unidades y con el mando de la operación, a la que, una vez quede inmovilizado el enemigo, va a incorporar fuerzas de refresco, igualmente capacitadas y disciplinadas, con las que logrará derrumbar su moral y obligarlo a rendirse.

Los anarquistas, con todo, van a saber apuntarse sus tantos, con un hábil

aprovechamiento oportunista de la coyuntura frente a las unidades que, mal mandadas y peor maniobradas, acaban quedando comprometidas. Gracias al innegable arrojo y a la determinación de los más aguerridos entre ellos, se harán además con un armamento que ayudará a inclinar la balanza en contra de los rebeldes. A las tres de la mañana del 19 de julio, Durruti, Ascaso y García Oliver, después de recorrer las sedes de los distintos sindicatos, se retiran a descansar al apartamento de Gregorio Jover, en el 273 del paseo de Pujades, esquina con Espronceda, en el Poble Nou. Están todos exhaustos: sólo Durruti conserva energías para bromear, al ver el aspecto que ofrecen sus compañeros. Jover reparte pan, butifarra y vino tinto. Comen todos, escribe Abel Paz, salvo Ascaso, que fuma nerviosamente un cigarrillo después de otro. La radio emite una música lánguida, que se interrumpe a las cuatro de la madrugada para dar paso a un aviso a la población sobre la rebelión inminente. Me imagino a Aranguren, a unas cuantas calles de allí, en la sede de la *conselleria*, escuchándolo también. Desde las doce de la medianoche, conforme al plan acordado con la comisaría general de Orden Público de la Generalitat, las fuerzas de la Guardia Civil a sus órdenes están concentradas en sus cuarteles del número 78 de la calle Ausiàs March y 425 de Consell de Cent (el mismo número donde, andando los años, y no puedo dejar de anotar como una curiosa casualidad más, se alzaría el edificio en el que tendrán su domicilio social, entre otras compañías y entidades, el diario *El Periódico*, que allí sigue a la fecha de escribir estas líneas, y durante varios años, incluido 1997, cuando se inicia para mí con la publicación de *La flaqueza del bolchevique* una relación editorial que ya dura más de dos décadas, Ediciones Destino). Todos esperan lo que ha de llegar y nadie puede, en medio del calor pegajoso de aquella noche, conciliar el sueño.

A las cuatro y cuarto de la mañana, el regimiento de Infantería Badajoz nº 13 sale de su cuartel de Pedralbes. El golpe está en marcha, y el número de la unidad que lo inicia encierra todo un presagio.

Entre el mediodía del 18 de julio y las primeras horas del día 20, cuatro aviones despegan de cuatro ciudades distintas con un general a bordo cada uno de ellos. Los cuatro vuelos serán históricos y decisivos para quienes los realizan y para el curso de los acontecimientos que van a registrar aquel verano sangriento y los años posteriores: no sólo los tres de la guerra, sino por espacio de décadas. Es un curioso ejercicio el de repasar conjuntamente esos cuatro vuelos, y señalar sus semejanzas y sus diferencias. El primero está listo en el aeródromo de Gando, en la isla de Gran Canaria, al comienzo del día 18. Lo hace un avión De Havilland DH 87 Dragon Rapide de la línea privada británica Olley Air Service. Su piloto, el inglés Ceci Bebb, cree que se trata de llevar a un líder rifeño a iniciar una sublevación en el Marruecos español, idea que le parece de lo más romántica. Tras pasarse tres días en la isla, descubre a quién va a trasladar realmente, por encargo del banquero Juan March, que ha puesto dos mil libras para financiar el viaje, con la mediación del director de *ABC*, Juan Ignacio Luca de Tena, su corresponsal en Londres, Luis Bolín y un militar y un editor británicos vinculados al MI6, el servicio de inteligencia de su país. Se trata de un español de discreta estatura, vestido de civil: el general Franco.

Este vuelo, cuya salida se retrasa a las 14.33, es el más largo. Su destino es Tetuán, la capital del protectorado, donde Franco va a hacerse con el mando del golpe que ya ha estallado allí la víspera. Sin embargo, y aunque el Dragon Rapide desarrolla una velocidad de crucero superior a los doscientos kilómetros por hora, suficientes para cubrir en apenas seis horas los 1.260 kilómetros que separan Las Palmas de Tetuán, se demora en llegar hasta las siete de la mañana del día siguiente, tras hacer una escala en Casablanca, donde el general, siempre vestido de paisano, pasa la noche. Dicen las malas lenguas que la demora es intencionada, que Franco pide los periódicos para saber cómo va la cosa, y que tras despegar de Casablanca sin llevar todavía encima el uniforme, que se pone en vuelo, aún ordena dar un par de vueltas al aeródromo de Tetuán, que hasta hace pocas horas estaba al mando de su primo Ricardo de la Puente Bahamonde, leal a la República, para cerciorarse de que quienes abajo lo esperan son de los suyos.

El segundo vuelo parte poco después de la una del mediodía de ese 18 de julio desde el aeródromo militar de Getafe. El aparato es del mismo modelo, un Dragon Rapide, pero en esta ocasión pertenece a la Aeronáutica militar, a la escuadrilla de transporte y bombardeo basada en ese aeródromo. A bordo va el general de división Miguel Núñez de Prado y Susbielas, recién nombrado inspector general del ejército y

hasta entonces responsable del arma aérea, función esta en la que ha asegurado la lealtad de la mayor parte de los aeródromos a la República (incluidos los de África, cuyos jefes morirán por defenderlos). Pilota el avión el alférez Pedro Mansilla, al que acompaña el cabo mecánico de Aviación José Loaso Bibián. Su destino es el aeródromo de Zaragoza, y su misión, encomendada por el presidente del Consejo, Casares Quiroga, garantizar que la división que allí tiene su cabecera no se subleve, ante la actitud poco clara mostrada por quien la manda, el general Miguel Cabanellas, antiguo director general de la Guardia Civil. Núñez de Prado viste su uniforme reglamentario, y emprende la misión, que demostrará ser en extremo peligrosa, sin más compañía que la reducida tripulación y sus dos más estrechos colaboradores.

En el aeródromo de Zaragoza lo recibe el gobernador, que lo lleva al gobierno civil. Allí lo recoge el general jefe de la brigada, que lo invita a acudir a la sede de la división, donde se pierde su rastro para siempre. Aunque hay versiones contradictorias, lo más probable es que fuera arrestado, tras un enfrentamiento con Cabanellas, finalmente comprometido con el golpe, y que lo trasladaran a la fortaleza de San Cristóbal, en Pamplona, convertida en prisión militar, donde de un modo u otro, y bajo la férula de Mola, acabaron con su vida. De sus compañeros de vuelo, sólo se salvó el mecánico, al pasarse a los sublevados. Los otros tres desaparecieron o murieron con seguridad. Lo terrible es que Núñez de Prado era antiguo compañero de Cabanellas, que había sido amigo de su padre, y un africanista tanto o más caracterizado que los que con esa aureola organizaron la rebelión. Condecorado por su heroísmo en Marruecos, tanto antes como después del desastre de Annual, citado elogiosamente por su valor en el mismísimo *Diario de una bandera*, el testimonio escrito de Franco sobre sus primeros tiempos en el Tercio, y hasta distinguido en su día con el título de gentilhomme del rey (como el propio Franco, Varela u Orgaz, entre otros), se le liquidó sin juicio, sumiéndolo en olvido muy conveniente para quienes después, con triste éxito, darían en presentar el alzamiento como un hecho unánime del estamento militar.

Dando un salto en la secuencia, el cuarto vuelo despegó en la mañana del 20 de julio de 1936 del campo de aviación improvisado de Boca do Inferno, en Estoril. A los mandos del aparato, un pequeño De Havilland DH 80 Puss Moth, va el piloto Juan Antonio Ansaldo, que lleva a bordo al general José Sanjurjo Sacanell, antiguo alto comisario y general en jefe del ejército de España en Marruecos, antiguo director general de la Guardia Civil y golpista apartado del ejército por sus actividades ilegales y antirrepublicanas. Viste de civil, como Franco: hay una fotografía, tomada poco antes del despegue, que lo atestigua. Su destino es Burgos, donde Sanjurjo ha de

incorporarse al alzamiento como general en jefe por consenso de los conjurados, entre los que destaca claramente por méritos, antigüedad y prestigio.

Fue este el vuelo más breve: poco después de despegar, el avión, quizá demasiado cargado, rozó con las copas de unos árboles; el piloto notó entonces una sacudida y una trepidación, que supuso debida a una rotura en los trenes, pero al ganar altura la trepidación creció, temió que fuera la hélice e hizo un aterrizaje de emergencia en un prado cercano, con tan mala fortuna que chocó contra el cerco de piedra que lo rodeaba. Ansaldo pudo salvarse in extremis. Sanjurjo murió en el incendio del avión, atado a su asiento. Hubo quien especuló con un sabotaje, pero el piloto atribuyó el percance al pesado equipaje que había cargado Sanjurjo, en un avión que no andaba precisamente sobrado de empuje.

Desaparece así de escena el más caracterizado, sin rival comparable, de los militares africanistas: el único que puede decir que ha vivido en primera línea todos y cada uno de los momentos trascendentales de las campañas de Marruecos, desde 1909 hasta el exterminio del último reducto rebelde, en el corazón del Ajmás, en el verano de 1927. Jefe de valor reconocido por todos, general mediano en lo estratégico y con un innegable carisma en lo personal, dos veces laureado, garante de la pacífica proclamación de la República en 1931 y golpista contra ella tan sólo un año después, humorista en momentos solemnes y hasta dramáticos para él mismo, marqués del Rif por gracia real que no aseguró su lealtad a la Corona en las horas más negras para esta y *León del Rif* para sus hombres. De José Sanjurjo puede decirse cualquier cosa salvo que fue un hombre vulgar. Ambicioso y muy imbuido de sus propios merecimientos, como quizá sea imprescindible en quienes cuajan una biografía como la suya, su muerte va a abrir una discusión nada fácil, porque nadie hay de su perfil entre el resto de los generales conspiradores, y son varios los que se creen más que los demás.

Aquel absurdo accidente de aviación iba a cambiar la Historia. En vez de la junta presidida por Sanjurjo que tenían prevista los alzados, el bando rebelde lo dirigirá una junta de defensa provisional presidida por Cabanellas, hasta el nombramiento en otoño de ese mismo año de Franco como Caudillo único del alzamiento, con múltiples consecuencias. Por señalar tan sólo dos, es de imaginar que de haber caído en manos de Sanjurjo, que conocía en carne propia lo que era estar condenado a muerte y beneficiarse del indulto de la República, el general jefe de la división de Burgos, Batet, habría tenido la oportunidad de salvar la vida que no tuvo en manos del sobrevenido dictador; y que de haber dependido de Sanjurjo el confirmar la sentencia contra Aranguren, el antiguo general jefe del ejército de África no habría olvidado la disciplina y la abnegación que mostró su compañero de

promoción cuando hubo de servir a sus órdenes, en Marruecos y después.

El tercer vuelo, cronológicamente hablando, es el que de manera más directa nos interesa: parte de la bahía de Palma de Mallorca alrededor de las once de la mañana del día 19 de julio de 1936 y lo realiza una flotilla de cuatro hidroaviones Savoia Marchetti S-62, pertenecientes a la Aeronáutica naval, que han amarrado poco antes en la bahía procedentes de su base de Mahón. A uno de ellos sube, con su uniforme reglamentario, como Núñez de Prado, el general de división Manuel Goded Llopis que se dirige a Barcelona para encabezar la rebelión que ha comenzado en la capital de Cataluña casi siete horas antes. A los otros tres suben su hijo, Manuel, su ayudante, el comandante Lázaro y el capitán Casares. El piloto del hidro del general es el teniente de navío Martínez de Velasco. La salida se produce con retraso: según el plan, Goded debería haber llegado a Barcelona a muy primera hora de la mañana. En el origen de la demora pueden estar las dificultades que la sublevación encuentra en Menorca, de donde vienen los aviones (y a donde volverán luego para quedar en poder de la República, al igual que los pilotos, arrestados por sus propios subordinados). El vuelo es más bien breve: los Savoia pueden volar sobre los doscientos kilómetros por hora, por lo que no tardan demasiado en cubrir los 206 kilómetros que separan Palma de Barcelona.

Al llegar a la vista de la ciudad, Goded contempla desde el hidroavión que lo transporta un espectáculo que no contribuye a tranquilizarle. No puede oír, seguramente, el ruido de fusilería y artillería, porque se lo impide el rugido de los motores del aparato; pero sí puede ver las barricadas en avenidas y plazas, signos de lucha en algunos espacios de la ciudad, y las nubes de humo que a esa hora del mediodía producen los combates. Y lo que es más desazonador para él, apunta Luis Romero en su libro *Tres días de julio*, que narra en detalle la jornada y contiene una vívida descripción del momento: en los edificios oficiales, comenzando por el Palau de la Generalitat, sigue ondeando la bandera de Cataluña. A Goded, que sabe que llega tarde, con la función ya iniciada por otros, y que, como buen militar, con experiencia además en grandes acciones bélicas, es muy consciente de la importancia de la preparación y sincronización en las operaciones, debe de asaltarle entonces, al ver bajo sus pies el puerto y la ciudad de los que tiene la intención de apoderarse, un oscuro presentimiento.

Imagino que no se hace ilusiones respecto de la capacidad de quienes dirigen en ese momento la acción sobre el terreno: ni la oficialidad de los distintos regimientos, ni el general Fernández Burriel, jefe de la 2ª Brigada de Caballería, y cabeza provisional de la sublevación a la espera de que llegue Goded, son formidables estrategas. Quizá, más allá del sentimiento del deber, o la ambición personal, o lo que

quiera que sea que lo lleva a aceptar aquella misión envenenada, calcula que juega a su favor la incompetencia del enemigo, que imagina por un lado formado por pistoleros y milicianos con baja o nula instrucción, y por otro por fuerzas de seguridad con pocas capacidades como unidades de infantería, salvo en el caso de los de Asalto y la Guardia Civil. En su cabeza, habituada al pensamiento estratégico, bullen las ideas: antes de nada, se trata de ver en qué estado se halla y qué posiciones ha alcanzado la ofensiva lanzada en la ciudad por los distintos regimientos; a partir de ahí, resulta vital desactivar las unidades más peligrosas a las que puede recurrir el enemigo, lo que, conocida la firme adhesión republicana de la mayoría de los integrantes de las fuerzas de Asalto, sitúa como diligencia insoslayable en su mente intentar atraer a su lado a los guardias civiles. Y ello pasa por hablar con Aranguren, un hombre al que conoce, lo que le debe de suscitar una inquietud adicional: aquel leal servidor de la monarquía, cuando esta era el régimen legalmente establecido, se ha portado, desde la primera hora, como un servidor no menos leal de la legalidad republicana.

Supongo que teme mucho menos a los anarquistas que disparan en las calles con las armas que van tomando de los soldados capturados, muertos o heridos en los enfrentamientos, como hacían los rifeños a los que supo combatir y derrotar. Debe de tenerlos en una estima bastante más baja que la que le inspiraban los guerreros marroquíes, a los que llegó a respetar por su valor y por el aprendizaje táctico que demostraron a lo largo de la campaña. Los anarquistas en armas, en eso no anda errado, cuentan con una intendencia improvisada, al estilo de la «capucha del moro» de la que hace irónica mención en su libro sobre África. Pero van a demostrar un valor y una capacidad de aprendizaje semejantes a los de los hombres de Abd el-Krim y, sobre todo, se van a aprovechar de las muchas torpezas cometidas por los militares. Once años después, Goded se enfrenta en la capital de Cataluña a su nuevo desembarco de Alhucemas: de nuevo va a tomar posiciones en un territorio hostil, con el mar por el que llega como límite acuciante de su maniobra; pero esta vez todo va a salir mal, porque todo ha sido mal planificado y ejecutado, y porque no va a disponer de esas harcas aguerridas que le sacaban de todos los apuros y que en plena noche tapaban las grietas del frente. Su ciencia militar va a encontrarse en la situación de mayor impotencia: ante un escenario en que el enemigo ha preparado mejor la acción y dispone de esos combatientes decisivos de los que él, en cambio, carece. El más triste epílogo para quien, como admite Escofet, es el más capacitado de los generales españoles.

Las primeras señales, y bien elocuentes, las recibe tan pronto como pone el pie en el muelle de la Aeronáutica naval, en el actual Port Vell. Los oficiales que han

acudido a recogerle se lo revelan sin tapujos: ha venido a caer en un avispero. Ahora sí puede oír los disparos de los combates que menudean por toda la ciudad, y en especial en torno a las Ramblas y el Paralelo, donde los anarquistas han asentado sus reales y desde donde acosan a los militares atrincherados en la plaza de España, las Atarazanas y las llamadas entonces Dependencias Militares, en la esquina de la Rambla con el paseo de Colón. Por si le queda alguna duda, de camino hacia el cercano edificio de la división o de Capitanía General, en el número 14 del paseo de Colón, disparan contra el coche en el que lo trasladan. Los pilotos que han quedado en el muelle, por su parte, perciben en seguida la animosidad de la tropa y los suboficiales de la Aeronáutica naval, poco o nada alineados con la rebelión, y para salvar los aparatos, o sus propias vidas, despegan en seguida, sin encomendarse a nadie, y regresan a su base de Menorca, donde, paradojas de la vida, les aguarda el mismo ambiente adverso.

El general entra, me imagino que con paso firme, en el edificio de la última unidad que va a mandar en su brillante carrera militar. Esa 4ª División sublevada cuyos pedazos se baten en las calles de Barcelona, y a la que tiene la misión de conducir a una victoria imposible.

¿Qué es lo que ha sucedido exactamente, en las ocho horas transcurridas desde la salida del cuartel de Pedralbes de la primera unidad sublevada? De nuevo el resumen más exhaustivo se encuentra en las memorias del entonces comisario general Escofet, con una descripción pormenorizada de los movimientos de cada unidad y de su encuentro con los diferentes dispositivos que para interceptarlos había situado en puntos estratégicos, y que van a funcionar más que razonablemente: si bien alguno de ellos se ve desbordado, tanto por escasez de efectivos como por la defección de unos pocos oficiales que se unen al golpe, en general cumplen con la misión de obstaculizar a las tropas en su avance hacia el centro de la ciudad. No es cuestión aquí de detenerse en todos los detalles, pero merece la pena recoger algunos de los hechos que se desarrollaron en las primeras horas de aquel 19 de julio.

Tan pronto como tiene noticias de que un regimiento se ha echado a la calle en plena madrugada, Escofet llama al general jefe de la división, Llano de la Encomienda, que a esas alturas intenta infructuosamente recabar la adhesión a la República de unas unidades, casi todas las que integran las fuerzas bajo sus órdenes, que o bien le ningunean o bien le dan excusas y pretextos. El general reconoce amargamente que no tiene medios para contener la rebelión, y Escofet le espeta:

—Entonces, mi general, le comunico que yo asumo la dirección.

Apenas le cuelga el teléfono al desconcertado general, Escofet se vuelve al jefe de servicios de la comisaría, el comandante Guarnier. Y mientras se quita la americana y se fija la pistola al cinto, le dice:

—La comisaría general se ha convertido en un puesto de mando del que tú serás el jefe de Estado Mayor. Como tal, ordena al comandante Arrando —el jefe de las fuerzas de Seguridad y Asalto— que comunique a todo el dispositivo la triste noticia, para que todos estén preparados para el combate, y ordena a las unidades afectadas que contengan el avance de las fuerzas del regimiento de Pedralbes, que se dirigen por la Diagonal al centro de la ciudad. Que los jefes de unidad arenguen a sus tropas, para que sepan que van a luchar en defensa de la Generalitat y de la República, amenazadas por unos oficiales traidores a su juramento de lealtad. A medida que tengamos más noticias, se las transmitiremos, convertidas en instrucciones y en órdenes.

Acto seguido, telefonea a la Conselleria de Gobernación, para informar al *conseller* España de la salida de las tropas y de la descorazonadora conversación con el general jefe de la división. También le pide que le informe de las iniciativas que

tome, tanto respecto de la Guardia Civil, bajo sus órdenes directas, como de la Aviación militar, única arma del ejército que va a permanecer enteramente fiel a la República. El coronel Escobar está en su despacho del cuartel de Consell de Cent donde también está concentrada la fuerza de la 1ª comandancia del Tercio a sus órdenes, que manda el teniente coronel Antonio Moreno Suero. En el cuartel de Ausiàs March se concentran las fuerzas de la 2ª comandancia del Tercio, bajo el mando del teniente coronel Modesto de Lara Molina. Todos ellos están desde primera hora alertados de la salida de las tropas y pendientes de las órdenes de Aranguren, que permanece en la sede de la *conselleria*, al lado de su responsable y en comunicación constante con el gobierno central y el inspector general del cuerpo, el general Sebastián Pozas. Junto a él están su ayudante, el comandante Luis Espinosa, y el coronel Brotons, cuyo tercio apenas tiene fuerzas desplegadas en la ciudad, y que realizará durante la jornada funciones de enlace. En cuanto a los aviadores, mantendrán en la *conselleria* al teniente Meana, enlace permanente con el aeródromo del Prat, cuyo jefe, el teniente coronel Felipe Díaz Sandino, republicano desde la primera hora (y aun antes: estuvo ya implicado en la intentona de 1930), se atenderá escrupulosamente a las órdenes de obedecer al gobierno dadas por el infortunado general Núñez de Prado.

Al regimiento de Badajoz, sublevado en contra de la voluntad de su jefe legítimo, el coronel Espallargas, por iniciativa de un grupo de oficiales encabezados por el comandante López Amor, siguen el grueso de las unidades acantonadas en la capital. Del cuartel de la calle Lepanto sale el regimiento de Caballería Santiago nº 3 al mando de su coronel, Francisco Lacasa, lo que le produce a Escofet una especial contrariedad: fue este durante muchos años su regimiento, en el que sirvió en dos periodos a lo largo de su carrera. Desde el cuartel de la calle Tarragona parte el otro regimiento de Caballería, el de Montesa nº 4, encabezado por su coronel jefe, Escalera, que arenga antes de la salida a las tropas asegurando que «el ejército debe intervenir declarando el estado de guerra» y que «hay que luchar por una república mejor que la que tenemos y por un gobierno más honrado». Otra decepción personal, y bien profunda, para Escofet, que había tenido a Escalera como profesor en la Academia de Caballería y siempre lo había considerado un ejemplo y un modelo para su propio comportamiento.

También salen a las calles los artilleros. El regimiento de Artillería de montaña nº 1 lo hace desde su acuartelamiento de los Docks, en la avenida de Icària, contra las órdenes de su coronel, Francisco Serra Castells, y bajo las directrices, entre otros, del comandante José Fernández Unzué, el mismo oficial que llegó con sus cañones

hasta la plaza de Sant Jaume en la jornada del 6 al 7 de octubre de 1934, en un movimiento que sería clave para forzar la rendición de la Generalitat, y que a todas luces el comandante aspira a repetir, esta vez como sedicioso. En cuanto al regimiento de Artillería ligera nº 7 abandona su cuartel de la calle de Sant Andreu del Palomar, bajo las órdenes de su jefe, el coronel José Llanas, comprometido con la rebelión. El parque de Artillería nº 4, contiguo al regimiento, queda guarnecido por sus tropas, al mando de sus oficiales, todos partidarios del golpe, reforzados por unos doscientos falangistas y tradicionalistas que se presentan en la madrugada y que reciben uniformes y armamento para ayudar a su defensa.

Al frente de los dos regimientos de Caballería está el general jefe de la brigada, Álvaro Fernández Burriel, que asume el mando interino del golpe en Barcelona a la espera de Goded y se traslada a la división. Al mando de los artilleros se rebela su general, Justo Legorburu. El único regimiento que no se va a echar a la calle desde los primeros momentos es el de Infantería Alcántara nº 14, cuyo coronel, el masón Crispulo Moracho, defensor de Escofet en su consejo de guerra, se encuentra ausente con permiso de verano. Los oficiales al mando del segundo jefe, el teniente coronel Roldán, alineados en un principio con el golpe, no muestran la decisión necesaria para sacar a la tropa, sobre todo después de que se presente en el cuartel el general leal Ángel San Pedro, jefe de la brigada de Infantería de la capital, para leer el decreto del gobierno que licencia a los soldados cuyos jefes se rebelen. Este general se ve arrestado por sus propios hombres cuando intenta hacer lo mismo en el cuartel del regimiento de Badajoz, el más comprometido con la intentona y el primero en salir hacia sus objetivos.

Los movimientos de estas unidades son, en líneas generales y con pocas variaciones, los que ya ha anticipado Escofet: el regimiento de Artillería nº 1 pretende avanzar sobre la Conselleria de Gobernación, en el Pla de Palau, y luego apoderarse del Palau de la Generalitat y el Ayuntamiento en la plaza de Sant Jaume. El regimiento de Caballería Santiago nº 3 se propone enlazar con el regimiento de Artillería nº 7 en el llamado Cinc d'Oros, el cruce de la Diagonal con el paseo de Gracia, desde donde controlarían la parte alta de la ciudad. En cuanto al regimiento de Caballería Montesa nº 4, sus objetivos son la plaza de la Universidad y la plaza de Cataluña, donde ha de enlazar con las fuerzas del regimiento de Infantería Badajoz nº 13, cuya misión principal, a la que se destina el grueso de sus efectivos, reforzados por un grupo de falangistas, monárquicos y carlistas armados, es asegurar la plaza de Cataluña y apoderarse, entre otros, del edificio de la Telefónica, que la domina por entero. Una compañía de este último regimiento se encamina hacia la división, en el paseo de Colón, para neutralizar a su general jefe y asegurarla como puesto de mando

de los rebeldes. Otro escuadrón del Montesa tiene como objetivo la plaza de España, donde debe enlazar con una sección del regimiento de Artillería de montaña.

Tales eran los objetivos principales, amén de otros muchos de menor entidad, aunque no por ello menos valiosos. Un buen ejemplo de ello fueron las instalaciones de las dos emisoras de radio, Radio Barcelona, en su sede actual de la calle Caspe, y Radio Asociación de Cataluña. Las dos fueron protegidas por el previsor comisario Escofet con sendas escuadras de agentes del cuerpo de Seguridad, con lo que impidió que cayeran en manos de los rebeldes, privándoles así de una importante baza propagandística que habrían de echar de menos cuando la suerte del combate empezó a inclinarse del lado de sus enemigos.

Haciendo una síntesis muy apretada de la batalla, las fuerzas rebeldes lograron, no sin bajas ni apuros, llegar a sus objetivos del paseo de Colón, la plaza de España, la plaza de la Universidad y la plaza de Cataluña, tras desbordar las fuertes columnas del Badajoz y el Montesa las defensas opuestas por los agentes de Seguridad y Asalto desplegados por Escofet, que se batieron heroicamente. Tal fue el caso de la 49ª compañía de Asalto, que mandaba el capitán Francisco Arrando, hermano del comandante jefe del cuerpo, cercada y diezmada por los militares sublevados cuando trataba de impedir que estos consolidaran sus posiciones en el paseo de Colón, momento en que fue sometida a un intenso fuego cruzado de fusilería y ametralladora que acabó, entre otros, con la vida de Arrando, que se había lanzado al combate al grito de *Visca la República!* O el del teniente Mansilla, de la 2ª compañía de Seguridad, que se mantuvo con una ametralladora en la azotea del hotel Regina, solo, tras caer todos los servidores de la máquina.

En cambio, los sublevados fracasaron de manera estrepitosa, detenidos en primera instancia por los contingentes de Seguridad y Asalto, en su intento de controlar el Cinc d'Oros y de alcanzar la Conselleria de Governación y el Palau de la Generalitat. Fijados en sus posiciones, o incluso forzados a reintegrarse a sus cuarteles, se vieron hostigados a partir de ese momento por elementos diversos, tanto paisanos armados, que se iban sumando a los combates cada vez en mayor número, como las propias fuerzas de seguridad, oportunamente reforzadas y remunicionadas. Las fuerzas del regimiento de Caballería de Santiago que aspiraban a apoderarse del Cinc d'Oros se encontraron con un nutrido dispositivo de Seguridad y Asalto que, reforzado por paisanos, atajó su maniobra. El colmo de la ironía se produce cuando los soldados de Caballería, que combaten a pie, sufren la carga de una sección a caballo del cuerpo de Seguridad, a las órdenes del capitán Torrandell, en la que, entre otros, participa el cabo Tardienta, antiguo sargento de Caballería que estuvo en África y cargó, en Targuist, con alguno de los oficiales contra los que ahora lucha.

Los de Santiago los paran con una descarga cerrada de fusilería que mata a varios caballos, entre ellos el del capitán. Otros galopan por la avenida arrastrando del estribo a su jinete muerto. Tras sostener duros combates con los agentes, los restos del regimiento se refugian en el cercano convento de los Carmelitas de la Diagonal, donde quedarán sitiados hasta la mañana del día siguiente. Al centro del poder de la Generalitat, la plaza de Sant Jaume, los rebeldes ni siquiera lograron acercarse. En previsión de lo peor, Escofet había sacado del Palau al *president* Companys, a quien trasladó a su despacho de la comisaría general, fuertemente protegida por las reservas de Seguridad y Asalto que allí mantenía concentradas.

Especialmente desastrosos fueron los movimientos de los artilleros, que, detenidos por el dispositivo de defensa planteado por Escofet y hostilizados después por guardias y paisanos, llegaron a replegarse a sus cuarteles, bajo el bombardeo de la aviación, que envió contra ellos su única fuerza disponible, cuatro viejos Breguet XIX del aeródromo de El Prat, cuyas bombas redondearon su descalabro. En medio de las escaramuzas, perdieron un buen número de piezas, que cayeron en poder de las fuerzas de seguridad e incluso de los anarquistas, entre quienes aparecieron en seguida artilleros improvisados. Se trataba de gente que por la instrucción recibida durante su paso por el servicio militar obligatorio era capaz de hacerlas funcionar, si no con la precisión de un profesional avezado, sí con la contundencia y eficacia suficientes para hacer valer el efecto moral de la artillería, que no es poco, y que resulta aún mayor en la angostura del combate urbano. El error que dio lugar a este resultado, catastrófico para los sublevados, fue de principiante: mover las piezas sin la adecuada escolta de infantería, confiando en que la resistencia que iban a encontrarse sería tan exigua e insolvente que no había que tomar mayores precauciones. Cuando Goded se enteró de la pifia, no pudo por menos que echarse las manos a la cabeza. Y no era para menos, como se vio cuando esas piezas se apostaron frente a la división y empezaron a cañonearla.

Incluso los que llegaron donde debían, conforme al plan establecido, no lo hicieron en condiciones óptimas. Tal fue el caso de las unidades que tomaron posiciones en la plaza de la Universidad y en la plaza de Cataluña y aledaños, con la inestimable colaboración del capitán Llop, del cuerpo de Seguridad, que en lugar de combatirlos se pasó a sus filas. Eran estas unidades dueñas del terreno en apariencia, tras desbordar a las fuerzas de seguridad y los voluntariosos y temerarios paisanos que les hicieron frente, pero en el fondo estaban inmobilizadas y reducidas a unas posiciones defensivas de dudoso futuro, por el fracaso de las maniobras de otras unidades y por no poder enlazar con ellas. En el colmo de las desgracias, porque en aquella jornada la fortuna decididamente no estaba del lado de los rebeldes, el

comandante López Amor, que mandaba las fuerzas del regimiento de Badajoz en la plaza de Cataluña, fue sorprendido en los alrededores del Casino Militar por un grupo de guardias de la 5ª compañía de Seguridad, a las órdenes del sargento Manuel Leór López. Los guardias aprovecharon entonces para prenderlo y sacarlo de la plaza, ante la impotencia de sus soldados, que no hicieron fuego por miedo de herir a su jefe.

A López Amor lo llevaron luego a la comisaría general de la Vía Layetana, donde el sublevado intentó sostener ante el *president*, a cuya presencia lo condujeron, que habían salido del cuartel al grito de «¡Viva la República!» y que sólo buscaban afirmar el orden contra la acción subversiva de los extremistas. Su pistola, que los guardias le habían entregado a Escofet, acabó en poder de Companys, como trofeo de la jornada. Reconoce el comisario general que pensó que también podía servirle, si la cosa se torcía, para defender su vida o suicidarse.

No estaban en situación mucho mejor las fuerzas del regimiento de Montesa y del regimiento de Artillería de montaña que se habían apoderado de la plaza de España. Aprovechando la debilidad de las fuerzas de seguridad en ese sector, habían extendido sus posiciones al Paralelo. Tras apostar en la avenida ametralladoras y batir con sus cañones el barrio obrero de Sants, se habían apoderado incluso de la sede del sindicato de la madera. Pero sus horas allí estaban contadas, porque tanto desde Sants como desde el Raval, donde contaban con fuerte apoyo, Durruti y Ascasc movilizaban ya a sus efectivos, que habían alzado defensas y barricadas, y desde la comisaría Escofet preparaba la intervención del 15º Grupo de Asalto, que iba a poner a prueba el ánimo de aquellos soldados y la firmeza de sus posiciones.

Se habían asegurado además los anarquistas una buena baza estratégica al ocupar la plaza del Teatre, en mitad de las Ramblas. Impedían así la conexión de las fuerzas sediciosas de la plaza de Cataluña con las que estaban apostadas en torno al monumento a Colón, a las que también inquietaban desde aquellas posiciones. A este enclave estratégico habían destinado varias de las ametralladoras que a primeras horas de la jornada habían logrado sacar, junto a varios fusiles y granadas de mano, del cuartel de las Atarazanas, gracias a la ayuda de los afiliados que tenían infiltrados allí, los sargentos Manzana y Gordo. Al frente de la improvisada sección de ametralladoras se puso el propio Durruti, todo un signo de la importancia que atribuían a aquella plaza. Otras máquinas las apostaron en el sindicato de la construcción y en la Vía Layetana, junto al edificio de la patronal Foment del Treball Nacional, del que se apoderaron. Estas posiciones, así como las que tomaron en torno al parque de Artillería de Sant Andreu, acreditan que los anarquistas tenían claros sus objetivos, y acabarían revelándose de gran trascendencia, durante la batalla y una vez

concluida esta.

Con su honestidad habitual, no deja Escofet de reconocer el valor de la aportación de los anarquistas, que eran valientes y también supieron en la jornada del 19 de julio, a las órdenes de sus carismáticos líderes, desempeñarse con relativa disciplina. Sin embargo, se ve obligado a salir al paso del relato romántico que les asigna el protagonismo en la defensa de la ciudad contra el golpe militar, y lo hace con palabras que esta vez conviene citar literalmente: «Los verdaderos reveses de los insurrectos, en el *Cinc d'Oros*, en la avenida Icària, en la calle de la Diputación [donde fueron bloqueados los artilleros] y, más tarde en la plaza de Cataluña, fueron obra principal de las fuerzas de orden público». Palabras de quien no sólo vivió los acontecimientos, sino que lo hizo a pie de obra y en primera fila, que muy pocos han leído (pocos saben, en la Barcelona, la Cataluña y la España de hoy, de la existencia misma de Frederic Escofet) y que contrastan dramáticamente con lo que pudo leerse en cierta prensa catalana y oírse a los próceres del país en el verano de 2016, con motivo del ochenta aniversario de la batalla por la ciudad, presentando esta como una derrota del siniestro ejército español a manos del pueblo barcelonés (o catalán) en armas.

La verdad, como suele, es más compleja y da pie a menos fanfarria: los golpistas fueron derrotados, principalmente, por las fuerzas de seguridad de la República, mandadas en su mayor parte por oficiales provenientes del ejército y de otras regiones de España, dirigidos por un catalán, sí, pero formado como oficial de Caballería en el ejército español, al que se honró en pertenecer hasta sus últimos días; con el auxilio, providencial pero en absoluto decisivo, de obreros armados de muy dispares procedencias, bajo el liderazgo principal de un natural de León, Buenaventura Durruti, y un aragonés de Huesca, Francisco Ascaso. A ellos iba a sumarse a mitad de la jornada, con valor, esta vez sí, resolutorio, la decidida intervención de la Guardia Civil, dirigida por un gallego de Ferrol y encabezada en la calle por un oriundo de Ceuta, formado como oficial en Getafe y que había desarrollado en Madrid la mayor parte de su dilatada carrera bajo el tricornio.

Llegamos, así, al momento capital de esta historia. Cuando Goded y Aranguren, los viejos camaradas de la playa africana de Alhucemas, se reencuentran en la playa cervantina de Barcelona para sellar en ella, como el caballero de la Triste Figura, su suerte y su destino.

A su entrada en la división, se encuentra el general Goded con un espectáculo deplorable y caótico. Lo primero que descubre es que por negarse a firmarlo el general jefe de la división, Llano de la Encomienda, ni siquiera se ha publicado el bando dictando el estado de guerra, que es algo más que un simple documento: su existencia fue lo que permitió al general Batet, en 1934, poner bajo su autoridad a todos los cuerpos sometidos a disciplina militar. Y si bien, como subraya Escofet, la situación no es la misma, porque aquel general estaba dentro de la legalidad y los militares sublevados se han puesto fuera, el efecto psicológico no es despreciable. Lo segundo que comprueba es que fallan los enlaces con las unidades que combaten en la ciudad, de cuya situación exacta, para su desesperación, no pueden ponerle al corriente. Toma así plena conciencia de las manos en las que ha estado el mando durante ocho horas preciosas, y que no van a volver.

No puede sorprenderle. A primera hora de la mañana ha tenido que ordenarle al general jefe interino de la rebelión, Fernández Burriel, que arrestara al general de la división, cosa que ni siquiera había hecho, lo que le permitía seguir telefoneando e intentando obstaculizar el golpe. Aunque no tuviera éxito, era una situación surrealista: dos generales enfrentados dando órdenes al mismo tiempo a las mismas tropas. Según declararía luego Fernández Burriel en el consejo de guerra al que se le sometió, así lo recoge el diario *La Vanguardia* en su edición del 12 de agosto, quiso rendirse a Llano cuando vio que no secundaba el golpe, lo que impidieron dos impulsivos capitanes, López Belda, del regimiento Badajoz, y Lizcano, que llegaron a encañonar al general leal al gobierno, momento en el que intervino el sedicioso para pedirles que respetaran su vida, que era la condición que había puesto para sublevarse. Pobre excusa esa, ceder a la conminación de dos subordinados, que a Goded, sentado en aquel juicio, no pudo sino confirmarle en la sensación de que la rebelión la había iniciado un incapaz.

Va Goded a ver a Llano, confinado en el despacho de un coronel. Según el testimonio del propio Llano, en el juicio contra el golpista, nada más verle entrar le llamó «traidor a España y al ejército». Goded, siempre según Llano, sacó la pistola al tiempo que decía:

—A ver si te mato.

A lo que Llano, a tenor de su declaración, le respondió:

—No lo harás, porque eres un cobarde.

Según Llano, aplacaron los ánimos el resto de los presentes. Según el hijo de

Goded, presente en la discusión, Llano cayó «en un sillón presa de un ataque de nervios; a sus nervios femeninos le debe la vida». Los dos testimonios son de parte, pero el de Goded hijo contrasta con la biografía de un militar en posesión de todas las condecoraciones militares al valor en combate, con la sola excepción de la laureada, por sus acciones de guerra en África, donde fue uno de los primeros capitanes de Regulares y tuvo bajo sus órdenes a Mola. Tampoco casa con el enfrentamiento que esa misma mañana había tenido con el capitán Lizcano, este sí, en posesión de una laureada que hizo intento de arrancarle de la pechera por cobarde, causando la ira del oficial. Y en fin, con la escena que protagonizó seis años después, en el exilio en México, cuando unos pistoleros anarquistas entraron en la sala donde estaba reunida la gerencia de la empresa de la que era consejero y tras encañonar a los miembros del consejo les exigieron que levantaran las manos. Todos lo hicieron, salvo Llano, que replicó impasible:

—Un general español no levanta nunca las manos.

Frase que le valió, según su biógrafo Roberto Muñoz Bolaño, un tiro a la cabeza que le entró por el maxilar y le salió por detrás de la oreja, y al que sobrevivió de milagro. No andaba falto de valor Llano, aunque los hechos de aquel día terminaran abatiéndolo y hasta le provocaran un amago de infarto. Fue sin embargo, como subraya su biógrafo, un mal general, tanto en esa jornada como antes y después: y es que el 18 de julio llegó a llamarle el propio Mola, echando mano de la antigua camaradería, para tratar de convencerle de unirse al golpe. Tenía el *Director* información reciente y directa, que le había llevado a Pamplona su hermano, el capitán Ramón Mola Vidal, destinado en Barcelona, y a quien despachó de vuelta a su puesto pese a las dificultades que este le dijo que se oponían a la rebelión. A su hermano le dijo entonces Mola que no dudaba de que sabría morir como un caballero, pero la sangre no podía dejar de tener alguna influencia en su ánimo, e hizo esa última aproximación a Llano. Sabiendo este quién era el que estaba tras la intentona, que ya no podía considerar de menor cuantía, se limitó a reunir a sus generales y arrancarles la garantía verbal de mantener leales al gobierno las unidades bajo su mando; un compromiso que sólo trataría de cumplir el general San Pedro.

Puesto al mando de la división, Goded trata de hacerse una idea de la situación y de las fuerzas que puede movilizar. Pronto descubre, contrariado, las torpezas de bulto que se han cometido durante el despliegue, como la salida de la artillería sin protección, facilitando la captura de piezas por el enemigo, o dejar en manos de este las emisoras de radio. Se da cuenta de que el ejército ha perdido la iniciativa y de que los objetivos principales, como el Palau de la Generalitat y la Conselleria de

Gobernación, distan mucho de estar al alcance. Enterado de los apuros en que se encuentran varias unidades y cuarteles, asediados por elementos hostiles, envía orden a la Aeronáutica naval para que despeguen los hidros que lo han traído junto a sus ayudantes, pero se encuentra con que, viendo la incertidumbre de la situación que reina en la ciudad, se han apresurado a alzar el vuelo y regresar a sus bases. Con la vista puesta en el mapa de Barcelona que tiene desplegado sobre la mesa del despacho, concibe a toda prisa una maniobra de impacto: que dos compañías del regimiento de Infantería de Alcántara se desplacen por detrás del parque de la Ciutadella hasta el cuartel de artillería de los Docks y desde allí vayan con un par de baterías, protegiéndolas debidamente esta vez, hasta la Conselleria de Gobernación, para asestar un golpe de efecto en el centro de dirección del enemigo. Habla con los jefes de esas unidades, que se comprometen a hacerlo, pero pasa el tiempo y la maniobra no termina de ejecutarse. Entre otras cosas porque el cuartel de los Docks está cercado por las fuerzas leales al gobierno, entre las que ya se cuentan guardias civiles.

A la desesperada, ordena que se preparen las tropas en Mallorca para acudir por mar a socorrer a los sublevados de Barcelona. Cursa para ello el siguiente telegrama: «Envíen barco fuerzas convenidas esta noche, especialmente artillería pesada, acusen recibo. General Goded». A cada momento se le hace más evidente lo precario de su mando, lo frágil de su posición y la falta absoluta de fuerzas de reserva con las que tratar de invertir a favor de su causa el incontrolado curso de los acontecimientos. Está peor que en la peor y más oscura de sus noches africanas. Los soldados que necesitaría, los que sabe mandar y le sacarían del apuro en el que se encuentra, los cuerpos de choque del ejército de África, los tiene todos el hombre con el que rivaliza desde Alhucemas, en un duelo que sólo el prestigio de Sanjurjo ha impedido que se reavive a la hora de decidir quién ha de encabezar el golpe: el general Francisco Franco. Mientras Goded suda tinta en el despacho de la 4ª División Franco, sostenido por aquellas tropas con las que no puede igualarse ninguna otra de las que forman el ejército, se instala en una tranquila y sólida posición que poco a poco, utilizando esa carta y otra no menos determinante, el apoyo de la Alemania de Adolf Hitler, aprovechará para hacerse con la hegemonía de la rebelión.

No es más que una especulación, dentro del curso lógico que presumo a los pensamientos del general en aquella hora de angustia, pero diría que es en ese momento cuando comprende que tan sólo tiene una baza que jugar, y decide hacerlo, a la desesperada: atraer como sea a su lado a un cuerpo que sabe disciplinado y supone que no se ha descompuesto, como los regimientos a sus órdenes. No tiene más remedio que llamar a ese general al que conoce pero en el que por algo no han

confiado sus compañeros, ni él, para que apoyara la sublevación: el jefe de la Guardia Civil de Cataluña, José Aranguren Roldán.

De la actuación hasta el mediodía del 19 de julio de la Guardia Civil, concentrada como fuerza de reserva a petición de la Generalitat, existe una muy detallada reseña en el libro *Procés a la Guàrdia Civil (Barcelona 1939)*, de los historiadores Manel Risques y Carles Barrachina, que también recoge de manera pormenorizada el resto de la jornada y supone una saludable y hasta diría que ejemplar excepción al espeso y más o menos deliberado silencio de la historiografía y la intelectualidad catalanas sobre el papel que desempeñaron los guardias civiles en la derrota del golpe, y sobre el alto precio que hubieron de pagar por él. Su fuente principal es el sumario de la causa 1/39, incoada inicialmente contra el coronel Brotons y los oficiales y jefes del cuerpo detenidos por los nacionales en Barcelona tras su entrada en la ciudad en febrero de 1939, y ampliado después a Escobar y Aranguren, capturados al final de la guerra. Toma como base de la reconstrucción de hechos los testimonios de los encausados y de los testigos, no siempre cien por cien fiables: entre los primeros algunos tratan de atenuar sus responsabilidades magnificando su poco afán de oponerse a los sublevados; y los segundos deponen a menudo cegados por el rencor y obnubilados por el discurso oficial que convertía en comunista a las órdenes de Moscú a cualquiera que hubiera luchado por la República, incluidos los muy católicos y nada marxistas Escobar o Aranguren.

De nuevo, es esa la referencia a la que prefiero dirigir al lector de exhaustiva curiosidad, y hacer aquí un breve resumen de los hechos, que en esta primera parte de la jornada son contados. Acuartelados en sus dependencias, y sin tener la confianza plena de las autoridades, los guardias civiles apenas van a intervenir antes del mediodía. Algunos de sus jefes, como el teniente coronel Moreno Suero, el jefe de la 1ª comandancia, llegan a declarar que hicieron todo lo posible por demorar su salida, incluso cuando empezaron a recibir desde la *conselleria* las órdenes impartidas por Aranguren en coordinación con el *conseller* España. En los mismos términos se manifiesta ante el consejo de guerra Escobar, dando a entender que arrastró los pies todo lo que pudo por no enfrentarse con los compañeros militares. Y algo similar dice Aranguren, que poco después de las diez de la mañana rehusó ponerse a las órdenes del general rebelde que había tomado el mando de la división, Fernández Burriel, como este le solicitaba, pero en su juicio declaró que veló por que los guardias a sus órdenes no hicieran fuego contra las tropas, hasta que fueron hostilizados. Los hechos que están acreditados sugieren algo ligeramente diferente: es verdad que hubo jefes poco diligentes al mover a sus unidades y que se eligieron algunos itinerarios que no

eran los más directos, pero la actuación de los guardias no tuvo lugar antes porque no les fue requerida por la Generalitat; tan pronto como se les empezaron a asignar cometidos, las órdenes, que se daban a través del general, empezaron a circular y a cumplirse con determinación creciente, que llegó al enfrentamiento armado, y en algún caso encarnizado, con los militares rebeldes.

La excepción se produjo justamente con la primera de esas órdenes, que se recibe en el cuartel de Consell de Cent sobre las seis de la mañana: Aranguren llama a Escobar y le dice que envíe un escuadrón de caballería y varias compañías de infantería para cortar el paso a las fuerzas del regimiento de Caballería de Santiago que avanzan por el paseo de Sant Joan. Escobar llama al jefe de la 2ª comandancia, Modesto de Lara, al cuartel de Ausiàs March, para que ponga en práctica lo ordenado. Cuando así lo hace el teniente coronel, varios de los capitanes y tenientes bajo su mando, entre ellos el enlace golpista Eladio Pin, se le revuelven y uno llega a manifestar que no está dispuesto a salir a enfrentarse a sus compañeros del ejército. Poco antes, algunos de ellos han llegado a aplaudir al paso por delante del cuartel de una pieza de artillería remolcada por un tractor, y que no cabe ninguna duda de que pertenece a un regimiento sublevado. Entre tanto, llegan órdenes de Aranguren de que se ponga al mando de la fuerza a un comandante; se ofrece para ello el comandante Recas, otro de los afines al golpe, al que el teniente coronel Lara, mostrando una pésima previsión, comete el error de entregar entonces el mando. Lo que va a hacer Recas es unirse a los rebeldes, con los que acabará atrincherado en el convento de los Carmelitas. Es la única fuerza de la Guardia Civil que tendrá a lo largo de la jornada un comportamiento netamente sedicioso, y ello es la consecuencia de ponerla en las manos más inadecuadas.

La segunda orden se recibe un poco más tarde, antes de las siete en todo caso: se trata de enviar una fuerza al Cinc d'Oros, para apoyar a las fuerzas de Seguridad y Asalto que combaten allí. Escobar le ordena formarla al teniente coronel Morenc Suero, con fuerzas de la 1ª comandancia. Antes de salir, se arresta al capitán Cañizares por exigir la orden por escrito. La fuerza da un rodeo, en el que se evidencia que entre sus oficiales hay muchos que estaban con el golpe, y que afean al teniente coronel que vayan a luchar contra los militares; Moreno Suero les da a entender que si estaban por la intentona ya podían haberle avisado antes, que ahora ya es tarde y hay que lidiar con la papeleta como puedan. Para cuando llegan al cruce de Diagonal con paseo de Gracia, los combates ya han cesado, y los guardias se mezclan con unos paisanos armados encabezados por Enrique Pérez Farràs, comandante jefe de los Mossos d'Esquadra y condenado a muerte junto con Escofet en 1934. El recl

entre unos y otros es sin embargo notorio, y aunque a partir de ahí se desplazan juntos, diríase que lo hacen más bien vigilándose, en especial Pérez Farràs a los guardias, tras la defección del comandante Recas, que no ha pasado inadvertida a quienes estaban en las inmediaciones y que Escobar comunica a sus subordinados.

Sobre las nueve, Escobar decide reunir todo el Tercio para ir en busca del golpista Recas y de los guardias que se ha llevado con él. Ordena que las fuerzas converjan sobre el cuartel de Consell de Cent para ir al frente de todas ellas a por los sublevados, cuya actitud, manifiesta, supone un deshonor para el cuerpo. Moreno Suero regresa con Pérez Farràs y los suyos, cada vez más recelosos, y Lara se pone en camino con sus hombres. Entre las diez y las diez y cuarto se reúnen todos en el cuartel de Consell de Cent, pero entre tanto Escobar ha recibido nuevas órdenes desde la Conselleria de Governación: debe acudir allí con todas las fuerzas, para defenderla de la columna de artillería que la amenaza desde la avenida Icària. Cuando está formada toda la fuerza, a la que permanecen adheridos los paisanos de Pérez Farràs, Escobar, luego de comunicarles cuál es la nueva misión, arenga a los guardias:

—¡Guardias! Hay que cumplir el artículo primero de la cartilla, la divisa de la Guardia Civil es el honor, el guardia civil es siempre fiel a su deber y este hay que cumplirlo, por muy penoso que sea. —Y montando a caballo, remata—: El que quiera seguirme, que me siga.

Los guardias civiles bajan a las once por el paseo de Sant Joan hasta el Arco del Triunfo. A las 11.25 se encuentran con una compañía de Infantería frente al Palacio de Justicia. Según el informe del instructor de la causa contra Moreno Suero, el capitán al mando se acerca al teniente coronel (aunque según el testimonio del coronel Escobar, el capitán se dirige a él mismo) y tiene lugar una delirante conversación:

—Mi teniente coronel, ¿fuerzas leales? —pregunta el capitán.

—Leales —replica el teniente coronel, con firmeza.

—Nosotros venimos a tomar Radio Barcelona —explica el teniente.

—Buena suerte —se limita a decirle el teniente coronel.

Tras este parlamento entre dos jefes que luchan en bandos opuestos, pero no se percatan o no quieren percatarse de ello, los guardias civiles pasan por el parque de la Ciutadella, la estación de Francia y el Born y se presentan ante la Conselleria de Governación a las 11.50. El Pla de Palau está lleno de gente, y desde los balcones aplauden a los guardias gritando consignas a favor de la República. Las azoteas están tomadas por fuerzas del cuerpo de Asalto provistas de armas automáticas. Queda formada la fuerza en la calle y sus jefes suben a los jefes al despacho del *conseller*, donde Aranguren les informa de que la rebelión está prácticamente contenida, y sólo

queda dominar los reductos de resistencia de los rebeldes. A las 12.15, Escobar organiza una columna con la que marcha hacia el cuartel de la avenida Icària, en esos momentos ya asediado por las fuerzas leales, que han logrado además arrebatarse varios cañones a los sublevados y obligado al resto de las fuerzas a replegarse. Es especialmente dramático el momento en que el capitán Cunyat, encuadrado en una de las baterías del cuartel de Icària, comprende, al ver frente a sí a las fuerzas de Asalto que les cortan el paso hacia el Pla de Palau, que forma parte de una unidad sublevada. Se dirige inmediatamente a sus hombres y les dice a gritos:

—¡Artilleros! ¡Estáis licenciados! Desobedeced a vuestros jefes, que sois facciosos y os han comprometido en una aventura.

El capitán cae casi al instante derribado por un disparo, cuya autoría es difícil de establecer, aunque algunos responsabilizan al comandante golpista Fernández Unzué. A la vista de la situación, con el cuartel ya rodeado, los guardias refuerzan el dispositivo en torno a él.

A las 13.15 Moreno Suero va a buscar a Escobar al cuartel de Icària. Tiene nuevas órdenes para él desde Gobernación, donde se reclama su presencia inmediata. Ya en la *conselleria*, Escobar se reúne con Aranguren y el comandante Guarnier, jefe de servicios de la comisaría general, que le explica el plan que han diseñado para reducir los importantes focos rebeldes de la plaza de Cataluña y la plaza de la Universidad, acción en la que van a tener un papel principal los guardias civiles, en colaboración con las fuerzas de Asalto a disposición de la comisaría. El plan, en resumen, es que las unidades de Asalto se desplacen por los túneles del metro y el ferrocarril subterráneo hasta las bocas abiertas en la plaza de Cataluña. Allí tomarán posiciones y esperarán la llegada, por la superficie, del imponente contingente de guardias civiles, que va a ser reforzado para la ocasión con un centenar de soldados de una compañía de Intendencia que no se ha sublevado. Entre la fuerza numérica de los beneméritos, más los militares de Intendencia, y las posiciones alcanzadas sigilosamente por los de Asalto en sus propias narices, confían en asestar al enemigo un golpe moral definitivo.

Los guardias de Asalto se desplazan rápidamente por los túneles a las posiciones fijadas. Cuando llegan a los subterráneos del metro bajo la plaza los encuentran cerrados y vacíos, a excepción de unos pocos empleados de los locales allí situados, que les aseguran que en toda la mañana allí no ha bajado nadie. Provistos de las llaves de los cierres metálicos, los abren y se aprestan al combate, en espera de que lleguen los refuerzos de la Guardia Civil para lanzarse contra el enemigo.

A las dos de la tarde de aquel 19 de julio se produce una de las imágenes más emblemáticas y significativas de la jornada. Los soldados de Intendencia y los

guardias civiles a las órdenes de Escobar, casi quinientos hombres, en dos largas columnas de a dos que avanzan pegadas a los flancos, suben por la Vía Layetana con las armas prevenidas. Precede a las columnas, a cierta distancia, una escuadra en orden desplegado. Tras ella, y delante del resto, el coronel, solo, con su bastón de mando. La estampa es espectacular y teatral a la vez, y da que pensar sobre el carácter de aquel hombre, de humildes orígenes, y que más que probablemente arrastró durante toda su carrera profesional el estigma de haber ganado sus estrellas de oficial en el modesto colegio de oficiales de Getafe, en lugar de procurárselas en las aulas de alguna de las mucho más prestigiosas academias militares. En el arrojo y el desprecio por el peligro que muestra influye sin duda su condición de creyente, de los de verdad: de esos que ponen su vida en las manos de Dios y están dispuestos a aceptar de buen grado sus designios. Más de una vez he pasado por esa avenida, y más de una vez lo he hecho en verano, a pie o en el coche con las ventanillas bajadas, en dirección contraria a la que siguió Escobar, y tan despacio como me era posible. Siempre he creído ver los fantasmas de esos hombres cubiertos con el tricornio acharolado y avanzando hacia su destino, que es, de un lado, disuadir y reducir a quienes quieren derribar la República de la que son leales servidores, y por otro, terminar sufriendo, en muchos casos, la venganza metódica e implacable de quienes en aquel envite van a ver cómo se les escapa una de las piezas que más codiciaban.

La imagen de los guardias es impactante para quienes los ven pasar, y no sólo por el número: a lo largo de la historia los beneméritos, sin gozar a menudo de la simpatía general, han sabido ganarse siempre el respeto, gracias a sus valores y su actitud. La seriedad del guardia civil impone, en el resto de España y también en Cataluña. Reflexiona al respecto Escofet, un catalanista tan poco sospechoso de tibieza que por Cataluña llegó a tomar las armas y arrostrar una condena a muerte, que la Guardia Civil era «admirable por su organización, disciplina y honestidad», y que el odio que inspiraba a ciertos sectores del pueblo catalán no se debía a otra cosa que a su utilización por los gobiernos «como fuerza coercitiva y de choque contra la oposición en litigios políticos y sociales, apartándola de su verdadero cometido».

Al llegar a la altura de la comisaría general, a cuyo balcón está asomado, junto a Escofet, el *president* Companys, el silencio casi se puede cortar, sólo quebrado por el ruido de los pasos de los guardias y los soldados y el retumbar de los disparos que no cesan en la lejanía. En ese instante, sin poder contener la emoción, dice Escofet, testigo del momento, Companys lanza tres gritos que aún hoy erizan el vello, y que a muchos les costará entender que puedan sonar a la vez:

—*Visca la República! Visca Catalunya! Visca la Guàrdia Civil!*

Todos los presentes corean los tres vivas, y es ahí cuando a Escofet, que no en

vano es un jefe policial, se le escapa un oscuro pensamiento: si resultara finalmente que los guardias civiles no son leales, ahí tienen a la primera autoridad de la Generalitat, a su merced, expuesta e inerme. Hay otro detalle, que da el historiador Manel Risques y que Escofet no reseña en sus memorias: en la conversación que días atrás tuvo con Escobar, para sondearle acerca de su lealtad a la República y a la Generalitat, estaba el *conseller* de Gobernación, Jose María España, que no quedó del todo convencido por la respuesta del coronel, hasta el punto de que juzgó necesario llamar al inspector general del cuerpo en Madrid, el general Pozas, que tomó nota de su desconfianza. Lo que sin ninguna duda hubo de dar lugar a una conversación de Pozas con Aranguren, jefe directo de Escobar, tras la que el general, de nuevo sin ninguna duda, y los hechos lo confirman, debió de hablar con su subordinado, mostrarse firme en la decisión de no apartar al cuerpo de su obediencia legal y ordenarle al coronel, seguramente apelando a la afectuosa relación entre ambos más que a los galones, que obrase en consecuencia. La disciplina benemérita va a hacer el resto, y aunque a Escofet, que no tiene toda la información, puede caberle alguna duda, el hombre que avanza por la Vía Layetana lo hace con la férrea determinación de cumplir con lo que se le ha ordenado: defender el régimen legalmente constituido, que incluye a la Generalitat. Y así va a demostrarlo. Escobar hace una dramática pausa, en su lenta y ya muy dramática marcha; levanta el brazo y grita con voz estentórea:

—¡Aaaaaal...tooo!

Los jefes de la columna repiten el grito como un eco que baja por la Vía Layetana hacia el mar. El coronel gira sobre sus talones, se coloca de frente al balcón y, haciendo el saludo militar, dice con voz firme:

—A sus órdenes, señor presidente.

Es en esos mismos instantes cuando el general Goded empieza a aferrarse, como a un clavo ardiendo, a la remota posibilidad de poner bajo sus órdenes, como jefe de la división de la que se ha apoderado por la fuerza, a los guardias civiles de Cataluña. Es su única esperanza de poder solventar con una potente columna, como hacía en África, la guerra que en ese momento tiene planteada en la ciudad, y que es la que aprendió a odiar en Marruecos: el combate de posiciones donde las fuerzas propias están rodeadas y batidas por el enemigo.

El hombre al que va a dirigirse, ese que no sale en la foto, ni excitará, porque así es la vida y así se forja la caprichosa y negligente memoria, la imaginación de cineastas o novelistas; ese que, por no tener, no tendrá quien le honre ni le reconozca ni hallará apenas a quien lo recuerde, en la ciudad, el país y el cuerpo a los que sirve

de corazón; el que en ese momento está donde le coloca su deber, junto al titular de Gobernación de la Generalitat, asumiendo la responsabilidad de todo, que no va a dejar de serle exigida; el hombre, en fin, a quien obedecen ese coronel y los cientos de tricornios que se paran a rendirle honores al *president* de Cataluña, ya ha dado el paso sin retorno. Y aunque el general rebelde no quiera verlo, su partida ya está perdida.

Según el relato de Frederic Escofet, es poco después de la escena entre Escobar y Companys en la Vía Layetana cuando comienza a creer que la derrota de los rebeldes es un hecho y se permite recomendarle al *president* que se reincorpore a su despacho, en el Palau de la Generalitat. Companys, conmovido, le abraza con fuerza y le dice:

—No he perdido jamás la fe en la victoria. Tenía plena confianza en ti, en las fuerzas que te han secundado, en el pueblo de Barcelona y en el destino de Cataluña.

Tras acompañar al *president*, regresa Escofet a la comisaría general donde empiezan a amontonarse los oficiales prisioneros. Entre ellos reconoce a un viejo amigo, el capitán Reilein, de conocidas simpatías republicanas, hasta el punto de que mandaba el pelotón que el 14 de abril de 1931 había plantado en las calles de Barcelona el bando de proclamación de la República. Se sorprende Escofet de verlo entre los rebeldes. El capitán, esbozando una sonrisa amarga, le explica:

—¿Qué quieres, amigo Escofet! En la votación entre los oficiales del regimiento hubo unanimidad para salir. ¿Qué podía hacer yo solo? Además, quise compartir la suerte de mis compañeros.

—Es lástima que haya sucedido así —dice el comisario y, dándose cuenta, en ese mismo instante, de que el capitán está herido de bala en una pierna, añade, resolutivo—: Hay que llevarte al hospital.

Al llamar a la división para pedir una ambulancia que traslade a Reilein al Hospital Militar (hay que reseñar, como contrapeso frente al odio que estallaba en las calles, que en la jornada del 19 de julio la Cruz Roja y los hospitales de Barcelona atendieron a todos los heridos, sin distinción de bandos) recibe Escofet extrañas respuestas por las que deduce que Goded ya está en la ciudad, lo que provoca que un escalofrío le recorra el espinazo. Ha combatido a sus órdenes, conoce su trayectoria y, según dice en sus memorias, es consciente de que se trata nada menos que del «mejor general del ejército español». Hasta ahora se ha medido con unos patosos a los que ha podido doblarles el brazo, pero el comisario teme de pronto que con un general competente al mando el enemigo empiece a tomar medidas que inviertan la situación militar. Se ha preocupado de remuniciar a sus fuerzas, pero sabe que sus reservas son escasas, si de un modo u otro Goded logra sobreponerse a la situación calamitosa que se ha encontrado.

Lo comenta con su segundo, Guarner, que le anima y le hace ver que el general tendría poco menos que obrar milagros, para revertir la situación. Con el nuevo brío que le insufla su segundo, Escofet sale a arengar a sus fuerzas y les pide que le sigan,

para reducir los focos de resistencia que subsisten entre la división y la plaza de España. A fin de coordinar la operación, se traslada a la *conselleria*, donde encuentra reunidos al *conseller* España y al general Aranguren, que rodeados de sus más estrechos colaboradores siguen el desarrollo de los acontecimientos. Es quizá momento de apuntar un hecho que no deja de tener su miga: el ayudante de Aranguren, el comandante Espinosa, que se mantiene a su lado todo el día, sin discutir sus órdenes, ha venido destinado forzoso a Barcelona poco antes, apartado de la comandancia de Pamplona por el nuevo jefe enviado allí por el gobierno, el comandante Rodríguez Medel, que tiene serias sospechas de su connivencia con los golpistas. No deja de ser toda una paradoja, otra más, que Espinosa esté ayudando a derrotar el golpe en Barcelona. En cuanto a Rodríguez Medel, a esas horas ya está muerto, en las oscuras circunstancias que serán marca de la casa en esa comandancia militar de Pamplona donde manda y decide el *Director* del alzamiento.

Poco después de la llegada de Escofet a la *conselleria*, según su recuerdo, se recibe una llamada que pregunta por Aranguren. Podemos calcular que son alrededor de las cuatro de la tarde, esto es, que Goded, aunque los suyos aún luchan en la plaza de Cataluña y otras posiciones, ya ha tomado conciencia de que con los pocos medios que puede movilizar no va a poder salir adelante. Aranguren toma el aparato, bajo la atenta mirada de todos los presentes. Escofet, instintivamente, según su confesión, se coloca detrás del general, por razones que admite que le avergüenzan: teniendo en cuenta «la noble actitud del general», cito al propio Escofet, estaba fuera de lugar temer que pudiera darse por su parte una traición o una complacencia que, dice, «me habría obligado a retorcerle el cuello con mis propias manos». A continuación, recoge Escofet lo que recuerda de lo que le escuchó decir a Aranguren. Con su ayuda, y la de otros testimonios, podemos reconstruir en forma de conjetura, razonablemente aproximada, lo que hablaron los dos generales. Nos consta, por Escofet y otros, que Aranguren trató en todo momento de usted a su antiguo camarada; no puedo descartar que Goded, que como general de división era superior jerárquico de Aranguren, lo tuteara en algún momento, pero opto por reconstruir la conversación guardando la reciprocidad.

—General Aranguren, le habla el general Goded, estoy al mando de la división —debió de iniciar la conversación el sublevado, dando cuenta precisa pero sucinta de la condición en que le hablaba; tal vez deslizara alguna alusión amistosa, en honor de la común experiencia africana, pero elijo suponer que su tono fue seco y oficial.

—Usted dirá, mi general —me inclino a creer que respondió Aranguren, con cierta distancia pero respetuoso del grado de Goded.

—Le llamo para requerirle que ponga sus fuerzas a mis órdenes, como jefe de la división y del movimiento que el ejército ha iniciado en la ciudad para restablecer el orden contra las fuerzas subversivas.

—Eso no puede ser —tal es la respuesta lacónica que Aranguren recuerda haber dado a Goded, ante el instructor de la causa que tres años después se seguirá contra él por aquella jornada.

—¿Por qué no puede ser? Escúcheme bien, Aranguren. No puedo creer que haga usted causa común con el populacho rebelde, contra el ejército que se sacrifica por salvar a la patria; contra sus compañeros de armas que están luchando en las calles —llegados a este punto, bien pudo Goded apelar así a la condición de militar de Aranguren.

El guardia civil no cae en la trampa, y responde con firmeza:

—Aquí no hay más rebeldes que ustedes.

—En absoluto somos rebeldes. Lo que queremos, simplemente, es acabar de una vez con toda clase de extremismos.

En esta réplica, atestiguada por Escofet, desliza Goded una idea que ya está en la carta de Franco a Casares Quiroga, al meter en un mismo saco a unos y otros y a los militares que militan en las dos organizaciones clandestinas, la conservadora UME y la izquierdista UMRA (Unión Militar Republicana Antifascista). Si en Franco el argumento puede ser oportunista e hipócrita, porque ha sido en su día tan monárquico, es tan conservador y va a demostrar servirse de los métodos de terrorismo fascista con tanta soltura como el que más, en el caso de Goded, un militar decepcionado y crítico con la monarquía y con el dictador Primo de Rivera, y que de entrada había acogido el nuevo régimen con ciertas expectativas, aceptando ser jefe de Estado Mayor Central a las órdenes de Azaña, puede haber un fondo de relativa verdad. Puede que su propósito sea el de «encauzar» la República, aunque eso no haga menos ilegal ni sedicioso su comportamiento.

—Pero ¿van ustedes contra el régimen? —pregunta Aranguren.

—No, contra el régimen no, pero sí contra el gobierno.

—¿Ignoran ustedes que se ha formado un nuevo gobierno, presidido por el señor Martínez Barrio?

En efecto, tras la dimisión, el mismo 18 de julio, del gobierno presidido por Casares Quiroga, de Izquierda Republicana, que se ha demostrado impotente para frenar el golpe, Azaña ha encargado formar gobierno a Diego Martínez Barrio, de Unión Republicana, en un intento de cuajar un gabinete que pueda unir en la defensa de la República a los sectores republicanos de derechas, representados por líderes como Miguel Maura, que no están tras la rebelión. La presión de los socialistas,

descontentos con esa solución de Azaña, que consideran débil y entreguista en un momento en que hay que mostrar determinación y galvanizar (y por añadidura, armar) a las masas para combatir a los sublevados, llevará a la formación ese mismo día 19 de un nuevo gobierno, presidido por José Giral, de Izquierda Republicana. El fugaz gobierno de Martínez Barrio tampoco significa nada para Goded, que a la bienintencionada salvedad de Aranguren, responde:

—Eso no importa.

Es este el momento en el que Goded debe de empezar a ponerse nervioso, lo que acabará llevándole a un estallido colérico que no va a facilitarle su objetivo, sino que antes bien terminará de frustrarlo. Todavía tiene sin embargo un instante de frialdad, y se demora en una explicación para tratar de persuadir a Aranguren de unirse:

—No se trata de eso —argumenta—, de quién presida el gobierno. Además, yo no soy la cabeza del movimiento, sólo soy el jefe de la fuerza en Barcelona y no puedo aceptar esa solución.

—Estamos en el mismo caso, mi general —le dice entonces Aranguren, con calma—. Yo tampoco soy más que el jefe de la fuerza, y debo obedecer a quienes tengo por encima —y con astucia y sangre fría, le pregunta a Goded—: ¿Quién es el jefe del movimiento?

—No lo sé —se deshace bruscamente Goded de la fina tentativa de indagación del veterano guardia civil—, y tampoco es esa la cuestión, sino lo que acabo de ordenarle, como general al mando de la división designado por el movimiento y autoridad militar de esta plaza.

—Yo actúo dentro de la legalidad y no reconozco otra autoridad militar que la del general Llano de la Encomienda ni otro gobierno que el legítimo —repele su conminación Aranguren, sin amilanarse.

Goded aún intenta una última maniobra y comete un nuevo error, aún más grave que el de menospreciar el carácter y las convicciones del hombre frente al que lo ha puesto el destino: jugar de farol.

—El hecho es que la jornada me ha sido favorable —dice—, y que le estoy ordenando que se una al ejército, cuya victoria es segura.

—Lo siento mucho, mi general, pero no son esas las noticias de que yo dispongo —le responde sin inmutarse Aranguren, y añade—: Por eso le ruego yo a usted que reconsidere su actitud y se rinda, a fin de evitar la división y que haya más derramamiento de sangre.

Es el propio Aranguren, entre otros testimonios, el que en el informe que elevará varios días más tarde sobre el desarrollo de aquella jornada, y que a la vuelta de los años servirá en el consejo de guerra como prueba de cargo contra él, recoge cómo

durante la conversación trató de disuadir a Goded de que siguiera adelante. Según sus propias palabras, le invitó «a que meditara haciéndole cuantos razonamientos y llamamientos de afecto estuvieran a mi alcance, pero con la desgracia de que acaso por mis pocas facultades, sumadas a su obsesión, no logré convencerlo». No deja de llamar la atención la humildad y la moderación con que se expresa el general, tan ajena al contexto, y desde luego tan opuesta a la actitud de Goded, que probablemente es en ese momento cuando ya no puede más y pierde los estribos:

—Mire, Aranguren, esto es sencillo, o se une usted al movimiento y se pone usted a mis órdenes, o mañana se las verá con las consecuencias de su traición y su insubordinación, que ya sabe usted cuáles son, en un caso así, para un militar que desobedece a un superior.

Quiero creer que Goded, furioso y todo, no recurrió a la gruesa amenaza de fusilar a Aranguren, y enunció la advertencia de esa manera implícita, pero inequívoca para el general de la Guardia Civil. No puedo descartar, sin embargo, que le pusiera, lisa y llanamente, ante la eventualidad de verse frente al pelotón de fusilamiento. Lo que nos consta, gracias al testimonio de Escofet, es que las palabras de Goded fueron lo bastante hostiles e intimidatorias como para que Aranguren le respondiera con dureza pero sin aspavientos, echando mano de dignidad y de un discurso moral al que Goded no podía replicar:

—Si mañana me fusilan, fusilarán a un general que ha hecho honor a su palabra y a sus juramentos militares. Pero si mañana le fusilan a usted, fusilarán a un general que ha faltado a su palabra y a su honor.

Goded no tiene nada que decir a eso. Mi apuesta (frente al relato del anarquista Abel Paz, que añade un par de líneas de diálogo más, demasiado explicativas y vanas ya como para parecer verosímiles) es que ese es el momento en que el general rebelde, dejando que le estalle toda la cólera que se ha ido amontonando en su interior a lo largo de la conversación, le cuelga en la oreja a Aranguren. Este, lentamente, cuelga a su vez y se dirige a su superior, el *conseller* España:

—He cumplido con mi deber.

En ese momento, recuerda Escofet, el *conseller* y todos los presentes, incluido él mismo, que hasta hace unos minutos no se fiaba de aquel viejo general de la Guardia Civil, se acercan a él y lo abrazan efusivamente. Aranguren, con entereza y sin dudar, acaba de echar los dados de su vida, que en ese preciso instante comienzan a rodar hacia el resultado que acabará alcanzándole. Hasta ese momento, contaba aún con alguna oportunidad de poder alegar en su día ante sus verdugos algo que suscitara su piedad. A partir de ahí, si vencen los hombres frente a los que con claridad acaba

de colocarse, está condenado. Y con su recorrido y su inteligencia, no puede no darse cuenta de ello.

Tras la fallida gestión con Aranguren, Goded, qué remedio, ha de volver a concentrarse en la dirección militar de la división reducida a escombros de la que acaba de proclamarse jefe. Y la situación a esas alturas no puede ser más lamentable. Es el momento de retroceder al punto en que dejamos a la tropa conducida por el coronel Escobar, que desde la Vía Layetana se dirige por la plaza de Urquinaona a la calle Diputación, y desde esta, por Aribau, entra sobre las tres menos veinte de la tarde en la plaza de la Universidad, donde mantienen sus posiciones los sublevados. La moral de estos, al ver llegar tan formidable contingente de guardias civiles, se viene literalmente abajo. Sin apenas combatir, la columna que encabeza Escobar se apodera de la plaza y captura a los militares rebeldes, que se le rinden, abatidos por la magnitud de lo que, tras fallar en su intentona, se les viene encima.

Cuenta Luis Romero en *Tres días de julio* una escena que otros ponen en duda, pero que no me resisto a reseñar, como también hace en sus memorias, siempre atentas a captar los detalles de emoción y dramatismo de aquellos momentos, el comisario Escofet. Tiene lugar en el preciso instante en que el coronel Escobar se encuentra con el comandante de Caballería Gibert de la Cuesta, que pertenece al regimiento de Montesa, y está al frente de la tropa sublevada en la plaza, a la que se han sumado algunos paisanos, falangistas y similares.

—Mi coronel, sin novedad en la plaza de la Universidad —le saluda Gibert, creyendo al coronel y a sus guardias de los suyos.

Escobar lo mira fijamente, con gesto impenetrable. Acto seguido le pregunta al comandante, como si este no fuera ni pintara nada; como si se dirigiera, en su papel de autoridad, a un transeúnte cualquiera:

—¿Qué hace usted aquí, comandante, con esta gente? ¿Por orden de quién han disparado ustedes?

El comandante acierta a duras penas a responder:

—Por orden del coronel de mi regimiento y al servicio del movimiento salvador de España.

Algo se tensa en la cara del coronel. Rápidamente echa el brazo hacia atrás y antes de que el comandante pueda prevenirse le asesta un golpe con el pomo del bastón en la boca del estómago. El comandante se dobla de forma instintiva, vencido por el dolor. En ese momento, el coronel se vuelve a sus guardias y ordena con voz tronante:

—Detenedle, es un rebelde.

En el desconcierto que sigue al gesto de Escobar, los guardias no sólo se hacen

con el comandante sublevado. También detienen al brigada y a los servidores de la ametralladora que los militares han apostado en la plaza, y que queda neutralizada sin llegar a abrir fuego. Los demás rebeldes, intimidados por el coronel, salen de las posiciones que habían tomado, entre otros, en el edificio de la universidad, y se entregan a los guardias. El comandante Cardona (según otros testigos, el comandante Buiza) se lleva en un camión al comandante y a todos los oficiales, al cuartel de Ausiàs March, donde quedan detenidos.

Puede que no fuera exactamente así: puede que los sublevados, al verse frente a un coronel con su bastón de mando, respaldado por una marea de guardias, comprendieran sin más que no tenían nada que hacer y aceptaran que debían rendirse. Se entendería, porque intentar hacer frente a una fuerza tal con un puñado de reclutas habría sido una temeridad en la que sólo incurriría un jefe que despreciase la vida de sus soldados. Sin embargo, la historia, o la leyenda, ahí está y de alguna parte salió, y no deja de encajar con el temperamento teatral que el coronel demostró aquel día. Por eso he querido recogerla.

Dominada la plaza de la Universidad, Escobar se dirige con los suyos hacia la plaza de Cataluña, a donde llegan en torno a las cuatro y veinte de la tarde. Se despliegan en dos columnas: Escobar lo hace con una porción de la fuerza por el paseo de Gracia y el teniente coronel Lara con el resto por la Rambla de Cataluña donde enlaza con las fuerzas de Asalto que se han trasladado hasta allí por los túneles y que han salido de las bocas de metro antes de que llegasen los guardias civiles. Un pelotón ha acudido a la terraza del hotel Regina, para rescatar al alférez Mansilla, que allí sigue solo con su ametralladora. En el momento en que llegan los guardias, hay un nutrido fuego, sostenido por los de Asalto y los rebeldes que están atrincherados en diferentes edificios de la plaza, sobre cuyo pavimento siguen los cadáveres, tanto de combatientes como de caballerías, caídos desde la mañana. Algún mulo superviviente anda suelto por la explanada vacía. Disparan los sublevados, entre otros puntos, desde la Maison Dorée (un famoso café que estaba en el número 22 de la plaza), el edificio de la Telefónica (que ocupan sólo parcialmente) y el Casino Militar, que es donde tienen el puesto de mando. Al tiroteo se unen en un primer momento los guardias civiles, lo que hace ver a los militares que allí sostienen el golpe que están entre dos fuegos y frente a una fuerza muy superior a la que habían enfrentado hasta ese momento. Aprovechando la vacilación del enemigo, Escobar, al mando ya de toda la fuerza leal concentrada en la plaza y sus alrededores, ordena el alto el fuego y entra en el edificio de la Telefónica a parlamentar con los rebeldes, cuya rendición obtiene sin dificultad, a la vista de la desproporción de fuerzas. Otro factor que termina de hundir a los sublevados es, sin duda, la presencia frente a ellos de los guardias civiles, que

son defensores naturales de la ley y el orden; esa intervención les hace ver su posición frente a una legalidad que, no habiendo podido anular, ejerce ahora sobre ellos ese poderoso ascendiente con el que contaba Frederic Escofet.

Junto a los guardias hay desde el primer momento paisanos armados, que entre otras cosas aprovechan para hacerse con el control del edificio de la Telefónica. El edificio permanecerá durante meses en poder de las milicias anarquistas y de otras fuerzas revolucionarias, que van a tener así en sus manos las comunicaciones de la ciudad.

Junto a la cafetería del hotel Colón, situado en la esquina de la plaza con el paseo de Gracia, y hoy desaparecido, se apostan los guardias civiles victoriosos (hay una extraordinaria instantánea del fotógrafo Agustín Centelles que atestigua su presencia en el lugar). Allí, unos paisanos le cuentan a Escobar que han oído decir a uno de los oficiales detenidos que por la noche desembarcarán en Barcelona fuerzas procedentes de Marruecos. La noticia es falsa: ya quisiera Goded poder contar con los Regulares o los legionarios, que no pueden hacer la travesía en tan poco tiempo y a los que Franco, que es quien los tiene a su disposición, destina a otros propósitos. Sin embargo, Escobar la considera lo bastante grave como para despachar al teniente coronel Lara a la Conselleria de Gobernación, para se la lleve a Aranguren y de pasc le informe de la conquista de la plaza de Cataluña. En el trayecto por la Vía Layetana su automóvil recibe una descarga de fusilería, que hierde levemente al teniente coronel en la pierna izquierda.

Lara da la novedad a Aranguren, quien, dicho sea aquí de paso, ha de recordarle, aun en ese trance, como antiguo profesor de su hijo José, y autor de su sentido elogio fúnebre. Luego le hacen una cura en una habitación próxima al despacho del *conseller*. Estando ahí, suena un teléfono. Es el general Goded, oye Lara, que pregunta por Aranguren. Poco a poco, ante la convicción de que su única esperanza, la Guardia Civil, está al lado de sus enemigos, en el general rebelde se abre paso la certeza de la derrota, y empieza a pensar en su rendición.

A las cinco de la tarde, esa hora fatídica que cantara el poeta que pronto morirá en Granada, lo que tiene Goded ante sí ya no son sólo las noticias adversas o los silencios inquietantes que llegan a su despacho. Las fuerzas leales al gobierno, movilizadas contra la división por Escofet, hacen fuego sobre el edificio en el que se encuentra el general, sin otra protección que el contingente de tropas formado con el personal de la dependencia y una compañía del regimiento de Badajoz, indeseablemente reducido para hacer frente a la amenaza creciente que tiene delante. La situación se vuelve insostenible cuando el edificio tiembla con el estruendo de un cañonazo, y un trozo de la fachada en la que impacta el proyectil se desmorona entre una polvareda de escombros. Los defensores de la división observan entonces que hay unos cañones emplazados en la distancia, fuera del alcance eficaz de sus armas. Quienes los manejan tiran por elevación, pero el blanco al que apuntan es grande y no les va a costar nada seguir acertándole.

Decide entonces Goded —pasan ya de las cinco y media de la tarde— volver a llamar a la Conselleria de Gobernación y, tragándose su orgullo, preguntar de nuevo por Aranguren, el hombre al que hace un rato le ha colgado. Para su humillación, el oficial al que ha pedido que le pase con Aranguren, el coronel Moxó, jefe de Estado Mayor de la División, le traslada esta respuesta del general de la Guardia Civil:

—No tengo nada más que hablar con el general Goded. Además, yo estoy a las órdenes del consejero de Gobernación. Si algo quiere el general, que llame al consejero, que es quien tiene que resolver.

Volviendo a tragarse su orgullo, dos tazas ya, Goded, en persona, llama a la *conselleria* y pregunta por el consejero, el señor España. Con él sostiene, según nos atestigua Escofet, el diálogo siguiente:

—Señor consejero, le habla el general Goded.

—Diga usted.

—Le he llamado, señor consejero, para ver si podíamos encontrar el medio de poner término al derramamiento de sangre en esta lucha que se desarrolla en la ciudad.

—El único medio para terminar la lucha es que se rindan ustedes.

—¿No hay otro medio?

—Ninguno más.

—Conforme. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que venga por nosotros la Guardia Civil. Sólo nos entregaremos voluntariamente a ella.

—Pongan bandera blanca y ríndanse a las primeras fuerzas de orden público que se presenten.

En ese punto deja la conversación quien nos permite recordarla. Y quizá en el equívoco en que desemboca puede situarse la razón de que, tras alzar la bandera blanca, los defensores de la división hicieran fuego contra un grupo de paisanos y guardias de otros cuerpos de seguridad que se acercaron entonces al edificio. No eran los guardias civiles que Goded había reclamado, aunque Escofet atribuye el feo gesto a la vileza de los rebeldes, que durante la jornada, anota, no se habían privado de disparar contra las ambulancias que pasaban por delante del edificio de la división transportando heridos, lo que obligó a estas a cambiar su itinerario y dar un rodeo. Sea como fuere, a eso de las seis marcha hacia el edificio el teniente coronel Moreno Suero, enviado por Aranguren con una fuerza de guardias civiles para hacerse cargo de los rebeldes. Vuelve a izarse la bandera blanca y a los que rodean el edificio se les comunica que el general Goded ha aceptado rendirse. Aparece en escena el comandante Pérez Farràs, el jefe de los *mossos* que durante la jornada ha andado de acá para allá con su partida de paisanos armados, y dice a voces, según Escofet, que si los rebeldes no abren la puerta habrá que echarla abajo a cañonazos. Para situar en contexto su vehemencia, recuérdese una vez más que, detenido y procesado por los hechos de 1934, Pérez Farràs fue, como el que ahora es comisario general, condenado a muerte. Al oír aquella amenaza, la puerta se abre y los asaltantes entran en tromba en la división.

La escena que sigue es de enorme confusión y, en el tumulto, algunos paisanos armados abren fuego y matan a un capitán y el general Fernández Burriel queda herido. También resultan heridos varios miembros de las fuerzas de seguridad, al tratar de proteger a los que se rinden. Finalmente, las fuerzas de seguridad logran controlar la situación y sacar ileso al general Goded, a quien conducen en coche al Palau de la Generalitat a presencia de Companys. Al general Fernández Burriel se le traslada a Gobernación, para curarle de sus heridas, junto con los demás oficiales rebeldes detenidos. También llevan allí, tras liberarlo de sus captores, al legítimo jefe de la división, el general Llano de la Encomienda. Se ocupa de hacerlo, personalmente, el comisario general, Escofet, encargado de transmitir el ofrecimiento del *conseller* al general para que sea su huésped. El general, abatido y deprimido, además de convaleciente del amago de ataque al corazón que acaba de sufrir, se deja conducir sin oposición alguna a la *conselleria*, donde España lo recibe con afecto y

generosidad, y Escofet, dice, se abstiene por compasión hacia su estado de hacerle ver su incomprensión por sus titubeos y la imprevisión demostrada ante el golpe.

En la *conselleria* Escofet descubre también, detenido, al rebelde capitán Lizcano, que al comienzo de la jornada se había enfrentado a Llano de la Encomienda, provocando aquel incidente en torno a su laureada. No es un encuentro cualquiera para el comisario general: tras los hechos de octubre de 1934, cuando Escofet estaba ya preso, Lizcano asumió el mando de los Mossos d'Esquadra y, entre otros gestos hostiles, presentó una denuncia por fraude contra su hermano. Lizcano lo observa entonces con altivez, como esperando su venganza. Escofet se le acerca, le toma del brazo y le pregunta con aire contristado y solícito si puede hacer algo por él. En ese momento el rebelde se derrumba, cuenta Escofet, y con lágrimas en los ojos le pide que vaya a ver a su mujer y la tranquilice. Escofet no sólo no dejará de hacer la gestión, sino que acompañará a la mujer de Lizcano a verlo al castillo de Montjuïc. Será la única de las mujeres de los oficiales insurrectos que tendrá ocasión de ver a su marido antes de que lo fusilen.

Tan pronto como Goded llega al Palau de la Generalitat, le conducen al despacho del *president* Companys. Es de imaginar el revés que para él supone verse a merced del hombre al que aspiraba a deponer y probablemente fusilar, ese hombre que, para colmo, hace apenas cuatro meses era un subversivo encerrado en un penal gaditano. Tal vez porque se da cuenta del mal trago que representa para el general aquella situación, Companys lo recibe con toda corrección, sin intentar en ningún momento rebajarlo o menospreciar su dignidad. Las palabras que le dirige, de nuevo según Escofet, así lo demuestran:

—General, cuando se juega y se pierde hay que pagar lealmente. El seis de octubre, ante la imposibilidad de continuar la resistencia y viendo que tenía perdida la victoria, también yo me rendí, como usted acaba de hacer. Entonces, para evitar inútiles derramamientos de sangre, me dirigí por radio a cuantos se habían lanzado a la calle y les aconsejé que no persistieran en la resistencia. Lo mismo debe hacer usted ahora.

Goded responde entonces algo que acredita hasta qué punto lo sucedido le resulta doloroso y amargo; lo mucho que le cuesta aceptar que ha sido demasiado impulsivo y ha asumido, con el cálculo de salir victorioso, la dirección de una batalla sin la menor posibilidad:

—Yo no me he rendido. Me han abandonado. Si usted lo cree conveniente, señor presidente, diré que he caído prisionero.

—Estimo necesario —dice el *president*, siempre según el testimonio de Escofet — que, para evitar que aumenten las víctimas, se dirija por radio a los insurrectos

aconsejándoles que abandonen la lucha.

—Podría redactar una cuartilla para que sea leída telefónicamente a los cuarteles —ofrece Goded—. Mi honor no me permite nada más.

—El honor no impide aconsejar que se evite el derramamiento de sangre —le dice Companys—. El honor sirve para otras cosas.

Ante lo que Goded, consciente de su derrota, responde:

—Puesto que estoy preso, me avengo.

Así es como, poco después, la radio anuncia a quienes la escuchan que va a hablarles el general Goded. Este se acerca al micrófono y dice unas pocas palabras que quedarán en la Historia, que utilizará para desacreditarlo alguno de sus compañeros de aventura golpista (en particular, quien resultará ser, asumiendo mucho menos riesgo que Goded, su principal beneficiario) y que, leídas desde donde se escribe esta historia, representan un gesto de dignidad y racionalidad que debe apuntarse en su haber, frente a todos sus errores y al hecho fatídico, e insubsanable, de haberse alzado contra un gobierno legítimo:

—La suerte me ha sido adversa, y yo he quedado prisionero. Por tanto, si queréis evitar que continúe el derramamiento de sangre, los soldados que me acompañabais quedáis libres de todo compromiso.

A continuación entra en antena la voz del *president* Companys, que dirige a la audiencia un mensaje medido y a la vez concluyente:

—Ciudadanos, tan sólo unas palabras, porque estos son momentos de hacer, y no de decir. Acabáis de escuchar al general Goded, que dirigía la insurrección y que pide que se evite el derramamiento de sangre. La rebelión está sofocada. La insurrección está dominada. Es necesario que todos continuéis a las órdenes del gobierno de la Generalitat y os atengáis a sus consignas. No quiero acabar sin hacer un fervoroso elogio de las fuerzas que con coraje y heroísmo han luchado por la legalidad republicana, ayudando a la autoridad civil. ¡Viva Cataluña! ¡Viva la República!

Imagino, de nuevo, a Aranguren escuchando la radio. Aunque el *president* ha lanzado su alocución íntegramente en catalán, no dudo de que la ha entendido por entero; entre otras cosas, le ayuda su dominio del gallego, porque quien posee dos lenguas romances tiene mucho ganado para entender cualquiera de las restantes. Sabe que lo que dice Companys no es del todo cierto, de ahí la necesidad de radiar las palabras de Goded. Sus subordinados le han informado de que las tropas rebeldes que luchaban en la plaza de España, el siguiente objetivo que tenían señalado sus fuerzas, han depuesto su actitud. También se entregan otras unidades que continuaban resistiendo en reductos aislados. Una de ellas es la compañía del regimiento de

Alcántara enviada a tomar la emisora de Radio Barcelona en la calle Caspe, que se había cruzado por la mañana con la columna de guardias civiles mandada por Escobar, y que poco después se había refugiado en el edificio del hotel Ritz (actual Palace), en la Gran Vía de las Cortes Catalanas. Sin embargo, son muchos todavía los militares que aún resisten, encerrados en sus cuarteles, y continúan los intensos combates en torno a las Atarazanas y las llamadas Dependencias Militares, en la zona adyacente al monumento de Colón, donde los focos rebeldes, rodeados por los anarquistas armados que controlan las Ramblas, prolongarán su resistencia hasta más allá de las ocho de la tarde.

En el asalto final al cuartel de las Atarazanas, los anarquistas tienen la baja más sensible de aquella jornada. Según Abel Paz, sucede cuando tratan de neutralizar una ametralladora que dispara desde una ventana del cuartel que da a la calle de Santa Madrona y que les corta el avance. La única manera de acercarse a ella es llegar hasta unos puestos de libros, ofreciendo blanco durante un trecho a los tiradores enemigos. Mientras deliberan sobre la táctica que deben seguir, una bala pasa rozando el pecho de Durruti, que resulta herido leve: le ponen un vendaje de emergencia y entonces Ascaso toma la iniciativa. Junto a otros compañeros, entre los que está también García Oliver, corre en zigzag desde la barricada hasta los puestos. Ve que más allá del último puesto, ligeramente separado, hay un camión. Piensa que, si logra llegar hasta él, podrá sorprender al tirador de la ametralladora y abatirlo. Todo su armamento es una pequeña pistola Astra de 9 mm. Durruti, que se da cuenta de lo que ha sucedido mientras le vendaban, trata de detenerle a gritos, pero su compañero sigue adelante. Pide entonces a los demás que le cubran. Ascaso busca la protección del camión y, antes de llegar a él, se arrodilla, apunta y dispara con su pistola. Cuando va a levantarse para seguir corriendo, una bala impacta en su frente y cae muerto. Su acción acredita el indudable valor de aquellos hombres, pero también su ineptitud militar. El asalto, protagonizado en solitario por uno de sus más señalados comandantes, es de una temeridad que raya en el suicidio. Aspirar a doblegar con una simple pistola a quien maneja una ametralladora, cruzando terreno batido por tiradores provistos de armas largas, denota una insensatez que acaba provocando una muerte tan heroica como gratuita.

Hay una foto de Ascaso tomada en las Ramblas por Agustín Centelles, según el fotógrafo apenas veinte minutos antes de su muerte. Se le ve de perfil, sonriente, como si estuviera de excursión. Pero aquello es ya la guerra, y aquellos a quienes se enfrentan no van a ser derrotados simplemente por la fuerza del ideal o el coraje de sus partidarios.

Pese a la pérdida de uno de sus líderes principales, los anarquistas van a

conseguir un enorme éxito en la jornada del 19 de julio. Más allá de su intervención en la derrota de los sublevados, se van a procurar un fabuloso botín: las decenas de miles de fusiles del parque de Artillería de Sant Andreu, que a la rendición de sus defensores van a invadir y saquear. Cuando llega al lugar la compañía de guardias civiles enviada por Escofet para asegurar aquellas armas, se encuentran con las instalaciones militares ya ocupadas por cientos de paisanos, que se sirven con soltura a costa del arsenal allí depositado. En semejantes circunstancias, es imposible contenerlos sin causar una mortandad que aquellos guardias no pueden echarse sobre las espaldas, y menos aún en contra del pueblo en armas que ha combatido a su lado durante el día. Otro tanto ocurre con el cuartel de Pedralbes, y con la mayor parte de los acuartelamientos, invadidos por la multitud que se hace con el armamento abandonado por los militares derrotados. Con esas armas en la mano y la borrachera de la victoria, la CNT y la FAI se van a convertir en los virtuales dueños de la situación. Enfrente, desbaratado completamente el ejército, tras su fallida utilización por los golpistas, sólo hay unas fuerzas de seguridad que, amén de las bajas sufridas en el esfuerzo de reducir la rebelión militar, tienen a muchos de sus miembros supervivientes exhaustos o heridos, y los que no, se sienten moralmente impedidos para enfrentarse a las masas eufóricas.

Al caer la noche ya se han rendido todos los focos de resistencia de la insurrección, con la sola excepción del convento de los Carmelitas de la Diagonal, cuyos defensores, los restos del regimiento de Caballería de Santiago, reforzados por los guardias civiles sublevados por el comandante Recas, sostienen una posición sin esperanza. El espectáculo que a esas horas ofrecen las calles de Barcelona, según recuerda Frederic Escofet, es la viva imagen del caos. Miles de personas de ambos sexos, «que no habían combatido», puntualiza el entonces comisario general, se habían lanzado a recorrer las calles, armadas y exhibiendo cascos, correajes y otros efectos militares tomados de los cuarteles saqueados; todo estaba lleno de manifestantes que hacían ondear banderas o levantaban el puño, mientras por las calles circulaban infinidad de coches requisados por las organizaciones obreras y políticas, muchos de ellos ya pintados con las siglas CNT-FAI y manejados por conductores notoriamente inexpertos. Mezclados con ellos, miembros de los cuerpos de Seguridad y Asalto, incluso de la Guardia Civil, anota Escofet con estupor, desabotonados o en mangas de camisa para aliviarse del bochorno y levantando todos el puño. «El nuevo saludo militar que acababa de inventarse, el saludo del pueblo en armas», anota el testigo de los hechos, con un deje de amargura.

Y es que, después de los sucesos de la jornada, que le han obligado a enfrentarse

a sus antiguos compañeros, a aquellos militares con los que compartió peligros y fatigas en la guerra marroquí, a Escofet le embarga, según confiesa, una sensación de tristeza: por la suerte de los vencidos, que en muchos casos han luchado con valor y convencidos de que su honor se lo exigía, y también por el ejército al que perteneció, disuelto casi de un plumazo en la refriega. Teme, también, por lo que pueda traer aquella situación de desorden, que siente como un fracaso personal: gastando todas sus energías y todos sus recursos contra la sublevación, se ha quedado sin nada con lo que mantener ese orden público que era, por su cargo, su responsabilidad primera. Tal es el cúmulo de emociones que en él se agolpan que, admite sin avergonzarse, al final de la jornada, ya solo, mientras trata de dormirse en el sofá de su despacho, no puede contenerse y rompe a llorar.

Mientras tanto, Aranguren, así lo declarará años después ante quienes le juzgan, y no me cabe ninguna duda de que así fue, dedica todos sus esfuerzos a tratar de preservar la vida y la integridad de las decenas de militares derrotados que están bajo la custodia de sus hombres, a fin de salvarlos de las iras de los nuevos amos de la ciudad. Pesa sobre él, con una profusión casi insoportable, el deber de defender la vida y la dignidad de los presos, para sustraerlos a la venganza y conducirlos ante la justicia, que la cartilla asigna como imperativo categórico al guardia civil. Son muchos, encabezados por su general en jefe, a quien se confina primero en el edificio de la Conselleria de Gobernación, donde lo recibe el propio Aranguren, en compañía del *conseller* España, y se traslada días después al buque-prisión *Uruguay*, amarrado en el puerto. La integridad física de Goded podrá protegerla con sus guardias hasta que se le someta a juicio, en ese mismo barco, tres semanas después. No lo conseguirá en cambio con otros, que perecerán antes de haberlos podido amparar. Algunos, a manos de las masas exaltadas. Otros, por propia mano, como el capitán de Infantería Ramón Mola Vidal, que según refiere uno de los biógrafos del *Director*, Carlos Blanco Escolá, se pega ese mismo día un tiro en la sien. No espera sobrevivir, siendo quien es, y de paso, demuestra a su hermano mayor, el general que lo ha urdido todo, que, tal y como le exigió, sabe morir. Mejor así, debe de pensar, que linchado por la chusma.

Doy por prácticamente seguro que esa noche Aranguren comparte muchas de las sensaciones de Escofet al ver deshecho el ejército al que él también perteneció, en cuyas academias se forjó como oficial y como hombre y con el que combatió en África. Y también al constatar cómo las calles quedan en manos de quienes no representan ni la autoridad ni la ley, sino la simple fuerza de la superioridad numérica y del arrojo para explotar la victoria. De esos a los que más de una vez, a lo largo de su ya extensa carrera como guardia civil, persiguió y detuvo.

No puedo dejar de temer que en ese momento empieza a preguntarse si con el cumplimiento de su deber, del lado de la ley y del gobierno legítimo, poniendo frente a la rebelión, como no podía ser de otro modo, la fuerza a sus órdenes, no habrá ayudado a alcanzar un resultado contrario al propósito que le animaba: la indefensión del Estado y de la República frente a quienes también son sus enemigos. No creo que eso le lleve a pensar que habría podido comportarse de otra forma o que tenía otra opción que colocar a sus guardias en el platillo de la balanza opuesto al de los rebeldes, para inclinarla en su contra, como sin duda ha hecho, aunque se lo vayan a regatear muchos. Lo harán los propagandistas y hagiógrafos del anarquismo y también historiadores ponderados y documentados como Risques, que minimizan el peso de los guardias en el aplastamiento del golpe y atribuyen esa interpretación a los vencedores de la guerra, forzados a buscar unos culpables que les ahorrasen la humillación de haber sido vencidos por la plebe. Hay, sin embargo, otros argumentos: la prontitud con que la aparición de los guardias civiles, disparando pocos o muchos tiros, eso es lo de menos, empuja a rendirse a la tropa sublevada, incluido su general en jefe, que al no poder ponerlos a sus órdenes siente que sus dotes de estratega no valen nada y acepta que ha perdido; o el resultado, tan distinto, que depara el día en otro gran bastión anarquista, Zaragoza, donde los golpistas sí consiguen atraerse a la Guardia Civil.

Aranguren tiene con qué descargarse del desorden al que asiste: la culpa del desarme del Estado, en definitiva, es de los militares sediciosos y de su ilegítima, desmañada y fallida tentativa de reemplazarlo. Sin embargo, siento que en ese mismo momento comienza a asediar al general que, paradójicamente, ha resultado victorioso en la batalla una sombra de melancolía de la que ya nunca conseguirá librarse; que es aquí, en puridad, donde se termina su historia, a la que tan sólo le resta un prolongado, accidentado y a la postre doloroso epílogo.

A la mañana siguiente, la del 20 de julio de 1936, el mismo día que el avión de Sanjurjo arde con el general dentro, y con ambos las páginas de una posible Historia de España que ya nunca será, empieza a comprender el general José Aranguren, y con él los hombres que bajo sus órdenes se han opuesto a la rebelión, cuál es el nuevo e incontrolable escenario al que han ido a parar. No todos los guardias lo deploran: entre ellos, sobre todo los de menor graduación, hay izquierdistas furibundos e incluso algún comunista, una circunstancia que llevará a los vencedores de la guerra, exagerando su número, a rebautizar el cuartel de la calle Ausiàs March como «cuartel Ausías Marx». Pero la mayoría, incluso los que tienen simpatías republicanas, y no son pocos (como sucedía también en Málaga, de donde tengo testimonio directo gracias a mi tío abuelo, Antonio Garrido, que era uno de ellos y condujo a los oficiales golpistas del cuerpo a un barco-prisión), asistirá con horror a los excesos que en seguida se desatan en las personas de los vencidos de la jornada del 19 de julio, y que tienen su más destacado episodio en la rendición de los militares atrincherados en el convento de los Carmelitas, entre los que se encuentran los guardias civiles que el sedicioso comandante Agustín Recas ha sumado al golpe.

Aranguren encomienda personalmente a Escobar que se ocupe no sólo de convencerlos de que depongan su resistencia ya sin objeto, sino también de garantizar sus vidas, como es obligación del guardia civil hacia toda persona, pero en especial hacia las que han de comparecer ante la justicia para responder de sus delitos. El coronel se dirige al convento, rodeado de un gentío enardecido por historias que hoy ya son improbables; ciertas o falsas, eso es lo de menos. Entre ellas, que los militares disparaban indiscriminadamente contra cualquiera que se les pusiera a tiro, con armas o sin ellas, y que se ha llegado a ver a los religiosos empuñando el fusil contra el pueblo en armas.

Con no pocas dificultades, Escobar logra persuadir al jefe de los sublevados, el coronel Lacasa, a cargo hasta la víspera del regimiento de Caballería de Santiago: una unidad que gracias a su personal decisión de enfrentarla al gobierno ya ha dejado de existir, más allá de los restos que se acogen al convento. Para que los rebeldes entreguen las armas y se rindan, el coronel de la Guardia Civil ha tenido que garantizarles protección. Pide el coronel Lacasa compromiso formal de que sus vidas serán respetadas, pero Escobar, que conoce sus limitaciones, y no se permite, al menos en tan grave coyuntura, el pecado de la mentira, le dice que eso no puede prometérselo, ya que será decisión del tribunal que los juzgue por un delito militar

para el que las leyes vigentes contemplan la pena de muerte; pero sí que asumirá personalmente su custodia para sacarlos de allí y llevarlos ante la justicia. Los militares, que tampoco disponen de mejor alternativa, se avienen.

Entra a por ellos Escobar con su fuerza, a fin de que los guardias hagan de contención física entre los derrotados y la masa que en la calle aguarda con ánimo inequívoco de lincharlos. Consiguen trasladar sanos y salvos a muchos de ellos, entre los que se cuentan sus compañeros, los guardias arrastrados a la rebelión por el comandante Recas, que lo tienen más fácil para confundirse con los guardias civiles leales que han entrado a detenerlos. Para proteger a los jefes, Escobar les recomienda que se quiten las guerreras, pero algunos, entre ellos el coronel, cometen el error inexplicable (o explicable por razones válidas para cualquier otra circunstancia menos peligrosa) de salir con ella doblada y colgada del brazo. Eso permitió que la gente los reconociera y se lanzara sobre ellos, momento en que Escobar, según su propio testimonio ante el instructor de la causa que contra él se siguió por aquellos hechos, acudió al quite con varios guardias y, «a brazo partido», logró desasirlos de quienes ya los arrastraban y los hizo entrar en su propio coche, que estaba muy próximo al lugar. Merece la pena recoger aquí un extracto de las propias explicaciones de Escobar, que obran en esa causa y que transcribe con detalle el historiador Manel Risques. Es un competente narrador (como muchos policías) y siente la necesidad profunda de evitar cargar a los ojos de quienes van a juzgarle, y ante la Historia, con un crimen que repugna fervientemente a su conciencia, y resulta intolerable a la luz de su fe católica:

Calmo a los exaltados. Me impongo con actos espontáneos de los que impresionan al pueblo, como poner la boca del fusil de uno, que apuntaba al coche, sobre mi pecho, diciéndole que tirara si quería sangre. Mando salir al coche y los grupos inmediatos no le dejan andar. Me subo al techo del automóvil, dejándolo rodeado de guardias, y hablo al público sobre la necesidad de que no se deshonoré con acto de sangre. La gente me escucha en silencio. Eran probablemente más de mil, los reunidos a mi alrededor, y otros tantos, por lo menos, los contenidos a mayor distancia por parte de la fuerza. Considero ya posible la marcha y bajo a ordenarla. Se me dice que el motor no funciona. De nuevo subo al imperial del coche y hablo. De lo que dije, sólo recuerdo que después de un rato de hablar, y en medio del silencio respetuoso del público, expresé puntualmente, cuando lo estimé necesario para terminar: «¿Queréis sangre? Tirad sobre mí. Vais a ver cómo muere un militar encanecido en el servicio, sin mancha, y que siempre cumplió con su deber». A continuación, dándoles la sensación, con mis palabras, de que yo no me separaría nunca de los detenidos, y tendrían que tirar contra mí, antes que contra ellos, si no los dejaban salir, terminé diciendo que iba a salir el coche; ese, u otro que veía inmediato (me parece era de color verde) y que me ayudasen a hacerlo.

Creo que hubiese conseguido mi propósito. Todos me escuchaban no sólo en silencio, sino con muestras de simpatía. Y tenía entonces un indudable influjo sobre las masas honradas. El de mi valor. El de mi desprecio al peligro. El acto de la plaza Cataluña y el cariño de mis guardias me habían creado una fama de las que siempre conquistan al pueblo; reforzada por lo que habían visto y estaban viendo que hacía, y por lo que me oían. [...] Así contuve toda una tarde y una noche a los asaltantes de ABC y Blanco y Negro en Madrid, en el año 1931. Así creí que iba a ocurrir entonces...

El testimonio da fe de la entereza del personaje, pero también de cómo es consciente de que la forma de pronunciarse refuerza o no el discurso, de esa aptitud dramática suya que aflora, también, en el detalle de que a la gente amotinada que le rodea la llame «público». Sin embargo, tan pronto como abandona el escenario desde el que tanto y tan bien se impone, algo se escapa de las manos del coronel:

Al bajar del techo del coche, con pretexto de decirme algo en secreto, me separan unos dos pasos o tres; me doy cuenta como un relámpago del intento malvado, y violentamente me desaso y me voy hacia el coche, que estaba al lado, pero mientras me acerco a la ventanilla, hay unos disparos. El atentado se había realizado con una rapidez que aún no me explico. Tal vez entre darme cuenta y regresar al coche, después de desasirme, no pasaran ocho segundos. Los oficiales fueron heridos, menos uno, fuera del coche; dos, habían transpuesto todo el paseo de la Diagonal. Debieron apercibirse de la agravación del peligro; o porque vieran que me cogieron de los brazos, o por señales que notasen entre los asesinos de que acechaban el momento para el crimen, o porque inopinadamente, por sorpresa, y aprovechándose de la confianza de los guardias, tirasen contra algunos; y salir huyendo del coche, por la ventanilla contraria a la parte donde yo me hallaba. Ante mi indignación, el público se pone francamente de mi parte, separo a todos, pido y consigo que venga en seguida una ambulancia y los traslado al hospital. Mi actitud de aquel momento y mi condenación viva del atentado hizo que empezaran a decir que era otro fascista; y alguien me llamó secretamente la atención sobre ello. De los demás oficiales y suboficiales que salieran entre el tropel, no sé nada. Tal vez alguno lo presencié todo, tal vez se haya salvado y pueda dar fe de mis esfuerzos. Tal vez, entre los vecinos de aquellas casas, queden testigos de honorabilidad y crédito, que quieran dar su testimonio.

En el tumulto subsiguiente a la rendición del convento pierden la vida tres religiosos y un número indeterminado de militares. Se cuenta que al coronel Lacasa lo decapitan y pasean su cabeza clavada en una bayoneta, o que a un oficial lo desmiembran y arrojan los trozos de su cuerpo a los leones del zoo. No he visto nunca fotografías que atestigüen tales extremos, ni es fácil contrastarlos ochenta años después. Que quienes se lanzaron sobre los militares estaban cargados de odio y ebrios de la victoria que representaba, para gentes que habían vivido en la clandestinidad, sentirse los amos de la ciudad, era evidente. A qué extremos llegara la crueldad inflamada por la mezcla explosiva de esos dos sentimientos, y alentada por ver desbordada a la mismísima Guardia Civil y zarandeado a su coronel, lo dejaré a la imaginación y la voluntad de creer, o no, de cada lector. En todo caso, el episodio es una buena muestra de la situación en que queda Barcelona tras la jornada del 19 de julio, desastrosa para unos, gloriosa para otros, y de esfuerzo con más que dudosa recompensa para la gente como Escobar, Aranguren o Escofet, y el grueso de los hombres a sus órdenes.

El 20 de julio, autodestruido el ejército, la República, a través de sus órganos legítimos, el gobierno central y el de la Generalitat, controla en Barcelona una fuerza de poco más de cuatro mil guardias, agotados (tras cuarenta horas sin dormir, muchos de ellos) y desbordados por la tarea de custodiar y tratar de mantener con vida a

cientos de prisioneros, además de sus funciones propias y que atañen a la seguridad de personas y bienes. No han tenido, eso sí, demasiadas bajas, considerando la intensidad de los combates en los que se han visto envueltos: 223 heridos y 34 muertos entre las fuerzas a las órdenes de Frederic Escofet, según su propio recuento. Bastantes más tienen los sublevados, y muchas menos la Guardia Civil, por su intervención al final de la jornada. Los que han sufrido numerosas bajas, por la inexperiencia y la imprudencia de muchos de sus combatientes, y su precario armamento, son la CNT y la FAI. Pero el hecho es que en la mañana del 20 de julio cuentan con un ejército de más de treinta mil combatientes en armas y, como sus líderes vienen defendiendo, tienen entrenamiento, incluso experiencia bélica muchos de ellos, para hacerlas funcionar. En la práctica, el gobierno y el ejército de Cataluña son ellos, y así va a ser durante dos meses, hasta octubre de 1936, ese corto (o no tan corto) «verano de la anarquía» que narra Hans Magnus Enzensberger en su libro del mismo título, y que, algo atenuado, se prorrogará hasta mayo de 1937. El resto de las autoridades, desde el *president* Companys hasta el propio José Aranguren, lo será a título testimonial, casi decorativo.

Esa misma noche, Durruti, García Oliver y otros líderes anarquistas se entrevistan con Companys. El acuerdo que sale de la reunión, para salvar la dignidad del gobierno catalán, y no precipitar males mayores por parte de los anarquistas, consiste en la colaboración de estos con el Estado, en condiciones que de facto consisten en compartir el poder. Su signo más visible es el Comité Central de Milicias Antifascistas de Cataluña. Este organismo, dominado por CNT-FAI, se encargará de dirigir en Cataluña las diez primeras semanas de la guerra civil que, fracasado el golpe, arrasará España durante treinta y tres meses. En cuanto al general Aranguren, como premio por su actuación, recibe ese día 20 de julio un regalo del todo indeseable: la jefatura de la prácticamente desaparecida 4ª División Orgánica, cuyos cuarteles han sido asaltados y saqueados, cuya tropa ha quedado en su mayor parte licenciada y cuya oficialidad, salvo contadas excepciones, está muerta o prisionera. Sería un sarcasmo, si no fuera trágico, pero Aranguren, como guardia civil y militar disciplinado que es, acepta el encargo. Ante el estado calamitoso en que se halla el edificio de Capitanía General, sede de la división (cuyo asalto y devastación tienen algo simbólico, de desquite del pueblo barcelonés contra los generales que desde allí se comportaron casi como virreyes, de Milans del Bosch al siniestro Martínez Anido, sin olvidar a Primo de Rivera), se instala en su nueva calidad de general jefe del ejército en Cataluña en un despacho del edificio de la Conselleria de Gobernación, desde donde va a ejercer unas funciones más burocráticas y nominales que efectivas.

El mismo día 20 de julio cae en Madrid el cuartel de la Montaña, centro de la sublevación en la capital de la República. La masa que lo invade extermina en el acto a buena parte de los militares que allí resistían. El general que dirige la sublevación en la capital, Joaquín Fanjul, se salva de milagro, lo que le permitirá sentarse frente al consejo de guerra que lo condenará a muerte. Quizá porque Mola la daba por perdida, la rebelión ha sido en Madrid tanto o más chapucera que en Barcelona, y ha contado también con la oposición de las fuerzas de seguridad, incluida la Guardia Civil. La aparición de los tricornos del lado del gobierno, frente al cuartel sublevado, ha sido la puntilla para la moral de los defensores, aislados, bombardeados por los cañones que tiran contra ellos desde la plaza de España, a la espera de unos refuerzos que jamás llegarán. La caída del cuartel tiene un importante efecto: el botín de cuarenta mil fusiles que atesora, y que el nuevo ministro de la Gobernación, que no es otro que Sebastián Pozas, hasta la víspera inspector general de la Guardia Civil, decide repartir a las milicias, principalmente socialistas, que llevaban días pidiendo su entrega y abasteciéndose de fusiles sacados en secreto de los cuarteles por oficiales afiliados a la UMRA. En la práctica, ello genera, como en Barcelona, un ejército paralelo, que ante el destrozo del ejército de la República, secuestrado en parte por los rebeldes, destruido en otra parte en los combates, y disgregado y desmoralizado en el resto, se erigirá en un poder también paralelo al del gobierno legalmente constituido. Pronto se hace sentir en las calles, aprovechando la oportunidad que para la revolución siempre aplazada ofrece el seísmo al que acaba de someter al Estado la insurrección de un puñado de generales desleales.

Hay quien se pregunta por qué el gobierno de Giral, y en particular su ministro Pozas, tomó la decisión de armar a las milicias, a la que se resistía Azaña, y que en la práctica dejaba la República a merced de un poder revolucionario y la iba a privar para siempre del apoyo de la derecha republicana moderada, representada por Maura. Hay quien dice que Pozas, ante la indefensión en que quedaba el Estado por la rebelión o desaparición de buena parte de su ejército, confió en su experiencia marroquí, en la que como recordará el lector de estas páginas mandó a menudo, con éxito, harcas de combatientes marroquíes irregulares encuadradas por mandos españoles, y pensó en replicar el modelo. Era cierto que esos miles de fusiles, por culpa del servicio militar obligatorio, y de la guerra de África, justamente, fueron a parar a milicianos que tenían la instrucción mínima para usarlos y ser más o menos operativos contra el enemigo desde el primer momento (piénsese, por contraste, qué ocurriría si hoy se repartieran cuarenta mil fusiles a los madrileños). En lo que quizá pecó de optimista el africanista Pozas, conquistador de Annual, Tifarutin o Sidi-Driss, compañero de fatigas de Franco por la zona de Melilla hacia 1923, y presente como

él en el incidente de Ben Tieb con Primo de Rivera (donde, ironías de la Historia secundó a Franco), fue en las posibilidades de encuadrar y dirigir a esos milicianos y darles la disciplina de las tropas indígenas.

Para bien o para mal, más bien para mal de las opciones de la República en la guerra que acaba de comenzar, esas tropas disciplinadas, feroces e incansables (el original, y no una copia) las tiene todas Franco, y las va a utilizar intensivamente para trasladar, con todas sus consecuencias, la guerra africana a la Península. Pocos días después se encontrarán unas y otras: los milicianos armados por orden de Pozas y los Regulares y legionarios con los que el teniente coronel Yagüe sube desde Sevilla. Los resultados del choque no van a dejar lugar a dudas. Pese a los esfuerzos de un militar leal al gobierno, el coronel Ildefonso Puigdemolas, por detener a la columna sublevada mediante emboscadas que diseña y prepara con buen criterio, y en las que una y otra vez flaquean los milicianos, Yagüe se plantará en Badajoz.

Pero esto es ya la guerra propiamente dicha, que ya está contada, mejor o peor, en otros muchos sitios; incluso por quien esto escribe, en lo que se refiere a esa trágica batalla de Badajoz y la terrible matanza subsiguiente. Lo que a esta historia importa es el hecho del fracaso del golpe, y su transformación en una guerra por muchas razones desigual, en la que se enfrentan una y otra vez, como se ve, quienes habían estado luchando juntos en Marruecos, pero desde circunstancias muy diferentes, por más que los rebeldes pretendan verse también arrastrados por una fuerza superior. Pozas llega a ser ministro de la República (otra ironía: era, como Franco, gentilhomme del rey) después de que la víspera Martínez Barrio llamara a Mola, ignorando su papel central en el diseño del alzamiento, y le pidiera que acatase las órdenes del gobierno de la República para restaurar el orden y evitar que la situación se desbordase. La respuesta de Mola, otro viejo conocido de Pozas, con el que a punto estuvo de sucumbir en las montañas del Rif, bajo la nieve y el ataque del jerife Sel-liten, fue épica:

—Lo que usted me propone es ya imposible. Las calles de Pamplona están llenas de requetés. Desde mi balcón no veo más que boinas rojas. Si yo digo ahora a estos hombres que he llegado a un acuerdo con usted, la primera cabeza que rueda es la mía. Ninguno de los dos podemos dominar a nuestras masas. Es tarde, muy tarde.

Gestiones como esta empujaron a Martínez Barrio a tirar la toalla, dando lugar al gobierno de José Giral del que Pozas es ministro, y que lidiará con más pena que gloria con el caos creado por el golpe.

Con todo, y volviendo a Barcelona, durante un tiempo se mantiene una apariencia de orden. El 31 de julio se celebra el funeral de los capitanes de la Guardia de Asalto Francisco Arrando y Antonio Arenas. Asisten al acto el general Aranguren, ya como

general jefe de la 4ª División, el *conseller* España y el comisario general Escofet. Aranguren impone la medalla militar al féretro de Arenas, acto del que hay una foto de Centelles que es portada de *La Vanguardia* del 1 de agosto, y seguramente la más conocida del olvidado general. Al de Arrando se la impone su propio hermano, Alberto, comandante en Cataluña del cuerpo en el que servía. En otras fotografías del mismo reportaje se puede ver a ambos junto a Frederic Escofet y el resto de las autoridades. Todos muy serios y Aranguren, como siempre, impecablemente uniformado y con un aura de autoridad que refuerza el hecho de su reciente nombramiento y el papel de los guardias civiles a su mando en la jornada del 19 de julio. Rinden honores a los dos oficiales caídos en defensa de la República y de la Generalitat fuerzas del cuerpo al que pertenecían y del resto de los cuerpos de seguridad (Seguridad, Guardia Civil, Mossos, Carabineros) y también de la Armada y una representación de las milicias antifascistas. Todo parece normal, incluso rígidamente protocolario, como si todo continuara igual, salvo el pequeño detalle de la ausencia del ejército, desgazado en la lucha.



José Aranguren en el funeral de los capitanes Arrando y Arenas. A su derecha, Frederic Escofet. A su izquierda, el comandante Arrando. En el centro de la imagen, el *conseller* España. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo Fotográfico Agustí Centelles

Es, sin embargo, un espejismo: el gobierno, la seguridad, la gestión de la economía, la industria, la defensa, todos los resortes están en manos de los comités obreros que, comprometidos en el esfuerzo por derrotar al fascismo, demostrarán ser bastante menos incapaces de lo que calculaban sus enemigos, pero lograrán, día a día, que la influencia de esas supuestas autoridades se reduzca a tratar de contener, con ínfimos medios y escasa fortuna, los excesos del poder revolucionario.

Uno de los que se opondrán con mayor determinación a esos excesos es el todavía comisario general de Orden Público de la Generalitat, Frederic Escofet, un jefe policial serio y riguroso que no se engaña respecto del compromiso de los anarquistas con el Estado y con la República, y menos aún con la Generalitat, y que además se emplea activamente en la puesta a salvo de sus víctimas: en particular, algunos religiosos a los que ayudará a pasar a Francia, hecho que trascenderá y que motivará que desde la CNT y la FAI se llegue a pedir su cabeza, por traidor a la República. Después de haber sido clave para salvarla, y no pudiendo resignarse a su irrelevancia, que en la calle patentizan las llamadas Patrullas de Control, las unidades policiales (o más bien, parapoliciales) dependientes del Comité Central de Milicias Antifascistas, acabará presentando su dimisión el día 11 de agosto de 1936, incapaz de mantenerse, según su propia declaración, como comisario general de «Desorden Público». Tras su renuncia, marchará a Francia enviado por Companys, en una misión diplomática que en realidad es una forma de quitarlo de en medio para proteger su vida.

La jornada del 19 de julio en Barcelona tiene aún un fleco pendiente: el de los militares sublevados que, después de pasar por Gobernación, están encerrados en el buque-prisión *Uruguay* a la espera de juicio. El trato que reciben, dejándoles salir a las cubiertas, donde leen novelas y se dedican según algunos a provocar, suscita protestas que llevan a cancelarles esas expansiones. Entre ellos está Manuel Goded, un hombre al que apenas le queda, ya, el último acto de su drama.

El consejo de guerra contra Goded se celebró el día 11 de agosto de 1936 —el mismo en que dimitía Escofet— en el comedor de primera clase del buque-prisión *Uruguay*. Este barco de gran porte, nada menos que 145 metros de eslora por 18,4 de manga, era un trasatlántico botado en 1913 que había cubierto para la compañía Trasatlántica las líneas de América, y que en 1934 fue requisado por la República y amarrado en el puerto de Barcelona para servir como cárcel. Durante toda la guerra sirvió a este propósito, en el que alcanzaría oscura fama, por el hacinamiento y el duro trato al que se sometió a los reclusos, entre los que se contó, por cierto, Mariano Gómez Ulla, el cirujano militar que había atendido al hijo de Aranguren, y que fue detenido en 1938 por el SIM (el Servicio de Información Militar republicano) bajo la acusación de colaborar con el enemigo. El barco, del que pueden encontrarse con cierta facilidad fotografías en la red (unas fotografías por descontado en blanco y negro, en las que se lo ve levemente escorado, y ofrece un aspecto más bien tétrico) resultó hundido al final de la guerra.

Me inclino a creer que fue en este barco, en algún momento de las tres semanas que transcurrieron entre la rendición de Goded y el consejo de guerra de oficiales generales al que se le sometió junto a su funesto segundo en la intentona, el general Fernández Burriel, donde fue a visitarle el general Aranguren. De que el encuentro a solas de los dos se produjo no tengo más respaldo que mi intuición de que no pudo no producirse, después de lo que habían compartido ambos en África y de la desairada conversación que los había enfrentado el 19 de julio. Esta tuvo que dejarle a Aranguren un mal sabor de boca que, unido a su compasión por el vencido, de cuya seguridad además era responsable, debió de empujarle a ir a verle. Mi intuición se refuerza por el hecho de que tanto a él como a los demás oficiales allí presos se les diera en los primeros días un trato benigno, tanto que acabó despertando las iras de quienes de buena gana los habrían linchado sobre la marcha si hubieran caído en sus manos. Y sobre todo, por el testimonio de la hija de Aranguren, Dolores, la madre de José Cobreros Aranguren, a la que, según recuerda este, el general le confió lo que Goded le había dicho antes de morir. Algo que sólo imagino posible en la intimidad de una conversación a solas y que, por el tiempo que allí pasó encerrado, lo más probable es que se produjera a bordo del *Uruguay*.

La frase de Goded, tal y como la recordaba la hija de Aranguren, es tan escueta como expresiva, y otorga un sentido estremecedor a ese encuentro entre los dos generales y antiguos compañeros, y más si se tiene presente que los dos se van a

condenar por su proceder:

—Qué bien hiciste, Pepe.

No sé hasta qué punto ese recuerdo puede considerarse una prueba fidedigna, sé bien que no alcanza el rango de fehaciente, pero me parece bastante verosímil. En primer lugar, que en ese contexto Goded decidiera tutear, casi afectuosamente, a su compañero y llamarle por el nombre familiar por el que le llamaban todos sus amigos y todos los colegas que le tenían confianza. Y en segundo lugar, que Goded se lamentara, en su situación, de haberse prestado a participar en una aventura tan deficientemente planteada, asumiendo con prodigiosa inconsciencia el papel de cabeza visible de la rebelión en la ciudad donde acaso más se acreditó la torpeza de su planificación.

Supongo que se enteraría, además, de la muerte de Sanjurjo. Y supongo, no pudo no ser así, y más recordando el alto concepto que tenía de sus merecimientos como general, atestiguado entre otros por Azaña, que al conocerla pensó amargamente en cómo, yendo a Barcelona, había perdido la oportunidad de postularse para encabezar el movimiento ahora huérfano. Por lo demás, su derrota, prisión e inminente muerte eran una excelente noticia para quien sin duda aspiraría a ser el nuevo general en jefe, y cabía temer, vista la suerte que siempre le había sonreído, que lo acabara consiguiendo: Francisco Franco. No debía de complacerle que su desgracia formara parte de la fortuna de aquel hombre con el que había compartido campaña en más de una ocasión, en Alhucemas en 1925 o en Asturias en 1934, pero al que no le unía una excesiva sintonía personal. El propio Franco se lo confiará, años después, a su primo Francisco Franco Salgado-Araújo, que en su libro de conversaciones privadas con el dictador recoge dos pasajes que resultan esclarecedores. Uno, referido a la reunión que se celebró en Madrid el 9 de marzo de 1936, preludio de la sublevación:

Me propusieron ser quien dirigiese el golpe, pero no acepté, pues estaba seguro de que el general Goded no me obedecería con agrado, ya que le había notado una actitud muy especial cuando desempeñó el cargo de jefe del Estado Mayor Central.

Y en otro momento, más cerca ya del alzamiento:

Cuando se preparaba el Movimiento, Mola me dijo que tenía que ser yo el jefe, y le contesté que Goded, por ser más antiguo, se resistiría a obedecerme, y lo mismo Queipo de Llano. Yo siempre noté la poca gracia que le hacía a este que yo mandase, y me obedecía de mala gana. Por ello pensamos en el teniente general Sanjurjo, muy bueno, no de gran cultura, pero que se dejaba aconsejar.

Las cartas, en cualquier caso, ya están jugadas, y lo que va a tocarle a Manuel Goded, y de paso también a José Aranguren, citado como testigo de cargo, es

comparecer ante el tribunal en el barco-prisión. Un acto tenso y solemne del que existen fotografías de Agustín Centelles en las que se ve a Goded de uniforme y a Fernández Burriel de paisano, y en alguna de ellas a Aranguren declarando ante el tribunal. Goded, perfectamente uniformado, peinado y rasurado, adopta un aire algo rígido, pero digno; lejos del porte abatido, casi deprimido, que según un testigo de la jornada del 19 de julio, «alto jefe del cuerpo de Seguridad», al que entrevista un periodista del diario madrileño *La Voz*, ofrecían los jefes y oficiales sublevados tras el fracaso de la rebelión. El entrevistado, militar veterano de la guerra de África, describe la imagen con vergüenza por la actitud de sus compañeros y recuerda la entereza con que Companys y sus *consellers* aceptaron la suerte adversa que les tocó el 6 de octubre de 1934, de la que también fue testigo por haberse encargado de custodiarlos como prisioneros. Juzgo creíble este testimonio, y que Goded, en las primeras horas, aturdido, desbordado, inquieto por su seguridad física y hasta avergonzado, se dejara achicar por el peso de su desgracia. El 11 de agosto, ante el tribunal, ha tenido tiempo de meditar y de mentalizarse de dónde está y de lo que de modo inexorable va a sucederle. Y se aplica a encajarlo, aunque, como se verá, no será capaz de mantenerse totalmente sereno.

Una de las pruebas de cargo del consejo de guerra, según esa misma información de *La Voz*, es el mapa que se ha incautado en el despacho de Goded, donde están señalados con grandes cruces el Palau de la Generalitat, la comisaría general de Orden Público y la Conselleria de Gobernación, y con cruces más pequeñas las comisarías de los cuerpos de seguridad. Casi bastaría con esta prueba para cargarle a Goded la dirección de una rebelión militar encaminada a acabar con el gobierno de la Generalitat, pero en el consejo de guerra se leen las declaraciones prestadas ante el instructor de la causa por los testigos, se llama e interroga a varios de ellos y se interroga también a los procesados.

El acto, al que asisten treinta periodistas y diez fotógrafos, y del que existen crónicas muy detalladas, entre ellas las de los diarios *Treball* y *El Sol*, comienza poco después de las siete de la mañana. Llega primero el general Aranguren, que saluda a los miembros del tribunal y se retira de la sala, como le corresponde en su calidad de testigo, en espera de ser llamado a declarar. Forman el tribunal del consejo de guerra un comandante, varios tenientes coroneles y un coronel, Guillermo de la Peña, en la presidencia, con un teniente auditor como vocal ponente. Ni un solo vocal tiene rango de general y varios están muy por debajo, lo que contraviene las reglas para los consejos de guerra de oficiales generales y no debe de hacerle demasiada gracia a Goded.

Un sargento de la Guardia Civil, en funciones de alguacil, sale a la puerta y

llama a audiencia pública. Casi en seguida entran los dos acusados, Goded tranquilamente, sin saludar ni mirar en ninguna dirección, vestido de uniforme sin correajes; Fernández Burriel, que lleva un traje gris, saludando con repetidas inclinaciones de cabeza a los presentes. La gestualidad señala quién cree aún poder ganar algo y quién ya nada espera. Los dos acusados se sientan en unas sillas frente al tribunal, flanqueados por sendos guardias civiles armados. El público lo componen una cuarentena de milicianos y un nutrido grupo de guardias civiles, además de algunos oficiales del barco y personal de servicio. En toda la sala tan sólo hay una mujer, una taquígrafa.



Imágenes del consejo de guerra contra los generales Goded y Fernández Burriel. El general Aranguren prestando declaración. Izquierda: © EFE; derecha, arriba: © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo Fotográfico Agustí Centelles; derecha, abajo: © EFE

El decorado es sobrio, y al fondo de la sala se ven la bandera de la República y la de Cataluña, cruzadas en un dosel ante el que se sitúa la mesa del tribunal. Comienza el acto con la lectura de las declaraciones prestadas por acusados y testigos en la fase de instrucción, que se prolonga por más de una hora. Tiene especial interés la declaración de Goded, en la que en síntesis reconoce que tomó el mando de la división a requerimiento de la guarnición pero niega ser la cabeza del movimiento (dice además desconocer quién lo es y si existe) y también que este fuera contra la República; se trataba de evitar que España cayera en la anarquía. Para demostrar este extremo alega que hizo sus arengas a las tropas, y hay varios testigos que lo

respaldan, con vivas a España y a la República. Intenta descargar de toda responsabilidad a quienes le acompañaron desde Mallorca, subordinados suyos que se limitaron a cumplir sus órdenes, y admite que se rindió porque en la división contaba con apenas cincuenta jefes y oficiales y otros tantos soldados y prefirió evitar un inútil derramamiento de sangre. En su declaración ante el instructor, Fernández Burriel, con escasa gallardía, trata de escurrir el bulto y cargar a Goded la destitución de Llano de la Encomienda, quien a su vez acusa a ambos de despojarle del mando.

Se lee también, entre otras de menor interés, la declaración sumarial de Aranguren. Dice que estaba al margen del movimiento y que confiaba en que la fuerza a su mando mantendría la disciplina, cumpliendo con su deber y «extremando la prudencia y la serenidad para evitar que se llegara a un choque sangriento». Al estallar la sublevación, pidió al general Llano que contuviera con sus fuerzas a las rebeldes, pero sólo respondió una compañía de Intendencia y entonces dispuso que «las fuerzas de la Guardia Civil a sus órdenes saliesen a la calle a cumplir con su deber de defender el orden legalmente constituido». Declara que Fernández Burriel y Goded le requirieron para que se uniera al alzamiento, a lo que no sólo se negó sino que «les exigió que se reintegraran a la legalidad», exigencia que no atendieron, especialmente Goded, «esclavo de una obsesión que le impedía abandonar el camino emprendido». Termina subrayando la actuación abnegada y heroica de los guardias civiles, que salieron a «batir las fuerzas rebeldes para defender el orden y la República sin perjuicio de proteger después, incluso con peligro de sus vidas, a los militares rendidos».

Tiene interés esta declaración de Aranguren porque contiene los tres elementos esenciales que no va a dejar de reiterar en aquel acto, en el que nada se juega, y en su propio consejo de guerra, en el que se lo juega todo: se mantuvo leal al orden legal establecido; cuidó de que sus hombres lo defendieran con la menor efusión posible de sangre y evitaran hasta el final enfrentarse a sus compañeros; y, cuando esto fue inevitable y los derrotaron, se preocupó de proteger, por todos los medios, la vida de los militares que habían caído prisioneros.

Se interroga a continuación a los procesados. Según el cronista de *Treball*, y con él coinciden otros, aunque es justo anotar que el tono general no es de simpatía por los acusados, lo hacen con una elocución a ratos confusa y nerviosa, más en el caso de Fernández Burriel. En Goded los nervios afloran en la rigidez de la espalda, el movimiento rítmico e incesante de sus piernas o la manera en que hunde las manos hasta el fondo de los bolsillos de la guerrera, como si eso le ayudara a reprimir la inquietud y mantener la inmovilidad que se impone.

De los dos interrogatorios, dejo a un lado el de Fernández Burriel, empeñado en

aparecer como un subalterno que no daba las órdenes y se rindió el primero. Interesa el de Goded, que el periodista de *El Sol* transcribe con minuciosidad, y que merece recogerse íntegro:

El defensor pregunta a Goded si dio órdenes durante el movimiento sedicioso, y contesta el procesado negativamente, por estar incomunicado. Se le pregunta si vino a Barcelona para ponerse al frente de movimiento, y contesta que sí.

El fiscal le pregunta si puede decir quién le requirió para que viniese a Barcelona, y responde que lo ignora.

—¿Qué medidas tomó usted al llegar al cuartel general de la División?

—No pude tomar ninguna.

—¿No es más cierto que usted desposeyó del mando al general Llano?

—No lo tuve que desposeer porque no tenía ningún mando. Estaba tumbado en un diván.

—¿No era el general Llano el general de la División?

—Yo creo que ya no lo era.

—¿Es cierto, pues, que se colocó usted en el puesto del general Llano?

—Evidente.

—¿Es cierto que después de la lucha dispuso usted por radio que cesara esta?

—Cierto.

—¿Esta manifestación la hizo como jefe de la insurrección?

—Cierto.

Ninguna excusa, ninguna atenuante para el cargo principal, que no es el derivado de la destitución o no de Llano de la Encomienda, al que no se priva de menospreciar («tumbado en un diván»), sino el de haber encabezado una rebelión. A medida que avanza el interrogatorio, el general rebelde responde cada vez con más laconismo y nihilismo. Y es que esforzarse ya en hacer otra cosa es perder el tiempo.

De los varios testigos que examina el tribunal, el que nos interesa a efectos de este relato es su protagonista, José Aranguren. Cuando entra en la sala todos se ponen en pie salvo el general Goded. El gesto tiene un sentido bien preciso, y que probablemente no supone ningún desprecio personal a Aranguren: aunque se le haya dado el mando de la división, sólo es un general de brigada, y por tanto inferior jerárquico al general de división que Goded aún siente que es. Un general no se levanta cuando entra otro de menor graduación. El propio Aranguren, años después, declarará ante su propio consejo de guerra que al entrar en la sala le hizo una seña indicándole que no se levantase, lo que ilustra acerca de su carácter y de la deferencia que elige mostrar al general derrotado y antiguo compañero. En todo caso, el gesto altanero de Goded contrasta con el de sumisión de Fernández Burriel, también general de brigada, como Aranguren, pero al que en ese acto reconoce como más caracterizado que él, y que de nuevo deja patentes las diferentes expectativas que de aquel juicio se han hecho uno y otro. El interrogatorio del fiscal es breve y ceñido a los hechos que importan, por ser objeto de la acusación y no haber quedado ya acreditados suficientemente a través de alguna otra de las pruebas practicadas:

Preguntado por el fiscal sobre el carácter que tuvieron las conversaciones telefónicas que celebró con Goded y Burriel, dice que era para que se sumase al movimiento que tendía a salvar a España. Yo les contesté que no podía levantarme contra el régimen y les advertí que si el movimiento era contra el Gobierno no tenía razón de ser, por cuanto ya se había formado nuevo Gobierno.

El fiscal: Usted recibió un requerimiento del general Burriel. ¿Con qué título le fue enviado?

—Con el de jefe de las fuerzas rebeldes.

—¿Cree usted que hasta que no llegó Goded el general Burriel era el jefe de las fuerzas rebeldes?

—Sí.

Tras practicar la prueba, el fiscal, que es el teniente auditor de primera Pedro Rodríguez (tan baja graduación en quien le acusa, pienso de nuevo, no debe de ser del agrado de Goded), hace su alegato, consistente y de una brillantez inusual en este tipo de juicios. Hay en su exposición dos pasajes que resultan elocuentes y definitivos:

El movimiento iba contra el Estatuto, contra la Constitución, contra la República y contra el Gobierno constituido. Nadie, ni por nada, bajo ningún título, podía arrogarse autoridad para derrocar un Gobierno legal aunque se aleguen ideales equivocados.

Por si fuera poco, las circunstancias que rodean a los hechos son tremendas, y los daños superan a toda imaginación: se han causado daños al Estado, al pueblo, a la disciplina; se ha deshecho el Ejército. La pena es taxativa. En mi mano no está modificar la Ley.

El fiscal minimiza las excusas de ambos acusados y pide la pena de muerte para los dos. Toma después la palabra el defensor, el comandante de Estado Mayor y abogado Antonio Aymat, que hace también un discurso sagaz y matizado, sosteniendo una defensa competente, de la que no podrán decir los acusados que carecieron, al alegar en su descargo atenuantes como su pertenencia a un movimiento que los excedía y que no se dirigía contra el orden republicano, sino que pretendía «devolver a los poderes públicos la libertad de movimientos de que carecían para imponer el orden». Destaca que Goded no tuvo contactos con partidos ni políticos, y que pudo obcecase, pero al rendirse redujo los daños. Alega su brillante historial militar, y recurre a un argumento que es cierto y no puede dejar de causar efecto ante el tribunal: «Tampoco debe olvidarse que el general Goded, como subsecretario de Guerra, defendió la vida de los sublevados de Jaca, Galán y García Hernández. —Y tras una pausa emotiva, añade—: Son razones que tengo la seguridad de que pesarán en vuestro ánimo».

Y pesan, a tal extremo que el tribunal delibera durante varias horas, pero al final no acepta las atenuantes expuestas por Aymat ni la pena de prisión que pide para sus defendidos. La rebelión militar es innegable; sus efectos, como aduce el fiscal, devastadores; y la pena que el Código contempla, la de muerte, que es la que se les impone. Notificada la sentencia al auditor, este firma la conformidad. Corresponde

que sea firmada también por el jefe de la división, dándose por enterado de su contenido, pero José Aranguren alega que por haber sido testigo de cargo en el proceso no puede legalmente firmarla. Un razonamiento impecable, que sin embargo le valdrá la censura, y como es de afectos y aversiones súbitos, la malquerencia del hombre que lo recibió poco después de la proclamación de la República y antes de partir a hacerse cargo de la Guardia Civil de Galicia: el ahora presidente y jefe del Estado, Manuel Azaña y Díaz. En su defecto, el enterado lo firma el siguiente en el mando, el coronel del regimiento de Tarragona, que no se sublevó, Ángel Martínez-Peñalva. Para Manuel Goded, más oprobio: que su sentencia de muerte, dictada por un tribunal en el que no hay ni un solo general, vaya bendecida por un simple coronel.

Tras esa firma, la sentencia se envía en avión a Madrid para su aprobación por el gobierno. Hay prisa, y quizá no haya inteligencia suficiente. Se me ocurre que Goded vivo valía para la República más que Goded muerto; habría sido justo para con sus esfuerzos en pro de la vida de Galán y García Hernández, otros dos sublevados que causaron muertes, y a los que fue un error de la monarquía ejecutar; y si en su día se indultó a Sanjurjo, permitiéndole volver a alzarse, Goded no era de peor condición. Pero la guerra ya se ha enconado, y esta República ya no es la de 1932: ahora está, gracias al golpe militar, a merced de las masas, que exigen una sangre que hay que derramar.

De los auxilios espirituales de los condenados mientras están en capilla se encargan los sacerdotes también confinados en el buque. No me consta que Goded fuera en exceso religioso, incluso tengo para mí que se consideraba más bien tibio, viendo cómo describe, con una mirada perpleja y externa, la fe de los marroquíes o la de aquel soldado húngaro al que vio rezar en el frente del Sereth. Pero supongo que aceptó la ayuda del religioso que fuera a confortarle, y de una u otra forma puso en paz su conciencia con el Dios en que creyera.

A la mañana siguiente, los guardias civiles de servicio de custodia de presos en el *Uruguay* llevan a Goded y a Fernández Burriel hasta los fosos de Montjuïc, donde cuatro años más tarde fusilarán a dos de sus enemigos en la jornada del 19 de julio, Escobar y Companys; el primero tras rendirse, el segundo tras ser entregado por la Gestapo. Asiste a la ejecución, en los llamados glacis de Santa Elena, un nutrido y abigarrado público. El piquete lo forman soldados del regimiento de Infantería Almansa nº 15, nerviosos y sobrecogidos. Dicen que antes de que dispararan, alguno que presenciaba la ejecución gritó de modo que Goded pudiera oírlo: «¡Así mueren los traidores!». Me permitirá el lector que yo sea más respetuoso con él, porque a ese hombre que muere, y que, según cuentan, se volvió a mirar con una sonrisa a quien acababa de denigrarle, le debo haber nacido. No convalidaré sus errores ni sus

delitos, no ignoraré su altivez, su arrogancia intelectual, incluso rayana en la pedantería, si hay que creer a Azaña; tampoco soslayaré la iracundia y la obcecación que le llevaron a encabezar una rebelión que provocó muerte y destrucción y creó las condiciones para que se impusiera a mi país, durante décadas, una dictadura grotesca y embrutecedora. Pero no voy a insultarle. Antes bien, contaré su final tomando las palabras de un destacado socialista, también entregado por la Gestapo a Franco, y también fusilado, Julián Zugazagoitia, que narra así el hecho en su imprescindible *Guerra y vicisitudes de los españoles*:

Cuando al general Goded le llegó el momento de ser fusilado, fusilamiento que no pudieron evitar las gestiones políticas, inferiores en fuerza coactiva a las presiones de las masas catalanas, que urgían el cumplimiento de la sentencia, el reo se presentó ante los soldados perfectamente vestido y afeitado. Había dedicado a su última compostura cuidados minuciosos. Con un cigarrillo en la mano, bien pegada la ceniza al fuego, asistió a los preparativos del pelotón y, cuando todo estuvo listo, aspiró una bocanada de humo, arrojó la punta del pitillo y, afirmando los pies en la tierra, miró cómo los fusiles le enviaban la muerte a clavársele en el pecho. La trompetería de la tropa presente alborotó la mañana con la notificación de que la justicia estaba hecha. Versiones como estas, que por los días de la guerra eran frecuentes, me volvían al gusto, fuerte y español, de las lecciones de Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*, como ahincadamente soñaba la suya don Miguel, con resurrección de la carne, que vive quien sabe morir.

El periodo comprendido entre agosto de 1936 y abril de 1939 es el más oscuro y también el más gris de la vida de José Aranguren. Hasta mayo de 1937 se mantiene como general jefe de la 4ª División, pero su papel en esa calidad es tan escaso como el margen de maniobra que le otorga el escenario posterior al alzamiento, con los anarquistas como árbitros de la situación en Cataluña, primero a través del Comité Central de Milicias Antifascistas y a partir de octubre mediante su integración en el gobierno de la Generalitat. En la prensa de la época aparece a menudo Aranguren en actos públicos al costado de Companys, pero la cruda verdad es que manda tan poco como él. Su propia imagen está muy alejada de la del oficial elegante que siempre había sido: se le ve vestido con el mono caqui y el gorro cuartelero que sustituyen al uniforme gris y el tricornio, tras la conversión de la Guardia Civil en Guardia Nacional Republicana mediante decreto de 30 de agosto de 1936. Es esta una medida propuesta por el ministro de Gobernación, Pozas, y que el historiador del cuerpo Jesús Núñez define como de «reorganización-depuración», para limpiarlo de los elementos que se habían adherido al golpe militar, con actuaciones tan aparatosas como la del Alcázar de Toledo o el santuario de Santa María de la Cabeza. De los 35.000 guardias civiles de 1936, unos quince mil se unieron a la rebelión y el resto, la mayoría, defendieron la legalidad republicana.

Una buena muestra de lo poco que pinta y puede Aranguren en la convulsa Barcelona de la anarquía está contenida en la conversación que refleja el abogado, y diputado de ERC, Marià Rubió i Tudurí en su libro *Barcelona 1936-1939*, entre el *conseller* España y el general, cuando este, todavía impecablemente uniformado y muy derecho y pulcro (*endreçat*, escribe el autor), regresa de un entierro en la ciudad:

—¿Cómo ha ido el entierro? —pregunta España.

—Muy bien, perfectamente bien, a toque de tambor —responde Aranguren—. El entierro de este aviador muerto en el frente ha sido un buen paso hacia la reorganización. Un poco agotador, ciertamente, porque el recorrido ha sido larguísimo.

—Pero, general —ataja España—, el entierro ha podido ir bien, no lo dudo. Por desgracia, mientras el entierro va bien, se asesina impunemente y se mantiene el desorden en esas espantosas barricadas.

—Es cierto. Durante el recorrido he pasado delante de unas cuantas barricadas. La gente está serena, pero, por lo que se ve, muy decidida. También he comprobado que hoy se han recogido muchísimos cadáveres. Es realmente horroroso e

insoportable.

—Se trata de servir al país tan bien como podamos, sin hacernos ilusiones sobre la omnipotencia de los medios de que disponemos. El gobierno, y yo en su nombre — le urge entonces España, sin poder ocultar su angustia y su contrariedad—, le pedimos su consejo.

Aranguren medita su respuesta.

—A mi entender, no es posible intentar una acción de frente para dominar la situación. No tenemos fuerzas suficientes, ni estas están maduras para la acción. Con toda probabilidad seríamos vencidos.

—Y entonces, ¿qué salida hay?

—Hay que esperar. Estos de las barricadas se irán cansando. Mientras tanto, iremos reorganizando y recuperando nuestras fuerzas. Ellos pierden fuerzas cada día. Nosotros las ganamos. Hay que acelerar esta evolución. De aquí a un tiempo podremos librar con éxito esta batalla que hoy tenemos todas las posibilidades de perder.

Señala Rubió que ninguno de los presentes respondió a aquellas palabras del general Aranguren, y que todos comprendieron que hablaba con conocimiento de causa y no había perdido la serenidad. La estrategia de Aranguren, de aguardar e ir reconstituyendo sus escasas y maltrechas fuerzas, chocará sin embargo con las necesidades bélicas más perentorias. Desde el inicio de la guerra los rebeldes ocupan posiciones en la sierra de Madrid. Allí, entre otros episodios reseñables, muere en combate el capitán Condés, jefe de la partida que se llevó a Calvo Sotelo, y chocar las columnas mandadas por el impetuoso jefe republicano Mangada y el rebelde Doval, el represor de Asturias, con derrota del segundo. Al cabo de varias semanas, tras su victorioso avance desde Andalucía, los sublevados aprietan el cerco sobre el sur de la capital. Para reforzar sus defensas, en septiembre parte hacia el frente madrileño una columna de mil guardias civiles de Cataluña con Escobar a la cabeza. El coronel lanzará una vibrante arenga a sus hombres a su llegada a la estación de Getafe, la ciudad a la que el destino lo devuelve tantos años después de formarse allí como oficial.

La consecuencia de esa movilización es que Aranguren se queda con apenas tres centenares de guardias en Barcelona y, aunque también se van al frente madrileño muchos anarquistas, encuadrados en la columna Durruti (donde se integra como asesor militar otro personaje de esta historia, Pérez Farràs, el antiguo comandante de los *mossos*, que terminará chocando con sus jefes), los de la CNT y la FAI siguen teniendo una aplastante superioridad sobre las fuerzas del orden.

El desempeño en combate de los guardias civiles de Escobar, y de su propio jefe, va a ser, en general y salvo excepciones que merecen comentario aparte, superior al de los milicianos de la columna Durruti, que tras fracasar en su intento de liberar Zaragoza se han de contentar con tomar algunos pueblos durante su marcha hacia Madrid. Los anarquistas causan la ira del general Miaja, que dirige la defensa de la capital, y que en el frente de Moncloa, según cuenta Chaves Nogales en *La defensa de Madrid*, llega a contenerlos pistola en mano para que no deserten de sus puestos frente a las tropas africanas situadas en la Casa de Campo. Allí, según contaba mi abuelo Manuel, los que aguantaron los embates fueron los guardias de Asalto, gente joven y en muchos casos curtida, como el enemigo, en la guerra de Marruecos.

Justo en ese frente, el 20 de noviembre de 1936, muere en oscuras circunstancias Buenaventura Durruti; una baja de la que el anarquismo español no se repondrá, un hombre de valor y carisma innegable, y del que impresiona su desprendimiento extremo de lo material. En la maleta que dejó al morir sólo había «una muda sucia, los trastos de afeitarse y dos pistolas»; o eso decían las líneas finales de un texto sobre él que un día, hará veinte años, me pasó mi amigo y compañero Mariano Lanau, y que fotocopié y mantuve pegado a un panel del despacho que durante una década ocupé como abogado de una compañía del IBEX-35. Aquel gesto, excéntrico e inútil, era una paradoja que me complacía y que provocaba el estupor de cuantos lo leían allí.

Ese mismo 20 de noviembre de 1936 muere fusilado en la prisión de Alicante José Antonio Primo de Rivera. Si la República le ha hecho en julio a Franco e servicio de fusilar a Goded, que habría podido cuestionarle como jefe militar, ahora que ya es, desde hace dos meses, el Caudillo único del alzamiento, le presta el de convertir al incómodo líder de la Falange en mártir y herramienta política que podrá utilizar a su antojo; algo que dudosamente habría podido hacer con él vivo. El mismo día, el movimiento y la revolución que embistieron a la vez contra la República de 1931 pierden a dos de sus principales propulsores. La Historia tiene a veces estas macabras coincidencias, que encierran tal vez un símbolo, y que cada cual leerá como prefiera.

Sin perjuicio del valor y la entrega de otros, como Escobar, en defensa de la República, un hecho que no cabe ignorar es que no pocos de los guardias civiles enviados a Madrid o a otros frentes, decepcionados por la deriva de la situación, o siguiendo su inclinación verdadera, aprovechan el contacto con el enemigo para pasarse a sus filas. Entre esas deserciones y las bajas en combate, la red denominada Guardia Nacional Republicana cuenta en Cataluña con muchos menos hombres cuando a finales de 1936 se disuelve en el nuevo cuerpo de Seguridad, creado por decreto de

26 de diciembre de ese año, y en el que pasan a integrarse los antiguos guardias civiles y también los miembros de los cuerpos de Seguridad y Asalto (entre ellos, mi abuelo Manuel).

En los meses transcurridos desde julio, además de perder efectivos, se han degradado notablemente la disciplina y las condiciones del servicio de los guardias, ante la influencia creciente de los comités que en la práctica se ocupan de la gestión del cuerpo: hay un comité central en Madrid y comités regionales, en los que adquieren un mayor peso los guardias más afines a los movimientos revolucionarios, en detrimento de la autoridad de los jefes. La actuación de Aranguren respecto de los comités va a ser muy criticada, y a su consejo de guerra se incorporan testimonios que denuncian su pasividad ante los atropellos y el desgobierno en que quedó sumida la fuerza, hasta el punto de que se oía a los miembros de los comités decir cosas como que «iban a subir al despacho del general y a tirarlo por la ventana». Hay testimonios contrarios del coronel Brotons, que si bien achaca al general alguna vacilación, en particular cuando los comités pidieron que se suspendiera de empleo y se desarmara a una serie de jefes y oficiales a los que acusaban de simpatizar con el enemigo, lo que sin duda los habría puesto en riesgo grave de verse paseados por cualquier incontrolado de los que esos días pululaban por Barcelona, declara que al final rechazó la petición y los mantuvo con mando y en activo. Y es interesante recoger aquí, ya que lo tenemos, el relato del propio interesado dentro de la larga declaración que en dos sesiones hizo ante el instructor de su consejo de guerra en abril de 1939, y que al referirse a este periodo, aunque busca como es lógico desvirtuar las acusaciones que se le hacen, tengo la sensación de que es sincero y fiable, además de ofrecernos una imagen del hombre y de la encrucijada a la que fue a parar.

Comienza Aranguren exponiendo cómo quedó, casi desde el primer momento, privado de toda posibilidad efectiva de ejercer el mando militar que se le había confiado, en la jefatura de la 4ª División:

Enlacé en lo que estuvo en mi alcance la actuación del Consejo de la Generalidad con relación con el Gobierno y al ver un día un decreto de la Generalidad disponiendo la organización del Ejército «de Cataluña» conseguí se modificara y publicara poniendo del Ejército «en Cataluña». El consejero de Defensa se extralimitaba constantemente produciendo el que deponen quejas al Gobierno de Valencia, que daba la razón pero no lograba ser obedecido. Aprovechándose de la actuación de las tropas que permanecieron acatando al Gobierno, el elemento revolucionario todo lo invadió; creo que fue el mismo día 19, o el siguiente, me advirtieron de parte del general Pozas, que avisó por teléfono, que en el parque había mucho armamento y, aunque ya se había reforzado la guardia y se mandó más fuerza, lo asaltaron y saquearon sin que la fuerza lograra dominarlo porque la cantidad de paisanos armados era numerosísima. Asaltaron también los cuarteles y no había posibilidad de tener enlace ni medios por detener la revolución. El Consejo de la Generalidad tampoco era obedecido y apenas todas las demás autoridades, desacatadas. Se sostenía un poco la forma para evitar, con ello, mayores males.

Tras este cuadro, tan desolador para el hombre de disciplina y orden que Aranguren ha sido durante toda su vida, entra en el relato de su día a día en aquella nueva situación, que tampoco tiene desperdicio:

En más de dos meses por mi parte no pude salir del edificio de Gobernación y allí, sin casi dormir y con la pistola debajo de la almohada, esperando a cada rato la violencia del Comité. La mayor parte de los oficiales profesionales tuvieron que alistarse en partidos políticos o sindicales por salvar sus vidas, por mi parte pude librarme de ello y continué como antes del movimiento, sin pertenecer a ninguna secta ni a ningún partido político ni sindical. Presté juramento de acatamiento a la República cuando se varió el régimen y no tuve más intervención política en nada.

Desde los primeros días se desorganizaron los tercios de la Guardia Civil, especialmente el 19°. Unos comités de guardias utilizaban las pistolas ametralladoras y tuve noticia de que salían con ellas a pretexto de dar escolta. Temiendo que cometieran excesos, los llamé al despacho para que entregaran las armas y amonestarles. Vinieron con el comandante del cuerpo don Emilio Escobar, que era hombre muy exaltado y los tuteaba, murió luego asesinado en la calle sin que se lograra descubrir al autor. La escena en el despacho fue tan violenta por la exaltación de aquellos comités y su falta de respeto que ya no pude resistir y eché mano a la pistola. Fácil sería matarme porque eran muchos, pero se impuso todavía algo el respeto y la intervención del comandante Escobar a mi favor contuvo el incidente y prometieron entregar las armas aunque luego no lo hicieron.

Imagínese la desesperación que suponía para todo un general de la Guardia Civil verse ninguneado así por los hombres que poco antes estaban a sus órdenes, y tener que reclamarles pistola en mano, con peligro para su vida, esas armas que seguramente había comprado el propio Aranguren, cuando presidió el comité de armamentos del cuerpo, para destinarlas a un fin muy distinto del que ahora les daban. En cualquier caso, y si se cree su versión, una actitud muy alejada de la pasividad acobardada que se le iba a achacar luego, tan contraria a su biografía y su carácter, aunque tales gestos de dignidad resultaran infructuosos, disipada ya toda autoridad. A continuación describe el general cómo intentó reconducir la situación:

Al día siguiente, viéndome ya sin medios para contener excesos ni restablecer la disciplina, quería dejarlo todo por retiro, por abandono o como fuera. Entonces y en otras ocasiones análogas el coronel don Antonio Escobar, del 19° Tercio, que era el mejor jefe que aquí tuve, intervenía con el consejo prudente haciéndome ver que los males aumentarían si abandonábamos los cargos y que, aunque poco, conteníamos algo y podíamos intentar restablecer poco a poco la disciplina y sobre todo contener desmanes y salvar vidas.

«Qué duro va a ser tener que pelear contra nuestros compañeros», cuenta el nieto de Aranguren que le dijo su abuelo a Escobar tras el fracaso del golpe. La dureza de la situación, unida al caos revolucionario, fuerza ahora la solidaridad de ambos. Prosigue Aranguren:

Los guardias veteranos buenos, pasado el estupor de los abusos de los primeros días, lograron ir formando otros comités ellos que, moderados, contuvieron la acción de los primeros. Uno de estos comités moderados intervino directamente participándome que a dieciséis guardias que fueron hechos prisioneros en un combate de los primeros días en Calaceíte los habían condenado a muerte y que en la mañana siguiente los fusilarían en

Tarragona. El comité venía a buscar la forma de salvarlos. Había celebrado Consejo la Generalidad aquella tarde, cuando aún no se sabía el asunto, y no se encontraba al consejero de Justicia, pero contando con que todos asentarían, como así lo hicieron, se hizo un decreto que se comunicó por telégrafo fundado en que la organización política de la Generalidad no era por provincias y debía venir el asunto a Barcelona. Al tramitarse allí, por rencillas de pueblo contra los guardias subsistía el apasionamiento e insistían los testigos de cargo individual y colectivamente, coaccionando para condenarlos. Fui personalmente a declarar, pasando por muchas vejaciones, pero creo que mi declaración les salvó. Logré que me dejaran citar el artículo del Reglamento Militar de la Guardia Civil que dice que el guardia civil como soldado está exento de responsabilidad cuando cumple fielmente las órdenes de sus jefes. Esos dieciséis guardias como soldados hicieron fuego contra las tropas fieles al Gobierno de la República porque el teniente que los mandaba lo ordenó así, y ellos acataron por obediencia debida pues de no hacerlo serían fusilados allí y por tanto, por el mismo hecho, no podían serlo también aquí.

Acaso esta conducta, buscar con el ingenio la manera de sustraer las vidas ajenas al fuego de la venganza, y acudir para lograrlo allí donde a uno van a ofenderle sin poder impedirlo, no encaje en el molde arquetípico de la conducta heroica. Y sin embargo quiero recoger este episodio, en su integridad, porque para mí da la medida del tipo de héroe que es Aranguren: alguien que, mientras los demás se entregan, arrebatados, a la embriaguez de la sangre, hace lo que está en su mano por reducirla. Y continúa su relato de aquellos días oscuros:

En muchos más casos análogos actuaron estos comités moderados en favor de jefes, oficiales, tropa y familias salvando a algunos la vida y a otros de la miseria. Pasada mi intervención directa y obligada del primer momento, quedé y quedaron todos los jefes y oficiales en general desplazados y vigilados. Actué como todos, donde podía hacer algún bien o aminorar algún mal.

Dentro de su larga declaración, se refiere Aranguren también a la protección de los prisioneros, y en particular los que estaban confinados en el buque-prisión *Uruguay*, momento en el que relata hechos y detalles que terminan de redondear el cuadro de su impotencia:

Se estableció como prisión un barco, en que establecí servicio con Guardia Civil, pero estaba intervenida y coaccionada por comités revolucionarios y casi no podía actuar. No obstante, entre la guardia interior y la exterior se pudo lograr, en ocasiones con gran esfuerzo, que el barco no fuera asaltado por las masas, ni que dentro de él se cometieran crímenes. En dar protección al barco auxiliaron a aquellas fuerzas eficazmente un capitán de Aviación, el señor Bayo, al que acataban aún algunas fuerzas de Marina. Tuve un día noticias de que habían sacado unos presos del barco y que no habían vuelto, ignorándose si habían sido muertos. Requerí a un magistrado, llamado don Luis Pomares Pérez, que era el juez nombrado y a cuya disposición estaban los presos en el barco. Este juez confesó que él había dado la orden para sacar a aquellos presos, creo que unos diez o quince, pero que la dio amenazado por un comité con la pistola al pecho. Aquel hombre estaba loco de terror, se le destituyó en el acto y fue procesado.

No estaba declarado el estado de guerra, y por tanto la poca autoridad que se podía ejercer en el aspecto militar aún estaba más limitada y restringida, por estar sólo en estado de alarma, y la aversión que había a todo lo que pudiera ser mando militar, porque se recelaba de ellos. Cuantas diligencias se practicaron para descubrir el paradero de los que sacaron del barco a fin de poderlos salvar, no dieron resultado, ni se logró saber lo que fue de ellos. Los comités que violentaban a las autoridades y funcionarios, además de actuar por la violencia, no

daban nombres ni firmaban documentos para eludir responsabilidades, en su caso, y cuando más, ponían el sello, así que si en algún caso se podía comprobar algún atentado no era posible comprobar quién era el autor.

En diciembre de 1936, acuciado como en su día lo fuera Escofet por acusaciones de facilitar la huida al extranjero de «elementos fascistas», el *exconseller* de Gobernación, José María España, que había cesado en el cargo tres meses antes, se exilia a Francia. Con la marcha de este veterano abogado de origen aranés (de larguísima carrera política: primero en las filas del Partido Liberal, luego en la Unió Republicana, a continuación en la Lliga Regionalista y finalmente en Esquerra Republicana de Catalunya), del triunvirato que dirigió la respuesta al golpe militar en Barcelona el 19 de julio de 1936 ya sólo queda en la ciudad el general José Aranguren. Hace de jefe de la fantasmagórica 4ª División, con nula influencia sobre la dirección de la campaña en el frente (una labor para la que, dicho sea de paso, tampoco se siente preparado), y de lo que queda de su querida Guardia Civil, redenominada, diezmada y al final disuelta en un cuerpo de nueva creación. Por encima de él, se mantiene en la presidencia de la Generalitat Lluís Companys, aunque a efectos prácticos no es mucho más que un títere de las fuerzas revolucionarias que gobiernan en Catalunya y que le obligan a bendecir, con sus decretos, los sucesivos órganos que administrarán la expeditiva justicia «antifascista», pródiga en condenas a muerte. Sus víctimas, los oficiales sublevados a los que no se sometió a consejo de guerra y cualquier elemento tildado de contrarrevolucionario. Serán esas ejecuciones, no pocas precedidas de simulacros de juicio, al principio bajo la dirección de la Oficina Jurídica del Comité Central de Milicias, y luego en los llamados Jurados y Tribunales Populares, las que se aleguen después de la guerra para condenar al *president*, y también las que más pesen en su contra en el veredicto que le ha de formular la Historia.

La pregunta, llegados a este punto, es por qué Aranguren y Companys no se marcharon, como Escofet y España, de ese puesto y esa ciudad en los que apenas pintaban nada. En el caso de Companys me imagino que su convicción nacionalista, y su sentimiento de encarnar la máxima autoridad política de Catalunya, le impedían la desertión y le obligaron a tragar lo que hiciera falta. Constan, por otra parte y en su descargo, las gestiones humanitarias que hizo para poner a salvo de la justicia revolucionaria a la población no combatiente. Aranguren, tras confesar a su segundo sus deseos de abandonar, debió de forzarse a permanecer por disciplina, y también por salvar a quien estuviera en su mano y por un sentimiento romántico, no muy distinto del de Companys, de ser la representación del cuerpo al que había servido durante cuarenta años y casi su único resto en Catalunya. Por lo demás, a su mesa no

llegaban esos decretos que habilitaban la venganza y que iban a caer sobre la conciencia y la memoria del *president*.

Comienza así el año 1937, del que José Aranguren apenas va a pasar ya la mitad en Barcelona. Los hechos que provocan su traslado, los llamados *fets de maig*, o «hechos de mayo» de 1937, se escapan a su control tanto como han escapado los nueve meses anteriores.

El detonante de los llamados hechos de mayo de 1937 en Barcelona, que llevan a la República a tomar conciencia de la inadmisibile situación de caos, ilegalidad y desgobierno que ha consentido en la autonomía catalana, y provocan, entre otros efectos, la caída de Largo Caballero, el sucesor socialista de Giral al frente del gabinete, es un fleco de la jornada del 19 de julio de 1936: la ocupación por las milicias del estratégico edificio de la Telefónica en la plaza de Cataluña. En él permanecen la CNT y la UGT, que se lo reparten por plantas. Tenerlo en su poder no sólo les proporciona a las milicias una posición de privilegio en el centro de la ciudad, sino que también les permite de facto controlar e intervenir todas las comunicaciones. Contra ese estado de cosas, en un gesto que pretende devolver a la Generalitat la autoridad perdida, decide maniobrar el 3 de mayo de 1937 su entonces *conseller* de Seguridad Interior, Artemi Ayguadé, de ERC, que secundado por su comisario jefe, el excenetista Rodríguez Salas, envía fuerzas de Asalto para ocupar el edificio. Las milicias las reciben a tiros, pero los guardias consiguen hacerse con el control de la planta baja.

Al tiroteo en el edificio de la Telefónica suceden varios días de disturbios y enfrentamientos en las calles entre fuerzas de seguridad y milicias de distinto signo. En el fuego cruzado queda atrapado nada menos que el presidente de la República, Manuel Azaña, que en esos momentos está en Barcelona, en el edificio del Parlament del parque de la Ciutadella, y que permanece durante varios días allí encerrado, bajo la protección de su guardia y un contingente de las fuerzas de seguridad, mientras los combates se extienden y se recrudecen y llegan hasta las verjas del parque. Se plantan barricadas en lugares estratégicos, que obstaculizan el movimiento de ciudadanos y autoridades: en cierta ocasión en que se desplaza al Parlament para informar al presidente de la República, el *conseller* Josep Tarradellas tarda más de hora y media en llegar desde el Palau de la Generalitat, tras ser detenido y humillado en cada barricada del trayecto. El gobierno de la República envía dos destructores al puerto de Barcelona y moviliza fuerzas militares para contener la revuelta y recobrar el control. El resultado de esta pequeña guerra dentro de la guerra es un cambio drástico de política respecto de Cataluña, con numerosos efectos colaterales que sería demasiado prolijo enumerar aquí. Además de la caída del gobierno de Largo Caballero, que va a ser sustituido en la presidencia del gabinete por el también socialista Juan Negrín López, la República recobra las competencias de orden público transferidas a la Generalitat, y que de manera tan inequívocamente mejorable

han sido gestionadas por esta en los diez meses anteriores. Disminuye el peso y la influencia de los anarquistas y sobre todo del POUM, la milicia marxista que, después de su papel secundario pero significativo en la jornada del 19 de julio, había adquirido cierto protagonismo, y a cuyo líder, Andreu Nin, se le detiene y luego se le ejecuta en oscuras circunstancias.

Otra consecuencia de estos hechos es el nombramiento de nuevos responsables de seguridad para Cataluña. Para dirigir el orden público, ya por cuenta del gobierno de la República, se designa al coronel de la Guardia Civil Antonio Escobar, que al prestigio ganado el 19 de julio en las calles de Barcelona une los méritos que ha sumado en el frente de Madrid, donde resultó herido en combate. Sin embargo, cuando Escobar se traslada desde el cuartel de la Guardia Civil de la calle Ausiàs March al edificio de Gobernación en el Pla de Palau, para asumir sus funciones, recibe un balazo que lo deja malherido e incapacitado para el cargo. Hay que buscar a toda prisa un sustituto, y se elige para el cargo al teniente coronel Alberto Arrando, el jefe de las fuerzas de Seguridad y Asalto el 19 de julio. De este nombramiento da cuenta en sus diarios el presidente de la República, Manuel Azaña, en un pasaje jugoso y que viene muy al caso de nuestra historia:

El general Aranguren, jefe sonámbulo de la cuarta división desde julio, me habló por teléfono desde Gobernación para darme cuenta de la desgracia. «Busquen ustedes uno —le dije— que esté ya ahí, para que no se repita el caso». «Eso es, hemos pensado en el teniente coronel Arrando, que manda el mayor grupo de guardias de Asalto». «¿Es de confianza?». «Todos lo son». «Mucho es. Me alegro». «Lo propone —añadió Aranguren— el señor Martí Feced (nuevo consejero del recientísimo gobierno de la Generalidad), pero él no se atreve a hacer la indicación directamente al ministro de la Gobernación, por si lo interpreta mal, viniendo de él la propuesta, y quiere que la haga yo». [...] No lo identificaba por el apellido [a Arrando]. Me hicieron recordar sus señas personales, inconfundibles, y que lo había recibido en audiencia. Es más bien bajo, delgado, sin ningún pelo en la cabeza. Creo que está así desde la infancia. Lleva un peluquín pegado al cráneo, y las cejas pintadas. Su aspecto es horrendo.

El texto es interesante, y no sólo por la fea malevolencia que Azaña exhibe, a propósito de su aspecto físico, respecto de un servidor público que se portó heroicamente en defensa de la República y que, para más señas, perdió a su hermano en los combates del 19 de julio. Lo que a esta historia importa, sobre todo, es el desprecio con que alude a Aranguren, al que achaca, ahí es nada, sonambulismo, con ignorancia manifiesta de la indefensión en la que se le ha dejado, al tolerar que el ejército desaparecido en el golpe sea sustituido por las milicias revolucionarias, coordinadas apenas por una Conselleria de Defensa de la Generalitat sobre la que Aranguren no ha hecho más que elevar quejas infructuosas al gobierno de Largo Caballero. Una *conselleria* que, este es el otro gran cambio en la seguridad de Cataluña derivado de los hechos de mayo, queda suprimida y sustituida por un mando

militar reforzado para el que se designa al general Sebastián Pozas, con dependencia directa del Ministerio de la Guerra. Tocan pues a su fin los días de Aranguren como jefe de la 4ª División, algo que debe de recibir como un alivio no sólo porque le va a permitir a él abandonar Barcelona, sino porque podrá sacar de allí a su mujer y a sus dos hijas menores, Matilde y Dolores, a las que tiene malviviendo en una habitación, y cuya seguridad le preocupa tanto que durante meses ha preferido que se mantuvieran en Madrid, de donde se las ha terminado trayendo por el cerco sobre la capital de las fuerzas franquistas.

De la injusticia del menosprecio que Azaña le demuestra en este fragmento, y que apunta indicios de una de esas fobias tan habituales en él (seguramente desencadenada por la negativa de Aranguren a firmar la sentencia de muerte de Goded, y que contrasta con la filia indisimulada que el presidente manifiesta una y otra vez por el coronel Escobar), hablan bien a las claras los propios diarios del líder republicano. Al comienzo de este mismo cuaderno, describe así la situación en Cataluña:

Hay para escribir un libro con el espectáculo que ofrece Cataluña, en plena disolución. Ahí no queda nada. Gobierno, partidos, autoridades, servicios públicos, fuerza armada; nada existe. Es asombroso que Barcelona se despierte cada mañana para ir cada cual a sus ocupaciones. La inercia. Nadie está obligado a nada, nadie quiere ni puede exigirle a otro su obligación. Histeria revolucionaria, que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar, ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, engreimiento de advenedizos, insolencia de separatistas, deslealtad, disimulo, palabrería de fracasados, explotación de la guerra para enriquecerse, negativa a la organización de un ejército, parálisis de las operaciones, gobiernos de cabecillas independientes en Puigcerdá, La Seo, Lérida, Fraga, Hospitalet [...] Debajo de todo eso, la gente común, el vecindario pacífico, suspirando por un general que mande, y se lleve la autonomía, el orden público, la FAI, en el mismo escobazo. Todos estaban inquietos. Companys hablaba a tontas y a locas de dar la batalla a los anarquistas, pero no tenía ganas ni medios.

Si a lo anterior se suma lo que los hechos de mayo desvelan, y que Azaña reconoce unas páginas más adelante, al hablar de las consultas para formar nuevo gobierno, esto es, el sentir unánime acerca de la ineptitud, falta de autoridad e iniciativa de Largo Caballero, presidente del consejo y ministro de la Guerra, se pregunta uno dónde podía guardar el pobre Aranguren, con apenas unos cientos de guardias que seguían más o menos a sus órdenes, la varita mágica (o, por utilizar la misma imagen de Azaña, la escoba) que le habría permitido resolver algo y autorizaría, por tanto, a imputarle alguna responsabilidad. Por no tener, como le explicará años después al instructor de su causa, no tenía ni siquiera la posibilidad formal de ejercer las atribuciones excepcionales de la máxima autoridad militar en estado de guerra, ya que la República no había considerado necesario declararlo.

En el ánimo de Aranguren, ahora que lo relevan del mando más ingrato, con

mucha diferencia, que se le ha encomendado en su larga carrera militar, pesan además otras cosas. Tiene consigo a sus dos hijas menores, que eran las que estaban junto a su mujer en la casa de Madrid el 18 de julio de 1936, pero ha perdido el contacto con sus hijos varones, Juan y Carlos, y con su hija mayor, María de la O, casada con el abogado del Estado Lorenzo Rubio, que viven, junto a sus nietos, en Galicia, y han quedado por tanto en la zona sublevada. Teme, y no sin fundamento, que su pública y destacada participación en el fracaso del golpe militar en Barcelona pueda traerles alguna complicación.

Sus hijos Juan y Carlos, después de alguna incomodidad, sin llegar a sufrir represalias, pero sí ostensible recelo, solventan el asunto presentándose voluntarios para ir al frente. Juan, teniente de la Guardia Civil y jefe de la línea de Ribadeo, pasó como capitán habilitado al grupo de Fuerzas Regulares Indígenas Tetuán nº 1, esto es, volvió con las tropas de choque con las que ya había combatido en Marruecos. Carlos, que se había licenciado de la Guardia Civil en 1933, se alistó como falangista en la llamada Bandera Legionaria Gallega, con la que combatió en los primeros meses de la guerra y resultó herido de bala en Barbastro en septiembre de 1936 (mientras luchaba, con toda probabilidad, contra tropas que estaban, al menos en teoría, a las órdenes de su padre). En enero de 1937 obtuvo el nombramiento como alférez provisional de Infantería y prestó sus servicios en varias unidades, con las que alcanzó el grado de teniente y volvió a resultar herido grave, esta vez por metralla, en Bermeo (Vizcaya). Lorenzo Rubio, el yerno de Aranguren, hubo de superar algunas reticencias, debidas a la notoriedad de su suegro y a algún encontronazo profesional que años atrás tuviera con el protomártir Calvo Sotelo, a cuenta de una actuación administrativa poco ortodoxa de este que, en su calidad de abogado del Estado, hubo de reprobar. Lo que constató fue que de su suegro, al que respetaba y admiraba profundamente, y que había sido un hombre tan querido y tan apreciado por todos en La Coruña, de la noche a la mañana ya nadie era amigo. Conservó Lorenzo Rubio su puesto en la Abogacía del Estado, pero desde entonces vivió en su ciudad con un sentimiento de despego, que se agravó después de la ejecución de Aranguren, ignorado ya del todo por la sociedad coruñesa.

Desplazado del mando del ejército en Cataluña, que empieza a reconstruir Pozas con la autoridad y los medios que a él nunca le dieron, Aranguren recibe por decreto del 13 de mayo de 1937, a propuesta del ministro de Defensa Nacional, el socialista Indalecio Prieto, la jefatura de la 3ª División Orgánica, con sede en Valencia, la ciudad a la que se ha trasladado el gobierno ante el asedio que sufre Madrid. Es, ciertamente, un puesto de retaguardia, en ese Levante que es la zona más segura para los republicanos y en el que no hay frentes abiertos. Pero no deja de ser la jefatura de

una división y de la plaza donde está, de hecho, la capital de la República. No es, pues, una represalia, e invita a pensar que el gobierno quiere mantenerle a Aranguren, pese a su desairado papel en los meses anteriores en la desgovernada Cataluña, el reconocimiento al que se hizo acreedor el 19 de julio de 1936.

En mayo de 1937 se traslada Aranguren con su familia a Valencia, donde se instalará en la que solía ser la vivienda oficial del jefe del Estado Mayor de la División, porque el edificio de la Capitanía General estaba reservado al presidente de la República, que lo tenía como residencia oficial cuando pasaba por la ciudad. Azaña, sin embargo, lo evitaba tanto como podía y no se privó de describirlo en términos ominosos: «La hedionda capitanía, mi alojamiento oficial, donde reina el aberrado gusto del país, la vetustez sucia de los centros oficiales y el olor a las pomadas y tintes de todos los capitanes generales que allí se han albergado durante un siglo». De la llegada del general a la ciudad y su presentación a las autoridades del nuevo gobierno, hay un relato en primera persona que forma parte de las diligencias de la causa que se seguirá contra él, en su declaración ante el instructor, donde trata de dejar patente su poca familiaridad con los ministros republicanos:

Al llegar a Valencia fui al ministerio de Defensa para presentarme y me llevaron a lo que creía que era el citado ministerio y vi salir al señor Ayguadé [Jaume Ayguadé, ministro sin cartera por ERC, y hermano de Artemi, el *conseller*] de una habitación despidiendo a otro señor, esperando a que yo entrara. Una vez hecho, le saludé, entró y me hizo preguntas sobre los sucesos [de Barcelona], y cuando le dije que iba a hacer mi presentación me indicó que no era aquel el ministerio de Defensa, pues este se encontraba en el palacio de Benicarló, y al preguntarle al salir quién era aquel a quien despedía, me contestó que era el doctor Negrín, presidente del Consejo de Ministros. Hice mi presentación a Prieto y al preguntarle si quería que le diera novedades de la comandancia militar, periódicamente, cuando hubiera cosas de importancia o cuando me llamase el ministro, me manifestó que me llamaría cuando me necesitara y no lo volví a ver hasta un año después, al venir el gobierno a Barcelona.

No sé hasta qué punto es creíble que Aranguren no reconociera a Negrín, que era ministro de Hacienda desde el primer gobierno de Largo Caballero, en septiembre de 1936. Lo que no parece es que la comandancia de Valencia fuera para Indalecio Prieto, durante los once meses que tuvo la cartera de Defensa, su inquietud principal.

Poco después de la incorporación de Aranguren a su nuevo destino en Valencia, el 3 de junio de 1937, el avión Airspeed AS-6 Envoy en el que solía desplazarse el entonces jefe del ejército del Norte del bando nacional, Emilio Mola Vidal, se estrella contra un cerro próximo a la localidad burgalesa de Alcocero. En el accidente el avión queda completamente destruido y mueren el general, el piloto, el capitán Chamorro y los otros tres pasajeros (entre ellos, detalle curioso, el teniente coronel Gabriel Pozas Perea, ayudante de Mola y hermano del general Pozas, compañero de fatigas del *Director* en Marruecos y en esos días su enemigo, como jefe del ejército republicano en Cataluña). Habrá quien sugiera que no fue un accidente, porque desde

hace tiempo han trascendido las desavenencias entre Mola y el Caudillo del movimiento, Franco, a quien el hombre que diseñó la sublevación del 36 achaca una mala conducción militar de la guerra. También, según contará luego su secretario personal, Félix Maíz, en un libro significativamente titulado *Mola frente a Franco*, le reprueba por las más de treinta horas que tardó en incorporarse a su puesto de mando en Marruecos, y que en su opinión contribuyeron al fracaso de un golpe que, de haber tenido él a las tropas de África bajo su mando, habría salido mejor. Franco, por su parte, llegará a calificar a Mola de majadero y socialista, según atestigua su cuñado, Serrano Suñer, y aunque le concederá la cruz laureada a título póstumo y le levantará un monumento megalítico en el lugar del accidente, cuando el compungido almirante Cervera le comunica la noticia de la muerte del cerebro del alzamiento —antes le había avisado de que era una gran desgracia—, el Caudillo suspira y dice, aliviado:

—¡Ah, es eso! Creía que iba usted a decirme que habían hundido el *Canarias*. — El buque insignia de la flota nacional.

Parece que el avión de Mola se estrelló más bien por culpa de la niebla, o por haber tratado de evitar, entrando en ella, el ataque de aviones de caza que lo confundieron con un aparato republicano, pero no cabe duda de que la desaparición del *Director*, tras las de Sanjurjo y Goded, fue providencial para el hombre a quien durante las cuatro décadas siguientes ya nadie osaría discutirle el poder. Y no puedo dejar de imaginar lo que debió de pasar por la cabeza de Mola durante todos aquellos meses al pensar en Goded, el general a cuyas órdenes había luchado y vencido en Marruecos (y al que tal vez habría obedecido de mejor gana que al ambicioso, ensoberbecido y mediocre Generalísimo); o en Aranguren, el hombre a quien, ya era sarcasmo, había sido él quien lo había nombrado, como director general de Seguridad, para su primer destino en Barcelona, la ciudad donde iba a frustrar el golpe, dando paso a aquella guerra que no se terminaba de ganar.

Así desapareció el *Director*, un hombre inteligente y dotado, episódico jefe policial en la agonía de la monarquía y duro guerrero en los más duros barrancos marroquíes, al que el resentimiento por la desgracia y el pánico por su seguridad personal en que lo sumió la proclamación de la República (cuya bandera tricolor, toda una paradoja, quiso conservar, frente a la decisión de Franco de recuperar la rojigualda monárquica) empujó a diseñar un golpe en el que se condujo e hizo conducirse a otros con inaudita crueldad. Según su secretario, poco antes de morir decía, en una conversación de sobremesa:

—Hace un año habría temblado antes de firmar un fusilamiento. No habría podido dormir. Ahora le firmo tres o cuatro cada día al auditor. Y tan tranquilo.

En Valencia, a lo largo de los dos años siguientes, Aranguren se va a ir aislando

progresivamente de la guerra que lo rodea, y de cuya primera línea queda allí exento. Reúne junto a sí a su familia; no sólo a sus hijas Matilde y Dolores, sino también al novio de esta, Antonio Cobreros de la Barrera, un funcionario de Telégrafos de cuarenta años que se ha marchado de Madrid para eludir un traslado forzoso (lo que le servirá para evitar su depuración, al término de la guerra) y a quien toma bajo su protección en funciones de escolta, dándole una pistola que, según cuenta su hijo, José Cobreros Aranguren, no sabía utilizar. Antonio Cobreros, que se había afiliado en su día a la CNT («para poder defenderme de los comunistas», le aclaraba a su hijo), siempre declaró su adoración por su suegro («era un hombre de verdad extraordinario», decía cuando se mencionaba su nombre), del que debió de ser interlocutor frecuente durante aquellos días. Será él quien le cuente a su hijo la teoría de que la aversión de Azaña por Aranguren venía por no haber querido firmar la sentencia de muerte de Goded, y que la única personalidad republicana con la que su suegro había mantenido alguna relación más cercana fue el coruñés Casares Quiroga.

También fueron a vivir con Aranguren las hermanas de su nuera Amalia, esposa de su hijo Juan, María Luisa y Concepción Ucieda Gavilanes, originarias de Ponferrada, que habían quedado solas en Madrid, y a quienes se conocía familiarmente, según cuenta la nieta del general, Amalia Aranguren Ucieda, como Maru y Conchita. En especial con Maru, una mujer enérgica a la que admiraba mucho desarrolló Aranguren una confianza especial, y según la nieta le hizo muchas confidencias que su tía no quiso contarle en detalle porque lo consideraba una traición a esa confianza. Lo que sí llegó a decirle fue que el general compartía con ella sus dudas y le contó que no le pasaban documentos para que no supiera del avance de la guerra, que le hacían el vacío en el cuartel y que se sentía como un prisionero.

De aquellos dos años en Valencia guardan los Aranguren no pocos recuerdos, al margen de las lejanas vicisitudes bélicas, que sirven para completar el retrato del general y de los suyos. Recuerdan, por ejemplo, cómo la mujer de Aranguren, que era de misa diaria (su marido, de misa semanal), iba todas las mañanas a misa de siete.

—Iba con el velo, el misal y el rosario en la mano y jamás se metieron conmigo—contaba ella, y añadía, para situar el valor del hecho—: Y era la hora a la que iban al trabajo todos los obreros.

También recuerdan que a medida que avanzó la guerra, con suerte cada vez más adversa para la causa republicana, comenzaron a escasear los alimentos, salvo las naranjas, de las que había en abundancia porque al no poderse exportar se destinaban al consumo local. «En Valencia no había más que naranjas y chocolate», dice José Cobreros que le contaba su madre, que desayunaba todas las mañanas seis naranjas y que tenía los dientes algo tocados por culpa del ácido cítrico.

Otra incidencia común eran los bombardeos aéreos, que se cebaron tanto con Valencia como con Madrid y Barcelona, las otras dos grandes urbes en manos de la República, en un ensayo del ataque sistemático y terrorista sobre la población civil que los españoles tuvimos la desgracia de inaugurar, con la aquiescencia de Franco y por cortesía de la Legión Cóndor alemana, la Aviación Legionaria italiana y la propia fuerza aérea nacional; un arma de guerra psicológica que luego padecerían otros muchos pueblos, incluidos el alemán y el italiano, durante la segunda guerra mundial. Cuentan que, cuando sonaba la alarma, Aranguren mandaba a los suyos bajar al refugio, al que él no iba jamás. Se quedaba en su cuarto, echando la siesta, escuchando la radio a todo volumen, por su creciente sordera, o leyendo en la cama el *Quijote*, su libro predilecto, al que volvía una y otra vez en aquellos días, quizá en busca del estoicismo necesario para afrontar su suerte como general apenas con mando en una guerra cada vez más perdida. Sin miedo a la muerte, en cualquier caso. O quizá aceptándola, después de aquella victoria que se había trocado al instante en derrota, frente a la playa de Barcelona donde derribaran al de la Triste Figura.

En aquellos tiempos se formó en torno a Aranguren una tertulia en la que participaban, entre otros, el poeta y catedrático Dámaso Alonso, refugiado en Valencia, y amigo de su hija mayor, Matilde, según José Cobreros «la intelectual de la familia». Tras diplomarse como maestra de primera enseñanza, Matilde se había matriculado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid, que con motivo de la guerra se trasladó también a Valencia. Otro de los integrantes asiduos de aquella tertulia, remanso de civilización patrocinado por el general, lo que algo dice de él, era un catedrático de Medicina, el doctor Daniel Mezquita. Cuentan que cuando a Dámaso Alonso, al borde de los cuarenta años, le llegó la orden de movilización, Aranguren le dijo:

—No se preocupe, don Dámaso, que lo damos por inútil.

Al final de la guerra Dámaso Alonso intercedió en su favor ante el obispo de Valencia, recordando los frecuentes esfuerzos de Aranguren por amparar, con riesgo para su propia posición, a personas cuya vida corría peligro por sus ideas religiosas o políticas. Esas gestiones, como todas las demás, iban a estrellarse contra un muro gris y frío, el del escritorio en el que firmaba leyes, decretos y sentencias el hombre a quien el destino más aciago encomendó la suerte del general.

De su labor como comandante general de Valencia, que fue como pasó a denominarse su puesto tras la organización del nuevo Ejército Popular de la República en noviembre de 1937, con supresión de las antiguas divisiones orgánicas, dio también testimonio Aranguren ante el instructor de la causa contra él, en abril de 1939. La creación del nuevo Ejército Popular supuso por un lado la implantación de

la disciplina necesaria para poder afrontar la guerra, frente a la alegre anarquía de las milicias en los primeros momentos del conflicto, pero ello se hizo al precio de aumentar el peso e influencia de los comunistas, a cuyas filas se sumaron con entusiasmo militares africanistas como Pozas o Hidalgo de Cisneros, pero con los que Aranguren, sinceramente comprometido con el apoliticismo tradicional de su cuerpo de procedencia, no llegó a alcanzar jamás ninguna sintonía. Así resume para el instructor su paso por la comandancia general de Valencia:

La actuación mía en Valencia se redujo como en Barcelona al despacho burocrático de asuntos de organización y primero fue el destino de la 3ª División Orgánica, suprimidas estas como Comandante Militar de Valencia y más tarde, sin dejar de ser Comandante Militar, Jefe de la Zona Interior, cuya misión era unificar la actuación de la Comandancia Militar y de los centros de reclutamiento.

Me aparté de toda acción activa en primer lugar porque vi cómo nos avanzaba una revolución que intentaba imponernos la dictadura comunista que destrozaba España y personalmente temía por mi hermano y mis hijos luchando con entusiasmo en el Ejército Nacionalista [...]. La convicción de la tragedia de la patria y de la personal mía me hizo apartarme de todo lo que pude y por ello no tuve nunca trato ni relación con los rusos. Cuando me destinaron a la Tercera División (Valencia), tenía a su cargo aquel destino parte de la defensa de costa y se me presentó al llegar un individuo que me lo presentaron como general austríaco que había sido ministro en su país y que estaba agregado como adjunto técnico a la Defensa de Costas, no recuerdo su apellido [por lo que dice, podría ser el célebre militar y militante comunista Manfred Stern, antiguo combatiente en el ejército austrohúngaro, y más conocido como *general Kléber*] y sólo tuve una entrevista para despacharlo y que presentara su dimisión. En el aspecto militar visité la costa y procuré activar las obras de depósitos cubiertos para gasolina pero aún hice la última visita a las piezas del *Jaime* [se refiere al acorazado *Jaime I*, cuyos cañones fueron desmontados e instalados en baterías de costa tras su hundimiento en Cartagena en 1937] después de haber pedido nosotros la paz porque esas defensas no eran para la guerra civil nuestra sino para defensa de la costa de España si hubiera llegado la guerra en Europa.

Aun con desesperante lentitud para sus aliados italianos y alemanes, en cuyos brazos, según escribe Chaves Nogales, se echa Franco tras el fracaso del asalto contra Madrid del otoño de 1936 (consumando así, del lado nacional, el menoscabo de la independencia española que vaticinara Ganivet en 1896), a lo largo de 1937 y 1938 el ejército nacional avanza en todos los frentes. Las contraofensivas republicanas, dirigidas por un brillante oficial de Estado Mayor, el coronel y luego general Vicente Rojo, tan sólo sirven para prolongar la agonía de la Segunda República frente a la coalición empeñada en aniquilarla. Tras la caída en 1937 de la zona del Norte (cuyo ejército dirige, con tan poco éxito como tuvo en Barcelona, el general Llano de la Encomienda) y la larga y devastadora batalla del Ebro, en enero de 1939 cae Cataluña en manos de los nacionales, lo que deja a la República sin conexión por tierra con Francia, la única potencia no comunista de la que le llegaba algún auxilio, tras el desentendimiento de los británicos, que evolucionan con llamativa soltura hacia la inteligencia con Franco.

A esas alturas, la causa de la República está perdida, aunque el gobierno de

Negrín intenta mantener la resistencia para llegar a la inminente guerra europea con la que todos cuentan, y que estallará demasiado tarde para ser ese balón de oxígeno con que sueñan los republicanos en su lucha contra el fascismo. La situación da lugar al golpe de Estado del coronel Segismundo Casado, comandante militar de Madrid, el 5 de marzo de 1939. Se apoya en el sector del PSOE contrario a Negrín, encabezado por Julián Besteiro, y en un grupo de altos oficiales del Ejército Popular de la República, convencidos todos ellos de que prolongar la lucha es inútil y hay que llegar a un armisticio con Franco. El gobierno de Negrín, reunido cerca de Elda, en Alicante, escapa a Francia. Los comunistas movilizan contra el golpe en Madrid a las fuerzas afines pero los derrota el cuerpo de ejército que manda el anarquista Cipriano Mera, una suerte de desquite de la Historia contra la purga a la que los comunistas han sometido a los de la FAI.

Entre los muchos jefes militares republicanos comprometidos con el golpe de Casado están José Miaja, defensor de Madrid en el 36, o Antonio Escobar, el salvador de Barcelona, ascendido a general y que al frente del ejército de Extremadura ha protagonizado el último y desastroso intento de la República por invertir el curso de la guerra. Y está, también, José Aranguren Roldán, comandante militar de Valencia, e integrado desde septiembre de 1938 en la escala del Estado Mayor General, a raíz de la por muchas razones desdichada supresión en la zona republicana del cuerpo en el que sirvió cuatro décadas. Así lo explica, dos meses después, ante el instructor de su causa, al que detalla su activa participación en los hechos, llamada a ser, para esos sectores de izquierdas que gestionan con feroz intransigencia la memoria republicana, uno de los pasajes más controvertidos de su biografía:

Al declararse el estado de guerra hará unos dos meses inicia el que depone una actuación activa porque tenía entonces algo de autoridad y se dispuso se pusieran en libertad todos los detenidos en las cárceles a disposición de los gobernadores civiles y otras autoridades, dejando sólo los que estaban a disposición de jueces. Saliendo así de prisión muchas personas indebidamente encarceladas o que lo fueron por algún motivo y quedaron luego olvidadas. También se inició una actuación sobre el Servicio de Información Militar, conocido por el nombre de SIM, cuyos desmanes llegaban a oídos de todos pero que no era posible intervenir porque sólo dependía directamente del ministro de Defensa y presidente a la vez y no acataban ninguna autoridad. El jefe de aquella zona, al ver que con el estado de guerra iba la autoridad militar a poder tener alguna intervención, se trasladó de Valencia a Murcia.

Cuando el coronel Casado en Madrid, la noche creo que del cinco de marzo pasado, dio la nota haciendo frente al comunismo y el gobierno rojo, procedí rápidamente a secundarle porque los comunistas no trajeran más desgracias y entre las diferentes medidas fue la intervención del SIM con su personal y la brigada conocida como «Apellániz» que era el jefe [que] según rumor público había cometido los mayores desafueros, huyendo en el primer momento pero rápidamente se les capturó al jefe y a veinte de los veinticinco que la componían, llamando al auditor e iniciando juicio sumarísimo que continuó en sumario por ser el tiempo insuficiente para la prueba y ultimado ya se dejó a las autoridades del ejército nacionalista el día que entraron en Valencia, habiéndose tomado medidas de precaución y reforzado la guardia para evitar la fuga que

intentaron elementos que les eran afines.

El Consejo Nacional de Defensa creado por Casado, presidido por Miaja e integrado entre otros por Besteiro, inicia las negociaciones con Franco para llegar al armisticio. Pero el Caudillo, Generalísimo y demás títulos de que le investirá la parafernalia de su autocracia, no está dispuesto a aceptar otra salida que la rendición incondicional. A lo largo de ese mes de marzo de 1939, la resistencia que puede ofrecer lo que queda del ejército de la República se disuelve sin remedio, y las tropas nacionales van ocupando el poco territorio que les faltaba por conquistar. En Madrid entran el 28 de marzo, en Valencia el 30 y en Murcia y en Cartagena el día 31. La flota republicana anclada en la base de esta última ciudad huye a Túnez para evitar su captura.

En Valencia aguarda a los vencedores José Aranguren Roldán. No puede caminar sin muletas ni tenerse solo en pie, como consecuencia de las lesiones sufridas en un reciente accidente de automóvil, por el que han tratado de empapelar a su conductor, cosa que él logra evitar. No ha querido escapar, aunque así se le ha ofrecido, y como hacen otros, entre ellos el propio Casado, que se pone a salvo junto a otros 175 fugitivos al embarcar en Gandía en el buque inglés *Sussex*. Aranguren declina la oferta porque sólo hay sitio para él, y no quiere huir dejando a su familia a merced de los nacionales. Su conciencia, por otra parte, está tranquila. Ella será la que lo entregue a su verdugo.

Tras la caída de Barcelona, en enero de 1939, a varios de los jefes y oficiales que sirvieron a las órdenes de Aranguren el 19 de julio de 1936 se les detiene y somete a una causa militar que recibirá el número 1/39, instruida en un principio contra el coronel Francisco Brotons López, jefe del Tercer Tercio; los tenientes coroneles Modesto de Lara Molina y Antonio Moreno Suero, jefes de la 1ª y 2ª comandancias del 19º Tercio, y Juan Aliaga Crespí, jefe de la comandancia de Barcelona del tercero; y los comandantes Mariano Aznar Monfort y Luis Espinosa Ortiz. La mayoría de ellos se han presentado atendiendo el llamamiento hecho por las autoridades nacionales. El comandante Espinosa, que estaba detenido en la cárcel Modelo, acusado de actividades subversivas contra la República, acaba de ser liberado tras la caída de la ciudad. No es ocioso consignar que a estos jefes, antes o después, los han apartado de sus puestos las autoridades republicanas, por no considerarlos lo bastante afines a la causa, o ser, simplemente, un estorbo para el feliz y completo despliegue del poder revolucionario.

Todos ellos van a quedar detenidos en la Modelo, a la que Espinosa se reintegra al poco de haber salido, mientras se tramita la causa en su contra. Todos ellos, salvo Espinosa, de probados antecedentes como simpatizante de los vencedores en la guerra, van a ser condenados a muerte por el delito de rebelión militar y ejecutados en el Camp de la Bota en las primeras horas del 24 de marzo de 1939. Al comandante que era de los suyos, y cuya vida se preserva, lo condenan a prisión perpetua por haber ejercido de ayudante de Aranguren, sin aprovechar la cercanía para pegarle un tiro como era su deber, parece deducirse. Cumplirá al final seis años. Todavía en 1964, tras salir de la cárcel, se le deniega la rehabilitación, que no conseguirá él, sino su viuda, tras la aprobación de la Constitución de 1978. Tal es el encarnizamiento de los secuaces del Caudillo para con aquellos hombres que se opusieron en Barcelona a la rebelión de la que procede su poder.

Dentro de esa misma causa se dicta en febrero de 1939 requisitoria contra José Aranguren y Antonio Escobar, los jefes que aún faltan por capturar de la página vergonzosa escrita por la Guardia Civil, a juicio de los vencedores, en las calles barcelonesas en julio de 1936. La requisitoria, que los exhorta a presentarse para responder del delito de rebelión militar, se publica en la prensa barcelonesa y en el resto de la nacional, pero Aranguren no debe de ser consciente de ella. Con todo, tiene que contar con que la llegada de los vencedores a Valencia no va a serle favorable, por lo que, para evitar ser objeto de alguna reacción incontrolada en los

primeros momentos, se refugia en el consulado de Panamá. Va allí junto a la esposa de Casado y el general Toribio Martínez Cabrera, que en el 36 sofocó la rebelión en Cartagena pero cayó después en desgracia y acabó recalando en Valencia, donde Aranguren lo acogió en su casa. De nuevo tiene su interés la manera en que relata el propio Aranguren, al instructor de aquella causa infame, la 1/39, las disposiciones que tomó al término de la guerra:

Desde que se hizo la petición de paz contribuí con todo el fervor que me inspiraba, además del bien general, el poder abrazar a mis hijos, para que no se volviera a disparar un tiro y así se logró en toda la zona. No pensé en huir al extranjero, porque no me acusa la conciencia de haber cometido ningún crimen, ni haber intervenido en política ni haberme lucrado ni obtenido beneficio alguno, y como yo, la mayor parte de los oficiales profesionales, que se limitaban a cumplir su deber militar. Conocía además las gestiones que se hacían para la paz y hablé con alguno de los oficiales que fueron a Burgos, siendo grande la alegría que nos trajo, al saber que los habían tratado como hermanos, y esperaba una paz de fraternidad para los vencidos que tanto la deseaban.

El día 29 por la mañana me llamó el coronel Casado, que estaba en Valencia, y me dijo que fuese a la Legación de Panamá, llevando allí a su esposa y al general [Martínez] Cabrera que había venido de Madrid el día anterior. Le dije que me parecía mejor quedarme en la Comandancia para entregarla al que llegara del ejército nacionalista pero me insistió en que no lo hiciera por si antes de que entrara el ejército se ocupaba por gente paisana que en momentos de pasión cometiera algún exceso. Que podía dejar al ayudante, menos conocido, que pudiera hacer la entrega y así lo hice, efectuándose sin novedad.

Aquí es donde terminan, para siempre, los días de Aranguren como oficial con mando; el papel para el que se formó desde que era casi un niño. A partir de este punto, comienza su existencia como proscrito, de la que de nuevo tenemos su propia narración:

En la Legación de Panamá en Valencia había muchos refugiados de significación derechista, entre ellos un muchacho sobrino mío que estuvo allí los tres años y se dio siempre a esa Legación servicio de vigilancia porque no fuera objeto de atentados [...]. Cuando entramos aún estaban allí muchos y continuaron mientras no encontraban otro alojamiento y dijo el representante que tuvieron que retrasar el reconocimiento del gobierno nacionalista, porque si lo hacían antes de estar las tropas en Madrid, como allí había muchos asilados, tendrían que cerrar la Legación y sus asilados serían perseguidos por los comunistas. Confiado en ello, afirmaba que nosotros podíamos estar allí hasta que calmadas un poco las pasiones pudiéramos presentarnos ante las autoridades, pero a los tres o cuatro días fuimos detenidos. Al general Cabrera y al que depone nos llevaron a la prisión militar de Monte Olivetti [...] y la señora de Casado oí que la llevaban a la cárcel de mujeres. Desde la prisión de Valencia me trajeron a la cárcel Modelo de Barcelona donde me encuentro.

Me sobrecoge la naturalidad con que el general da cuenta a quien le escucha de la violación de la sede diplomática que durante años él ordenó proteger, y que ha sido avasallada sin contemplaciones por el régimen vencedor. O de su conversión en un recluso, algo que no podía sino estremecer a quien durante muchos años había visto, desde el otro lado, cómo los delincuentes entraban en prisión. La ilusión de esa «paz de fraternidad», en la que había cometido el error de creer, va a dar paso a la cruda realidad del franquismo victorioso: una paz de venganza en la que se consuma la

anulación del adversario por el terror, ya propuesta por Mola para el acto de la sublevación, y un orden en el que, como razonará su nieto, José Cobreros Aranguren, tratando de entender lo que le sucedió a su abuelo, «la muerte del disidente, del desobediente, está autorizada». Así lo va a sufrir, también, el general Martínez Cabrera, que será fusilado sin demora en Paterna.

Antes de su traslado a Barcelona, aún preso en Valencia, tiene ocasión Aranguren de mantener alguna comunicación con su mujer, a la que le permiten visitarle. Sabe así que han conseguido contactar con el resto de la familia, en Galicia, y que todos están bien, a excepción del mayor de los dos hijos varones que todavía le vivían. En el encierro al que acaban de reducirle, en la prisión de Monte Olivetti, conoce que un año atrás, el 2 de abril de 1938, el capitán Juan Aranguren de Ponte, destinado en el batallón de Cazadores San Fernando nº 1, ha muerto en combate al ser alcanzado en la cabeza por un fragmento de metralla en la defensa de la posición llamada «El Puntal», en el sector de Sotodosos (Guadalajara). Cuentan los suyos que al enterarse de que le habían matado al hijo y heredero, a aquel muchacho sonriente con el que en compañía de su hijo mayor, José, montaba a caballo o practicaba esgrima en los días felices de Lugo, Aranguren dijo, sombrío:

—No me importa que me fusilen, si ha muerto Juan.

A partir de ahí, el general va a comparecer con resignación en los vanos trámites que los vencedores le imponen antes de llegar al resultado que ya está escrito. Cuenta su nieto que, cuando aún estaba a tiempo, la abuela le había pedido que se marchara. Si Franco, a quien María de la O de Ponte conocía y recordaba, había fusilado a su propio primo (en alusión al aviador Ricardo de la Puente Bahamonde, ejecutado por su lealtad a la República como jefe del aeródromo de Tetuán), no se lo iba a pensar dos veces, le dijo, a la hora de fusilarle a él. Aranguren todavía quiso creer que podía haber para él clemencia, aunque la prisión la tuviera segura. Le dijo a su mujer que no quería dejarla a ella y a sus hijas desamparadas, ni tampoco arrastrarlas a un exilio en tierra extraña («no he ahorrado un duro, de qué, cómo íbamos a vivir», lo justificó). Y añadió otra razón que para él era definitiva:

—Si me marchó, va a parecer que tengo de qué avergonzarme, que soy culpable de algo. Y yo doy la cara, porque no lo soy.

Cualquier esperanza que pudiera tener de salir con vida se evapora cuando tiene conocimiento de que sus subordinados en julio del 36 han muerto fusilados unos pocos días atrás. Antes de que lo trasladen a Barcelona, para someterlo a la justicia sumarísima del tribunal que ha condenado a sus hombres, cuentan que les dice a los suyos:

—Si me llevan a Barcelona, excusad de molestaros.

Pese a esta petición, van a molestarse. La esposa del general, y con ella sus hijas Matilde y Dolores, viajan hasta Barcelona, donde se alojan en la pensión Sidur, junto al paseo de Gracia, la misma en que vivieron entre 1936 y 1937. También se acercan hasta allí, desde Galicia, su hijo Carlos, que ha ascendido a teniente por méritos de guerra, y su yerno, Lorenzo Rubio, el abogado del Estado, que se postulará sin éxito para asumir la defensa de Aranguren. Tampoco, aunque lo pide, logra que le defienda su hermano, Carlos Aranguren Roldán, que con el grado de coronel pertenece al ejército vencedor. Como defensor se designará a Francisco Eyre, oficial 3º honorífico del Cuerpo Jurídico Militar (y falangista «de la primera hora», según testimonio de su sobrina, la periodista Pilar Eyre), que hace todo lo que puede, dadas las circunstancias.

Los días 11 y 12 de abril, en dos sesiones, al tener que suspenderse la primera por la extrema fatiga del general, convaleciente aún de las heridas sufridas en su reciente accidente, presta Aranguren declaración ante el instructor de la causa 1/39, el coronel de Infantería Roberto Zaragoza, asistido por el alférez del Cuerpo Jurídico Militar Salvador Rodríguez Molins, que actúa como instructor relator. A este debemos la transcripción de las declaraciones y descargos de Aranguren, que ya hemos ido citando en páginas anteriores, y en los que se ciñe a la línea de defensa de su conducta durante el 19 de julio de 1936, y en los días posteriores, que ha venido manteniendo desde entonces. Hay sin embargo alguna otra consideración, que no está de más detallar.

Comienza exponiendo que el día 18 de julio de 1936 asistió a una reunión de generales y jefes en la división en la que todos manifestaron su lealtad al gobierno, a la que él se adhirió en la convicción de que esa era la postura unánime del ejército, salvo algunos oficiales exaltados. Se refiere después a su ascenso a general y a su nombramiento al frente de la zona de Cataluña, y aun antes, a su llamada en 1932 a la recién creada inspección general de la Guardia Civil, para desvincular esos hechos de cualquier posible filiación izquierdista. Tan sólo reconoce haber tenido alguna relación con Casares Quiroga, «a quien conocía de vista por ser vecino de La Coruña», y a quien acudió en alguna ocasión para interceder por su hijo Juan «que era muy perseguido por sus ideas», sin que el entonces ministro llegara a recibirle. Seguramente para repeler las acusaciones de rojo y de marxista que sabe que pesan sobre él, en la tabla rasa que hace del enemigo la fraseología de los vencedores, menciona que antes del golpe el coronel Escobar, siguiendo sus instrucciones, hizo una información para acabar con la indisciplina que había en el 19º Tercio y «eliminar a todos aquellos guardias civiles que pugnaban con el espíritu del cuerpo», pero que los acontecimientos del 19 de julio impidieron culminarla. A los guardias

civiles contenidos en esa lista va a referirse más adelante Escobar en su propio consejo de guerra, aunque a última hora dejará una significativa retractación escrita, aclarando que su indisciplina no implicaba necesariamente que fueran revolucionarios. Se da cuenta de que esa relación puede costarles la vida a los allí incluidos.

Respecto de su actuación el 19 de julio, sus conversaciones con los generales Fernández Burriel y Goded y los acontecimientos posteriores, hasta su traslado a Valencia, se mantiene Aranguren en la versión que ha dado desde el principio. Declara que cumplió las órdenes del general Llano, el jefe de la división, y que cuando le llamó Fernández Burriel para pedirle que se uniera al golpe le dijo, como a Goded, que «no era posible» y que «por qué no dijo eso el día de la reunión» de generales y jefes. Asegura que procuró retrasar y reducir al mínimo el enfrentamiento con los militares sublevados y el derramamiento de sangre y que después del fracaso de la rebelión protegió las vidas de los vencidos, avisó a sus familias y se opuso al juicio sumarísimo que querían hacerle a Goded, al indicar a la Generalitat que debía juzgarlo el Tribunal Supremo y que él no podía ser juez y parte; añade que lo retrasó cuanto pudo, y que cuando se siguió la tramitación por orden del gobierno no asistió al consejo y se limitaron a leer el informe que había hecho. En este punto, sabemos que miente, en la literalidad, aunque no en el espíritu: cierto es que compareció lo menos que pudo, y antes de censurarle habrá que recordar lo que pesa sobre él.

Tras narrar su actuación en los días del caos en Barcelona y luego en Valencia, de manera exhaustiva y en los términos ya contados, el cansancio puede con él y se suspende la declaración, para reanudarla al día siguiente. En la ampliación de su declaración hecha el día 12 de abril, de sólo dos páginas, se centra en sus últimos días en Valencia, tras el golpe de Casado, y subraya la intervención que tuvo para salvar la vida de Miguel Primo de Rivera, hijo del Dictador y hermano del fundador de Falange, a quien los comunistas querían secuestrar de la prisión donde estaba detenido para asesinarlo. Acordado su canje por el hijo del general Miaja, el general ordenó a las fuerzas de Asalto que lo protegieran en la prisión, en su traslado al consulado inglés y de ahí al barco en que fue evacuado. Vuelve a decir que el 19 de julio obedeció a sus jefes militares, el general Pozas y el general Llano, y que cuando le llamaron Goded y Fernández Burriel ya sólo podía unirse a ellos desobedeciendo las órdenes que tenía. Incapaz de recordar más detalles que puedan servir en su defensa, remite a los oficiales del Cuerpo Jurídico que siguieron su actuación en Barcelona y Valencia y ruega «sean oídos como ampliación de mi declaración porque ellos pueden facilitar datos y recordar hechos y razones que los motivaron, que el que depone no puede en estas circunstancias recordar y coordinar por encontrarse en

condiciones físicas y morales de inferioridad».

Acaba dando una lista de testigos que cree que pueden declarar en su descargo: jefes y oficiales del ejército y de la Guardia Civil, sacerdotes, el cónsul inglés en Valencia y el doctor Mezquita, entre otros. Es un esfuerzo inútil, porque los únicos testimonios que se incorporan a la causa proceden de guardias y paisanos hostiles, alguno de ellos comprometido en la rebelión del día 19, como el capitán Pin, que sostiene en su contra acusaciones tan groseras como que se pasaba el día de comilonas con los rojos o que por vender a sus compañeros del ejército los separatistas le dieron millón y medio de pesetas, extremo fabuloso (además de incoherente con la pobreza de Aranguren al final de la guerra) que certifica un guardia a partir de lo que se oía en los cuarteles. El puñado de testimonios de cargo, resumido en dos líneas, no es más que un amontonamiento de rumores e infundios, por más que alguno de ellos conste en papel de oficio y esté firmado por el teniente coronel Bruno Ibáñez, carnicero en Córdoba a las órdenes de Queipo de Llano, fabulador acreditado y jefe de la primera comandancia del 19º Tercio de la Guardia Civil franquista en Barcelona.

Completada de forma tan expeditiva y somera la instrucción, a la que se incorpora el informe elevado por Aranguren a la Generalitat el 26 de julio de 1936 acerca de su actuación en la jornada del 19, y que va a ser una de las principales pruebas de cargo contra él, se le notifica el auto de procesamiento, momento en el que se entera de que se le acusa del delito de rebelión militar por haber ignorado el decreto de declaración del estado de guerra dictado por los sublevados. En el formulario que se le somete entonces a la firma dice que no se conforma con la petición del fiscal, solicita que se llame a nuevos testigos, entre ellos el superviviente y preso comandante Espinosa, su ayudante en los días del golpe, y que se admita una declaración complementaria que entrega en unas cuartillas apresuradamente manuscritas a lápiz. Tienen las cuartillas el sello, tachado con el mismo lápiz, de la desaparecida Generalitat de Cataluña, y en concreto del «Departament de Justícia Escola d'estudis correccionals». Tal vez sea el único papel del que se dispone en la cárcel y pueden entregarle cuando lo pide. El documento, estremecedor, en parte un intento desesperado de impedir el atropello que está a punto de consumarse, en parte la digna protesta del hombre que siempre se ha atenido a la legalidad, creo que merece leerse:

Al serme notificado el auto de procesamiento me informé por el señor Secretario de que la rebelión de que se me acusa era por falta a un decreto cuya existencia yo desconocía y me explicó los fundamentos del decreto, aunque desconozco el texto. Si fuera compatible con el procedimiento ruego se me facilite copia de las disposiciones que se citan en el auto de procesamiento del decreto de referencia o se me dé lectura de ellas

para conocerlas totalmente.

Era imposible que yo conociera ese decreto el día 19 de julio porque es de suponer que el Gobierno entonces impediría que fuera conocido por los militares.

Además, por mi parte hice lo posible por informarme si el Ejército había tomado una determinación y por ello principalmente acudí a la División donde estaban reunidos los Generales y Jefes de Cuerpos afirmando todo: que en África se habían movido contra el Gobierno pequeños Grupos de fuerzas indígenas pero que el Ejército regular asistía al Gobierno y que por eso también se asistiría aquí, para evitar divisiones en el Ejército.

Nadie dijo que tuviera noticia ni de decreto ni de acuerdo alguno en el Ejército para alzarse.

La censura que ha tenido el Gobierno ha debido ser tan rigurosa que por mi parte no supe de la existencia de ese decreto hasta que me lo participan en el auto del procesamiento.

Supe que a los oficiales que eran hechos prisioneros por fuerzas del Ejército nacionalista se les acusaba de rebelión y no me lo explicaba porque no tenía noticia de ese decreto.

Creo que si se hubiera conocido el decreto cuando la reunión de Generales y Jefes de Cuerpo aquí en la División nadie hubiera dejado de acatarlo y desde luego la Guardia Civil se habría sumado al Ejército como se sumó siempre. Se sumó el día 19 a acatar al Gobierno porque el Ejército lo acordó así el día 18.

Si se conociera ese decreto o algún acuerdo de carácter general para el Ejército, seguro se hubiera seguido, pero tomando medidas para contener antes a parte de la fuerza del 19º Tercio y también de Asalto que estaban ya sumidos en la indisciplina y la revolución.

Pudiera haber alguna excepción, pero tengo la evidencia de que el Cuerpo de Jefes y Oficiales de los Tercios y la tropa veterana, como yo, seguiríamos las iniciativas del Ejército, no sólo por compañerismo sino por afinidad de ideas y por causa de que el Ejército mantiene virtudes militares y no interviene por defender partidos ni intereses bastardos sino para causas justas y bien de la Patria.

Acaso sin quererlo, en ese escrito que no va a producir el menor efecto ante el tribunal, Aranguren pone, con precisión de cirujano, el dedo en todas y cada una de las llagas de esta historia. No sólo sobre el aberrante hecho de castigar penalmente, como rebelión, la infracción de una ley desconocida, de legitimidad más que dudosa y promulgada por quienes se han rebelado contra leyes legítimas y publicadas en debida forma. También sobre la circunstancia, incontestable, de que los días 18 y 19 de julio de 1936 no se sublevó en bloque el ejército, sino una parte de él al mando de unos cabecillas que procedieron con sigilo, dejando al margen a todos los que, como Aranguren, temieron que no fueran a compartir las razones de su alzamiento, y que destituyeron de forma irregular nada menos que a veinte de los veinticuatro generales de división en activo, justamente por su negativa a secundar ese supuesto «estado de opinión general» existente entre los uniformados. Ni siquiera en la creencia, que Aranguren acepta (nunca sabremos si en conciencia o para tratar de eludir una condena a muerte), de que el ejército tuviera, moviéndose unánimemente, una función de superior tutela de los intereses de la patria, y que cualquier demócrata considera infundada e inaceptable, se habría dado el supuesto que legitimaría el orden impuesto por los rebeldes, porque se estuvo muy lejos de alcanzar semejante unanimidad. Al revés: la división fue agria y profunda.

Es, sin embargo, el final del escrito el que delata, con luminosa y dolorosa, y no sé si involuntaria clarividencia, la falla fundamental del alzamiento que elevó y

sostiene al Caudillo en su trono de autócrata: desde el punto de vista moral y filosófico, el ejército, o cualquier otra institución, sólo podría aspirar a legitimar una función de tutela semejante en la medida en que no interviniera, como dice Aranguren, por defender «partidos ni intereses bastardos sino para causas justas y bien de la Patria». En esos días de 1939, en los tres años anteriores, y en los treinta y seis siguientes, dará el régimen muestra sobrada, con sus represalias prolongadas y masivas, sus apropiaciones indebidas de la riqueza y la soberanía nacionales, o su respaldo a las causas más abyectas, como la de la Alemania hitleriana que propició su victoria, hasta qué punto está lejos de obedecer a tan rigurosas exigencias.

Mientras Aranguren se ve sometido a interrogatorios y notificaciones, y, aun desde la postración física y moral que él mismo reconoce, trata de defenderse de las acusaciones que sobre él pesan, su familia intenta en vano que le dejen comunicar con él. En las cerca de dos semanas que va a estar detenido en Barcelona, ni a su mujer, ni a sus hijas, ni a su yerno abogado del Estado, ni siquiera a su hijo, oficial del ejército vencedor dos veces herido en combate por defender la causa del alzamiento, les van a permitir verle. Hay que dejar claro que, como prescribiera el difunto Mola en aquellas instrucciones reservadas a los golpistas, «para los compañeros que no sean compañeros, el movimiento triunfante será inexorable». Contra los guardias civiles a los que se enjuicia en esta causa 1/39, además, se ejerce una inclemencia superior a la mostrada con otros militares. Es de destacar, por ejemplo, que a los oficiales que formaron el consejo de guerra que condenó a Goded y Fernández Burriel, y asumieron, como no hizo Aranguren, la responsabilidad de sus muertes, se les perdonará la vida. También da que pensar el hecho de que Franco, que conmutará la pena de alguno de ellos con la piedad que no va a tener para los guardias civiles, vea al cabo disculpable haber despachado a Goded al paredón.

La razón de tanto encono la expone sin ambages el fiscal de la causa contra Aranguren, el auditor de brigada Ramón de Orbe, en lo que viene a ser la médula de su escrito de acusación, y que nos exime de transcribir las demás calumnias y menosprecios al procesado con los que (pese a darle aún el tratamiento de *Excelentísimo Señor*) salpica los tres folios escasos en los que pide para él la pena de muerte:

Las fuerzas de la Guardia Civil de Barcelona, concentradas, perfectamente armadas y disciplinadas, salieron de sus cuarteles, formaron una fuerte columna y se dirigieron a la Consejería de Gobernación, recibiendo órdenes del General Aranguren de acuerdo con los Coroneles Brotons y Escobar, de combatir contra las hasta entonces victoriosas fuerzas del Ejército, para sostener a las Autoridades del Frente Popular, con lo que cambió radicalmente la situación hasta entonces favorable al Movimiento Nacional, pues ante la aplastante superioridad numérica de las hordas rojo-separatistas al ser reforzadas con la fuerte columna de la Guardia Civil, lograron los rojos dominar la situación después de cruentas luchas, dando muerte, hiriendo y aprisionando a los que habían iniciado el Alzamiento Nacional, libertando a los Generales traidores Llano de la Encomienda y San Pedro Aymat, que habían sido detenidos por negarse a secundarlo, y reduciendo a prisión al General Fernández Burriel y al General Goded, que había llegado en avión para ponerse al frente de las Fuerzas del Ejército Nacional.

No hay que decir más, y ni todos los abogados del mundo, armados de toda su ciencia jurídica, habrían podido salvar a Aranguren ante el tribunal que forman el día

15 de abril de 1939, a las diez de la mañana, en el Palacio de Justicia de Barcelona, los generales de brigada Arcadio Muruzábal Resano, Pedro Yeregui Moreno y José Vidal Fernández, los coroneles Andrés Arce Llevada y Leopoldo Rodríguez de Ravora, y el auditor de brigada Joaquín Otero Goyanes como vocal ponente. A diferencia de lo hecho con Goded, en el consejo de guerra al que se somete a Aranguren (celebrado además en el solemne espacio del Palacio de Justicia, en lugar del buque-prisión) se observa la formalidad de que haya generales, pero, como anota su biógrafo Jesús Núñez, ni uno solo pertenece a la Guardia Civil, lo que favorece que se enjuicie con la máxima severidad la conducta del general del cuerpo. Pese a todo, el defensor de Aranguren, Francisco Eyré, se fajará en la tarea.

El juicio, según atestigua el acta que de él se levanta, es breve y va al grano. Comienza con el interrogatorio del procesado, que se ratifica en sus declaraciones previas, y al que el fiscal acorralla haciéndole notar la contradicción entre su alegada ignorancia del movimiento y la reunión que antes de su estallido tiene con sus jefes y oficiales para ponerse al lado del gobierno. Luego le pide que explique cómo para reprimir el alzamiento situó su despacho al lado del *conseller* de la Generalitat, lo que no puede explicar, según el acta. En el relato del juicio que hace el diario *Solidaridad Nacional*, y que recoge el historiador Manel Risques, se reflejan algunos otros elementos no contenidos en el acta, y que permiten apreciar cuáles son el tono y la catadura del acusador:

FISCAL: Y, a pesar de eso [el asesinato de Calvo Sotelo] usted reunió a los jefes y oficiales de la Guardia Civil, exhortándoles a sumarse a las intenciones de aquel gobierno de criminales. ¿No fue así?

PROCESADO: Yo procuré mantener la disciplina, y no hice otra cosa que atenerme a las instrucciones que recibí del General Pozas.

FISCAL: ¿Usted no sabía que la guarnición estaba asqueada y que deseaba lanzarse a la calle para oponerse a los criminales proyectos de los separatistas y los malos españoles?

PROCESADO: Yo no sabía si era un movimiento parcial. El general Pozas me dijo que, en efecto, parecía un movimiento parcial y que eran escasas las fuerzas que en África se habían sublevado. No creía [...] que se trataba de un movimiento de derechas sino de elementos izquierdistas.

FISCAL: Entonces, ¿usted no sabía que fuerzas militares preparaban en Barcelona un acto decisivo para acabar con el anárquico estado del país?

PROCESADO: No señor, lo ignoraba.

FISCAL: ¿Usted no ofreció la adhesión de la Guardia Civil al canalla España, consejero de Gobernación de la Generalidad?

PROCESADO: Lo hice porque el general Sebastián Pozas me encargó entrevistarme con dicho señor para garantizarle que la Guardia Civil estaba con el poder constituido.

Contestando a otras preguntas del Fiscal, el encartado explica su conversación con el general Fernández Burriel, a quien le dijo que no era posible hacer nada. Se ratifica en que dio la orden de que salieran las fuerzas a sofocar la rebelión. «Hice cuanto me fue posible para evitar crímenes pero reconozco», dice, «que no pude contener las turbas revolucionarias». Sobre su nombramiento de jefe de la Cuarta División Orgánica dice que fue por sucesión de mandos. Finalmente, declara expresando que durante su actuación en Valencia también hizo lo posible para evitar daños y atropellos.

Tras esta vitriólica exhibición de odio, a la que Aranguren, según se ve, responde como puede, reconociendo los hechos esenciales y asumiendo la responsabilidad principal de las órdenes que sus guardias cumplieron, pero también omitiendo alguna cosa y alterando alguna otra, lo que no deja de ser el derecho de cualquier procesado, se examina al único testigo que comparece en la vista, a petición del fiscal: el capitán de la Guardia Civil León González, con mando en Barcelona el día 19 de julio. A preguntas del acusador dice que cree que Aranguren sabía de la proximidad del alzamiento y que mantenía relaciones con Ayguadé «y otros significados rojo-separatistas». También que pese a que el espíritu de la Guardia Civil era «de adhesión al ejército», recibió órdenes de marchar desde el cuartel de Ausiàs March hasta la Conselleria de Gobernación, donde «esperaron alrededor de dos horas y media al término de las cuales se les dio órdenes para combatir al ejército nacional», bajo la responsabilidad del general Aranguren.

Tras esta mínima prueba, el presidente da la palabra al fiscal, que reproduce en su alegato —la parte con mucho más extensa del acta del juicio— todas las razones expuestas en su escrito de acusación, al tiempo que relata, desde la óptica inversa de que era rebeldía no unirse a los rebeldes, los hechos protagonizados por Aranguren en Barcelona y en Valencia, donde, dice, su permanencia como gobernador «demuestra que hasta el último momento fue hombre de confianza de los gobiernos rojo-separatistas». Concluye que los hechos descritos son constitutivos de un delito de rebelión militar, con las circunstancias agravantes «de la enorme trascendencia de los hechos y de perversidad», por lo que pide que se imponga al procesado la pena de muerte.

Se le da a continuación la palabra al defensor, Eyré, que comienza diciendo que fue testigo de los hechos del 19 de julio, que no olvidará nunca, y que de ellos quiere sacar la base de su defensa. Y me parece que el resto de su alegato merece ser conocido en su propia voz:

El procesado es hombre de vida ejemplar, huérfano a los pocos años de padre, primero de sus hermanos y luego de sus propios hijos a los que educó cristiana y patrióticamente, uno muerto en África, otro igualmente muerto en las filas nacionales durante esta Cruzada y el tercero también gloriosamente herido. Pertenece a un cuerpo de una disciplina con la cual se ha granjeado la simpatía de propios y extraños. En cuanto a la situación de Cataluña era ciertamente distinta a la del resto de España, disfrutándose de una calma aparente, sin conocerse los excesos de otras partes. En estas circunstancias no es de extrañar la natural disposición de un miembro de la Guardia Civil a acatar las órdenes de la superioridad, representada por la Consejería de Gobernación y la Inspección General de la Guardia Civil. En la reunión celebrada con los jefes de la Guardia Civil de Barcelona no acordaron actuar contra el Ejército por cuanto el Ejército, por boca de su jefe el general de división Llano de la Encomienda permanecería adicto al Gobierno. ¿Si no fue requerido para su adhesión a Movimiento, cómo se le pueden exigir responsabilidades por no haberlo hecho? Pues el único requerimiento que se le hizo por los generales Goded y Burriel fue en unos momentos en que la suerte estaba decidida y las

fuerzas de la calle acababan de reprimir a los levantados. Creo que por una verdadera fatalidad este hombre de ideas sanas y vida ejemplar se vio convertido en servidor de los enemigos de la religión y de la patria, basta apreciar las fotografías de prensa aparecidas en aquellos días para darse cuenta de qué estado de abatimiento reflejan. Pero el señor Aranguren creyó sinceramente que servía al poder legalmente constituido y continuó en este servicio. No existió pues rebelión, en todo caso siempre cabrá en su favor la eximente de la obediencia debida, obediencia que caso de faltar le habría sido exigida y penada conforme a los artículos 266 y 267 del Código de Justicia Militar. En todo caso obró en cumplimiento de su deber y en el legítimo ejercicio de su cargo, eximente recogida en el artículo 8 del Código Penal ordinario. De la situación posterior en que se encontró y de los desmanes producidos por las hordas no es responsable el procesado por cuanto nos encontrábamos en un estado de desbordamiento de pasiones en el que no había mando, ni resortes del mismo, y en el que el general Aranguren tenía una categoría subordinada correspondiendo a otros la iniciativa. Pero dentro de los cargos que desempeña actúa para poner coto a los desmanes que se producen y salva preciosas vidas como la de don Miguel Primo de Rivera. Concluyendo, considero los hechos como constitutivos de un delito de auxilio a la rebelión, siendo de apreciar las siguientes circunstancias atenuantes: 1ª. Estado de necesidad incompleto. 2ª. Fuerza irresistible y miedo insuperable. 3ª. Obediencia debida y legítimo ejercicio de un cargo. Termino negando el carácter de perversidad que se atribuye por el fiscal a mi patrocinado, por cuanto la conducta del mismo la desvirtúa y especialmente el hecho de haberse entregado a nuestra justicia en vez de huir cobardemente al extranjero y pido finalmente para el procesado la pena de doce años y un día de reclusión militar.

Desde la experiencia de unos cuantos años de ejercicio de la abogacía, creo que difícilmente habría podido Aranguren tener un mejor defensor, y más aún considerando que apenas ha tenido tres horas para examinar los autos. En términos de técnica jurídica, de estrategia ante el tribunal, de consistencia en los argumentos y oratoria, el alegato resulta ejemplar, y bien podría ponerse como modelo en cualquier facultad de Derecho, a cuyos alumnos les enseñaría bastante más, en apenas folio y medio, que los soporíferos manuales de centenares de páginas que se ven obligados a deglutir. Como poco, la defensa es tan buena como la que el propio Aranguren hizo de los guardias civiles que iban a ser fusilados tras caer prisioneros en Calaceite, por pelear del lado de los sublevados cumpliendo órdenes, y a los que logró salvar la vida. Especialmente fina, y certera, es la referencia al gesto de Aranguren en las fotografías de prensa posteriores a julio de 1936: frente al rostro sonriente, bienhumorado, incluso risueño, con que aparece en no pocas de las anteriores a esa fecha, tras el golpe siempre se le ve cariacontecido, de una u otra forma. El infortunio de tan excelente defensor es que el tribunal que ha de valorar su alegato es mucho menos proclive a hacer justicia que el tribunal de circunstancias de la Barcelona revolucionaria que aceptó apiadarse de aquellos guardias. De lo que aquí se trata es de otra cosa, bien distinta.

Aunque debe de saberlo, y no hacerse ilusiones, Aranguren ejerce su derecho a la última palabra, para rebatir sólo dos de las acusaciones que contra él ha formulado el fiscal: la de haber sido falaz (incluso taimado, llega a decirse de él durante el proceso) con el general Fernández Burriel cuando este le requirió para que se sumara

al movimiento, «pues ya entonces le manifestó que estaba al lado del poder constituido»; y la de haber sido descortés con el general Goded cuando compareció ante el tribunal que le juzgaba, «pues únicamente se limitó a rogarle con un gesto que no se levantara al entrar el declarante en la sala donde se celebraba el consejo». No deja de ser esclarecedor, y emocionante, que lo último que elige decir Aranguren ante la sala que va a condenarlo a muerte sean esas palabras de recuerdo y de respeto hacia su antiguo compañero y enemigo vencido el 19 de julio.

Cumplido este trámite, el último que resta para proporcionar al acto apariencia de formalidad, el consejo acuerda constituirse en sesión secreta para dictar la sentencia. Es este un texto que se conserva obrante en los autos de la pieza separada de la causa 1/39 del tribunal militar de Barcelona seguida contra el procesado. Pero creo que no merece la pena reproducir, ni siquiera citar, los exiguos fundamentos con que, en apenas dos folios de prosa jurídica más bien desmañada y trufada de la hueca y falsaria fraseología del régimen franquista, recogiendo íntegramente las peticiones del fiscal y considerando como prueba de cargo determinante el propio informe elaborado por el procesado el 26 de julio de 1936, acreditativo de su actuación leal a la República, se condena al general de brigada de la Guardia Civil José Arangurer Roldán a la pena de muerte como reo del delito de rebelión militar.

Al día siguiente, 16 de abril, el auditor emite dictamen favorable a la sentencia dictada por el consejo de guerra, al que, como no podía ser de otra manera, presta su conformidad el general jefe, quien ordena la suspensión de la ejecución «hasta que Su Excelencia el Jefe del Estado se dé por enterado de la misma». En los días siguientes los familiares de Aranguren, sabedores de la condena, van a remover cielo y tierra para lograr la clemencia del Generalísimo, el hombre en cuyas manos está la vida de su esposo, padre y hermano. Para ello apelarán a su condición de paisano ferrolano, a ese parentesco con su esposa del que tan ufanos estaban los Franco sólo siete años atrás, incluso logran, a través del nuncio de la Santa Sede, Gaetano Cicognani, hacerle llegar a Franco esta petición de clemencia de parte del papa Pío XII: «El Soberano Pontífice ha acogido personalmente estas súplicas y, conecedor de los elevados sentimientos de humanidad y de cristiana caridad que han inspirado e inspiran al gobierno del Generalísimo Franco, no duda que el ilustre Caudillo sabrá hermanar las exigencias de la justicia con las generosidades de la clemencia, confiando en que estos rasgos de perdón han de contribuir a la pacificación de los espíritus».

Pero Franco reservará sus «elevados sentimientos de humanidad y de cristiana caridad» para mejor ocasión. Cuentan que cuando le hicieron saber que el general Aranguren, para quien le pedían el indulto, estaba postrado por un accidente y ni siquiera podía tenerse en pie, lejos de verse movido por ello a alguna clase de compasión, dijo el hinchado y flamante vencedor de aquella triste guerra civil:

—A Aranguren, que lo fusilen aunque sea atado a la camilla.

Es difícil comprobarlo (la historia le llegó a Antonio Cobreros a través del general franquista Tella), pero el hecho cierto es que los lacayos que le representaron en aquel consejo de guerra hicieron de ellos lo que se esperaba, poniéndole al reo en suerte, y tan sólo cuatro días después de que le enviaran la sentencia, el 20 de abril de 1939, se recibió en Barcelona el telegrama del Cuartel General del Generalísimo confirmando que Su Excelencia se daba por enterado y correspondía proceder. No puedo dejar de subrayar, por lo que a los miembros del consejo concierne, que si bien a veces no pueden evitarse la injusticia ni la crueldad, siempre tiene uno la opción de no suscribirlos: así lo demostró Aranguren en agosto de 1936, negándose a bendecir con su firma la condena a muerte de Goded y cosechando por ello la censura correspondiente de quienes ostentaban el poder de la República. Ese mismo día 20 se le notifica al reo la sentencia, con lectura íntegra de su contenido, «advirtiéndole que es firme por haber sido aprobada por las superiores autoridades judiciales, así como

el enterado del Excmo. Sr. Jefe del Estado», según reza la diligencia que le presentan, y que es el penúltimo documento sobre el que José Aranguren Roldán, con un trazo que sobrecoge por su pulso, va a estampar su firma.

Poco más le queda ya que vivir. En la causa obra toda la papelería burocrática en la que se dispone, con suma rapidez, la ejecución y las diligencias funerarias posteriores. En las horas que le restan, el general se pone en paz con su conciencia y su fe, que no le ha abandonado y que proclama con el gran crucifijo de oro que cuelga de su cuello. Trato de imaginar qué pasa por su cabeza en esas horas finales, sabiéndose ya condenado. Imagino que evoca su vida, a sus hijos muertos, con los que sus creencias le otorgan la esperanza de reencontrarse, y teme por las hijas que le quedan, la viuda que deja y el resto de su familia, abocada a arrastrar el estigma de tener que ver con él, quién sabe por cuánto tiempo y con qué dureza. No lo imagino nervioso, sino en un estado de serena aceptación, de renuncia anticipada a la existencia, similar al que atestiguan otros personajes de esta historia que hubieron de pasar por la experiencia de aguardar su inminente fusilamiento. Pienso, por ejemplo, en Frederic Escofet, que se benefició in extremis del indulto que no le llegó a Aranguren, pero antes de él se dio por muerto. Un estado en el que, escribe en sus memorias, y al igual que le sucediera tras esa acción de Feddan Yebel en la que había coincidido con Goded, allá por 1922, y donde recibió una herida gravísima que le afectó la columna y llegó a dejarle inmóvil, se sentía completamente tranquilo y en posesión de todas sus facultades, mientras observaba con indiferencia su propia desgracia y encontraba cómica la preocupación compungida de quienes se acercaban a visitarlo. Pienso, también, en su compañero de aquella condena, el jefe de los *mossos* Pérez Farràs, quien, según cuenta el propio Escofet, se pasaba los días que estuvieron esperando a que los fusilaran silbando el aria del *Addio alla vita* de la *Tosca* de Puccini, que incluso les canturreaba a quienes iban a verlo y a ofrecerle su solidaridad en tan graves momentos.

Ambos sobrevivieron a la condena y a la guerra, y murieron por causas naturales años después. Pero otro de los ilustres condenados a muerte de esta historia, el coronel Antonio Escobar Huerta (general por nombramiento de la República, que luego dejaría de reconocérsele, incomprensiblemente hasta el momento de escribir estas líneas), se vio diez meses después que Aranguren en la misma situación que él, esto es, sin esperanza ninguna de salvación, momento en el que le dio al capitán Pedro Donaire, que lo acompañaba en su prisión de Montjuïc, este texto estremecedor, que más tarde publicaría el capitán:

Saboreé la gloria terrena. Oí sonar las bandas a mi paso y quedé insatisfecho. Seguí con sed. Sentí sobre mi

hombros la cruz del desengaño; separé mi vista de la tierra, la dirigí al cielo y mi alma se abrió al rocío vivificante de la verdadera paz. Grande es Dios en sus obras y en sus caminos. Hoy soy feliz donde otros lloran. Hallé la paz donde el desasosiego impera. He aumentado la oración, con una paz y una confianza desconocidas. Si es dentro de tres horas cuando me llaman (en la una y veinte está el reloj ahora), bien claro se demuestra el cumplimiento de una de las promesas de Nuestro Señor, a los devotos de los dolores de su Santa Madre: «Que les consolaré de sus tribulaciones, señaladamente en las angustias de la muerte». [...] Me llaman Vienen por mí.

No imagino a Aranguren con la frivolidad de Pérez Farràs, aunque ponerles de fondo sonoro a esos momentos la música de Puccini sin duda los engrandece y los vuelve aún más sobrecogedores. Tampoco lo veo con ese nihilismo sarcástico de Escofet, ni creo que fuera tan místico como Escobar, un hombre al que la fe traspasaba con una hondura realmente infrecuente. Pero quizá su actitud estuviera en algún lugar en medio de todos ellos, entre el despegue por las decepciones de la existencia, la sonrisa ante las ironías del destino y la confianza en un Dios que había de ver, y reconocer, la limpieza de su corazón.

Tal vez recordó aquella frase de don Quijote, el héroe de su libro de cabecera: «Todo es morir, y acabose la obra, y según Terencio, más bien parece el soldado muerto en la batalla que vivo y salvo en la huida». O aquella otra, cuando Alonso Quijano, *el Bueno*, les hace saber a los suyos, al final de su existencia, que ha recobrado al fin la cordura: «Los [cuentos] de hasta aquí, que han sido verdaderos en mi daño, los ha de volver mi muerte, con ayuda del cielo, en mi provecho».

A las cuatro y diez de la mañana del 21 de abril, interrumpe Aranguren el curso de sus pensamientos para otorgar testamento ante el notario Manuel Corchón de la Aceña, que se presenta en la cárcel Modelo para dejar constancia de sus últimas voluntades. El general comienza diciendo al notario que «profesa la Religión Católica, Apostólica y Romana, en cuya fe y creencia ha vivido y protesta vivir y morir». Luego enumera los nombres de su esposa, los cuatro hijos que le viven y los dos nietos que le dio el primero y los tres que tuvo el segundo, ambos muertos. Instituye como usufructuaria de sus bienes a su mujer y como herederos, por sextas partes iguales, a sus cuatro hijos vivos y a los hijos de los dos difuntos. Declara, en fin, que este es el primer testamento que otorga en su vida, y quiere que como tal valga.

Firma el acta notarial, el último papel sobre el que pone su nombre. A continuación lo llevan al furgón que lo va a trasladar al lugar de ejecución, el tristemente célebre Camp de la Bota, donde ya han pasado por las armas a varios de sus subordinados, y donde durante trece largos años seguirá el régimen fusilando, sin tregua ni piedad, a diecisiete centenares de los muchos españoles a los que considera sus enemigos y, por tanto, enemigos de la patria. Situado en lo que hoy es el Fórum,

entre Barcelona y Sant Adrià del Besós, su nombre, debido a los franceses que allí se establecieron durante la guerra de la Independencia, no tiene que ver con bota alguna, sino con la *butte*, la colina de tierra que allí levantaron para hacer contra ella prácticas de tiro. En el lugar, que antes de convertirse en el actual escenario de ocio fue una zona de infraviviendas para inmigrantes sin recursos, con vecinos tan conocidos como el delincuente Juan José Moreno Cuenca, alias *el Vaquilla*, se levanta aún en 1939 un acuartelamiento con forma de castillo cuadrangular, hoy desaparecido. Ese edificio anacrónico va a ser testigo de los últimos instantes del general que se enfrenta al pelotón por haber defendido Barcelona para la República y la Generalitat.

Imagino que lo llevaron por la calle Provenza hasta la Diagonal, y por esta directamente hasta el Camp de la Bota. Imagino que desde el vehículo en que lo transportaran no pudo ver gran cosa de la ciudad que atravesaba en el silencio de las cuatro y media de la mañana, y de la que había sido jefe de Policía y máxima autoridad militar. Debió de tardar media hora, o algo menos. Alrededor de las cinco de la mañana del 21 de abril de 1939, José Aranguren Roldán se vio ante el piquete que iba a darle muerte. Como no podía tenerse en pie ante él, por culpa de sus lesiones, lo sentaron en una silla. Aun en esa posición, lo imagino, en la medida de sus posibilidades físicas del momento, erguido y pulcro, *endreçat*, según lo retratara el diputado Rubió i Tudurí. Debió de mostrar en aquel trance un afán semejante de mantener la compostura, aunque en tantos sentidos su actitud y su temperamento fueran diferentes, al que exhibió Goded en agosto del 36, plantándose derecho para recibir la muerte que iban a dispararle los fusiles de los soldados formados frente a él; como había visto, diez años atrás, hacer a aquel viejo caído de Abd el-Krim, en los lejanos montes de Alhucemas que también formaban parte de la memoria de Aranguren, y en los que ambos defendieran la misma causa bajo la misma bandera.

Para los tres, a la espalda, el mismo mar: ese Mediterráneo junto al que tantos murieron y tantos piquetes formaron, para abatir a quienes creían cumplir con su deber. Por todos ellos vale un bello cuadro, el del fusilamiento del general Torrijos, debido al pintor Antonio Gisbert. Supongo que la mañana era fresca, pero agradable, como corresponde a Barcelona en abril. Cuentan que ante el piquete Aranguren tuvo un último destello de su humor gallego, que fue a la vez descargo para quienes lo mataron. Junto a él iban a fusilar a un teniente coronel, que era bastante más joven. Dicen que dijo entonces a los soldados:

—No temáis y disparadme. Sólo me quitáis dos o tres años de vida. Peor es para él, que por lo menos le quitáis treinta.

La sentencia se cumplió. El certificado de su defunción dice que la causa fue una

gran hemorragia interna. Entregado a sus familiares, se le inhumó en el nicho 4.929 de la vía san Olegario, agrupación 5ª, del cementerio de Montjuïc. Al día siguiente, el coronel jefe de la Guardia Civil en Barcelona remite oficio al inspector general del cuerpo, en el que dice: «Tengo el honor de participar a V.E. que en el día de ayer ha sido pasado por las armas el general de este instituto don José Aranguren Roldán, en virtud de sentencia firme». El destinatario de este oficio, en ese momento inspector general de la Guardia Civil, es el general Emilio Fernández Pérez: el mismo a quien catorce años atrás dio novedades Aranguren a su llegada a la playa de Alhucemas, ante un fotógrafo que registró para la posteridad aquella imagen. Me pregunto si el inspector general lo recuerda. Me pregunto qué piensa, al leer que alguien considera un honor comunicar la muerte de un hombre.

El 19 de mayo de 1939, un gran desfile recorrió los paseos del Prado, Recoletos y la Castellana, en Madrid. Con esta exhibición militar, que repetiría luego con frecuencia anual, el régimen celebraba su victoria sobre la República, que era tanto como decir sobre la otra mitad de los españoles, gesta heroica que dio en simbolizarse con la concesión al Generalísimo, Francisco Franco, de la cruz laureada de San Fernando Por decreto del consejo de ministros que estaba del todo supeditado a él en su condición de Caudillo, con informe favorable de la asamblea de la orden, formada enteramente por militares afectos que no iban a osar cuestionarlo, se colgó así el general al pecho el trofeo que no había podido ganar en África, pese a mucho quererlo, por el procedimiento que habían seguido otros laureados: el del previo juicio contradictorio. Tal había sido, por ejemplo, el caso de Fermín Galán, a quien, tras oponerse a que se le diera, se ocupó de que le fuera revocada la condecoración.

Para ser más exactos, la medalla se la colgó otro, el bilaureado general Varela: aquel comandante de harca que había sido la mano derecha de Goded, el general caído que llevaba tres años sumido en el olvido de la muerte y al que no parece que ninguno de los dos recordara en esa ocasión. Si hemos de creer el testimonio de Frederic Escofet, que lo tuvo de compañero en África, el papel asumido por Varela en aquel acto turiferario de autoconcesión de medalla por vasallos interpuestos, tan esperpéntico para cualquier mente con sentido crítico, iba con su carácter: sin negarle el valor, la inteligencia y la simpatía, Varela, según Escofet, siempre había mostrado una gran ambición de llegar a lo más alto por todos los medios, incluida, dice, la «vil pelotilla».

Mientras los vencedores se dan a tales festejos y a hacer sonar la trompetería y la fanfarria con las que la vanidosa humanidad gusta de acompañar sus triunfos, los perdedores enfrentan un panorama muy distinto. Tras enterrar al padre y marido, los hijos y la viuda de Aranguren regresan a Galicia. Lo único que les han dado, de las pertenencias del general, es el crucifijo de oro, con piedras azules engastadas, que llevaba colgado al cuello en el momento de morir. Lo imagino en la mano de María de la O de Ponte, apretado, mientras la mujer, que para todo dependía de ese hombre que ya no está, trata de extraer del frío metal el resto de calor que en él haya podido dejar quien lo llevaba. O quizá está demasiado aturdida y desorientada para coger nada, y es su yerno, Lorenzo Rubio, quien se ha encargado de guardarlo. Lo que sé es que acabará quedando en poder de los descendientes de este, por lo que en algún momento debe de hacerse cargo de la joya.

El trato que reciben los herederos de Aranguren viene a ser el acto póstumo de su tragedia. Lo rememoro en compañía de sus nietos Amalia y José y su bisnieto Lorenzo, en la sobremesa de la comida que acabamos de compartir junto a mis hijos mayores, en Ponferrada, una calurosa tarde de agosto de 2016. El que peor lo pasó a su vuelta fue el novio de Dolores, Antonio Cobreros, con el que no se había casado aún porque el general le había pedido retrasarlo hasta que acabase la guerra. Al poco rato de llegar a casa de su madre, en Lugo, fueron a detenerlo, denunciado por tres vecinos que lo habían visto pasar. Además de la ración de sospechas que le tocara por su relación con el general y por haber estado en zona roja, su hermano, José, había sido el primer alcalde de Lugo con la República. Al final ambos lograron salvarse, pero a Antonio, al que soltaron al cabo de unas horas, le afectaron mucho los comportamientos que vio. Pudo reingresar en el cuerpo de Telégrafos, se casó con Dolores en septiembre de 1939 y, tras una temporada en Madrid, regresó a Galicia, donde nació en 1943, en La Coruña, su hijo José Antonio. A José, el exalcalde, le hicieron objeto de represalias menores: un gobernador civil de Lugo, recuerda entre risas su sobrino, le denegaba siempre la licencia de caza y tenía que ir el hombre a sacársela a Salamanca.

La viuda de Aranguren, María de la O, acabó yéndose a vivir con su hija Matilde. Esta preparó una oposición a Archivos y Bibliotecas, en la que sacó de los primeros números en los dos primeros ejercicios. Antes del tercero, hubo una denuncia y la suspendieron. Fue a ver a Dámaso Alonso, con el que conservaba la amistad, para que la aconsejara. El catedrático le dijo que era muy pronto, que no se presentara todavía. Sin otro recurso, pidió el reingreso como maestra de primera enseñanza. La destinaron a una escuela rural, en Pazos, un pueblecito cerca de Ponteceso, donde impartía clases en una casaescuela muy deteriorada. Allí vivieron las dos, madre e hija, durante años, en condiciones muy humildes. María de la O de Ponte solicitó que se le reconocieran tanto la derrama de la Asociación de Socorros Mutuos del cuerpo, a la que su marido había cotizado durante décadas, como la pensión de viudedad. Hubo de acreditar que ni ella ni sus dos hijas menores, personas reservadas y católicas, habían cometido en Valencia actos contrarios al Movimiento, y alguien hizo constar que su hijo Carlos y su hija María de la O se habían sumado con entusiasmo a la causa nacional desde el primer momento (algo por lo que María de la O, la más furibunda antifranquista de la familia, protestaría siempre). Tras tres años de trámites, le fueron entregadas las 3.000 pesetas que le correspondían por la derrama, y se le concedió una pensión anual de 3.250 pesetas, lo que venía a ser el sueldo de un guardia raso. Murió en 1956, sumida en una tristeza profunda. Muchos

años después, a principios de los ochenta, y tras nuevas dilaciones y trabas burocráticas suplementarias, se le reconocería a Matilde, que nunca se casó, la pensión de orfandad.

Hay una anécdota divertida de Matilde, que cuenta el nieto de Aranguren con su sonrisa perenne. En el aula donde daba clase había, como en todas las de España, un retrato de Franco. Una vez fue una inspectora de educación a visitar la escuela y les preguntó a los niños quién era aquel señor. Todo ufano, uno de los chavales dijo:

—Me parece que san Antonio.

La maestra, quedó entonces en evidencia, no se había empleado a fondo en cantarles a sus alumnos las excelencias del personaje.

Carlos, el único hijo varón que sobrevivió a Aranguren, tampoco tuvo demasiada suerte en la vida. Muy afectado por la experiencia de la guerra y por las graves heridas que había sufrido en ella, así como por la muerte de su hermano y de su padre, tuvo serios problemas de salud y causó baja en el ejército en 1946, con el empleo de capitán. Murió en 1947, en un hospital de Palencia, dejando viuda y un hijo.

Muertos todos los varones Aranguren, como si de una maldición se tratara, el papel de patriarca protector, que siempre había ejercido el general, pasó en cierto modo a su yerno, el abogado Lorenzo Rubio, que además tenía un buen despacho en La Coruña. Según recuerda José Cobreros Aranguren, daba su respaldo a toda la familia, que solía reunirse en una casa que alquilaba en Cambre los veranos. Dice que en esas ocasiones lo recuerda casi siempre callado, y que estaba vetado hablar de la tragedia que había golpeado con tanta dureza a los Aranguren.

La viuda de Juan Aranguren de Ponte, Amalia Ucieda, que también hubo de superar incontables trabas para cobrar la pensión de viudedad (en la Guardia Civil le decían que tenía que pedirla por el ejército, y en el ejército que por la Guardia Civil), se llevó a sus tres hijos a Badajoz justo después de la guerra. Lo recuerda su hija, Amalia Aranguren, que evoca con amargura la niñez huérfana que les tocó vivir a ella y a sus dos hermanos y reconoce que la marcó de por vida.

—Le preguntaba a mi madre por qué se había ido mi padre a la guerra para que lo mataran, si era que no me quería —dice, con la mirada puesta a lo lejos, en los árboles del parque—. Al principio no respondía nada. Luego, ya mayor, me decía que papá se iba a los lugares más peligrosos para tener los mayores méritos porque sabía que si ganaban ellos el abuelo estaba muy comprometido y quería tener esos méritos para poder interceder por él y que no lo fusilaran. Una vez lo propusieron para laureada o ascenso, y al final lo ascendieron, como luego hicieron con todos, y la laureada la perdió —se duele, y es que la medalla, pensionada, habría sido una buena ayuda para la viuda del malogrado oficial.

—El tío Juan no quiso quedarse en la retaguardia porque sabía que si se quedaba iba a acabar teniendo problemas —interviene José Cobreros Aranguren—. Tuve un profesor que vivía en Ribadeo, en la época en que el tío Juan todavía estaba allí, de jefe de la línea, antes de irse al frente. Me contó que una vez lo llevaron al cuartelillo y lo zurraron de lo lindo. Yo pensé: «mi tío Juan hacía que los zurraran para no tener que pasearlos». Por eso se fue al frente, porque estaba incómodo, aunque no era de izquierdas en absoluto. Cuando se hizo de Falange, ya en el treinta y siete, fue para que no tomaran represalias con él. Mi madre me decía que su hermano Juan se había ido al frente para que lo mataran. Lo que lo mató, al final, me lo dijo un conserje del instituto que había estado con él en la guerra, fue la esquirla de una granada.

Ese mismo conserje fue, añade José, el que le reveló, cuando tenía once o doce años, que a su abuelo lo habían fusilado. Hasta ese momento, nadie se lo había dicho. Fue entonces también cuando supo que se llamaba José por el abuelo. Y recuerda una anécdota, cuando llegó a casa de su abuela en Lugo, recién nacido, y una muchacha que estaba allí de toda la vida se enteró de que se llamaba José Antonio:

—Señorito, cómo le pusieron al rapaz, José Antonio —dijo la chica, toda espontánea—. Estuvo bien, ponerle igual que al Fundador.

No era esa la intención, aclara José, ni mucho menos. Era José por el abuelo y Antonio por el padre, y José Antonio era lo que resultaba de la suma de los dos y su padre no quiso dejar de ponérselo.

—Yo supe de la muerte del abuelo en La Coruña, en el treinta y nueve —dice Amalia—, pero también tardé mucho tiempo en enterarme de que lo habían fusilado, y fue de la forma más cruel. Fue allá por el cuarenta y ocho, dieciséis años tenía yo. Iba en un tren de Salamanca a Ponferrada, con mi tía María Luisa, la tía Maru. En el departamento en el que íbamos, no sé por qué, salió la conversación de la guerra, y un hombre saltó de pronto: «El criminal de guerra Aranguren, bien fusilado que está». Mi tía se revolvió contra él y le dijo: «Cómo se atreve a decir usted eso, esta niña es su nieta, todavía hay casta de los Aranguren viviendo, no los han matado a todos». La tía Maru me cogió de la mano y salimos de allí las dos, muy enteras. Pero la verdad es que se me vino todo abajo. Me pasé una semana entera llorando como una Magdalena. Años después, con los fusilamientos de mil novecientos setenta y cinco, me acordé mucho de la muerte de mi abuelo, y sobre todo cuando los condenó Pablo VI, porque además fue el que ordenó a mi hermano Juanín, antes de que lo hicieran papa —y al recordar a su hermano sacerdote y misionero, ya muerto, vuelve a pasar por sus ojos una sombra de tristeza.

Recuerdo en este momento, no puedo evitarlo, lo que me contó semanas atrás, en el Casino de Madrid, a pocos metros del busto de Franco, José Cobreros Aranguren

acerca de cómo vivió la muerte del dictador. Fue poco después de aquellos fusilamientos, como consecuencia de un agravamiento general de su estado de salud que es muy probable que se iniciara con el infarto sufrido por culpa del disgusto de verse condenado por el Sumo Pontífice. Estaba José en casa de su suegro, antiguo alcalde de Lugo, con un cuñado suyo más bien contestatario. Recuerda que estaban viendo la televisión y que su suegro estaba muy reconcentrado, y de pronto él y su cuñado empezaron, con una risa nerviosa, a decir una y otra vez, en gallego:

—*Qué fondo vai...*

Y el suegro cada vez con la cara más avinagrada. Al parecer la frase es una especie de chiste macabro de Lugo, inspirado en un famoso tontiloco de la ciudad, llamado Luis Leriele, que se acercaba a todos los entierros y cuando bajaban el féretro a la fosa empezaba a decir, con muchos aspavientos: «*Qué fondo vai, carallo...*». O lo que es lo mismo, qué hondo bajaba la caja. Al contarme la anécdota, me dijo el nieto de Aranguren que lo que sentía no era ni alegría ni alivio ni nada parecido, sino una especie de estupor, al ver desaparecer al hombre que había matado a su abuelo, el Caudillo que parecía eterno, pero al final no lo era.

De hecho, me contó también entonces que a lo largo de su vida profesional, que pasó por Lugo, donde fue delegado del Ministerio de Obras Públicas, no padeció el estigma de ser familia de Aranguren. Incluso desarrolló una buena relación con la Guardia Civil de la ciudad, entre otras cosas porque, llevado por el aprecio que le tenía al cuerpo en el que había servido su abuelo, reservaba una cuota de las promociones de vivienda oficial para guardias que con la jubilación se quedaban sin casa y sin recursos suficientes para comprarse otra a esas alturas.

Quien sí sufrió el estigma de llamarse José Aranguren, según me contó, fue su primo, el hijo de su tío José, el primogénito del general. Fue al colegio de huérfanos, igual que Carlos, el hijo del tercero de sus hijos varones, pero así como este pudo completar allí sus estudios, José Aranguren Esteban acabó abandonándolo, porque lo relacionaban con su abuelo. Quién le iba a decir a José Aranguren Roldán, cuando era el orgulloso director de ese colegio, allá por 1930, que a la vuelta de los años, y debido a su compromiso con la palabra dada, uno de sus nietos tendría que dejar de estudiar allí por llevar su nombre y apellido.

En ese momento, Amalia Aranguren llama mi atención. Ha traído un paquete de fotografías y documentos para dárselos a José, que hace de depositario de la memoria familiar. Hay varias imágenes espléndidas de su padre, Juan Aranguren, como oficial de Regulares en África y en uniforme de gala de la Guardia Civil. También una excelente de su abuelo, José Aranguren, a caballo, en Marruecos, y otra en la que aparece montado junto a sus dos hijos mayores, los tres de uniforme, en Lugo. Y una

tercera que me sobrecoge, ya en la guerra civil, con el pelo del todo blanco y uniforme de la Guardia Nacional Republicana. De las que conozco, es la más próxima a la fecha de su muerte.



El general Aranguren en Valencia. © José A. Cobreros

Tras darle a su primo las fotografías, desdobra Amalia, con mucho cuidado, una cuartilla vieja y amarillenta. Es una carta fechada en el frente de Guadalajara el 21 de enero de 1938. La última que le envió su padre antes de morir. La leo casi con un sentimiento de sacrilegio. Es una carta delicada, en la que el padre se preocupa de pedirle a su hija que se porte bien con la maestra y con todos y la felicita, entre otras cosas, por dejarse echar las gotas en el ojo, sin gritar, para que así se le cure y no disgustar a su madre. Casi al final, sin embargo, contiene una frase que me hace sentir un escalofrío: «Yo estoy muy bien aquí, acordándome mucho de ti y matando muchos rojos para que cuando no quede ningunoirme junto a vosotras». Alzo la vista y veo los ojos claros y penetrantes de Amalia Aranguren mirándome; haciéndome notar que sabe que ya he leído esa frase donde se comprime y estalla, como una bomba, la tragedia de su familia y la suya propia. Es la hija de un mártir por la causa nacional y la nieta de un rojo: enemigos en el campo de batalla y unidos por la sangre, por el amor incondicional que se tenían uno al otro y por el que ella, ochenta años después, siente al guardar y compartir el recuerdo de ambos. Abrazada a su fe, que también era la de ellos, a quienes honra manteniéndola, y sin permitir que la arrastre aquella sinrazón que los acabó enfrentando.

—Toda mi vida he deseado tener un padre —me dice, conmovida—. Pasaba una envidia cuando veía a mis amigas, que veían venir a su padre desde lejos y echaban a correr para echarse en sus brazos...

O como ella misma hacía cuando iba a ver a su abuelo. Y siento que la historia que estoy contando se resume ahí, en los dos abrazos que le han faltado, desde su infancia, a esta mujer entera y digna, que no se derrumba y no puede permitirse ni el rencor ni la venganza.

Mientras vuelvo a Lugo en el coche, ya solo con mis dos hijos mayores, me pregunto qué es lo que se les habrá quedado de cuanto han oído. No han asistido a toda la conversación. En algún momento, ya después de comer, se han ido a dar una vuelta por el parque. Pablo a cazar Pokémons, la moda digital del momento; por lo que me dice, en los parques suele haber muchos. Hay, sin embargo, partes que sí han escuchado, y los he visto atender entonces y, tal vez, percibir la intensidad de lo que se recordaba ante ellos. Pienso que escribo este libro, entre otras razones, para que les quede por escrito todo lo que se han perdido; todo lo que como seres humanos y habitantes del país donde sucedió aquel espanto, antes de que los parques se llenaran de criaturas virtuales, creo que les conviene recordar. Porque es la memoria serena y completa de la infamia, y no su olvido interesado y selectivo, lo que permite hacer justicia al pasado, al presente y al futuro.

Nos desviamos un momento de la autovía para subir al poblado del Cebrero. Sorteando a los peregrinos que hacen el Camino, los llevo a ver la iglesia y les cuento alguna de sus historias y leyendas. No se impacientan como otras veces. El paisaje desde lo alto de la montaña, en la radiante tarde estival, es hermoso y tiene, como bien hacía notar Aranguren, un aire sobrenatural, de esa magia antigua y misteriosa de los gallegos. Quizá sea algo de eso lo que me hace sentirlo allí, con su sonrisa de cuando todavía no se había desmoronado todo; con ese humor constante y sabio con el que triunfa sobre el odio y sobre la muerte.

Lo he pensado a menudo mientras escribía este libro: la guerra la hacen los hombres, y la soportan las mujeres. Durante y después. Basta ver el precio que hubieron de pagar en soledad, pobreza y ausencia, las mujeres de la familia Aranguren. Y no sólo ellas. Me acuerdo ahora de mi abuela Isabel, y de algo que contaba acerca de los días en que vivía, junto a mi abuelo y mis tíos Francisco y Teresa, en el Madrid republicano, expuestos, entre otros ingratos percances, a los bombardeos de la aviación franquista. Cuando estaban en el refugio, decía mi abuela que aquello era un cuadro: gente, de todas las edades y condiciones, llorando, temblando, con ataques de histeria. Ella, una mujer de poco más de treinta años, pero ya baqueteada en la adversidad a raíz del accidente de mi abuelo, se preocupaba al ver a la gente tan alterada y empezó a hacer tila para todos. Hasta que un día, una de las mujeres que bajaban con ella al refugio se le acercó y le dijo en voz baja:

—Isabel, no haga usted más tila, que por aquí está diciendo alguno que usted no tiene miedo porque bombardean los suyos.

Es, posiblemente, una de las frases más surrealistas de las que jamás he tenido noticia, pero también una muestra de lo que acabo de decir. Para considerar a mi abuela una facciosa, los del refugio no tenían otro elemento de juicio que el hecho de que mi abuelo fuera militar; por lo demás, un militar en ese momento inválido que no se había sublevado ni se sublevó jamás. Por si acaso, mi abuela dejó de hacer tila.

Y acabó la guerra y una vez que a mi abuelo se le consideró más o menos libre de sospecha le tocó gestionar una intendencia familiar poco menos que imposible. A mi abuelo lo destinaron al Pirineo catalán, y más en concreto a Tremp, en Lérida. Mi abuela se marchó sola con sus cuatro hijos a Málaga, donde estuvieron viviendo en casa de su padre durante un tiempo, hasta que pudieron reunirse todos en Berga, a donde trasladaron luego a mi abuelo. De aquellos días tengo también el testimonio de mi tío Francisco, que me contaba cómo durante meses, estando en Málaga, los despertaba todas las mañanas, a primera hora, el ruido de las ejecuciones en el cercano cementerio.

—Era un ruido inconfundible —me dice, un mediodía del otoño de 2016, cuando voy a verle a la habitación del hospital donde está ingresado, con un cúmulo de dolencias, tras sobrevivir veinte años a un trasplante de corazón—. Primero, el ta-ta-tá de las ametralladoras. Luego el pá, pá, pá, de los tiros de gracia con los que los remataban. Y así una mañana tras otra. Ya ves, yo era un crío de ocho años.

Está de veras mal, con dolores múltiples que aguanta con un estoicismo

admirable, pero en cuanto hace memoria se le olvidan y aflora el vibrante narrador oral que siempre ha sido. Incluso llegó a escribir alguna novela, aunque no la publicó, y logró quedar entre los finalistas, allá por los sesenta, del premio Alfaguara. Cuando se entera de que estoy recuperando para este libro, entre otras cosas, recuerdos de la familia, me cuenta algo que me dice que tengo que conocer:

—Al principio, pasábamos más hambre que ratas. Un día fui con el bisabuelo, el padre de tu abuela, a recoger al monte hierbas para comer, tal era la necesidad. Era un hombre sentencioso, que lo había pasado muy mal durante la guerra, con varios hijos condenados a muerte, aunque al final no le mataron a ninguno. Yendo para el monte nos cruzamos con un conocido. Se saludan los dos, muy ceremoniosos, y el otro le pregunta a dónde va. Y el bisabuelo dice: «Al monte, a coger hierba para los conejos». En ese momento yo, sorprendido por la respuesta, empecé a tirarle de la manga. Al cabo de dos tirones, el bisabuelo se volvió a mí y me dijo: «Niño, cuando hablan los mayores, los niños se esperan». Terminó de hablar con el otro, se despidieron y seguimos camino. Entonces me miró y me hizo un gesto, como diciéndome que ya podía hablar. Sin poder contenerme, le dije: «Abuelo, si nosotros no tenemos conejos». Ahí se paró, se volvió a mirarme y me soltó: «No, hijo, conejos no tenemos, pero tenemos dignidad».

Las cosas mejoraron en Cataluña, donde estuvo mi abuelo Lorenzo con su familia de 1941 a 1946, primero en Berga y luego en Manresa. Sin nadar en la opulencia, allí sí había suministros y, aunque estaban tasados, eran suficientes para cubrir las necesidades básicas. Había, dentro del ejército, quien se aprovechaba para conseguir aprovisionamiento suplementario, pero mi abuela nunca pudo contar con ese desahogo, por el carácter incorruptible de mi abuelo. Lo ilustra lo que un día le dijo a su asistente, un chaval de Tarragona de nombre, ahí es nada, Faustino Ascaso, que había servido en el ejército republicano con diecisiete años y al que, tras caer prisionero, le endosaron cuatro años más de servicio militar. Lo vio mi abuelo escogiendo las patatas de un saco, en el almacén del que ese mes era el oficial encargado. Quiso saber qué estaba haciendo y Ascaso le dijo que estaba cogiendo la ración de patatas para llevársela a mi abuela. Mi abuelo le preguntó cómo solía cogerse la ración de patatas. Ascaso contestó que con una pala y echándolas en la báscula para pesarlas. Mi abuelo le ordenó que devolviera al saco las patatas que había escogido, metiera la pala, sacara las que buenamente salieran, las pesara y se las llevara a mi abuela. Fue el propio Ascaso, que era casi uno más de la familia, el que se lo contó a mi abuela sin poder dar crédito. Aquella condición suya le trajo a mi abuelo desavenencias y hasta algún conflicto con compañeros, incluso con algún jefe,

que no tenían una visión tan escrupulosa del abastecimiento propio. También le llamaron la atención porque en los actos castrenses no se ponía ninguna medalla, teniendo como tenía unas cuantas, y lo sabían, ganadas en África. Las originales las había perdido, en las varias idas y venidas de la guerra, y tuvo que comprárselas.

A los años relativamente buenos de Cataluña, donde mi padre aprendió a hablar en catalán, que era la lengua que se usaba en la escuela y en la calle en Berga y en Manresa, sucedió un periodo menos bueno al regreso de la familia a Málaga, entonces sumida en una situación terrible por la escalofriante represión sufrida por la ciudad tras la guerra. A mi padre, de propina, le ridiculizaban por su acento catalán, y mi abuelo, cada vez más sordo y aislado, tenía un temperamento difícil que le tocó a mi abuela sostener y apaciguar, mientras criaba a sus cuatro hijos. Y no era, ni muchísimo menos, la única mujer que se veía por aquellos días en aquella: con un hombre roto por dentro, después de haber servido a las ambiciones y las ensoñaciones de otros.

A pesar de todo, a mi abuelo Lorenzo, pasados los recelos iniciales, no le tocó cargar con el baldón de haber combatido con el enemigo. No podía tampoco beneficiarse de la aureola de quienes habían servido al Movimiento, ni la buscó jamás. Pero, al fin y al cabo, pudo desarrollar su carrera, considerado y respetado, e incluso logró que se le hicieran los abonos de campaña correspondientes a su servicio en África, que le discutían por haber desaparecido su hoja de servicios. Hizo a tal efecto una declaración jurada, con la que se reconstruyó el documento, gracias a que hubo quien podía respaldar sus afirmaciones, y que es el relato del que dispongo, hecho en primera persona, de sus años marroquíes. Condecorado al final de su carrera con la placa de la orden de San Hermenegildo, en la copia de su hoja de servicios expedida en 1958, año en el que se retiró con el grado de comandante de Infantería, se le conceptúa con las más altas calificaciones, por contraste con las más bien medianas que se le habían adjudicado allá por 1946.

Peor suerte corrió mi abuelo Manuel, por su doble condición de leal miembro de las fuerzas de seguridad de la República, que ya era buen lastre, y de hermano de un comunista que además pronto fue fichado por la policía franquista como uno de los temerarios dirigentes que el PCE mantenía en los años cuarenta en el interior. Hasta el año 1944, después de varios de enfermedad y gracias a la mediación de un vecino de la casa de Marqués de Urquijo, no logró mi abuelo un trabajo, como mozo en el parque de Intendencia militar de Madrid. El puesto era muy subalterno, la remuneración, baja, pero podía así aportar algún recurso al hogar que hasta ese momento sostenía casi en exclusiva mi abuela Patrocinio, dejándose los ojos sobre una máquina de coser Singer que aún está en casa de mis padres, y que no puedo

evitar mirar sin acordarme de su esfuerzo. Mientras tanto, a sus hijos les tocaba lo suyo en aquel barrio de Argüelles mayoritariamente habitado por los vencedores. Cuenta mi tía Esperanza, la mayor, que en el colegio religioso al que iban de caridad ella y su hermana Isabel eran «las hijas del rojo», lo que permitía ejercer toda clase de sevicias sobre ellas, que dejaban en mantillas lo que ahora da en llamarse *bullying*, al contar con la aquiescencia y aun el respaldo de las monjas. Pienso en lo que podía dolerle a mi pobre abuelo, que por tantas razones, y alguna tan cercana como familiar, no estaba en los mejores términos con el comunismo, que se le despachara con aquel término despectivo que desconocía lo que había hecho, lo que había sido y, sobre todo, lo que había querido y no le habían dejado ser. Con todo, mejor o peor, iban saliendo adelante, que era más de lo que otros podían decir.

Las complicaciones vinieron del lado de mi tío abuelo Eladio. Mis abuelos, cuando las cosas fueron un poco mejor en casa, y aun desde antes, se ocuparon de su mujer y sus hijos, que vivieron algún tiempo en el pequeño sótano interior. Eladio, un tipo muy echado para adelante, los veía de vez en cuando, y al cabo de los años de clandestinidad se fue haciendo cada vez más audaz y llegaba a pasearse a cara descubierta por Madrid. Cuenta mi tía Esperanza que un día, incluso, llegó a cruzárselo en el metro. Al final, lo acabaron deteniendo, en 1946. El hecho provocó una dura escena en casa de mis abuelos, donde se presentaron los de la policía política para practicar un registro brutal en presencia de los niños y del detenido. Arrasaron con todo, con las peores maneras, haciéndoles sentir lo poco o nada que valía la dignidad, la intimidad y la integridad del enemigo del régimen, real o presunto. Me hace pensar en ese informe recientemente desclasificado de la CIA que llega a decir que el régimen franquista utilizaba contra la población métodos semejantes a los de la Gestapo de Hitler, y usaba de la misma falta de contemplaciones frente a los disidentes. Aquella forma de proceder le tocó vivirla a mi madre con apenas cuatro años, y se le quedó grabada para siempre. En cierto momento, uno de los policías miró a mi tío Eladio, al que tenían engrilletado, y le espetó:

—Ya te tenemos, hijo de perra, ya se te ha acabado el negocio.

En ese momento, mi abuela Patrocinio se revolvió contra él:

—Usted no sabe lo que ha dicho y yo no se lo consiento en mi casa. Usted no conoce a la madre de este hombre, pero yo sí, y usted no es nadie para faltarle al respeto a esa mujer, que es una santa.

Tal fue el arranque de mi abuela que intervino el jefe de la partida para amonestar a su subordinado y pedirle que tuvieran el resto de la fiesta en paz. En la casa no había nada comprometedor, por fortuna para todos, y en aquel atropello quedó

todo para mis abuelos. A Eladio lo condenaron a muerte, pero a aquellas alturas, siete años después de la victoria, el régimen comenzaba, aún muy poco a poco, a aflojar el dogal. Con la intercesión de un general del Cuerpo Jurídico que vivía en la casa, y que tenía mucha estima a mi abuelo, al que consideraba injustamente expulsado, se le conmutó la pena por la de cadena perpetua. Durante más de quince años estuvieron yendo a visitarle al penal de Burgos donde cumplía condena. Mi madre todavía lo recuerda ahí, encogido de frío, al otro lado de los barrotes.

Paulatinamente, las cosas fueron mejorando. A mi abuelo, que era un trabajador incansable, escrupuloso y cumplidor, le fueron subiendo de categoría. En su trayectoria laboral, sin embargo, hubo un hecho que a punto estuvo de truncarla. Sucedió el 9 de abril de 1953, cuando se declaró en el parque de Intendencia un violento incendio que lo arrasó casi por completo, destruyendo cuanto allí estaba almacenado. Uno de los primeros sospechosos, si no el primero, fue mi abuelo, por su pasado y sus vínculos familiares. Lo tuvieron una semana detenido, y otra vez volvió la policía a registrar la casa, con los métodos habituales. Mientras estaban poniéndolo todo patas arriba, mi abuela se acercó al jefe de los policías con la cartilla de ahorros en la mano. La abrió por la hoja que mostraba el saldo de ese momento y con gesto y voz airados le gritó al hombre que estaba allanando su casa:

—Mire lo que tiene en la cartilla. ¿A usted le parece que mi marido puede tener culpa de algo, que es un ladrón o algo parecido?

Conservo, por cierto, la cartilla de ahorros de mis abuelos. En abril de 1953 tenía un saldo de 13,08 pesetas. Tras gastarse los ahorros que habían hecho antes de la guerra, todavía no habían podido ingresar nada desde 1940. Al final, las investigaciones policiales del incendio dieron resultado, muy alejado de la culpabilidad de mi abuelo. Dos jefes militares del parque de Intendencia se suicidaron. Los mismos que, recordó entonces, tras su liberación, le habían propuesto en alguna ocasión firmar una recepción de mercancía no entregada, cosa a la que él, recelando de aquella irregularidad, se había negado.

Le devolvieron a su puesto en el parque, y aunque la detención, cuenta mi tía, lo hundió de tal forma que cuando volvió del encierro parecía un fantasma, tuvo la satisfacción de que alguien sintiera la obligación moral de desagraviarlo. Encadenó nuevos ascensos y, con fecha 3 de septiembre de 1965 —tengo a la vista el oficio de su nombramiento—, lo promovieron a la categoría de encargado de almacén.

Incluso llegaron a plantearle, así se lo sugirió el general que vivía en la casa, la posibilidad de reingresar en la Policía. Mi abuelo le agradeció el interés, pero le dijo que no se molestara. No quiso volver a vestir el uniforme para convertirse en autoridad de aquel régimen. La condición de policía de la que le habían privado sólo

aceptó que se le restituyera la democracia, solicitándolo y obteniéndolo al amparo de la ley de 1979 que rehabilitaba a los depurados tras la guerra civil.

Fue en ese año de 1965 cuando mi madre y mi padre se casaron. Mi abuelo podría haber recibido con cierta reserva a aquel suboficial del ejército del Aire, hijo de un comandante de Infantería, con el que se había ennoviado su hija. Habría sido entendible que dos uniformados lo pusieran, de modo inconsciente, en guardia ante la posibilidad de que se tratara de gente como la que durante dos décadas lo había despreciado por atenerse a su sentido del deber. Sin embargo, pronto vio que ninguno de ellos era un entusiasta del régimen, y llegó a tener verdadera confianza con su yerno. Tanta, que muchas de las cosas que de él sé me llegaron a través de mi padre, a quien él se las contó.

Pese a haber logrado levantarse económica y laboralmente, en el momento de la boda de mis padres, se ve en las fotografías del acto, mi abuelo era un hombre triste. La desgracia, que tanto le había golpeado, le había dado cuatro años antes un mazazo más. Lo reflejó así en la relación de los hechos de su vida: «El día 31 de diciembre de 1961 (10.30 de la mañana) falleció mi querida e inolvidable esposa Patrocinio, a los 58 años de edad; estuvimos casados 34 años, 3 meses y 4 días. Este triste hecho tuvo lugar en la calle Marqués de Urquijo, 34. Aquí, para mí, termina la historia». Es, en efecto, su última anotación. No he leído, ni leeré (no he escrito, ni podré escribir) una más bella declaración de amor.

Diez meses y medio después de la boda de mis padres, a comienzos de junio de 1966, hacía un par de semanas que mi madre, según sus cálculos, había salido de cuentas. Estaba en la maternidad del hospital militar Gómez Ulla, en Madrid, rodeada de un montón de embarazadas. Eran los años del *baby boom*, generado a su vez por la explosión de la natalidad tras la guerra. Muchas de aquellas mujeres decían estar pasadas de fechas, y una anciana que había junto a una de ellas, esposa de un guardia civil, le dijo a mi madre que era cosa de la luna, y que en cuanto se llenara empezarían todas a parir. Así fue: el 3 de junio la luna alcanzó la fase de llena, y empezaron los partos. El mío fue malo, era un niño muy grande y no terminaba de salir. Por poco no nació el 6 de junio, el mismo día que mi abuelo Lorenzo, fecha que alguno consideraba diabólica: el 6 del 6 del 66. Al final, y tras unas cuantas horas intentando que saliera de forma natural, lo que por poco nos costó la vida a mi madre y a mí, me sacaron por cesárea al día siguiente, el 7. Pesé casi cinco kilos y nació morado, pero con todo el pelo, y tan pronto como me reanimaron ya fijaba la mirada. Una vez que pudieron entregarme, al fin, a mi padre, me mostró a su padre y a su suegro y les dijo:

—Aquí lo tenéis. Se llamará Lorenzo Manuel.

—Vaya, ya creía yo que le pasaba algo al nombrecillo este —dijo mi abuelo Lorenzo, que llevaba ya cinco nietos varones, de mis dos tías y de mi tío, sin que a ninguno le hubieran puesto como él.

Mi abuelo Manuel no dijo nada. Temo que se acordara de mi abuela, que no había podido conocer a aquel nieto, ni a los otros cuatro que iba a tener. Fue en ese justo momento, aunque haya tardado cincuenta años en saberlo, cuando empecé este libro, que ya me toca acabar.

Ferrol, agosto de 2016. Me he acercado hasta aquí con mi familia, para pasear por estas calles que fueron las primeras que vio José Aranguren. Acabo de pasar por la rúa A Coruña, que es como se llama hoy la calle de San Eugenio en la que nació, y que va a desembocar al teatro Jofre. Junto a él se extiende la zona ajardinada de la plaza de la Constitución. Es un espacio agradable, cubierto en su mayoría por árboles muy frondosos. Aquí nos hemos sentado a tomar un café y nos vamos turnando para jugar con mi hija pequeña, Núria (con tilde, en homenaje a su bisabuela catalana), en los columpios del parque.

La mañana es luminosa y la plaza, a esta hora temprana del día, apenas está concurrida. Veo jugar a mi hija de tres años, la oigo reír, y no puedo evitar pensar en el niño que Aranguren también fue y que seguramente jugó en esta plaza, sin imaginar que casi siglo y medio después alguien a quien nunca conoció, nacido muy lejos de allí, iba a pensar en él viendo columpiarse a su propia hija. Siento que contar historias es justamente esto: encontrar la conexión que logra reunir a los seres humanos más allá del tiempo y el espacio; a ese niño que juega, alguna mañana estival de mil ochocientos setenta y muchos, sin saber lo que de dulce y de amargo la vida va a acabar deparándole, y a esta otra que lo hace a comienzos del siglo XXI, y para quien también hago este viaje, trato de armar esta memoria, escribo este libro.

Coruña, agosto de 2016. He quedado en la plaza de María Pita con mi colega Lorenzo Rubio, el nieto de otro Lorenzo Rubio (como yo lo soy de otro Lorenzo Silva) y bisnieto de Aranguren. Se ha enterado de que ando por aquí con la familia y me ha dicho que quiere enseñarme algo. Estoy con mi mujer, mis dos hijos mayores, los que se vinieron a Ponferrada con él, y la pequeña, Núria, que no para de correr por la plaza. La tercera, Judith, ha quedado con una amiga que tiene aquí en La Coruña, la razón por la que hemos venido hasta la ciudad.

Lorenzo aparece puntual, y saluda con la cordialidad que le caracteriza a mis dos hijos que ya conoce y a mi mujer y a la pequeña, a las que no conocía. Luego conversamos los dos, mientras mi mujer corre tras Núria, que es incontrolable, y mis hijos mayores exploran la plaza. De un bolsillo saca un pequeño estuche azul. Lo abre y me muestra su contenido, que me invita a tomar con la mano. Es un crucifijo de oro, con pequeñas piedras engastadas de color azul cielo. Es un trabajo artesanal, hecho con gusto, no demasiado sofisticado. Es la cruz que llevaba al cuello José Aranguren,

el 21 de abril de 1939, cuando los que decían que obraban en nombre de la religión que esa cruz simboliza le clavaron doce balas en el cuerpo. Bien se ve que ninguna la rozó.

Sostengo la cruz entre mis dedos y alzo la vista a los ojos de Lorenzo, que son casi del mismo color que las piedras, y que no pueden esconder la emoción. Yo tampoco. En ese instante entre dos Lorenzos, abogados y del 66, se interpone la memoria de otro Lorenzo, como ambos abogado, que guardó ese crucifijo y lo dio a su hijo, también abogado y Lorenzo de nombre, que había de dárselo a su nieto. Y me acuerdo del hombre que lo llevaba, y también de aquel abogado que lo defendió con dignidad y verdad y sin éxito en una farsa de juicio.

Barcelona, febrero de 2017. He venido hasta la Biblioteca Nacional de Catalunya, a consultar algún material sobre Aranguren. He tenido que hacerme para ello el carnet, pero he de decir que el trámite ha sido rápido y la amabilidad del funcionario encargado, exquisita. También lo es la de la bibliotecaria a la que hago mi consulta, y que me pone de inmediato en las manos el libro que le he solicitado. Es un volumen de gran tamaño, que vi por primera vez en el departamento de Iberian Studies de la Universidad en Berkeley, en California, por cortesía de la profesora Donna Southard que me invitó a dar una conferencia allí. Desde entonces, lo he buscado sin éxito por librerías físicas y virtuales. Se llama *Atles de la guerra civil a Barcelona*, publicado por Edicions 62 en 2009, y dirigido por los historiadores Gabriel Cardona y Manel Esteban. Es un magnífico trabajo, y en sus detalladísimos mapas puede rastrearse casi cualquier pormenor relativo al desarrollo de la guerra en la ciudad. Desde dónde estaban los centros oficiales, las sedes de sindicatos, los cuarteles o puestos de las fuerzas de seguridad o los teatros y cines, hasta dónde cayeron todas y cada una de las muchas bombas que los nacionales arrojaron sobre Barcelona. Cada capítulo está precedido de un texto introductorio, sucinto pero en general bastante completo y explicativo, que sirve para situar al lector.

Quiero consultarlo para contrastar algunos extremos de localización de los acontecimientos que narro en este libro, pero también para confirmar algo que me pareció advertir cuando lo estuve viendo por primera vez, en Berkeley. Miro el índice onomástico. Recorro sin prisa todas las páginas, una labor que favorece el silencio monástico que reina en el hermoso e imponente edificio del siglo XV, antiguo hospital de la Santa Cruz. Busco el capítulo correspondiente a las fuerzas de seguridad y lo leo detenidamente. Todas mis comprobaciones arrojan el mismo resultado: por ninguna parte aparece el nombre de José Aranguren Roldán. Como si no hubiera existido.

como si ningún papel hubiera tenido en los episodios históricos a los que se refiere la obra, entre ellos los del 19 de julio de 1936. Se menciona a Escofet, a Escobar, al *conseller* Ayguadé (en la grafía catalana ortodoxa, Aiguader, que no era la que él utilizaba), pero en ningún momento a Aranguren.

El silencio de este libro, por lo demás ejemplar, donde no faltan, tampoco, los nombres de Ascaso, Durruti o Companys, me ratifica en que era necesario, casi higiénico, dedicarle uno a Aranguren.

Barcelona, marzo de 2017. He pedido el oportuno permiso y me encuentro en la sala de consulta del tribunal militar territorial de Barcelona, en el edificio del antiguo gobierno militar, frente a la estatua de Colón, lo que en 1936 eran las Dependencias Militares que estuvieron durante horas bajo el asedio de los anarquistas y las fuerzas de seguridad leales a la República. Acaban de ponerme en las manos, con una admirable diligencia, en menos de dos días desde que lo solicité, los viejos legajos de la causa 1/39, seguida contra el coronel Brotons y otros, y ampliada mediante sendas piezas separadas al general José Aranguren y al coronel Antonio Escobar. Durante varias horas, examino y fotografío aquellos viejos papeles, donde quedaron escritas las acusaciones o los testimonios de cargo, y donde también subsisten los descargos inútiles que hicieron los acusados. Veo los manuscritos de buena parte de ellos, las firmas de todos, víctimas y verdugos. Hay muchos que me impresionan, tantos que podría escribirse un libro entero sólo dando cuenta de cómo los persiguieron y trataron de defenderse; el libro existe, de hecho, gracias a la labor de los historiadores Manel Risques y Carles Barrachina, y ya lo he citado aquí. Pero sobre todo me conmueve ver aquí y allá la firma de Aranguren, sus cuartillas manuscritas a lápiz con las que intenta in extremis persuadir al tribunal de que se está procediendo contra él de manera que impide su defensa, y leer el texto del informe que hizo en julio de 1936 para la Generalitat, sin saber que iba a servir para condenarlo años después. En la causa no se conserva el original, sino un testimonio literal, pero sirve para acceder a la versión que el propio protagonista da de sus hechos, una versión que acaso es la más auténtica y fiable, por el momento, cercano y de relativa libertad personal, en que la escribió. Ahí es donde leo:

El día 19, o sea a mediodía, me llamó por teléfono el General Don Álvaro Fernández Burriel que con la emoción del dolor de ver combatiendo españoles contra españoles y compañeros de armas todos me invitaba a meditar la conveniencia de cesar en la presión que hacían las fuerzas leales a las que ellos creían dominar ya en aquel momento: yo le contesté que la Guardia Civil no podía en ningún caso separarse de su deber. Por la tarde me llamó el general Goded Llopis participándome haber llegado en avión para ponerse de parte de las fuerzas rebeldes, esperar otras e invitándome a meditar sobre la desgracia que traía al país este hecho, el dolor

para todos y la responsabilidad en que incurría. Yo le contesté diciéndole la imposibilidad de separar a la Guardia Civil y a mi conciencia del cumplimiento del deber, invitándole a la vez a que él meditara, haciéndole cuantos razonamientos y llamamientos de afecto estuvieron a mi alcance, pero con la desgracia de que acaso por mis pocas facultades, sumadas a su obsesión, no logré convencerlo.²

Hay otros dos documentos en la causa que dan, para mí, la medida de la tragedia. Uno de ellos es la notificación de la firmeza de la condena de muerte al coronel (los vencedores no le reconocen su ascenso a general) Antonio Escobar Huerta, fechada el 8 de febrero de 1940. Antes de la firma con la que se da por enterado de que se ha decidido poner término a su vida, con una caligrafía firme y rodeada de finos arabescos, escribe lo siguiente: «Bendita sea la Divina Voluntad».

El otro está firmado el 7 de junio de 1964, con el trazo tembloroso de un hombre ya mayor que ha pasado seis años y un día en la cárcel. Se trata del antiguo ayudante de Aranguren, y simpatizante de los sublevados, el comandante de la Guardia Civil Luis Espinosa Ortiz, a quien la pena de prisión perpetua impuesta en 1939 le había sido reducida a esos seis años en 1941, aunque manteniéndole las penas accesorias de pérdida de empleo e inhabilitación perpetua. Pide Espinosa que se le cancelen los antecedentes, para «acceder a una situación más beneficiosa». En la causa consta cómo, veinticinco años después, cuando el régimen blasonaba de paz y reconciliación, la petición le fue denegada.

Barcelona, diciembre de 2016. He querido venir a este lugar, el actual Fórum, antiguo Camp de la Bota, nada más dejar las maletas en el hotel en el que me he alojado, a escasos cuatrocientos metros de aquí. Es de noche, hace frío y en la inmensa explanada de cemento, en la que se alzan extrañas formas arquitectónicas, quebradas y vacías, apenas se ve un alma. Exploro el paraje y me acerco hasta el mar, donde la soledad ya es absoluta y diríase que hasta peligrosa. No consigo verlo, el mar, aunque lo oigo. He de procurarme un extraño apostadero, asomado a la playa adyacente, para ver la orilla. Sopla un aire gélido, cosa infrecuente en Barcelona, o al menos lo es que así lo sintamos los que tenemos origen mesetano, y me consta porque he vivido siete años aquí. La baja temperatura no impide, sin embargo, que llegue la pestilencia de la gigantesca depuradora sobre la que me hallo. Me pregunto quién y para qué ingenió este espacio desolado y extraterrestre, y prefiero no buscar de ninguna forma la respuesta. Regreso al hotel con la intención de volver con la luz del día, para poder verlo mejor.

Lo hago a la mañana siguiente, que es tibia y radiante. Con luz el espacio es menos intimidatorio, pero no más bello. Hay algo errado en este derroche de material,

en el alarde de tamaños y contornos, en la manera en que el escenario se defiende del mar y lo niega. En suma, algo inhumano que no termina de acogerme, y que ha borrado por completo lo que este lugar fue, lo que este lugar era, en la mañana de abril de 1939 que fue la última que vio José Aranguren Roldán.

La excepción es la alta escultura que han colocado, en la explanada menos inhóspita del lugar, en memoria de los fusilados del Camp de la Bota. Me siento a contemplarla en un banco de piedra en cuyo lateral hay una placa que identifica al fabricante: «Escofet». Sonríe, cómo no. La escultura, metálica, es de color rojizo, sencilla y elegante. También lo son los versos de Màrius Torres que se leen sobre una placa al pie:

*Que en els meus anys de joia recomenci
sense esborrar cap cicatriu de l'esperit.
O Pare de la nit, del mar i del silenci,
jo vull la pau —però no vull l'oblit.*³

Verdaderamente, no puede decirse mejor, y creo que al propio Aranguren, uno de los mil setecientos asesinados a los que se dedica el monumento, le habría complacido su mensaje. Me vuelvo y apuro la luz, la brisa del mar que desde aquí, por capricho de un arquitecto, ya casi no se ve. Y lo imagino sentado en esa silla, muy derecho, encajando su suerte, con esa nobleza y esa fragilidad de la criatura humana que sabe que su luz se apaga y ha aprendido a aceptarlo. Un mes después, lo recordaré junto a la cama de hospital de mi tío Francisco Silva, al que llego a tiempo de acompañar en su tránsito, en paz y conformidad; sabiendo que ha sostenido hasta donde podía la lucha y el desvelo por su gente y el testimonio de su paso por el mundo; el esfuerzo por ser uno de los hombres decentes que lo sostienen y embellecen y no uno de los demasiados rufianes que lo socavan y lo afean.

Coruña, agosto de 2016. Estoy en el cementerio de San Amaro, encaramado a una terraza que da al Atlántico. Uno de esos cementerios marinos para los que valen, siempre, los versos de Paul Valéry:

*Midi le juste y compose de feux,
la mer, la mer, toujours recommencée.*⁴

He venido con toda la familia, algunos de cuyos miembros jóvenes comprenden sólo a medias estas rarezas mías, pero el caso es que se han dejado hacer y veo cómo

me esperan, sus cinco siluetas recortadas en el trozo de cielo azul que media entre dos bloques de nichos.

No me ha costado mucho encontrar el que buscaba, marcado con las letras QQ del departamento de Santa María. Por el lado de la lápida no da al océano, sino a tierra. Según un documento manuscrito de José Aranguren, la primera aquí enterrada fue su hija Melchora, el 31 de octubre de 1912. Veintiséis años después, el 29 de agosto de 1934, enterraba el cadáver de su hijo José. Y a este nicho fue a donde su yerno, Lorenzo Rubio, trajo en 1953, desde Barcelona, los restos del general. Lec sobre la lápida unas grandes letras en relieve, medio borradas ya por el paso del tiempo, tanto que, en este corredor umbrío, no salen bien en las fotografías: «FAMILIAS DE PONTE Y DE ARANGUREN».

Eso es todo. En la tumba donde descansa no está el nombre de José Arangurer Roldán. Es un gesto de discreción de los suyos, de él mismo, que posiblemente encargó aquella lápida contando con que iba a ser la tumba de una familia y no de una sola persona. Es, también, pienso, el símbolo de una vida y una historia a cuyo protagonista le negaron una y otra vez el nombre y el recuerdo. No lo recuerda el cuerpo al que perteneció, amó y dedicó su vida. No lo recuerda la ciudad en la que nació, ni esta donde vivió y fue querido y respetado por su carácter y su labor, hasta que esa estima dejó de convenir. No lo recuerda el país al que sirvió y por el que expuso y perdió su vida, y tampoco muchos de quienes se dicen custodios de la memoria de la República cuya proclamación favoreció y a cuyo servicio quedó hasta su día último. No lo recuerda, en fin, esa ciudad de Barcelona a la que con su sentido del deber, su lealtad y su coherencia, salvó de caer en manos de los sublevados que querían imponerle su voluntad. Ni esa Generalitat de Cataluña a la que obedeció y que, de no ser por él, es probable que hubiera quedado abolida tres años antes de lo que lo fue, y que hubiera visto cómo fusilaban a su *president* en los fosos de Montjuïc sin juicio y cuatro años antes de cuando lo hicieron.

Para quienes pese a toda la evidencia siguen queriendo negar esto último, quiero recordar lo que escribió alguien que estaba allí, que era tan catalán como el que más y que pudo volver en 1978 a su tierra, donde vivió hasta 1987, Frederic Escofet: «Hemos de reconocer que el árbitro de aquella lucha fue la Guardia Civil, que podía dar la victoria a las fuerzas leales si se decidía por la colaboración o la neutralidad, o a los militares rebeldes, si se sumaba a la sedición». Aranguren no fue sedicioso, ni siquiera neutral. Colaboró, y murió fusilado por ello. Y ni una sola de las miles de calles de Barcelona, muchas de ellas dadas a cualquier cosa, lleva ni me temo que llevará nunca su nombre.

Pero eso es igual, como es igual el olvido de cualquier otra autoridad

consistorial, autonómica o estatal. Como lo fue, lo es, la condena dictada por unos jueces sin espíritu, sin ciencia y sin derecho. O por decirlo al revés, como lo es que esos jueces o autoridades le colmen a uno de títulos o de reconocimientos. Todo eso no es más, quisiera decirle al espíritu de este hombre cuyos restos yacen aquí, junto a su océano, en su tierra gallega, que la parte más irrelevante y deleznable del relato contingente y pasajero de los afanes humanos. Incluso la cicatería y la injusticia de la Historia, de las que Aranguren es un buen exponente, llegando al extremo de su negación, son un accidente que no tiene, en lo que de veras importa, la menor trascendencia.

Lo que importa tampoco son los huecos honores que reparten los vencedores, y que pasan como el viento: ahora puedo contarte, José Aranguren, que a quienes vencieron con la iniquidad y la crueldad les están quitando las calles, los están sacando de los mausoleos; incluso es posible que un día no lejano saquen a quien bendijo tu asesinato del engendro que plantó sobre un valle para perpetuar su memoria. Lo que importa es lo que tú tienes, y nadie va a quitarte: este hermoso poema de humanidad que compusiste con tu vida, que ninguno de ellos compuso con la suya, ni podrá escribirles nadie, y que yo no hice nada más que tratar de transcribir, porque no podía no hacerlo.

Me gustaría decirte, y me gustaría que hubieras sabido, antes de que te trajeran aquí, que a pesar de todo, de la derrota, de la ignorancia, de la vileza, de la mezquindad, recordarán tu nombre. Lo harán, lo hacen cada día los tuyos, que me han ayudado a escribir esta historia, y para los que eres el faro y el modelo de su conducta. Lo recordarán los que lean este libro, muchos o pocos, eso no importa y es la última razón para su escritura. Lo recordarán también mis hijos, a los que veo ahora ante mí en el cementerio donde reposas, y que no son de tu sangre, pero son de la de otros hombres y mujeres que como tú hicieron lo que debían. Y te recordaré yo, siempre, con la gratitud de haberte conocido.

*Ostrava-Breslavia-Kosice-Lviv-Illescas-Getafe-Lugo-Panamá-Madrid-
Barcelona,*

4 de julio de 2016 – 12 de marzo de 2017

Apéndice

INFORME ELEVADO POR EL GENERAL JOSÉ ARANGUREN AL GOBIERNO DE LA
GENERALITAT DE CATALUÑA EL 26 DE JULIO DE 1936

Excmo. Sr.:

Me honro en contestar a su atento suplicatorio de esta fecha en las siguientes manifestaciones que expongo bajo juramento por mi honor de ser verdad cuanto en ellas se exprese.

Desde que en el mes de abril me hice cargo de la Inspección de la 5ª Zona de la Guardia Civil, que la componen el 19º Tercio, que presta sus servicios en el término municipal de esta ciudad, y el 3º, que lo hace distribuido en las cuatro provincias de Cataluña, compuesto de cuatro Comandancias, mi preferente atención fue sostener y afirmar la disciplina de la tropa y por ello, no obstante merecer absoluta confianza los coroneles que los mandan, no sólo por su lealtad, sino por su celo y competencia, visité en revista todos los cuarteles del Instituto en esta ciudad, estimulando con formaciones y prácticas militares los resortes del mando para fomentar con ello la unión de todos los oficiales con la tropa, aumentando así la base del compañerismo y afecto.

En cada cuartel hablé a oficiales y tropa felicitándoles por su excelente estado de presentación y por su celo en el servicio, alentándoles a todos, invocándoles los preceptos de ordenanzas y cartilla del Cuerpo, porque se mantuvieran siempre en el cumplimiento del deber.

No tuve noticias por ningún contacto ni aun reservado ni confidencial de que se preparaba movimiento alguno subversivo antes de tener ya el mando de la Zona, y recogiendo todos los indicios y confidencias que se podía, el coronel del 19º Tercio, que es el que tiene el núcleo principal de la fuerza reunida y más gente joven, venía ejerciendo una constante labor reservada y de provisión para evitar la influencia de la presión política y social en algún individuo del Instituto que pudiera llegar a apartarle del cumplimiento del deber, haciendo esta labor con conocimiento constante y detallado de la Inspección General del Instituto, que por ser asunto del servicio intervenía directamente, pero también con mi conocimiento. Convencido de la lealtad del personal de los tercios, estaba seguro de que si por exaltación de las pasiones ocurría algún acto de desacato al Gobierno, cualquiera que fuese la dirección política

de los que lo promovieran y la cualidad de las personas civiles o militares, la fuerza de ambos tercios estaría siempre apoyando al poder legalmente constituido, aunque para ello tuviera que llegar al sacrificio.

El día dieciocho, después de hablar con el Excmo. Señor Consejero de Gobernación, ante quien reitero siempre la lealtad de la fuerza de estos tercios, fui a presentarme a S.E. el general de la División, encontrando allí a los otros generales de la guarnición de esta plaza, y con ellos hice un relato de conversación general en la que se aludió a la inquietud que había pero que el Ejército, si algo anormal llegara a ocurrir, se mantendría siempre obediente y fiel al poder político.

Al despedirse, el general de la División, creo que en presencia del general Sar Pedro, aludió aún a creer imposible que nadie se pusiera fuera de la ley, pero que él no lo haría jamás y como Autoridad Militar que era; así lo reiteramos también nosotros. Como cundiera la inquietud y por orden del Sr. Consejero de Gobernación, que las tenía a su vez del Gobierno, se acuartela a las fuerzas del Instituto, y yo me sitúo en el edificio de la Gobernación para que estando al habla con el Sr. Consejero interpretase mejor sus órdenes y además por ser situación más céntrica.

Cuando fui requerido por el Sr. Consejero para darse bien cuenta de cómo proced[er]ía la fuerza del Cuerpo si elementos del Ejército se declaraban en rebeldía, yo le garanticé que la Guardia Civil cumpliría con su deber siempre y procedería con arreglo a sus reglamentos, invitando primero a los revoltosos a deponer las armas, intimidándoles después con el empleo de la fuerza y en último término empleándola para reducirlos, pero empleándola en el acto si los revoltosos se presentaban desde el primer momento haciendo uso de las armas.

Reiteré al Sr. Consejero que extremaría la prudencia hasta el límite para evitar el primer disparo que pudiera traer mayores consecuencias. Durante la noche preguntaba al Sr. Consejero puesto al habla con la Autoridad Militar si había agitación o movimiento de fuerza y el general le daba noticias tranquilizadoras. Los otros medios de información acusaban por el contrario que las tropas se echaban a la calle.

Creo que serían las tres de la madrugada cuando se confirmó la presencia de fuerzas del Ejército en la calle y con urgencia se le comunicó a la Autoridad Militar para que con sus propios medios y su autoridad lograra reducirlos, estimando que serían más eficaces para hacerlo sin emplear la fuerza, pero se previno en el acto para salir la del Instituto.

Como al poco rato se vio que no salían fuerzas del Ejército, y ante el temor de que no respondieran a la orden de la Autoridad Militar, o de que el movimiento no se limitase a un pequeño grupo y fuera extenso, entonces ordeno al coronel del 19º

Tercio mandara un jefe que con Infantería en camioneta, para llegar con la posible rapidez, y ayudados por un escuadrón, salieran a cortar el paso a un regimiento de Caballería que las informaciones decían bajaba por el paseo de San Juan, reiterándole que viera por todos los medios posibles y legales de reducirles no empleando las armas imprudentemente, pero sí con energía si ello fuera necesario.

Salió la fuerza y momentos después se oyó ya un nutrido fuego en diferentes puntos y se fue dando fuerzas del Instituto a los puntos en que en el orden militar se consideraba preciso para dominar el movimiento que ya se veía era de rebeldía, porque unas fuerzas salían a la calle por cuenta propia y contraviniendo las órdenes que recibían de su general y otros, acaso los vacilantes, no se negaban a la obediencia, pero no salían a los puntos que el general ordenaba, que era concentrar a los leales en donde yo me encontraba para poder emplearlos para poder ayudar a los leales y a los paisanos armados que se oponían al movimiento.

Sólo acudió, respondiendo con lealtad y disciplina en las misiones que se le encomendaron, una compañía de Intendencia, que se presentó con el comandante don Antonio Sanz Neira y un capitán. Con estos elementos y el 19º Tercio y el siguiente se logró dominar totalmente la situación. La actuación de la fuerza de los dos tercios fue como era de esperar respondiendo lealmente al mando, combatiendo con decisión para sostener el poder constituido y haciendo todo género de sacrificios para salvar a los heridos y a los que se entregaban como prisioneros, llegando a acciones individuales de abnegación sublime siguiendo el ejemplo del coronel del 19º Tercio, don Antonio Escobar Huerta, que era quien en la calle mandaba las tropas del Cuerpo.

Después de dominada la situación y el día veinte, cuando quedaba un punto fuerte de resistencia sin tomar, faltaba en sus cuarteles el comandante don Agustín Recas Marcos, que se incorporó entonces y que estaba al parecer retenido por los rebeldes, pero en la imposibilidad de medios de momento para la comprobación de sus descargos, lo he dejado detenido, estando como los demás en el «Uruguay» y a disposición de V.E.

El día 19, o sea a mediodía, me llamó por teléfono el General Don Álvaro Fernández Burriel que con la emoción del dolor de ver combatiendo españoles contra españoles y compañeros de armas todos me invitaba a meditar la conveniencia de cesar en la presión que hacían las fuerzas leales a las que ellos creían dominar ya en aquel momento: yo le contesté que la Guardia Civil no podía en ningún caso separarse de su deber. Por la tarde me llamó el general Goded Llopis participándome haber llegado en avión para ponerse de parte de las fuerzas rebeldes, esperar otras e invitándome a meditar sobre la desgracia que traía al país este hecho, el dolor para todos y la responsabilidad en que incurría. Yo le contesté diciéndole la imposibilidad

de separar a la Guardia Civil y a mi conciencia del cumplimiento del deber, invitándole a la vez a que él meditara, haciéndole cuantos razonamientos y llamamientos de afecto estuvieron a mi alcance, pero con la desgracia de que acaso por mis pocas facultades, sumadas a su obsesión, no logré convencerlo.

El general de la 4ª División, don Francisco Llano Encomienda, con su ayudante fueron secuestrados por los rebeldes en el local de sus despachos y liberados al ser tomado el edificio, poniéndose ellos a disposición del Gobierno y de las Autoridades y lo mismo le ocurrió al general don Ángel San Pedro Aymat.

Es cuanto puedo recordar de esta triste jornada de lucha en la que honradamente creo que la fuerza de la Guardia Civil a mis órdenes cumplió fielmente con su deber, haciendo honor a la lealtad prometida.

Viva V.E. muchos años.

Barcelona, 26 de julio de 1936.

El Comandante General de la 4ª División.
José Aranguren

Agradecimientos y bibliografía

Hay unas cuantas personas a las que debo gratitud por su ayuda para poder escribir este libro. Creo que debo mencionar en primer lugar a José Antonio Cobreros Aranguren, Amalia Aranguren Ucieda y Lorenzo Rubio Sánchez del Valle, nietos y bisnieto de José Aranguren Roldán, respectivamente. De no ser por ellos, estas páginas sólo se habrían nutrido de los fríos (o no tan fríos) documentos. Gracias a ellos, siento que he podido darles algo de la vida que tuvo y repartió a su alrededor su protagonista. También quiero reconocer la aportación de mis tíos Francisco Silva y Esperanza Amador, testigos de los hechos de mis respectivas familias, dotados de buena memoria y un arte para contar historias del que he podido beneficiarme para escribir esta. A mi padre, Juan José Silva, le debo otro tanto, y además su tarea siempre dispuesta y enriquecedora como lector de guardia, en la que le acompañan, como de costumbre, mi mujer, Noemí, mi hermano Manuel y mi amigo Carlos Soto, además de mis editores, Emili Rosales y Anna Soldevila y mi agente Laure Merle d'Aubigné. Todos ayudaron a que este libro fuera mejor, y se lo agradezco de veras.

Mi gratitud se extiende a Jesús Núñez, guardia civil e historiador, que además de especialista en la historia de la Guardia Civil es un reivindicador tenaz de la figura de Aranguren, de cuya biografía, dentro del volumen *25 militares de la República*, coordinado por Javier García Fernández (Ministerio de Defensa, Madrid, 2011) es también autor. A él se debe el hallazgo de detalles tan jugosos como la coincidencia de Sanjurjo y Aranguren en la misma promoción de la Academia de Toledo, y ha sido estímulo constante para escribir este libro.

Agradezco al personal de la Biblioteca Nacional de Catalunya y al del Tribunal Militar Territorial Tercero, ambos en Barcelona, la amabilidad y diligencia con que me facilitaron la tarea de acceder a fondos y documentos allí archivados, y por sus gestiones y apoyo, a mi amigo Daniel Baena, guardia civil en Cataluña y digno heredero, junto a sus compañeros, del espíritu de servicio a esa tierra y a sus gentes que demostró, al precio de su vida, el general Aranguren. Mi gratitud alcanza además a los miembros del cuerpo de Mossos d'Esquadra Joan Miquel Capell y Félix González Fraile, por compartir conmigo su profundo conocimiento sobre la historia de esa institución, y a Luis Miguel Francisco, por facilitarme el acceso a la obra de Manuel Goded.

He querido que el libro fuera una novela y se leyera como tal y por tanto he prescindido deliberadamente del aparato de notas a pie de página y en suma de detallar, en cada momento, las muchas y variadas fuentes bibliográficas de las que ha

bebido su escritura. Aquellas con una presencia más importante o de las que se hacen citas literales están debidamente identificadas y reconocidas en el texto. Pero no quiero dejar de mencionar las restantes, ni tampoco a sus autores, a los que se extiende mi agradecimiento por favorecer y enriquecer con su trabajo el mío. Para ello, ofrezco una relación no exhaustiva, que tal vez pueda servir de guía a quien quiera profundizar en los hechos, tan significativos como iluminadores, que inspiraron esta historia.

- AGUADO SÁNCHEZ, Francisco. *Historia de la Guardia Civil*. Ediciones Históricas, Madrid, 1983.
- ALÍA MIRANDA, Francisco. *La agonía de la República. El final de la guerra civil española (1936-1939)*. Crítica, Barcelona, 2015.
- ARASA, Daniel. *Entre la cruz y la República*. Styria, Barcelona, 2008.
- AZAÑA DÍAZ, Manuel. *Memorias políticas y de guerra*. Crítica, Barcelona, 1981.
- , *Diarios 1932-1933. «Los cuadernos robados»*. Crítica, Barcelona, 1997.
- BAHAMONDE, Ángel. *Madrid 1939. La conjura del coronel Casado*. Cátedra, Madrid, 2014.
- BAHAMONDE, Antonio. *Un año con Queipo de Llano. Memorias de un nacionalista*. Espuela de Plata, Sevilla 2015.
- BARBA LAGOMAZZINI, Juan. *Hombres de armas de la República*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- BLANCO ESCOLÁ, Carlos. *General Mola. El ególatra que provocó la guerra civil*. La Esfera de los Libros Madrid, 2002.
- , *La incompetencia militar de Franco*. Alianza Editorial, Madrid, 2000.
- BOLLOTEN, BURNETT. *La guerra civil española. Revolución y contrarrevolución*. Alianza Editorial, Madrid 2015.
- CASAS SORIANO, Just. *Els fets de juliol de 1936 a Barcelona. Els protagonistes i les víctimes*. Editorial Base. Barcelona, 2016.
- CERVERO, José Luis. *Los rojos de la Guardia civil*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- , «El ignominioso final de cuatro guardias civiles héroes de la guerra de África». *Revista Guardia Civil*, febrero de 1998.
- CIERVA, Ricardo de la. *Historia esencial de la guerra civil española*. Fénix, Madridejos, 2001.
- CHAVES NOGALES, Manuel. *Crónicas de la guerra civil*. Espuela de Plata, Sevilla, 2011.
- , Manuel. *La defensa de Madrid*. Espuela de Plata, Sevilla, 2011.
- CHAVES NOGALES, Manuel; CAMBA, Julio; GAZIEL; PLA, Josep. *Cuatro historias de la República*. Destino, Barcelona, 2003.
- DÍAZ-PLAJA, Fernando. *La guerra de España en sus documentos*. Ediciones G.P., Barcelona, 1968.
- ESCOFET, Frederic. *Al servei de Catalunya i de la República. La desfeta*. Edicions catalanes de Paris, París 1973.
- , *Al servei de Catalunya i de la República. La victòria*. Edicions catalanes de Paris, París, 1973.
- ESTEBAN, Manel y CARDONA, Gabriel. *Atlas de la guerra civil a Barcelona*. Edicions 62, Barcelona, 2009.
- FIGUERES, Josep Maria. *Madrid en guerra*. Destino, Barcelona, 2004.
- FRANCO SALGADO-ARAÚJO, Francisco. *Mis conversaciones privadas con Franco*. Planeta, Barcelona, 1976.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Javier (coord.). *25 militares de la República*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2011.
- GARCÍA RODRÍGUEZ, José. *Conspiración para la rebelión militar del 18 de julio de 1936*. Sílex, Madrid, 2013.
- GODED LLOPIS, Manuel. *Marruecos, las etapas de la pacificación*. Iberoamericana de Publicaciones, Madrid 1932.
- HIDALGO DE CISNEROS, Ignacio. *Cambio de rumbo*. Ikusager, Logroño, 2005.
- HURTADO, Víctor. *Atlas de la guerra civil española. La sublevación*. DAU, Barcelona, 2011.
- HURTADO, Víctor; SEGURA, Antoni; VILARROYA, Joan. *Atlas de la guerra civil a Catalunya*. DAU, Barcelona 2010.

- LÓPEZ CORRAL, Miguel. *La Guardia Civil. Claves históricas para entender a la Benemérita y sus hombres (1844-1975)*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.
- MAÍZ, Félix. *Mola frente a Franco. Guerra y muerte del general Mola*. Laocoonte Editorial, Pamplona, 2008.
- MASJUAN, Eduard. *Tribunales populares, justicia de clase y nuevo Derecho: El caso Barriobero (1936-1939)*. Universidad de La Rioja, Logroño, 2004.
- MERINO SÁNCHEZ, Jacinto. *El consejo de guerra contra el general de división Manuel Goded Llopis. Un ejemplo de investigación sobre archivos correspondientes a los Tribunales Militares Territoriales en 1936*. Ediciones de la Universidad de Cantabria, Santander, 2011.
- MIR, Miquel. *Diario de un pistolero anarquista*. Destino, Barcelona, 2007.
- MOLA VIDAL, Emilio. *Obras completas*. Librería Santarén, Valladolid, 1940.
- PAYNE, Stanley G. *El camino al 18 de julio. La erosión de la democracia en España (diciembre de 1935-julio de 1936)*. Espasa, Madrid, 2016.
- PAZ, Abel. *Durruti en la revolución española*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- PRESTON, Paul. *El final de la guerra. La última puñalada a la República*. Debate, Barcelona, 2014.
- , *Franco*. DeBolsillo, Barcelona, 2015.
- RAGUER, Hilari. *El general Batet*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 1994.
- RISQUES, Manel y BARRACHINA, Carles. *Procés a la Guàrdia Civil. Barcelona (1939)*. Pòrtic, Barcelona, 2001.
- ROGER-MATHIEU, J. *Mémoires d'Abd-el-Krim*. Editions Frontispice. Casablanca, 2012.
- ROMERO, Luis. *Tres días de julio*. Ariel, Barcelona, 1967.
- RUBÍO I TUDURÍ, Marià. *Barcelona 1936-1939*. Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 2002.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón. *Historia del Ejército Popular de la República*. La Esfera de los Libros, Madrid 2006.
- SANZ MUÑOZ, José (coord.). *La Guardia Civil española*. Ministerio del Interior, Madrid, 1994.
- SEMPRÚN, Alfredo. *La memoria oculta del PSOE en la Guerra Civil*. Libros Libres, 2006.
- SENDER, Ramón J. *Imán*. Destino, Barcelona, 2001.
- SOLÉ I SABATÉ, Josep M. y VILARROYA, Joan (dir.). *Breu historia de la guerra civil a Catalunya*. Edicions 62, Barcelona, 2005.
- TERMES, Josep. *Historia del anarquismo en España (1870-1980)*. RBA, Barcelona, 2011.
- THOMAS, *The Spanish Civil War*. Penguin, Londres, 1986.
- VÁZQUEZ OSUNA, Federico. *Anarquistes i baixos fons. Poder i criminalitat a Catalunya (1931-1944)*. L'Avenç, Barcelona, 2015.
- VIÑAS, Ángel y SÁNCHEZ PÉREZ, Francisco (coord.). *Los mitos del 18 julio*. Crítica, Barcelona, 2013.
- ZUGAZAGOITIA, Julián. *Guerra y vicisitudes de los españoles*. Tusquets, Barcelona, 2001.

Créditos

de las imágenes del interior

José Aranguren con su esposa y sus seis hijos. © José A. Cobreros

José Aranguren da novedades al general Fernández Pérez en la playa de Alhucemas.
© Derechos reservados

José Aranguren a caballo, de coronel en Madrid. © José A. Cobreros

Azaña, Franco y Aranguren en La Coruña en 1932. © Europa Press – AFP – Getty Images

Juan Aranguren de Ponte, a caballo, con el uniforme de teniente de la Guardia Civil
© José A. Cobreros

José Aranguren con su nieta Amalia en Madrid. © José A. Cobreros

José Aranguren en el funeral de los capitanes Arrando y Arenas. A su derecha, Frederic Escofet. A su izquierda, el comandante Arrando. En el centro de la imagen, el *conseller* España. © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo Fotográfico Agustí Centelles

Imágenes del consejo de guerra contra los generales Goded y Fernández Burriel. El general Aranguren prestando declaración. Izquierda: © EFE; derecha, arriba: © España, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Centro Documental de la Memoria Histórica, Archivo Fotográfico Agustí Centelles; derecha, abajo: © EFE

El general Aranguren en Valencia. © José A. Cobreros

La editorial hace constar que se han realizado todos los esfuerzos para localizar y recabar la autorización de los propietarios del *copyright* de las imágenes que ilustran esta obra, manifiesta la reserva de derechos de la misma y expresa su disposición a rectificar cualquier error u omisión en futuras ediciones.

Créditos

de los textos citados en el interior

Cartilla militar, manuscrito y documento de despido de Manuel Jesús Amador: © Herederos de Manuel Jesús Amador García

Correos electrónicos de Lorenzo Rubio: © Lorenzo Rubio

Diarios y notas personales, hoja de servicios y certificación de méritos de José Aranguren: © Herederos de José Aranguren

El general Batet, de Hilari Ragner: © Hilari Ragner, Publicacions de l'Abadia de Montserrat, 1994

Mémoires d'Abd-el-Krim, de J. Roger-Mathieu: © Herederos de J. Roger-Mathieu Editions Frontispice, 2012

Diarios 1932-1933. Los cuadernos robados, de Manuel Azaña: © Herederos de Manuel Azaña, 1940, Editorial Crítica, 1997

Memorias políticas y de guerra, de Manuel Azaña: © Herederos de Manuel Azaña, 1940, Editorial Crítica, 1981

Franco, de Paul Preston: © Paul Preston, Editorial Debate, 2006

El final de la guerra. La última puñalada a la República, de Paul Preston: © Paul Preston, Editorial Debate, 2014

Procés a la Guàrdia Civil. Barcelona (1939), de Manel Risques i Carles Barrachina: © Manel Risques y Carles Barrachina, Editorial Pòrtic, 2001

Mis conversaciones privadas con Franco, de Francisco Franco Salgado-Araújo: © Herederos de Francisco Franco Salgado-Araújo, 1975, Editorial Planeta, 1976

Del poema de Màrius Torres: © Herederos de Màrius Torres, 1942, Pagès Editors

Guerra y vicisitudes de los españoles, de Julián Zugazagoitia: © Herederos de Julián Zugazagoitia, 1940, Tusquets, 2001

Haciendo de República, de Julio Camba: © Herederos de Julio Camba, 1962
Ediciones Destino, 2003

Los enemigos de la República, de Manuel Chaves Nogales: © Herederos de Manuel Chaves Nogales, 1944, Ediciones Destino, 2003

Madrid. El advenimiento de la República, de Josep Pla: © Herederos de Josep Pla 1981, Ediciones Destino, 2003

Ediciones Destino queda a disposición de los propietarios que ostentan los derechos de los siguientes textos de referencia, con quienes no ha podido contactar: Emilio Mola, por las citas de sus *Obras Completas*, Librería Santarén, 1940; Frederic Escofet, por las citas de *Al servei de Catalunya i de la República*, Edicions Catalanes de París, 1973; Paul Valéry, por los versos de su poema *Le cimetière marin*.

Notas

1. Así lo acepta la gran mayoría de los historiadores, aunque otros alegan que la victoria del Frente Popular no fue tal debido al fraude en el recuento: véase ÁLVAREZ TARDÍO , Manuel, y VILLA GARCÍA, Roberto, *1936. Fraude y violencia en las elecciones del Frente Popular* (Espasa, Madrid, 2017).

2. El texto completo del informe se recoge en el Apéndice de este libro.

3. «Que en mis años de alegría recomience / sin borrar del espíritu ninguna cicatriz. / Oh, Padre de la noche, del mar y del silencio, / yo quiero la paz —pero no el olvido.»

4. «El justo mediodía allí compone sus fuegos, / el mar, el mar, siempre recommenzado.»

Recordarán tu nombre

Lorenzo Silva

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 27 04 47

© Lorenzo Silva, 2017

www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

De la ilustración de la cubierta, © derechos reservados

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-233-5238-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com